

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*





TAMARA GISPERT GALINDO (La Habana). Fotógrafo. Trabaja en el Departamento de Relaciones Públicas del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM). Imágenes de su autoría han sido publicadas en el semanario *Tribuna de la Habana*, en los sitios web de *Cubaliteraria* y *La Jiribilla*, y se han presentado en diversas exposiciones. A su labor en el CENCREM se vincula una etapa de creación donde ha hecho énfasis en documentar la iconografía aborígen cubana incursionando también en composiciones donde manipula vistas de estos objetos y de su ambiente cultural y humano. Un grupo amplio de sus fotos de piezas arqueológicas cubanas fue publicado en el libro *Historiografía arqueológica de Cuba*.

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

9 / 2006

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
MSc. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
Dra. María Nelsa Trincado
MSc. Roberto Valcárcel Rojas
MSc. Juan Manuel Reyes Cardero

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Iraida Vargas (Venezuela)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. Gabino La Rosa Corzo (Cuba)

Correspondencia a:

✉ Casa del Caribe
Calle 13 no. 154 esq. a 8
Reperto Vista Alegre.
Santiago de Cuba, CP. 90 400
CUBA. Tlf. (53) (226) 643609
Fax (53) (226) 642387
Correo electrónico:
revistadelcaribe@cultstgo.cult.cu

✉ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

✉ Betty Meggers
PO Box 37012
NMNH MRC-112
Washington DC 20013.
USA

SILVIA T. HERNANDEZ GODOY	2	La primera década del siglo xx y el desarrollo de la arqueología en la Isla
JORGE ULLOA HUNG	9	Apuntes para una historiografía de la Arqueología dominicana. 1ra. parte
DANIEL TORRES ETAYO	23	Nuevos enfoques de investigación en el sitio Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo
RENIEL RODRIGUEZ R.	35	Hacia un enfoque tecnológico de la litica en el Caribe: los casos de la Mina y Martineau, Vieques, Puerto Rico
MARIO SANOJA IRAIDA VARGAS-ARENAS	49	Etnogénesis de la región histórica Orinoco-Antillas
JAGO COOPER ROBERTO VALCARCEL ROJAS PEDRO CRUZ RAMIREZ	66	Gente en los cayos. Los Buchillones y sus vínculos marítimos
ROBERTO VALCARCEL ROJAS JAGO COOPER JORGE CALVERA ROSES ODALYS BRITO MARTINEZ MARCOS LABRADA	76	Postes en el mar. Excavación de una estructura constructiva aborigen en Los Buchillones
ODALYS BRITO MARTINEZ JORGE CALVERA ROSES GABINO LA ROSA CORZO	89	Estudio del sitio arqueológico Los Buchillones. Recuento y perspectivas
CORINNE L. HOFMAN MENNO L. P. HOOGLAND JOSE R. OLIVER ALICE SAMSON	95	Investigaciones arqueológicas en El Cabo, Oriente de la República Dominicana: resultados preliminares de la campaña de 2005
MARCIO VELOZ MAGGIOLO	107	Evidencias antillanas de maíz precolombino
CLENIS TAVAREZ MARIA	110	Recordando a Fernando Luna Calderón
	118	Noticias de arqueología
	120	De los autores

Coordinadores:

Jorge Ulloa Hung
Roberto Valcárcel Rojas

Editora:

Asela Suárez

Equipo de realización:

León Estrada
Raimiz Destrades
Julio Corbea Calzado

Del Caribe, es una publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscrita en la administración de Correos, Zona Postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620 / 168, acogida a la tarifa de impresos periódicos / ISSN-0864-1331.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S. A.



TARAXACUM S.A.



LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XX Y EL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA ISLA¹

SILVIA TERESITA HERNÁNDEZ GODOY



El cambio de siglo se recibió en la mayor de las Antillas con acontecimientos inesperados para los cubanos. La ocupación norteamericana persistía a pesar de los esfuerzos de la nación por terminar con lo que algunos inicialmente pensaron que fuese “una ayuda desinteresada” para acabar conjuntamente con el mandato del gobierno español en la isla. El advenimiento de la guerra a mediados del siglo XIX había producido un abrupto estancamiento de las actividades científicas en Cuba y con ella la paralización de las labores arqueológicas, cuyos intentos por continuar su desarrollo se habían manifestado en las expediciones científicas de los Dres. Carlos de la Torre y Luis Montané Dardé entre 1890 y 1892.

En el período de ocupación norteamericana, se logró cierta institucionalización de la enseñanza de la antropología en el país, por esfuerzos de intelectuales cubanos, condicionado además por el clima creciente de los estudios de esta disciplina en los Estados Unidos, hecho que hizo factible su aprobación por el gobierno interventor. Por orden militar No. 212 se creó, en 1899, la cátedra de Antropología y Ejercicios Antropométricos para los alumnos de Derecho de la Universidad de La Habana, debido al esfuerzo del doctor José González Lanusa, profesor de esa institución docente. El plan de materias de dicha disciplina, impartido por el Dr. Enrique José Varona, incluyó la asignatura Antropología Prehistórica, la cual historiaba el desarrollo del hombre en sociedad en diferentes lugares del mundo, relacionando de esta forma los estudios antropológicos y arqueológicos. El término prehistoria, surgido en el siglo XIX como resultado del incremento del registro arqueológico mundial, se estableció para dividir la historia según las fuentes utilizadas para su estudio, la información arqueológica o documental. De hecho en la interpretación del acontecer humano el límite entre prehistoria e historia fue la escritura, obviando la necesidad del análisis del pasado. La denominación de hombres y pueblos prehistóricos dada a grupos y comunidades ágrafas aún persiste en círculos académicos contemporáneos, marginándose de esta forma los nuevos elementos que en el quehacer historiográfico actual dejan atrás los viejos criterios de “hombres con y sin historia”.

La implementación de la referida asignatura determinó el surgimiento de un pequeño laboratorio y museo antropológico. Este último, años más tarde estuvo al cuidado de los profesores Luis Montané Dardé y Arístides Mestre. El museo además, recepcionó numerosas piezas arqueológicas halladas en el territorio, a través de la labor protagónica del primero de ellos. De esta forma se potenciaron los estudios arqueológicos en el archipiélago cubano.

A partir de la instauración de la República en 1902 los trabajos continuaron, aunque formando parte de intentos individuales en el país, que serían conocidos en las décadas del 30 y 40, a través de los trabajos de Fernando García y Grave de Peralta, publicados en la *Revista de Arqueología y Etnología*. Este maestro realizó exploraciones y hallazgos en Puerto Príncipe, Camagüey y Holguín, ampliando el registro arqueológico de esta porción oriental, aunque sólo describió los objetos localizados. Sobresale en esta época su correspondencia con José Bofill y Cayol, directivo del Museo de Santiago de Cuba, quien comparó las piezas de Grave de Peralta con otras por él conocidas, constancia del interés creciente por la arqueología a lo largo de la isla.

En esta primera década del siglo xx también se publicaron obras de autores cubanos que recogieron el legado decimonónico que sobre el tema indígena era conocido en el país. Estas en su mayoría fueron de proyección histórica y filológica; constituían su principal fuente de consulta los textos de los cronistas de Indias y en unos pocos casos, los limitados descubrimientos arqueológicos efectuados durante el siglo xix.

EL LEGADO DEL SIGLO XIX EN LOS AUTORES CUBANOS DEL SIGLO XX. LA HISTORIA Y LA FILOLOGÍA AL SERVICIO DEL PASADO ABORIGEN

Un libro importante en este decenio inicial fue el *Manual de Historia de Cuba para maestros* (1901), coordinado por la Junta de Educación y dirigido por el Dr. Carlos de la Torre y Huerta. El *Manual* realizado por un conjunto de autores cubanos presentó aspectos históricos y naturales del archipiélago cubano. Reeditado en 1904 y 1911 fungió como guía esencial para las clases de profesores primarios, de ahí su peculiaridad diferenciadora con otros textos de la época. El capítulo sobre los aborígenes de la mayor de las Antillas, titulado “Historia de los indios de Cuba”, exponía las conclusiones de las investigaciones de Carlos de la Torre y Huerta, en su andar por la isla. A través de las observaciones plasmadas en

las obras de Las Casas, Antonio de Herrera, Fernando de Oviedo, Pedro Martyr de Anglería, y de los objetos colectados por Miguel Rodríguez Ferrer, Francisco Jimeno, Luis Montané Dardé y él mismo, describió aspectos de la vida de los aborígenes cubanos. Sobresalen en sus valoraciones sus experiencias de campo, efectuadas en la región oriental del país, ya expuestas con anterioridad en la sede de la Real Academia de Ciencias de la Habana, el 12 de octubre de 1890.

No obstante, sus aciertos relacionados con el primer reporte de gubias —instrumentos realizados a partir de la concha de los caracoles univalvos que sirven para raspar y raer la madera—, la dirección de las migraciones de las poblaciones indígenas de oriente a occidente y la conexión antes del contacto europeo entre los habitantes de las islas antillanas y tierras continentales, De la Torre, contrariando lo expuesto por Las Casas y Oviedo, planteó que los cráneos deformados localizados en el oeste de Cuba pertenecían a una colonia caribe establecida en esta porción del territorio. Desde luego, el autor con esta opinión era portador de la tradición decimonónica relativa a la polémica sobre los caribes y la práctica de la deformación craneana, la cual nombró como perteneciente genéricamente al siboney, así como a toda evidencia aborígen en suelo cubano (siguiendo el criterio difundido); este fue otro de sus desaciertos, sin embargo él fue el primero en hallar durante la expedición de 1890 huellas arqueológicas de diferente tipología (las gubias) a las encontradas hasta esos momentos, lo que le hubiera permitido establecer y analizar la presencia de otro estadio de la sociedad comunitaria de Cuba.

En cambio, a pesar de sus limitaciones, es necesario reconocer que la “Historia de los indios de Cuba” en el *Manual de Historia...* fue el primer texto que generalizó el conocimiento de la historia de las comunidades aborígenes de la mayor de las Antillas, a través de fuentes históricas y vestigios arqueológicos, que devino obra de obligada referencia para empeños posteriores relacionados con esta temática y dirigido a un público mayoritario, como fueron los estudiantes. Entre estos esfuerzos se incluyen, además, los títulos *Nociones de Historia de Cuba* (1904) de Vidal Morales y *Los indios cubanos. Apuntes para la historia de Cuba* (1915) de Hipólito García del Pozo. Ambos aceptaron los criterios del Dr. De La Torre, quien de hecho revisó estas obras antes de su publicación. Otro intento con similares características fue el de Ramiro Guerra con su *Historia de Cuba*, publicada en 1922.

Estas obras históricas que vieron la luz entre 1900 y 1922, tuvieron sus antecedentes en la literatura editada durante la centuria anterior. La diferencia entre unas y otras radicó, en que las primeras sólo tuvieron por base las Crónicas de Indias y las segundas contaron con un exiguo pero interesante material arqueológico sobre el cual sustentar sus teorías.

También algunos textos de contenido filológico integraron el capítulo historiográfico referido a los primeros grupos humanos que habitaron Cuba en uno de sus aspectos, el lenguaje. El siglo xx tuvo su cultivador por excelencia, Alfredo Zayas, quien publicó *Lexicografía antillana* en 1914. Los antecedentes del género se enmarcaron en los conocidos textos de Esteban Pichardo, *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas* (1836); Bachiller y Morales, *Cuba primitiva* (1881) y de Nicolás Fort y Roldán, *Cuba indígena* de 1881.²

En otra dirección, las actividades académicas relacionadas con la arqueología en la isla prosiguieron su curso, aunque con menor intensidad; lo que pudo ocurrir tal vez por el desarrollo de otras disciplinas científicas como la medicina y por la incipiente separación en estos círculos intelectuales de esta y la antropología. Además, la labor de campo de la primera de ellas en esos momentos era protagonizada por extranjeros. Sin embargo, tanto la Real Academia de Ciencias de La Habana como la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey creada el 26 de mayo de 1913, continuaron como portavoces del acontecer arqueológico cubano, a través de sus *Anales*.

En los *Anales* de estos años se publicaron los textos de Enrique Gómez Planos, “Prehistoria de la isla de Cuba” (1900); “¿Vivían los taínos en la edad de la piedra grosera?” de Fernando García Grave de Peralta (1902) y de Luis Montané Dardé, “Informe sobre el estado de las ciencias antropológicas en Cuba” (1909). Los escritos de Gómez Planos y Grave de Peralta fueron artículos divulgativos, nada diferenciados de lo producido durante el siglo xix, salvo por escasos elementos en los que sobresalieron el estudio de piezas arqueológicas. El primero, por ejemplo, describe y caracteriza someramente algunos objetos de la colección pública del Museo de Santiago de Cuba, destacando los ídolos de piedra. Por su parte, el segundo, presentó las hachas petaloides de su colección particular, ambos contribuyeron de esta forma a la historia de las colecciones arqueológicas del territorio cubano.

En cambio, el trabajo de Montané fue un intento por historiar la antropología, insertando la arqueología y la paleontología, rela-

cionando al respecto los descubrimientos e investigaciones que sobre la temática se habían realizado en el siglo xix. Por lo tanto, lo significativo de este texto fue reconocer la definición de arqueología en las palabras del autor, la cual determinó como parte integradora de la antropología. Su posición estuvo dada sin dudas por su formación profesional y la proyección de ambos estudios bajo la perspectiva de la antropología física procedente de Francia, valoradas en el primer capítulo de esta investigación.

Del mismo modo, la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey, también contribuyó a la promoción de los resultados de los estudios arqueológicos en el país. Dicha asociación recepcionó los criterios de esta disciplina durante las siguientes cinco décadas del siglo xx. En el período entre 1913 y 1922 se destacó, en el seno de la corporación, el ingeniero Juan Antonio Cosculluela con sus conclusiones del trabajo en el montículo funerario de Guayabo Blanco, en la Ciénaga de Zapata. En este foro presentó en 1922 su título “La prehistoria de Cuba” (1922).

LA OBRA DE JUAN ANTONIO COSCULLUELA (1913-1914). ACIERTOS Y LIMITACIONES

El punto de enlace entre las obras de autores cubanos de los siglos xix y xx se estableció a través del libro del ingeniero de obras públicas Juan Antonio Cosculluela (1864-1950), quien expuso en 1913 su descubrimiento del mound de Guayabo Blanco en la costanera oriental de Zapata. Por esta fecha Cosculluela dirigió el proyecto gubernamental de deslinde de los pantanos de la península, al cual unió su interés por recoger leyendas, tradiciones y evidencias del folklore cubano en esa zona inexplorada de la isla, motivado por su amigo, el erudito don Fernando Ortiz. Las conversaciones entabladas con varios cenagueros, conocedores del lugar, le proveyeron de informaciones sobre evidencias pertenecientes a los “indios”. De esta forma e inmerso en estas tareas logró visitar cuatro caneyes de muertos o enterrorios indígenas de Loma de la Cruz, Sábalo del Jiquí, Venero Prieto y Ventura, donde excavó y localizó fragmentos de piedra, concha y restos de dieta. Sin embargo, el nombre de Cosculluela se inscribe en el panorama arqueológico cubano, a través de su más importante hallazgo: el mound de Guayabo Blanco, el 6 de octubre de 1913, el único con restos humanos hasta ese momento.

Después de concluida la primera fase de su estancia en la Ciénaga, regresó a La Habana con el material colectado y dio aviso a

la Secretaría de Obras Públicas que al efecto organizó una comisión, según decreto gubernamental del 7 de noviembre de 1913, para investigar su reporte. La expedición estuvo integrada por los doctores Carlos de la Torre y Luis Montané Dardé; don Fernando Ortiz, y el ingeniero José Primelles, además de su persona. El equipo científico de Zapata fue el primero que contó con los recursos del Gobierno para un financiamiento. Según el decreto citado, se le concedieron mil pesos y se dispuso que los objetos hallados pasaran al Museo Montané de la Universidad de La Habana.

El estudio del mound de Guayabo Blanco y las osamentas del cementerio, estuvieron a cargo del Dr. Montané, catedrático de la Universidad de La Habana y sus resultados los expuso en un capítulo titulado "El indio cubano de la Ciénaga de Zapata", inserto en el libro que redactó Cosculluela, *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, publicado en 1918.

Montané, en su escrito presentó sus opiniones a través de la comparación del caney de Guayabo Blanco con otros de su tipo localizados en Estados Unidos y uno en Venezuela; definidos por la forma de caney o montículo. Estudió la sepultura de Zapata desde los puntos de vista geológico, arqueológico y antropológico, sobresaliendo en su análisis la relación entre las piedras localizadas en el entierro y su posible fuente natural a 3 u 8 leguas de distancia; la descripción de las capas de tierra, caracoles y restos que componían el montículo y su trabajo con el material óseo. Este último, de incalculable importancia dada por su profesión y formación como antropólogo físico, fue su principal aporte a la arqueología cubana.

Otro elemento que se debe considerar es el hecho de que Montané fue el primero en preocuparse acerca de las fuentes de materia prima utilizadas por los aborígenes para la confección de sus útiles de trabajo, indicios válidos para establecer posibles desplazamientos de estos grupos humanos y lograr la vinculación con posibles áreas de trabajo, aspecto posteriormente comprobado por la arqueología de Cuba. Además, el antropólogo se ocupó de analizar exhaustivamente las evidencias zoológicas, por la cual solicitó la ayuda del Sr. Gerrit S. Miller del Museo Nacional de Washington, tal vez con el fin de definir las especies seleccionadas por los indocubanos para su sobrevivencia.

No obstante, Montané continuó fiel a los conocimientos antropológicos, obviando en cierta medida el enfoque histórico acerca de la filiación de estas comunidades que poblaron la mayor de

las Antillas, de esta forma se mantuvo al margen de la polémica que acontecía desde el siglo XIX, ya que no precisó si estas evidencias óseas podrían pertenecer a los taínos, caribes o siboneyes.

Por su parte, Juan Antonio Cosculluela, en su libro *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, expuso contradictorios criterios sobre la vida y costumbres funerarias del grupo humano que allí habitó, algunos de ellos fueron acertados planteamientos y otros totalmente erróneos.

Los aciertos más importantes de sus observaciones fueron los relacionados con la detallada y novísima información que brindó sobre la disposición y orientación de los cadáveres, en función de la posible localización de algún rito o práctica funeraria de los pobladores nativos de la zona, como manifestaciones de culto al sol y a la muerte como lo hacía la familia aruaca del continente. Los anteriores hallazgos de material óseo en las décadas pasadas no habían tomado estos aspectos en consideración. Incluso Montané ofreció una descripción rigurosa de los muertos de Boca del Purial, pero no refirió su orientación y posición exacta. Cosculluela enunció, además, la presencia de los restos de alimentos como ofrendas a los seres allí depositados, cuestión que sería bastante debatida en las siguientes décadas del siglo XX, ya que estas se tomaban indistintamente como ofrendas al aparecer junto a las evidencias óseas y en otro sentido eran consideradas como huellas de una reutilización del mismo lugar, es decir, se superponía un sitio funerario y un sitio de habitación. También proclamó su abierta oposición al enlazamiento entre las culturas antillanas con las yucatecas y mejicanas que obviaban la influencia suramericana, la cual estimó como única cierta para la migración hacia las Antillas. Esta fue la razón por la que asumió que el dialecto indio de Cuba integraba el tronco lingüístico aruaco continental e insular, de ahí que los taínos y siboneyes formaban parte de la familia amazónica.

El análisis realizado conjuntamente con Fernando Ortiz sobre la rotura en la espira del *Strombus gigas*, le permitió interpretar certeramente acerca de la presencia de esta concha marina en el sitio terrestre. Ellos determinaron la utilización de estos moluscos como alimentos y a partir del orificio precisaron la técnica de su extracción.

Como hombre de ciencia, este ingeniero tuvo algunos desaciertos que más tarde fueron rectificadas por el propio autor. Sus errores se concretan en intentos de colocar a los hombres que

construyeron el montículo funerario de Guayabo Blanco en las diferentes periodizaciones de moda en Europa sobre el devenir humano, así como establecer características generales y particulares según estudios foráneos de otras comunidades aborígenes. También se equivocó al tratar de relacionar la población nativa de la Ciénaga, de acuerdo con las evidencias localizadas en sus exploraciones, con grupos caribes y taínos.

La contradictoria ubicación, establecida por el autor, cultura neolítica, según los instrumentos hallados; y posteriormente negando la presencia de objetos de esta factura en territorio cubano, no ayuda al discernimiento del tema de la filiación histórico-cultural de esta comunidad. Incluso en su texto, al respecto expone un panorama desordenado. Para Cosculluela en la época del “descubrimiento” existían tres agrupamientos principales de desigual progreso: a) los guanahatabeyes en el occidente, en retroceso completo, aislados y viviendo en cuevas; b) los arawacos antillanos originarios del centro (cacicazgo de Cubanacán) que lindan por el este con los camagüeyanos; y c) los taínos orientales de la provincia de Santiago de Cuba. Además, especifica que los camagüeyanos de procedencia casi caribe se amoldaron a los taínos.

Otro de los problemas que se encuentra en la obra del ingeniero es el relacionado con la definición del grupo siboney, al cual autores como Ortiz y Harrington se habían referido. En primera instancia, Cosculluela no menciona al siboney, lo que no disminuye el valor de su trabajo, pero sí contradice las opiniones de los investigadores antes mencionados, quienes afirmarían que con esta obra se aclaró la situación sobre la existencia de esta comunidad en el archipiélago cubano. En cambio, otro error, pero en esta ocasión señalado certeramente por el arqueólogo norteamericano Mark Raymond Harrington fue tratar de demostrar una presencia caribe en Zapata por los caracoles perforados, siguiendo la idea del explorador Schomburgk,³ además, concluyó de manera simplista, que hubo un período de predominio caribe en la isla, a través del acercamiento a la colección arqueológica privada del coronel Rasco.⁴ De aceptarse este criterio, hubieran existido caribes en lugar de siboneyes en el Cabo de San Antonio, como plantea el autor norteamericano. Atendiendo a que Cosculluela recibió el legado decimonónico y su polémica sobre presencia caribe en la mayor de las Antillas, es comprensible el porqué de su errónea afirmación. Precisamente sobre la deformación craneana opinó entonces que era exclusiva de este grupo belicoso.

En otro orden el ingeniero plantearía que los estudios filológicos desarrollados por Tranquilino Sandalio de Noda, Bachiller y Morales, Pichardo y Poey arrojaron luz sobre el indio cubano y su grado de parentesco, cuando en realidad ninguno hizo referencia a este aspecto como parte del estudio de dichas comunidades, y de hecho, en la época nadie lo había tratado, salvo la somera mención de las distintas formas de transmisión del cacicazgo que presentó José María de la Torre, según información de los cronistas de Indias. Además Tranquilino Sandalio de Noda y Andrés Poey no fueron reconocidos como filólogos, ni sus obras catalogadas como tales, cuestión planteada equivocadamente por el descubridor de Guayabo Blanco.

No obstante el significado real de *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata* fue la presentación de novedosos y diferentes hallazgos relacionados con los aborígenes cubanos, lo cual permitió ampliar el registro de datos que se tenía sobre nuestros primeros habitantes. Posteriormente se establecieron nuevos criterios acerca de esta población en la isla de Cuba,⁵ tomando como argumento las evidencias localizadas en este sitio arqueológico. Con Guayabo Blanco se realizó de hecho el primer estudio estratigráfico concienzudo. Si bien tuvo sus antecedentes en los trabajos de Ferrer que midió el caney camagüeyano en 1848 y de Montané en Boca del Purial en 1888, que tomó dimensiones de su excavación, en el mound cenaguero se precisó el espesor de las capas y su constitución. También Fewkes (1904) las realizó durante sus incursiones por la isla. En Cosculluela se percibe a partir de sus interpretaciones, la contradicción de haber heredado una tradición evolucionista del XIX cubano y los nuevos conocimientos del XX.

Juan Antonio Cosculluela rectificó algunos de sus equivocados planteamientos en el discurso presentado ante la Sociedad de Historia Natural Felipe Poey el 25 de octubre de 1922. En *La prehistoria de Cuba* evocó los estudios históricos, arqueológicos y etnográficos para fundamentar la historia de los grupos aborígenes del archipiélago cubano, etapa enunciada por él como prehistoria. Reconoció la existencia de los siboneyes y los taínos, y no aceptó la de los caribes en la mayor de las Antillas. Estos criterios estaban de acuerdo con los resultados del trabajo de los arqueólogos norteamericanos en la isla, Fewkes y Harrington, cuyas obras ya estaban publicadas en esta fecha. De hecho, elogió las intervenciones de estos profesionales en territorio cubano y asumió las hipótesis migratorias para el posible poblamiento de

Cuba que aquellos postularon. Este título de Cosculluela sólo resumió algunas de las ideas vertidas por otros colegas y aceptadas por él. Incluso en sus palabras se detecta la influencia del historicismo cultural, presente en las interpretaciones de los arqueólogos nortños, que se analizarán en el siguiente epígrafe, incluso tal vez como preámbulo de los postulados de la ecología cultural.

[...] el estudio prehistórico antillano basado en las relaciones históricas de los primeros cronistas, y en las investigaciones arqueológicas y etnográficas modernas, demuestra la importancia y decisiva influencia de la reacción del medio sobre el hombre, hasta el extremo de haber sido el factor más prominente en la orientación cultural de las dos razas, que se disputaron la supremacía antillana: taínos y caribes.⁶

Indiscutiblemente la obra que consagró a Juan Antonio Cosculluela dentro de la arqueología cubana fue *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, por la cual sería reconocido por las generaciones científicas venideras. Sobresalieron sus aciertos por encima de las limitaciones o errores que se enumeraron y que correspondieron con la época en la cual vivió.

NOTAS

¹ Este artículo forma parte de la tesis de maestría de la autora “Los estudios arqueológicos y la historiografía aborígen de Cuba (1847-1922)” defendida en la Universidad de La Habana en diciembre de 2002.

² El diccionario de Pichardo fue el primero del continente que brindó una explicación de la flora y fauna americanas, además de describir los usos y costumbres de los naturales de la región, entre ellas Cuba. Al integrar la amplia información recogida en su obra, Pichardo sólo insertó unas pocas palabras utilizadas en la mayor de las Antillas, que a su juicio eran de procedencia indígena, descartando totalmente la ascendencia aborígen de la toponimia cubana. Por esta razón su encomiable esfuerzo quedó limitado a relacionar las voces que consideró nativas y que aún se conservaban en las primeras décadas del siglo XIX. En cambio, Bachiller, al continuar sus pasos, incrementó este vocabulario y acertadamente negó el origen maya de la lingüística de los aborígenes de Cuba. Sin embargo, la exhaustiva abundancia de datos que incluyó en su obra, de cierta manera dificultó la comprensión de la misma. En tanto que, el intento Fort y Roldán careció totalmente de fundamento científico, razón por la que fue marginado dentro del panorama de la historiografía aborígen cubana. Alfredo Zayas, por su parte, registró en su libro las voces de los aborígenes antillanos y los topónimos de igual ascendencia, aunque no refirió sus usos y costumbres como antaño hicieran sus predecesores.

³ Roberto Hermán Schomburgk (1804-1865). Biólogo y explorador alemán. Llegó a las Américas en 1829 y en 1830 comenzó a explorar la Guayana Inglesa.

⁴ Federico Rasco y Ruiz, coronel del ejército libertador, fungía en 1916 como jefe del distrito militar de Pinar del Río y al parecer en 1921 pasó a residir en la capital. Su extensa colección, provista de importantes piezas aborígenes, fue resultado de su estancia en los campos cubanos, particularmente en la región oriental. Su planteamiento se basó en el perfecto acabado y belleza de las piezas que relacionó con grupos más desarrollados.

⁵ Las evidencias de Guayabo Blanco fundamentaron en 1942 el grupo siboney Guayabo Blanco (Irving Rouse) que permaneció dentro de la nomenclatura para las comunidades aborígenes cubanas hasta 1990.

⁶ Juan Antonio Cosculluela: *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*. La Habana, 1918, p. 5.

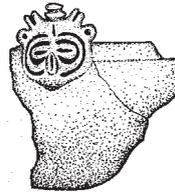
BIBLIOGRAFÍA

- Alcina Franch, José (1989): *Arqueología antropológica*. Madrid, Ediciones AKAL.
- Álvarez Conde, José (1956): *Arqueología indocubana*. La Habana, Impresores Ucar.
- Bachiller y Morales, Antonio (1883): *Cuba Primitiva*. La Habana, Imprenta La Correspondencia de Cuba.
- Bronfman, Alejandra (1998): “Tutelage, convergence and implication: American science in the Caribbean”, trabajo preparado para OAH conference, abril 2-5. 1998, fotocopia (inédita).
- Casas, fray Bartolomé de Las (1951): *Historia de las Indias*. 3 t., México. Fondo de Cultura Económica.
- Cosculluela, Juan Antonio (1965): *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, La Habana [Editorial E.C.A.G.].
- _____ (1922): *La prehistoria de Cuba*. La Habana, Imprenta El Siglo XX.
- Fort y Roldán, Nicolás (1881): *Cuba indígena*. Madrid, Imprenta de Moreno y Rojas.
- García del Pozo, Hipólito (1915): *Los indios cubanos. Apuntes para la historia de Cuba*. La Habana, Imprenta La Propagandista.
- García Valdés, Pedro (1930): *La civilización taína de Pinar del Río*. La Habana, Imprenta El Siglo XX.
- Gordon y Acosta, Antonio (1894): *Medicina indígena de Cuba y su valor histórico*. La Habana, Sarachaga y H. Miyares
- Guadarrama González, Pablo y Miguel Rojas (1998): *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX*. La Habana, Editorial Félix Varela.
- Harrington, Mark R. (1935): *Cuba antes de Colón*. La Habana, Talleres Cultural, S. A.
- López Veitía, Enrique (1888): *Medicina de los siboneyes*. Habana, Establecimiento Tipográfico de Soler, Álvarez y Cía.

- Mercier, Paul (1977): *Historia de la antropología*. Barcelona, Ediciones Península.
- Ortiz, F. (1922): *Historia de la arqueología indocubana*. La Habana, Imprenta El Siglo XX.
- Pichardo Tapia, Esteban (1976): *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Poey, Andrés (1853): *Antiquities of Cuba, A brief description of some relics found in the Islan of Cuba*. T III, Part. I, New York, Transaction of the American Ethnological Society.
- Rangel González, Armando (2001): "Algunos aspectos sobre la historia de la antropología: El Museo Antropológico Montané". Tesis en opción al grado científico de Dr. en Ciencias Históricas. La Habana [inédito].
- Reynoso, Álvaro (1881): *Agricultura de los indígenas de Cuba y Haití*. París, Imprenta A. Lahure.
- Torre, Carlos de la (1904): *Guía para los exámenes de maestros cubanos*. La Habana, La Moderna Poesía.
- Torre, José María de la. *Compendio de geografía física y política de la Isla de Cuba*. Imprenta M. Soler, La Habana, 1854.
- Trelles, Carlos (1918): *Biblioteca científica cubana*. Matanzas, Imprenta de Juan Oliver.
- Valdés, Dr. Ramón Francisco (1864): *Compendio de la historia antigua de la isla de Cuba, dispuesto en forma de diálogo para uso de las escuelas*. La Habana, Imprenta La Antillana.
- Valdés y Aguirre, Fernando (1859): *Apuntes para la historia de Cuba Primitiva*. París, Impreso por E. Thunot y Cia.
- Zayas, Alfredo (1914): *Lexicografía antillana. Diccionario de voces usadas por los aborígenes de las Antillas Mayores y de algunas de las menores y consideraciones de su significado y de su formación*. La Habana, Imprenta el Siglo XX.

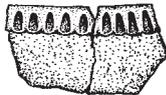
FUENTES DOCUMENTALES

- Archivo del Instituto de Literatura y Lingüística. Fondo Fernando Ortiz.
- Archivo Museo de Historia de la Ciencia Carlos J. Finlay. Fondo Expedientes Académicos.



APUNTES PARA UNA HISTORIOGRAFÍA DE LA ARQUEOLOGÍA DOMINICANA¹ (1ra. PARTE)

JORGE ULLOA HUNG



Si comparamos el tiempo asociado al empleo de la escritura —fuente principal de los estudios históricos tradicionales— con respecto al extenso período marcado por la existencia humana, se puede comprender la trascendental importancia de la arqueología como ciencia que investiga la historia del ser humano a partir del uso de elementos no vinculados al documento escrito. Lo anterior no sólo nos remite a la necesidad de reevaluar nuestro propio concepto de historia, sino que nos permite afirmar que un examen historiográfico de los aspectos relacionados con los orígenes y evolución de la práctica arqueológica en la República Dominicana y el Caribe, en particular en el arco de las Antillas, necesariamente nos conduciría a la evaluación de los avances en el estudio del más extenso período de nuestra historia.

Por otro lado, el análisis de las proyecciones del trabajo arqueológico en diferentes momentos, así como sus avances en el plano teórico y metodológico en el ámbito nacional, a su vez ilustran la maduración del contexto sociocultural en que se ha desarrollado esta ciencia, además de referenciar la asimilación gradual de un compromiso social que la disciplina ha asumido con el rescate de la identidad dominicana. En este sentido es importante tomar en cuenta que cualquier análisis objetivo de la arqueología dominicana no puede considerarse totalmente desvinculado del desarrollo de la arqueología americana, y en sentido general del desarrollo de la disciplina en el ámbito mundial.

UN POCO DE HISTORIA

Las diferencias fundamentales entre una arqueología clásica y una arqueología científica aun cuando se concretaron y se hicieron más evidentes en el siglo XIX, hunden sus raíces en el siglo XVI y se vinculan a los inicios de la propia antropología americana. Si analizamos minuciosamente los textos de cronistas de la conquista de América como fray Bernardino de Sahagún, fray Diego Durán, fray

Diego de Landa, fray Ramón Pané, fray Bartolomé de Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, entre otros, no sólo tropezaron con obras de carácter etnográfico sino también de carácter arqueológico, en tanto la naturaleza del contexto americano que describen hacen que el pasado se encuentre en marcha en el propio presente que viven los conquistadores europeos.²

Esta es una paradoja fundamental que se debe tomar en cuenta cuando se analizan las diferencias entre una arqueología clásica, en la que se busca el pasado a través de la descripción o apreciación de los restos materiales del mismo, y una arqueología de nuevo tipo en la que la realidad americana desempeña un papel esencial. En otras palabras la arqueología que se gesta con el descubrimiento del llamado Nuevo Mundo es una Arqueología viva, una arqueología antropológica frente a una arqueología esteticista y formalista. Esta situación también marca un nuevo tipo de coleccionismo que sale de los marcos europeos y clásicos y que toma como base esencial no solamente lo bello sino también lo exótico, surgen de esta manera las primeras colecciones de antigüedades del Nuevo Mundo como consecuencia de un incesante flujo de obsequios entre los miembros de las cortes europeas.

En el siglo XIX se deslindaron los campos dentro del trabajo arqueológico, que comenzó a considerarse una disciplina académica: la ciencia del estudio del pasado a través de restos materiales. En ese caso la fundación de la prehistoria como un campo científico estuvo precisamente vinculada al empleo del criterio estratigráfico como un criterio que derivado de la geología se aplicaba en arqueología, también es justo tomar en cuenta los avances en la biología ya que el valor de los fósiles, animales o plantas, para los paleontólogos fue trasladado a los instrumentos y restos materiales e incluso a los restos óseos humanos, surgió así el concepto de *fósil cultural* como una clara muestra de la influencia de las ciencias naturales en la arqueología.

El evolucionismo en arqueología se desarrolló entonces a partir de la propia organización de los datos arqueológicos sobre una base tecnológica, lo cual implicaba un fundamento evolucionista en su misma estructura. El esquema organizativo sobre la base del material de los instrumentos, piedra, bronce o hierro, fue el criterio central para el desarrollo de varios sistemas de clasificación y sobre todo para la creación del término *edad* como la guía en la interpretación del proceso histórico por el que había atravesado la humanidad, en especial a partir de la observación del occi-

dente europeo. Esta situación o esta percepción tuvo sus ecos en los primeros historiadores americanos y en los propios pininos de la arqueología del continente, donde la tendencia fue a asumir, generalmente de manera acrítica o parcializada, las informaciones de las crónicas o a equiparar y acomodar los primeros descubrimientos a los moldes de la prehistoria europea.

Realmente esta primera percepción americana a nuestro juicio tiene tres motivaciones esenciales, en primer lugar la historiografía vernácula americana se gestó a partir de un sentido de patria chica, en la cual el pasado precolombino fue asumido como anécdota de inicio y su abordaje reflejaba un sentimiento ambivalente, por un lado el de sentirse parte de este nuevo terruño, y por el otro, el orgullo de su ascendente europeo. Esta situación conllevó a que a la vez que se exaltaba con cierta nostalgia la mansedumbre del indígena y se recreaba de manera romántica su modo de vida, se sentía orgullo por las hazañas de los conquistadores de Indias asumidas con un sentido épico y de precedente generacional.

Los otros dos factores influyentes estarán vinculados con el hecho de que la mayor parte de los primeros estudios, exploraciones y excavaciones, o descripciones arqueológicas en el Nuevo Mundo serán realizados por estudiosos europeos, como parte o dentro del propio estatus colonial impuesto por las antiguas metrópolis y como forma de acentuar sus mecanismos de dominación a partir del mejor conocimiento de los dominados. Por otro lado el desarrollo de una incipiente perspectiva antropológica propiamente americana, aun cuando sentó sus bases principalmente a lo largo del siglo XIX, hunde sus raíces en el desarrollo de la antropología europea de este siglo, sobre todo en la antropología francesa e inglesa, naciones donde para este período se encontraban organizadas o creadas sociedades antropológicas o etnográficas.

Esta incipiente arqueología también se caracterizará por el empleo del término *edad*, siguiendo el patrón europeo del evolucionismo, en lugar del término *etapa*, lo cual acarrearía no pocos problemas, en tanto la existencia de etapas homotaxiales, comparables, u homologables en las diferentes partes del Nuevo Mundo, quedaba opacada al tomar como patrón esencial de referencia las edades europeas.

Otra característica de la prehistoria evolucionista de fines del siglo XIX, y que se percibe en la incipiente arqueología y antropología americanas, es un interés creciente por la ecología, lo que en ocasiones culminó en una especie de ambientalismo al observar o

percibir los cambios en las industrias humanas en relación con el clima. Si bien este recurso servía o era de utilidad para ordenar cronológicamente las industrias, también hacía patente un determinismo ambiental que encajaba con las ideas predominantes en la época, sobre todo por la ya mencionada influencia de las ciencias naturales en la arqueología.

Sin embargo, la característica más sobresaliente de esta arqueología con matiz evolucionista será la recurrencia a los datos etnográficos con fines comparativos y analógicos. En otras palabras los pueblos primitivos o los reductos existentes de ellos se consideraban culturalmente retrasados o sin evolución y por tanto una ilustración viva de los constructores de industrias prehistóricas. En virtud de este razonamiento la arqueología requería necesariamente de un complemento etnográfico capaz de ilustrar etapa por etapa los hallazgos tecnológicos ofrecidos por el análisis arqueológico, y de esta manera se establecía una especie de relación tradicional y condicionante entre arqueología y etnografía,³ que en el caso particular de las Antillas al no contar con sociedades y culturas vivas en estado supuestamente primitivo, asumió la descripción etnográfica realizada por las Crónicas de Indias como el elemento central para generar comparaciones, y donde estas, en lugar de complementar la investigación arqueológica, fueron asumidas con un sentido contrario, es decir, como el centro al que la arqueología complementaba o debía complementar.

LAS CRÓNICAS DE INDIAS COMO FUENTES PARA EL ESTUDIO DEL PASADO ABORIGEN EN LAS ANTILLAS

Hasta finales del siglo XIX el mundo precolombino en las Antillas fue estudiado bajo el criterio de un conjunto separado del resto del contexto arqueológico de América, y en esto evidentemente influyeron las concepciones históricas vinculadas a los modelos coloniales europeos, que como se ha dicho propiciaron los inicios y el desarrollo de los estudios de arqueología en América. Según esos modelos la historia debía verse como la historia de las posesiones de las potencias europeas, lo que imponía cierta fragmentación y no el matiz autóctono y de unidad cultural necesarios para establecer la relación dinámica entre los diferentes espacios caribeños desde el propio período precolombino.

Las Crónicas en ese caso eran utilizadas como el elemento de comparación y de referencia obligada, sobre todo en el estudio del mundo precolombino antillano, donde las mismas ofrecían una

información de primera mano al ser los primeros territorios reconocidos por los europeos, sin embargo por lo general no se tomaba en cuenta que la mirada escudriñadora, de asombro, de primera impresión, que en ocasiones hacía de estas obras documentos muy detallados y prolíferos, podía a su vez estar cargada del etnocentrismo y de los intereses propios de un proceso tan traumático como la conquista. Por otro lado tampoco se tomaba en cuenta en el incipiente desarrollo arqueológico del momento, que no todo el material arqueológico necesariamente debía estar representado o refrendado por las Crónicas y relatos, en tanto estas sólo se referían a un momento histórico, esto a su vez limitaba la explicación de muchos de los procesos culturales acaecidos en otros momentos cronológicos o en contextos para los cuales la documentación o las descripciones no se mostraban prolíferas; la solución a muchos de estos inconvenientes se buscaba entonces en la extrapolación, ya fuera en un sentido temporal o espacial, de los datos descritos.

A pesar de sus limitaciones las fuentes históricas más cercanas y procedentes del siglo XV y XVI serán de las más utilizadas en el análisis y reconstrucción del mundo precolombino, y entre las que se recurrirá con mayor frecuencia e insistencia se encuentran los escritos de Cristóbal Colón, Pedro Mártir de Anglería —quien hizo públicos sus datos e informaciones a través de su obra *Décadas del Nuevo Mundo*—,⁴ de Rodrigo Álvarez Chanca, Diego Méndez, entre otros. Sin embargo, dentro del conjunto de fuentes y autores de la conquista es justo destacar una trilogía, cuyas obras fueron, a nuestro modo de ver, de las más recurridas o citadas en cualquier obra histórica al momento de estudiar o esbozar el período precolombino de las Antillas.

El primero de esos autores es fray Ramón Pané,⁵ cuya obra representa el interés del colonizador por conocer la religión y las costumbres de los aborígenes, y sus descripciones en ese sentido se convirtieron (aún lo son en alguna medida) en la base esencial para las interpretaciones, comparaciones y el abordaje de estos temas por parte de otros cronistas —en especial por fray Bartolomé de Las Casas y Hernando Colón— así como por la mayoría de los historiadores y antropólogos.

Fray Bartolomé de Las Casas es otro de los autores más recurridos en este período, cuya obra esboza puntos de contacto en cuanto a sentido, riqueza e importancia, comparables a los escritos y descripciones generados por Pané, mientras por otro lado exhibe matices que son dignos de señalar.

Las descripciones de Las Casas son explícitas en sus batallas en diferentes arenas en pos de lograr sus propósitos, y sus ideas en ese sentido se despliegan a través de apasionados documentos en los cuales se percibe su implacable hostilidad hacia los conquistadores y hacia todos los que de una manera u otra explotaban a los aborígenes. Los documentos con este fin, comenzando por el memorial enviado desde la isla La Española en 1516, fueron siempre destinados a convencer a las autoridades de la injusticia que se cometía contra los aborígenes, y que por tanto debían hacer algo para impedirlo. A lo largo de toda su obra esta es cualidad que se distingue.

En sentido general sus escritos y descripciones esbozan una interrogante esencial: ¿Qué sostiene el legítimo derecho de España a gobernar en América? De ahí que sus obras hayan sido esgrimidas como fundamento esencial por la mayor parte de las historiografías vernáculas de América al momento de describir las comunidades aborígenes, para resaltar su mansedumbre y exaltar con cierto romanticismo sus costumbres y formas de vida o para referirse al pasado precolombino con cierta nostalgia, así como por autores criollos de ideas independentistas como una forma de cuestionar los propios derechos de España a estar en América.

El tercer autor de la trilogía ya mencionada es el cronista oficial de la Corona española en América, Gonzalo Fernández de Oviedo, y dentro de su producción su obra más destacada es *Historia general y natural de Las Indias*.⁶ Esta obra intenta reflejar el florecimiento del imperio español en América así como las experiencias y los choques intelectuales y espirituales de toda una generación dentro de la conquista.

En sentido general su obra trasluce una especie de hechizo por la naturaleza americana que se produce de manera paulatina y gradual, mientras sus opiniones sobre la condición y el destino de los aborígenes constituyen un tributo del cronista a la necesidad de hallar una explicación racional a la propia conquista americana.

Por otro lado la obra de Oviedo intentó, a través de sus escritos, satisfacer el interés por el Nuevo Mundo, en especial su *Historia general y natural de Las Indias* reproduce al monarca sus experiencias en la isla de Santo Domingo además de todo lo que había podido ver y comprender en Las Indias. En sus descripciones de La Española y de la llamada Tierra Firme, los datos contemplan las actividades productivas, animales, plantas, minas, pesquerías y costumbres de sus habitantes.

Las apreciaciones de Oviedo sobre las comunidades aborígenes de La Española también corroboran las descripciones anteriores. Su actitud etnocentrista y discriminatoria llega al punto de catalogar la rebeldía aborígen como un pasatiempo que trajo aparejado el suicidio para no trabajar. En este mismo sentido Oviedo no se nos presenta del todo transparente al explicar el exterminio de los aborígenes de la isla y al mismo tiempo oculta otras causas o las esgrime de manera más subliminal.

El análisis a fondo de sus criterios nos ilustra que su crónica en total alcanzó una perfecta unidad respecto a sus motivaciones centrales, que se vislumbran como su inspiración principal. Mientras por otro lado, la contemplación del ser humano y la naturaleza serán a su vez una guía para tejer la visión ordenada de las cosas en Las Indias, para recrear sus facultades de observador agudo y metódico, lo que le confiere a pesar de su marcado etnocentrismo, un importante lugar dentro de la incipiente antropología americana y caribeña.

LOS ANTECEDENTES DE LA ARQUEOLOGÍA DOMINICANA

La constante recurrencia a las fuentes históricas de la conquista se encuentran relacionadas de manera estrecha con las primeras manifestaciones y balbuceos de la historiografía sobre República Dominicana o sobre la isla de Santo Domingo en su conjunto, así como con los primeros balbuceos de investigación arqueológica que responden fundamentalmente a los esquemas del evolucionismo europeo.

Dentro de esta primera etapa sobresalen autores como Charlevoix, quien para 1730 publicó en París su *Histoire de L'Isle Espagnole ou de Saint Domingue*, obra en la que se enfoca con gran interés científico lo relativo a las costumbres, hábitos, organización y expresiones culturales de los aborígenes que poblaron la isla de Santo Domingo,⁷ y la que además debido a su claridad y su estilo se convirtió en una de las más importantes fuentes para el conocimiento del indígena antillano (Veloz 1972:2). Dentro de esta misma línea y por esta misma época (1734) también es posible ubicar la obra de Jean B. Pers, *Histoire Civile, Morale et Naturelle de L'Isle de Saint Domingue*, que también fue publicada en Francia y donde se aborda el tema de las comunidades precolombinas tomando como centro las descripciones y la perspectiva de la crónica histórica.

Durante el siglo XIX, y especialmente sobre la isla de Santo Domingo encontraremos otras obras de carácter histórico que en sus primeras páginas tocan de manera amplia, y con perspectiva fundamentalmente ceñida a lo narrado por la documentación europea del siglo XVI, el tema de las comunidades aborígenes. En su mayoría el centro de las descripciones nos remiten sólo a un momento de la más temprana historia de la isla, y sobre todo a la percepción etnográfica cargada de asombro legada por el colonizador. Dentro de esos acercamientos al pasado aborígen desde las fuentes históricas documentales se cuentan como algunos de los más importantes una *Historia de Santo Domingo* publicada en 1853, fruto del trabajo del historiador dominicano radicado en Cuba Antonio del Monte y Tejada; también se encuentra la labor del historiador José Gabriel García, quien en 1876 publicó su trabajo *Memorias para la historia de Quisqueya*, que luego daría origen en 1893 a su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, en el cual ofrecerá una oportuna, aunque en ocasiones errada, visión del aborígen antillano y de su organización política y social.

Fue también a mediados del propio siglo XIX que en la isla de Santo Domingo se concentraron los primeros esfuerzos por interpretar restos arqueológicos. Estos esfuerzos se iniciaron con los trabajos de sir Robert Schomburgk (1804-1865), quien exploró la cordillera central y localizó un cementerio indígena en Constanza, fue el primero en describir y conocer la plaza indígena de San Juan de La Maguana en la provincia de Azua, en el lugar conocido como Corral de Los Indios, y a él también se deben las primeras descripciones de las reconocidas cuevas de Borbón y el Pomier de gran trascendencia dentro del arte rupestre de la República Dominicana. Los trabajos de Schomburgk revelan un propósito arqueológico con cierta precisión o al menos una búsqueda intencional cuyo paralelo para el caso antillano, puede encontrarse en los trabajos desarrollados por el naturalista e investigador cubano Andrés Poey.⁸

Las experiencias científicas de Schomburgk en el estudio etnográfico de las comunidades indígenas de Guyana y el Orinoco (1841) provocaron que este autor asumiera el estudio desde una perspectiva etnológica, en el cual el referente fundamental para interpretar o especular sobre los monumentos encontrados en sus recorridos eran las tribus suramericanas. Por otro lado el propio título de su informe *Investigaciones etnológicas en Santo Domingo*, dado a conocer por la Sociedad Etnológica de Londres en diciembre de 1851, es una muestra de la clara interdependencia

entre etnología y arqueología para este período. Aunque en este caso dada la extinción de la población original de la isla su centro de atención se dirigió hacia la historia y los monumentos, y hacia las supervivencias tanto culturales como raciales de la población aborígen, en especial su proceso de mestizaje.

En sentido general podemos decir que el autor brinda el primer informe arqueológico sobre la isla, y quizás uno de los primeros de las Antillas, y aunque muchas de sus opiniones evidentemente fueron superadas deben considerarse precursoras de las investigaciones arqueológicas en el Caribe, además de formar parte de tópicos importantes y controvertidos para la arqueología de la región.

Por esta misma época (1881) Louis Alphonse Pinart realizó estudios sobre la zona de la bahía de Samaná, estudio que fue autorizado por el Gobierno dominicano, y al decir del Dr. Marcio Veloz (1972) fue el primer documento arqueológico de carácter oficial en la isla de Santo Domingo. En el mismo se recoge una exposición dirigida al ministro de Justicia, Fomento e Instrucción Pública de la República Dominicana, que fue calzada con dibujos y publicada en la *Gaceta Oficial*, No. 366 del 18 de junio de 1881.

El informe de Pinart no sólo tiene carácter arqueológico sino también antropológico, y en él se tocan aspectos de carácter geográfico y paisajístico, lo que unido a las disquisiciones históricas y a las descripciones propiamente arqueológicas forman el cuerpo principal del mismo. Dentro de los elementos descritos se encuentran concheros, petroglifos y enterramientos. Sobre estos últimos son muy importantes sus estimaciones sobre la posición, las ofrendas además de su parangón con lo observado para otras tribus americanas. En este mismo sentido sus apreciaciones sobre la estatura de los individuos y sus dimensiones craneales constituyen junto a las observaciones de Andrés Poey y Miguel Rodríguez Ferrer sobre cráneos de Cuba, además de las investigaciones de Henri Dumont en Puerto Rico, las primeras informaciones científicas sobre antropología física en el área del Caribe.

El carácter científico y propiamente arqueológico del informe de Pinart también se muestra en sus intentos por desarrollar un análisis tipológico y comparativo entre objetos presentes en colecciones de Puerto Rico, Santo Domingo y México, lo que a su vez nos refiere que para esta época los intentos científicos iniciales coexistían con el matiz fundamentalmente coleccionista del trabajo arqueológico (Veloz 1972).

Dentro de esta misma línea pueden incluirse los trabajos del investigador inglés Roth Ling, quien para esta época publicó su interesante trabajo *The Aborígenes of Hispaniola* (1987:247-286) además de las investigaciones llevadas a cabo por William Gabb (1932:1-8), quien entre 1869 y 1871 exploró y prestó especial interés al estudio estratigráfico de las cavernas ubicadas en la zona litoral de la provincia de Samaná, además de describir sitios de interés arqueológico en las cercanías de la bahía de San Lorenzo. Sus trabajos aportaron una de las primeras y más importantes muestras de alfarería de esta zona

Sobre la región de Samaná en este período también se encuentran los trabajos de William Abbott, quien realizó exploraciones y excavaciones en muchos de los yacimientos o zonas que ya habían sido trabajos por Gabb, pero en este caso su principal centro de atención estuvo en los remanentes dietarios, en tanto su principal objetivo era el estudio de especies biológicas.

Por esta misma época el Dr. Alejandro Llenas publicó su opúsculo titulado "El descubrimiento del cráneo de un indio Ciguayo en Santo Domingo" en el cual este autor fundamentándose en la zona del hallazgo estableció que se trataba de un cráneo con deformación tabular oblicua que correspondía a los grupos Ciguayos, a los relacionó con los Caribes.⁹

DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGÍA EN EL SIGLO XX. PARTICULARISMO HISTÓRICO NORTEAMERICANO. SU INFLUENCIA EN LA NACIENTE ARQUEOLOGÍA DOMINICANA

En el campo concreto de la arqueología las principales críticas generales al evolucionismo del siglo XIX se originaron a partir del estudio de casos en los que la idea del progreso tecnológico constante fracasaba por falta de evidencias o, donde las evidencias más bien contribuían a demostrar lo contrario. A partir de aquí se generó una nueva corriente de pensamiento dentro de la antropología que intentaba romper con el simplismo y hasta cierto punto la ingenuidad del desarrollo unilineal, y siempre ascendente, planteado por el evolucionismo de esta época. Esta nueva corriente tuvo importantes repercusiones dentro de la etnología y la etnografía norteamericanas y de hecho en la arqueología del Caribe.

La nueva tendencia conocida como historicismo coincidía en varios aspectos con el antiguo evolucionismo, y al decir de algunos autores realmente no puede considerarse como una expresión homogénea (Alcina 1989). Sus principales expresiones en el ámbito americano se perciben a partir del llamado particularismo

histórico norteamericano, enarbolado por el antropólogo Frank Boas.

A pesar de que el particularismo norteamericano se expresó sobre todo en el campo de la etnografía, sus huellas son más que evidentes en el campo arqueológico, y sus manifestaciones esenciales dentro de este terreno son palpables hasta la década del 40 y el 50 del siglo XX, y aún en la actualidad.

En sentido general el historicismo planteaba:

El ser humano es imposible sujetarlo a leyes o reglas que lo expliquen. El desarrollo de la humanidad es resultado de un constante tejer y destejer, de avances y retrocesos que solo se explican por una voluntad individual y por circunstancias siempre particulares, las que no se repiten de manera idéntica por lo que hay que estudiarlas minuciosamente de manera aislada y particular en cada caso (Alcina 1989:23).

El particularismo histórico tampoco descartaba las relaciones entre cultura y ambiente, rasgo en el que coincidía con el antiguo evolucionismo, incluso algunas apreciaciones de esta naturaleza constituyen el centro de determinadas aproximaciones teóricas, sin embargo, uno de los aspectos más importantes eran sus consideraciones sobre el ser humano con una tendencia muy marcada hacia la imitación y no hacia la creación independiente de las formas que pudieran poseer un estrecho parecido a pesar de la distancia o la cronología. De esta manera en el centro del particularismo histórico la difusión sería una, sino la más generalizada, explicación de los fenómenos culturales.

Los postulados de esta escuela antropológica serán las bases que de manera directa o indirecta guiarán una buena parte del trabajo arqueológico en América y el Caribe a inicios del siglo XX, además de determinar en buena medida el auge en los trabajos de campo y de la acumulación de informaciones sobre piezas o yacimientos en este período.

Entre los postulados principales que guiaron este particularismo se cuentan:

- a) El pasado de un fenómeno cultural lo hace comprensible, por tanto los esfuerzos deben concentrarse en hallar explicaciones históricas a los fenómenos culturales.
- b) La arqueología como ciencia se considera parte del contexto explicativo de los hechos del presente de aquí que implícita-

mente debe ser asumida como uno de los métodos de la antropología para comprender las culturas humanas.

- c) La teorización en arqueología requiere de una gran cantidad de investigaciones parciales muy minuciosas, sólo esto permitirá arribar a conclusiones. Estas últimas consideradas como la acumulación de información sobre un tema o una cultura determinada.

Según estos principios la arqueología no debía plantearse problemas teóricos que pudieran ser resueltos mediante una investigación ordenada de acuerdo con hipótesis, sino que bastaba con la acumulación de datos e informaciones acerca de las culturas del pasado para su conocimiento exhaustivo y su explicación. En otras palabras si es el pasado de una cultura lo que la hace comprensible, el papel de la disciplina arqueológica como método de la antropología se reducía a acumular conocimientos acerca del pasado de las culturas, y su principal meta era el ordenamiento cronológico e histórico y no otro tipo de interpretaciones.

El auge del enfoque particularista histórico en la antropología norteamericana de inicios del siglo xx estuvo acompañado de la propia penetración de Estados Unidos como potencia imperial en América Latina y el Caribe. Ambos factores se conjugaron para propiciar una importante labor arqueológica en las Antillas y la creación de los primeros esquemas culturales para ordenar las comunidades aborígenes que habitaron este espacio.

La situación también favoreció que instituciones norteamericanas dedicadas a los estudios antropológicos y etnográficos desarrollaran una actividad intensa en el Caribe a través del patrocinio de trabajos de campo y el envío de investigadores y especialistas, lo que a su vez corrió paralelo a un saqueo patrimonial que favoreció el desarrollo de importantes colecciones de objetos arqueológicos caribeños en museos y fundaciones norteamericanas.

Esta labor también estuvo acompañada del nacimiento o el florecimiento de publicaciones donde los temas sobre arqueología caribeña estarían muy presentes, entre ellas sobresale la *American Anthropologist*, revista especializada que había iniciado sus referencias al tema desde 1888, pero que a partir de este momento aumentará su incidencia en la divulgación de trabajos y resultados de exploraciones en el área.

El objetivo principal de este tipo de arqueología en el Caribe sería el de establecer esquemas cronológicos, más que verdaderas historias culturales, y en los casos en que esta se realizaba,

generalmente se reducían a una historia artística o estilística de determinados objetos o estructuras.

En el caso particular de República Dominicana, al igual que en la mayor parte de las islas, a raíz de este proceso se inició una acumulación de información y de caracterización de aspectos del ajuar precolombino que conduciría a formas primarias de organización y clasificación, las que en su mayoría intentaron referenciar o proveer de un significado arqueológico a los términos e informaciones etnográficas referidos por los cronistas, significaciones que irían perfilándose y acomodándose de acuerdo a cada nuevo descubrimiento.

Un ejemplo claro de esta nueva tendencia en el marco de las Antillas lo ofrece la obra de Mark Raymond Harrington (1915), *Cuba Before Columbus*, la que no sólo constituyó el fundamento científico más sólido desarrollado para la arqueología cubana de este período, sino que en ella su autor tomó como términos de referencia centrales las designaciones etnográficas de ciboney y taíno, para conformar definiciones propiamente arqueológicas de estas culturas a partir de un esquema caracterizador de tipologías y rasgos. Ambos esquemas se mantuvieron por un largo período de tiempo dentro de la arqueología de las Antillas, y quizás constituyeron la primera caracterización con bases arqueológicas de las culturas aborígenes de la región.

Otro rasgo característico de la arqueología dominicana y caribeña de este período será un rescate y acumulación de información que muchas veces se realizará sin un criterio verdaderamente científico o se desarrollará sobre la base de un estudio sistemático de colecciones privadas y objetos específicos descontextualizados, en tanto los objetivos centrales que priman son la descripción formal y el establecimiento de tipologías.

En resumen pudiera decirse que para la República Dominicana, y para las Antillas en su conjunto, la arqueología de este período, salvo excepciones, es una arqueología realizada por extranjeros, en especial norteamericanos, cuyas influencias en el futuro desarrollo de esta ciencia en el país y en el Caribe tendrán un peso importante. Entre los principales exponentes de esta tendencia que realizaron trabajos en la República Dominicana pueden mencionarse a investigadores como Jesse Walter Fewkes, Alfred Krieger, Theodore de Booy e Irving Rouse, entre otros.

Sobre la obra de Fewkes es importante señalar que su interés por la prehistoria dominicana se remonta a los finales del siglo xix, y el centro de su atención estará dirigido hacia el estudio formal,

estético y cronológico de ídolos y cemies. En 1891 este autor publicó su artículo "On Zemes from Santo Domingo", en el volumen IV de la *American Anthropologist*, y más tarde a partir de esta base amplió sus análisis a todo el arco antillano en su artículo "Precolumbian West Indian Amulets", también publicado en el marco del *American Anthropologist* en 1903.

Los estudios de Fewkes combinaron las fuentes narrativas y documentales con la arqueología para establecer una relación intencional entre las tipologías arqueológicas y las descripciones de las crónicas e historiadores. En ese sentido su obra fue pionera en el intento de vincular la información arqueológica con la información etnológica para penetrar en uno de los temas más atractivos y complejos de las sociedades aborígenes, el de la religiosidad.

En sentido general puede plantearse que este autor desempeñó un papel trascendental en el establecimiento y desarrollo de las tipologías arqueológicas. Sus estudios particulares sobre objetos de la República Dominicana y de otras partes de las Antillas fueron de los primeros intentos por sistematizar los conocimientos de arqueología en el Caribe. Además de los primeros en fundamentar arqueológicamente el tránsito desde Sudamérica a las Antillas; por otro lado el análisis de las mejores colecciones de su época también le permitió fundamentar desde esta perspectiva (arqueológica), la unidad cultural de la región en el período precolombino.

Durante este mismo período se destacan los trabajos realizados por Theodoor de Booy en las Antillas, quien durante 1912 concentró sus investigaciones en las Islas Caicos y a partir de 1913 las extendió hacia Jamaica, Isla Margarita, Islas Vírgenes, Trinidad y República Dominicana. En esta última sus intervenciones se dirigieron fundamentalmente al estudio de los enterramientos y concheros.

Las descripciones de Booy sobre República Dominicana le llevaron a desarrollar una comparación con objetos similares encontrados en la vecina isla de Puerto Rico. En este caso no sólo observó conexiones entre ambas islas a partir de indicadores arqueológicos, sino que además llegó a establecer o aislar una lista de los rasgos coincidentes en ambos espacios para demostrar que estas expresiones no eran más que las manifestaciones de una misma cultura. De esta manera dejaba claro que el concepto de cultura que se manejaba era un concepto puramente arqueológico, que podía ser definido o construido básicamente a partir de un conjunto de indicadores aislados o de rasgos tipológicos, y por tanto se

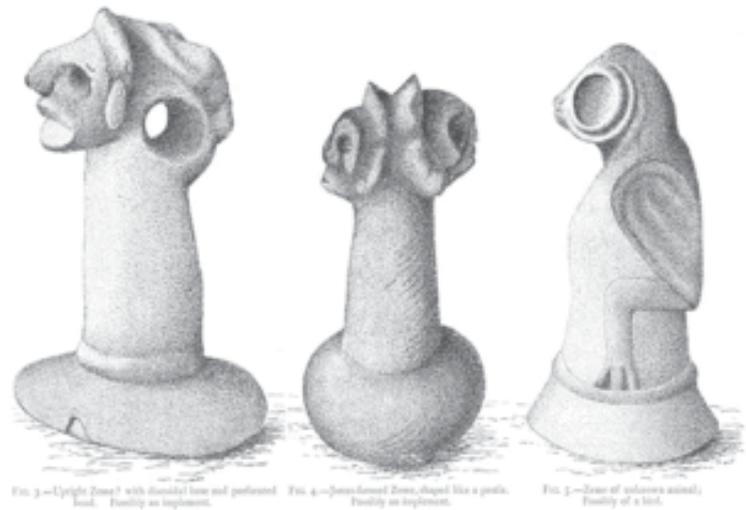


Figura 1. Dibujos de majadores representativos de figuras antropomorfas y zoomorfas publicados por J. Walter Fewkes en su obra "On Zemes from Santo Domingo", en *American Anthropologist*, No. 1, Vol. IV.

trataba de definiciones construidas o fabricadas por el propio investigador.

Otros de los arqueólogos norteamericanos importantes de este período fue Herbert Krieger, y sus incursiones en la arqueología dominicana se concentran en dos obras fundamentales *The aborigines of the ancient island of Hispaniola* y *Aboriginal indian Pottery of the Dominican Republic*, ambas publicadas por el Smithsonian Institution en 1930 y 1931, respectivamente.

En la primera de estas obras el autor intenta ofrecer una visión global o general de la etapa precolombina en la isla de Santo Domingo, aunque limitado por las pocas informaciones arqueológicas existentes para la época.

En esta obra Krieger aborda aspectos trascendentales como: los procesos migratorios desde el nordeste venezolano hacia las Antillas, además de referenciar las informaciones o evidencias propiamente arqueológicas que avalan este desplazamiento, en especial informaciones de descubrimientos y trabajos arqueológicos en las Antillas Menores.

Las referencias a las poblaciones aborígenes de Santo Domingo están enfocadas con el mismo criterio de las descripciones

etnográficas e históricas de las Crónicas, así como por la comparación con tribus contemporáneas. Los aspectos más importantes dentro de la prehistoria dominicana están referidos a la distribución de la población, en especial los cacicazgos y regiones de la isla que ocupaban viviendas y elementos de cultura material asociados a la vida cotidiana. La obra en sí es un resumen que intentó sistematizar las informaciones históricas y arqueológicas, e intentó ubicar el período precolombino como una parte importante en la historia de la isla. Algo recurrente es la constante percepción de los elementos continentales para establecer analogías y comparaciones ya sea de objetos o costumbres.

La segunda de las obras de Krieger entretiene de manera más clara los datos de las Crónicas, los datos históricos, con las informaciones propiamente arqueológicas, estas últimas comienzan a tener mayor peso y con su imbricación logra una visión más integradora del período precolombino, visión que incluso trasciende a la República Dominicana y se proyecta hacia la isla en su conjunto.

Para abordar ambos aspectos el autor se apoya en los resultados de las investigaciones arqueológicas así como en los apuntes de diversos cronistas. En sus análisis no sólo se asumen los resultados de La Española sino de otras Antillas como Cuba, Jamaica, Bahamas y algunos puntos de las pequeñas Antillas. En sentido general es un resumen de la arqueología dominicana y de los principales trabajos que con un sentido científico fueron desarrollados hasta 1930, además de narrar en detalle los resultados más significativos de tres expediciones¹⁰ llevadas a cabo en diferentes partes de la isla entre 1927 y 1930.

Algo muy importante que distingue las apreciaciones de Krieger de la de otros arqueólogos de la época, que también desarrollaron su actividad en la isla de Santo Domingo, es que cada uno de los ejemplares que él utilizó para calzar sus opiniones y descripciones no sólo los asumió desde el punto de vista de sus características formales, estéticas, sino que intentó ir un poco más allá al señalar sus lugares de procedencia así como el lugar donde se encontraban en ese momento. Lo pormenorizado de sus descripciones, junto a la representación gráfica de los objetos y un índice de términos técnicos y nombres, constituyen otro instrumento invaluable e ilustrativo de las afirmaciones del autor así como un documento pionero en la clasificación y difusión de las variaciones arqueológicas no sólo en la isla de Santo Domingo sino en las Antillas en su conjunto.



Figura 2. Fotos de piezas arqueológicas publicadas por Gudmund Hatt en su obra *Notes on the archaeology of Santo Domingo* [s.f.] y [s.e.], donde recoge los resultados más importantes de los trabajos llevados a cabo en 1923 en la región este y en la zona central de la isla.

En el contexto de la influencia particularista norteamericana en la arqueología dominicana otros autores norteamericanos no menos importantes también desarrollaron sus trabajos en este período, entre ellos sobresalen Josselin de Jong (1924), Gudmund Hatt, quien en su obra *Notes on the archaeology of Santo Domingo* recogió los resultados más importantes de los trabajos llevados a cabo en 1923 en la región este y en la zona central de la isla. En sentido general la obra de Hatt constituyó una de las más representativas o con mayor claridad de la escuela antropológica particularista. En ella se refleja una tendencia marcada a la búsqueda de las características locales, hay un centro en los objetos de mayor atención, los más llamativos estéticamente, generalmente no se describen asociaciones en los contextos arqueológicos estudiados, y las culturas y sus semejanzas o diferencias se miden sobre la base de la mayor o menor presencia, la ausencia, o las variaciones en determinados tipos de objetos.

LA ARQUEOLOGÍA VERNÁCULA DOMINICANA

Narciso Alberti Bosch puede ser considerado el principal pionero de la arqueología dominicana y su labor fundamental se enmarca

entre 1908 y 1932. Su obra constituye una expresión de arqueología vernácula ante el inminente empuje e influencia de la arqueología norteamericana de este período.

Los aportes esenciales de este autor pueden percibirse en el plano de los trabajos de campo, cuyas experiencias y logros fueron plasmados en su obra *Apuntes para la prehistoria de Quisqueya* (1912) y unos 15 artículos científicos que vieron la luz en publicaciones nacionales y extranjeras.

Los esfuerzos de Alberti Bosch no sólo pueden considerarse trascendentales por ser el gran pionero en el desarrollo de una arqueología propiamente dominicana, sino también porque sus trabajos de campo —fueron costeados por él— expresan un interés científico y una gran dedicación a pesar de los pocos recursos. Sus conocimientos como médico le facilitaron las descripciones y conjeturas desde el punto de vista físico sobre la población aborigen, en especial a partir del estudio de los enterramientos, muchos de los cuales fueron utilizados como base o punto de apoyo para plantear el origen externo de los primeros habitantes de la isla.

Alberti Bosch fue un amplio conocedor y estudioso de las civilizaciones antiguas, en especial de la cultura griega y latina, así como de los caldeos y fenicios, lo cual influyó o se reflejó en sus investigaciones arqueológicas en tanto las mismas se supeditaron en buena medida a probar la presencia de grupos culturales del viejo mundo en la isla de Santo Domingo, en momentos anteriores al poblamiento indígena.

Su obra principal, ya mencionada, *Apuntes para la prehistoria de Quisqueya*, resalta las semejanzas entre los monumentos megalíticos americanos y los de otros continentes, como una prueba de que estos se realizaron por unas mismas manos y en igual época, por otro lado se plantea una posible relación entre el mar Mediterráneo y el mar Caribe como un testimonio de la emigración desde esta zona de pueblos enteros o miles de individuos en distintos períodos. A partir de estos planteamientos Alberti Bosch asume, consciente o inconscientemente, una posición difusionista extrema que es propia del particularismo histórico.

La tesis central de la obra será por tanto el intento de demostrar el origen hebreo de los aborígenes para lo cual además de emplear los argumentos ya referidos, toma datos geográficos, geológicos y etimológicos. Este mismo afán por otro lado le conduce a presentarnos un documento de inigualable valor arqueoló-



Figura 3. De perfil el arqueólogo norteamericano Alfred Krieguer durante sus trabajos de campo en la República Dominicana. Procede del archivo de este arqueólogo existente en Smithsonian Institution en Washington DC. La copia fue facilitada por la Dra. Karin Weyland de su archivo personal.

gico, todos los grabados de las piezas obtenidas en sus investigaciones se asumen como bases para establecer un parangón u homologación con objetos encontrados en Europa, Asia y África, pero sobre todo para probar su tesis sobre la relación entre Europa y América antes del descubrimiento.

La segunda parte de esta obra es la de mayor trascendencia desde el punto de vista arqueológico, sobre todo por sus descripciones y su reporte del arte rupestre, entre los que destacan los petroglifos de las Guácaras de Comedero y las cavernas Pozo del Indio, así como un intento de clasificación inicial de estas expre-

siones a partir de los criterios formales. El reporte de evidencias patrimoniales y sus descripciones pueden considerarse el aporte más importante de la labor de Alberti Bosch.

Desde la perspectiva teórica su obra podría inscribirse como una expresión de los criterios difusionistas más cercanos a la llamada escuela particularista histórica de Manchester, cuyo principal exponente fue el antropólogo inglés Stuart Mill. Los representantes de dicha escuela al igual que Alberti Bosch en su obra tomaron elementos aislados para justificar el arribo o el contacto de grupos humanos ubicados en regiones muy distantes. Estos elementos sólo se juzgaban por sus relaciones y semejanzas formales, y en raras ocasiones por su significación, además de no tomarse en cuenta los aspectos de cronología y el contexto social y cultural en que fueron producidos.

Por último pudiera decirse que la obra exhibe una mezcla o un componente que la identifica con la arqueología inicial desarrollada en el siglo XIX, en tanto su tendencia a asumir los patrones europeos para interpretar las expresiones culturales de los aborígenes antillanos, en especial los de la isla de Santo Domingo. Sin embargo por otro lado tiene la peculiaridad de que la información comparada o la base para ello va más allá del dato histórico y se concentra en aspectos esencialmente arqueológicos, lo que es una característica de la nueva arqueología particularista de inicios del siglo XX, además de presentar otro elemento distintivo, la ordenación y clasificación tipológica, o al menos el intento de realizarla, tomando en cuenta la evidencia material, es decir la recurrencia formal del dato propiamente arqueológico.

LOS ESQUEMAS DE IRVING ROUSE Y LA ARQUEOLOGÍA DOMINICANA Y CARIBEÑA

El nacimiento de una arqueología propiamente dominicana a partir de la obra pionera de Narciso Alberti Bosch, como ya hemos visto, se encuentra muy ligada al desarrollo de los estudios europeos así como los esquemas imperantes en la arqueología norteamericana de la época. Rasgos que no son sólo válidos para la República Dominicana sino para la mayor parte de las arqueologías antillanas.

Esta marcada influencia se hizo sentir con mayor o menor fuerza durante el período de 1930 a 1960 (incluso hoy), especialmente a partir de la obra y de los trabajos del investigador de la Universidad de Yale, Dr. Irving Rouse, quien se convirtió en el máximo exponente de la arqueología norteamericana en el Caribe.

Los trabajos desarrollados por Rouse (1951:248-265) no sólo son claves para entender el espacio cultural antillano durante el período precolombino sino que otorgaron un nuevo sentido a las investigaciones arqueológicas en el área caribeña. Rouse creó un esquema organizativo de las comunidades aborígenes del Caribe con un sentido temporal y espacial que marcó un paso de avance en el estudio de la etapa precolombina de la región, en tanto se fundamentaba sobre bases arqueológicas, relegando en buena medida la alta dependencia de la crónica o de la etnografía al momento de referirse a estas sociedades, característica que era muy común en la arqueología de inicios del siglo XX.

Por otro lado las investigaciones de Rouse y el cuadro por él creado ampliaron el rango de estudio de las sociedades que la arqueología caribeña debía asumir, al despertar un profundo interés por comunidades que no habían sido exactamente descritas por las Crónicas (preagroalfareras) y sobre las que se habían bosquejado algunos aspectos arqueológicos iniciales por parte de otros investigadores (Cornelius Osgood y Mark R. Harrington fundamentalmente). En este sentido las investigaciones de Rouse replantearon de manera mucho más seria y concreta las relaciones de la arqueología antillana con la arqueología de otros espacios caribeños, en especial el norte de Sudamérica, donde sus investigaciones arrojaron y perfilaron desde el punto de vista arqueológico los principales puntos o centros migratorios hacia las Antillas en diferentes momentos o períodos.

A pesar de que la obra de Irving Rouse y sus esquemas arqueológicos temporales y espaciales sobre el Caribe significaron un giro y un paso de avance en el plano de las investigaciones, y sobre todo de la comprensión o la significación que se le atribuía a los materiales y tipos arqueológicos, sus esquemas no se despojaban del todo del carácter eminente descriptivo y cronológico del particularismo, en los cuales el énfasis mayor se redirigía hacia la descripción de los materiales arqueológicos y no hacia la sociedad que los produjo.

Dentro de los estudios más importantes de este autor, entre otros, se cuentan: los referentes al origen de la cerámica en las antillas (Rouse 1940:49-80), sus investigaciones en la región de Fort Liberte en Haití (Rouse 1941), su "Arqueología de las lomas de Maniabón" en Cuba (Rouse 1942), una "Prehistoria de Puerto Rico" (Rouse: 248-265), así como los estudios sobre los artefactos ciboneyes (Rouse 1947) y las investigaciones en el área de Venezuela (Rouse 1947).

El predominio de los esquemas de Rouse provocó que hasta aproximadamente la década del setenta la arqueología antillana en general, y la dominicana en particular, centrara básicamente su atención en el estudio de la cerámica de las comunidades agrícolas o de los objetos o artefactos diagnósticos de las comunidades precerámicas. El esquema temporal y espacial creado por el arqueólogo norteamericano (Rouse 1961) fue uno de los intentos más abarcadores para sopesar las variaciones en las industrias precolombinas, y la definición de complejos, estilos y series a partir de sus estudios técnicos, estilísticos y cronológicos, crearon un cuadro que intentaba explicar las transformaciones culturales a partir de un desarrollo o movimiento unilineal.

Los yacimientos eran incluidos dentro de ese esquema del cual se desprendían el resto de las características culturales, forzándose en ocasiones su pertenencia a determinados complejos, estilos o series cerámicas sin dejar abiertas otras posibilidades migratorias ni otras alternativas para explicar las transformaciones y cambios observados durante una u otra etapa.

Esa corriente esquemática, también afectó las investigaciones sobre las comunidades apropiadoras o recolectoras, el término *ciboney* acuñado por las Crónicas de la conquista española y desarrollado desde el punto de vista arqueológico por el también investigador norteamericano Mark R. Harrington (1935), fue ampliado y asimilado en dos “aspectos culturales”, Cayo Redondo y Guayabo Blanco, a partir del estudio de los yacimientos arqueológicos cubanos.

La designación general de *ciboney* bajo ese prisma antropológico norteamericano, combinado con las consideraciones sobre los llamados objetos diagnósticos de estas culturas, estableció una supuesta y necesaria evolución desde un aspecto cultural hacia otro (desde Guayabo Blanco hacia Cayo Redondo), lo que por supuesto también abarcaba trasfondos cronológicos. Así la clasificación creada para los grupos recolectores cubanos se consideró válida para todas las Antillas y generalmente se obviaron las diferencias y matices entre los yacimientos clasificados dentro de un mismo aspecto cultural.

La posible interacción entre distintas tradiciones tecnológicas y económicas, expresiones de variables dentro del modo de vida recolector, tampoco se valoraban, y se esgrimía una tipología lineal y obligada que sólo contemplaba determinados artefactos y características. De esta forma la transculturación u otros elementos de

índole ecológica influyentes en el retraso o aceleración de los procesos evolutivos —salvo excepciones— no eran justamente sopesados.

Es bueno señalar que los esquemas de Irving Rouse sobre las sociedades precolombinas antillanas han ido transformándose, sobre todo en sus aspectos formales y cronológicos en la misma medida que las investigaciones han ido avanzando en la región, sin embargo en sus esencias y en la forma en que se concibe el proceso de cambio o de transformación de las comunidades aborígenes sigue siendo el mismo, en otras palabras su esencia continúa siendo la misma.

El investigador norteamericano (Rouse 1992), por ejemplo, ha reevaluado la presencia escasa de alfarería en contextos propios de algunas comunidades recolectoras, y sus nuevas teorías han intentado reformar sus antiguos esquemas para estar a tono con los aportes e investigaciones de la arqueología caribeña de las últimas décadas. El empleo de los conceptos *edad* y *subserie* son los mecanismos a través de los cuales ha pretendido asimilar las nuevas informaciones para adaptarlas a su persistente concepción unilateral de desarrollo y demostrar a través de algunos cambios en los ajueres el paso de una subserie a otra o de una edad a otra, las que en este caso están concebidas con una mayor flexibilidad cronológica.

Un análisis teórico en síntesis sobre la obra de Irving Rouse nos permite percatarnos que a lo largo de ella, tanto de sus planteamientos más recientes como en sus anteriores esquemas, este investigador asume la divergencia histórica de las culturas arqueológicas a partir de la derivación de un complejo ancestral común (llámese complejo, serie, subserie) a la manera de un árbol filogenético, según los fundamentos de la lingüística. Desde este punto de vista los cambios que se producen, como resultado de ese proceso de divergencia, aun cuando tienen un sentido evolutivo o ascendente, se explican a partir de fundamentos históricos, en particular a través de la aculturación, la migración y otras formas de interacción (José Oliver 2004 comunicación personal).

Los esquemas de este autor calaron de manera profunda en todas las arqueologías antillanas, y aún hoy en día se encuentran vigentes en una buena parte de ellas, como una de las orientaciones esenciales de las investigaciones y como paradigma teórico, al punto que una reducción del desarrollo de la arqueología moderna dominicana a la capacidad de ampliar o transformar los esquemas

propuestos por Irving Rouse, nos permite visualizar la transformación de esta ciencia desde sus momentos más sencillos o elementales hasta sus momentos más complejos y maduros.

La reducción anterior nos conduciría en primer lugar a la adopción y adecuación al contexto propio de la prehistoria dominicana de los esquemas rouseanos, con mayores o menores implicaciones o supervivencias de rasgos propios de las propuestas anteriores; en segundo lugar nos conduciría a los intentos por ampliar o superar estos esquemas tomándolos a ellos mismos como base; y en tercer lugar a los intentos por trascenderlos o superarlos a partir de una propuesta propia o de nuevos paradigmas teóricos, empleando fórmulas más integradoras de todos los datos existentes a diferentes niveles dentro de la prehistoria dominicana y antillana. En otras palabras la superación de los esquemas de Rouse como paradigma teórico y clasificatorio podría ser asumida como algo prácticamente inherente al desarrollo arqueológico dominicano en su etapa más madura.

Los razonamientos anteriores podrían aplicarse con mayores o menores reservas al desarrollo de la arqueología dominicana desde su perspectiva metodológica, analítica e interpretativa, pero por otra parte sería imposible observar ese proceso de maduración divorciado de la institucionalización y de su reconocimiento como una disciplina científica en el país.

NOTAS

¹ Este artículo forma parte de un trabajo mayor en el cual se encuentra laborando el autor en estos momentos, por lo que el mismo debe ser considerado como un avance de investigación sobre este tema.

² Colón inició la costumbre seguida por la mayoría de los conquistadores de enviar a España incitantes relatos de sus propios hechos y de las cosas maravillosas que había encontrado en el Nuevo Mundo. Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Pedro de Valdivia y Gonzalo Jiménez de Quesada así como una multitud de figuras remitieron memoriales al rey y al Consejo de Indias casi con la misma asiduidad con que conquistaban territorios.

Algunos no se limitaron a escribir memoriales y cartas sino que escribieron verdaderas historias y son los mejores datos con que cuentan hoy los historiadores, ej. *La verdadera historia de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo o la obra de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien describe de forma magnífica sus odiseas en América del Norte y del Sur. Los eclesiásticos también sintieron esa necesidad de describir la nueva realidad y uno de los primeros que se ocupó de ello con un sentido antropológico fue Bernardino de Sahagún, que basó su historia de la conquista de México en un acopio de datos e investigaciones realizadas sobre el terreno, o el obispo Diego de Landa con su *Relación de los indios de Yucatán*, la cual es un clásico en esta materia.

La Corona también contribuyó en la reunión y búsqueda de la información necesaria para los historiadores y la primera persona que recibió autorización y apoyo oficial para escribir una historia del Nuevo Mundo al parecer fue Gonzalo Fernández de Oviedo, con este propósito la Corona despachó en octubre de 1532 una real orden a todas las partes de las Indias notificando que se debía enviar información sobre su historia, relaciones de tierras y otras cosas además de enviar instrucciones especiales a los conquistadores ordenándoles escribir largas descripciones de las tierras que conquistaron y de los pueblos que hallaran en ellas con información detallada sobre muchos puntos: minas, costumbres de los indios, caminos y productos. Probablemente muchos de estos datos eran pedidos con fines administrativos pero también con un deseo de recopilar datos para el historiador que habría de relatar para la posteridad hechos extraordinarios.

³ Las tres etapas clásicas en el esquema desarrollado por Morgan, Salvajismo, Barbarie y Civilización, expresan los avances fundamentales en la prehistoria y la etnología de esta época.

⁴ La obra de Mártir de Anglería, aunque importante, no se fundamentó en sus experiencias personales, sino en datos obtenidos de primera mano por parte de funcionarios, informantes y marineros, que habían estado en Las Indias, entre los que se encuentra el propio Cristóbal Colón. No obstante, sus *Décadas del Nuevo Mundo* describen y señalan informaciones que no son referidas por otros autores de la época.

⁵ Como es conocido fray Ramón Pané fue encomendado por Cristóbal Colón para que aprendiera la lengua de los aborígenes además de vivir un tiempo entre ellos y estudiar sus costumbres y creencias. Sus descripciones constituyen prácticamente la única referencia de primera mano sobre la religiosidad de los aborígenes de las Antillas al momento de la conquista, en especial de la isla de Santo Domingo. Sus experiencias e informaciones fueron recopiladas por el padre Las Casas y publicadas bajo el título "Relación acerca de las antigüedades de los indios" en la obra de Hernando Colón: *Vida del almirante Don Cristóbal Colón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

⁶ *Historia general y natural de Las Indias*. Edición de Juan Pérez Tudela Bueso, Madrid, Ediciones Atlas, 1959.

⁷ Uno de los principales esquemas establecidos por la obra de Charlevoix a partir de su análisis o recurrencia a las descripciones de las Crónicas son las demarcaciones y nombres de los cacicazgos en que se encontraba dividida la isla al momento de la irrupción europea. Este esquema a pesar de que ha sido superado y criticado por otros autores como Bernardo Vega en su obra *Los cacicazgos de la Hispaniola*, Santo Domingo, Ediciones Museo del Hombre Dominicano, 1980, aún sigue siendo utilizado y repetido por algunos historiadores al momento de referir la primera organización política de la isla.

⁸ Andrés Poey era hijo del importante sabio cubano Felipe Poey, y su obra más que nada se desarrolló en el campo de las ciencias naturales, sin embargo, su importante contribución titulada *Cuban Antiquities. A Brief Description of Some Relics Found in the Island of Cuba*, puede ser considerada como precursora de la arqueología antillana.

⁹ El cráneo estudiado por Llenas fue hallado en la antigua sección Tres Amarras, en la provincia de Puerto Plata en una zona que la crónica refiere como Ciguaya. El ejemplar fue estudiado en 1978 por el Dr. Abelardo Jiménez Lambertus, quien señaló que posiblemente el mismo fuera parte de un enterramiento secundario de un individuo con más de treinta y cinco años, con deformación tabular oblicua y de sexo femenino. (Veloz 1993:138).

¹⁰ Una de estas expediciones fue desarrollada entre febrero y marzo de 1928 y entre sus resultados más importantes se encuentra el informe de Gerrit S. Miller titulado "Mammals eaten by Indians, owls, and Spaniards in the coast region of the Dominican Republic", Publicado por Smithsonian Institution, diciembre 11, 1929.

En el informe se explica que se obtuvieron restos de mamíferos en los depósitos indígenas de 6 localidades y dentro de ellos fueron identificados dos de los descritos por Fernández de Oviedo para la isla La Española.

El informe de Miller consta de tres partes fundamentales en la primera de ellas realiza una descripción de los lugares visitados, en su mayoría cuevas, entre ellas la Cueva del Ferrocarril, Boca del Infierno, San Gabriel, Río Naranjo Abajo, Anadel, Río San Juan, entre otras. De ellas se describe su ubicación y el entorno en que se encuentran ubicadas. En otros casos se reseña el contexto donde fue realizada la colecta de las evidencias. La segunda parte incluye una lista de los mamíferos colectados según las diferentes localidades mientras la tercera parte comprende una descripción de los mamíferos existentes al momento de la conquista según Oviedo. Esta última es la referencia fundamental para la identificación y para reseñar la utilización de estos animales por parte de los aborígenes, las mismas no se ubican en el contexto cultural ni hay descripciones estratigráficas desde el punto de vista arqueológico.

El informe es importante en tanto demuestra cierta preocupación por identificar un aspecto dentro de la investigación arqueológica muy poco estudiado, y aunque en este caso la misma tiene mayores relaciones con la paleontología, ofrece datos importantes de clasificación científica en el terreno de las especies descritas por la crónica que fueron consumidas por el aborigen, además de aportar información sobre localidades de importancia arqueológica y paleontológica en la isla de Santo Domingo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberti Bosch, Narciso (1912): *Apuntes para la prehistoria de Quisqueya*. T. II, La Vega, República Dominicana, Imprenta El Progreso.
- Alcina Franch, José (1989): *Arqueología antropológica*. Madrid, Ediciones Akal S. A.
- Colón, Hernando (1947): *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1959): *Historia general y natural de Las Indias*. Juan Pérez Tudela, ed., Madrid, Ediciones Atlas.
- Fewkes, Jesse Walter (1891): "On zemes from Santo Domingo" en *The American Anthropologist*. Vol. IV, No. 1, Washington DC.
- _____ (1903): "Precolumbian West Indian Amulets" en *The American Anthropologist*, No. 5, octubre-diciembre.
- Gabb, William (1932): "On the archaeology of Santo Domingo" en *Geografisk Tidsskrift*. Vol. 35, No. 12.
- Harrington, Mark Raymond (1935): *Cuba antes de Colón*. La Habana, Cultural S. A.

Jong, Josselin de (1924): "A natural prototype of certain three pointed Stones en Proceedings of the Twentyfirst International Congress of Americanist". Primera parte, Held at The Hague.

Ling, Roth (1887): "The Aborigenes of Hispaniola" en *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, Vol. 16, Londres.

Miller, Gerrit S. (1989): "Manmalls Eaten by Indians, Owis, an Spaniards in the Coast Region of the Dominican Republic". Smithsonian Institution.

Rouse, Irving (1940): "Some Evidence Concerning the Origen of West Indian Pottery-making" en *American Anthropologist*, No. XVII.

_____ (1941): "Archaology of the Maniabon Hills" en *Yale Publications in Anthropologist*, No. 26, New Haven.

_____ (1947): "Ciboney Artefacts from Ile Vache, Haiti", en *Bulletin du Bureau d'Ethnologie de la Republique d'Haiti*, No. 5.

_____ (1951): "Areas and Periods of Culture in the Greater Antilles" en *South Wester Journal of Anthropology*, Vo. II.

_____ (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*, Vol. 1, Washington DC., Unión Panamericana.

_____ (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*, Vol. 1, Washington DC., Unión Panamericana.

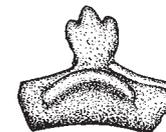
_____ (s/f): "Porto Rico Prehistory. Scientific Survey of Porto Rico and the Virgens Islands" en *Trasactions of the N. York Academy of Sciences*, Vol. VII.

_____ (1992): *The Tainos Rise Decline of the people Who Greeted Columbus*. London, Yale University Press.

Vega, Bernardo (1980): *Los cacicazgos de la Hispaniola*, Santo Domingo, Ediciones Museo del Hombre Dominicano.

Veloz Maggiolo, Marcio (1972): *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Singapur, Graw-Hill Far Easter Publisher LTD.

Veloz Maggiolo, Marcio (1993): *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana.



NUEVOS ENFOQUES DE INVESTIGACIÓN EN EL SITIO LAGUNA DE LIMONES, MAISÍ, GUANTÁNAMO

DANIEL TORRES ETAYO



UNA INTRODUCCIÓN NECESARIA

Los estudios de sitios arqueológicos aborígenes de Cuba, sobre todo a partir de la década de los 90 del siglo xx, salvo muy raras excepciones, constituyen casos ejemplares de un tipo de problema relacionado con las unidades de observación y de análisis, y por supuesto, del subdesarrollo de nuestras teorías observacionales.

El proceder tradicional ha sido la selección de los montículos residuarios, seguidamente, la práctica de calas o unidades de excavación más o menos grandes, y de allí, luego del procesamiento y análisis de evidencias, pretender llegar cuando menos, a una descripción de la sociedad concreta bajo estudio. En esta forma de proceder, las calas se constituyen en una especie de “ventanas” mediante las cuales accedemos a una realidad pasada de una escala mucho mayor, a saber, la sociedad concreta.

Por el esquema antes señalado, estamos observando a la sociedad bajo estudio exclusivamente desde la basura, y por lo tanto estamos entendiendo que la basura, independientemente de las unidades de excavación, o de que los contextos excavados sean primarios o secundarios, es nuestra ventana directa al pasado.

Sin embargo, abundantes y serios estudios etnohistóricos han aportado datos suficientes para considerar con mucho cuidado la basura arqueológica; y sobre todo, han dejado bien claro que la basura, no es un reservorio directo de datos sobre la sociedad, sino que como todo contexto arqueológico la información que aporta está sesgada por los procesos de formación y transformación (Hayden y Cannon 1983).

En otras palabras, la sociedad puede no reflejarse directamente en los materiales que desecha, por la sencilla razón de que no todo se bota en el mismo lugar, y por tanto el acto de botar desechos está condicionado por criterios tan diversos como pueden ser la posibilidad de reuso, el potencial de obstaculización, la

distancia o las concepciones higiénicas de cada unidad doméstica, entre otros. Bajo esta perspectiva, es imposible producir conocimiento cierto desde una unidad de observación que ha sido entendida como no problemática, pero que en la realidad, es mucho más compleja de lo que nosotros creemos entender.

La práctica de excavar en los montículos residuarios puede ofrecer información sobre determinados aspectos como cronología, economía de subsistencia, materiales importados, interacciones sociales, etc., pero no puede aportar datos sobre aspectos fundamentales desde el punto de vista de la arqueología social como son las condiciones de vida o la estructura social (Curet 2004).

Tal y como lo plantean Versteeg y Schinkel (1992), a los residuarios hay que entenderlos como una parte más del sitio (basureros), pero la cuestión central es poder llegar a una correlación de los mismos con los otros elementos del sitio, lo que conlleva el desarrollo de concepciones de trabajo diferentes, centradas en la investigación de los elementos y/o rasgos a través de metódicas cuidadosas, necesariamente extensivas, que proporcionan datos sobre: a) organización del espacio en el sitio, b) disposición y trazado de casas y otras estructuras, c) densidad de población, d) nivel tecnológico, e) organización social y simbolismo y f) determinación de áreas de actividad.

Por otra parte, los estudios arqueológicos deben de empezar a considerar rigurosamente los procesos de formación y transformación de sitios y contextos, como la única garantía de superar la concepción empiricista de la ciencia. La previsión de todos estos procesos y su comprensión previa son un arma imprescindible para orientar las excavaciones y lograr datos fidedignos en la investigación (Torres 2004).

En este sentido, nos hemos propuesto introducir estas nuevas perspectivas metodológicas en el marco del Proyecto de Investigación del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM) y el Centro Provincial de Patrimonio de Guantánamo (CPPG) titulado Estudio de las plazas ceremoniales aborígenes del extremo oriental de Cuba.

ANTECEDENTES DE TRABAJO EN EL SITIO LAGUNA DE LIMONES

Este importante sitio arqueológico se encuentra ubicado en el segundo nivel de terrazas marinas emergidas de Maisí, a unos 3 km al SW del faro de la Punta de Maisí y a 600 m al sur del camino que une La Máquina, cabecera municipal, con el poblado de Maisí.

Aproximadamente a 800 m al norte del sitio se encuentra la quebrada que forma el río Maya. La ubicación de su punto medio según las coordenadas del ICGC, hoja 5376-I, son: x: 778 250 e y: 176 550, de la escala 1: 50 000.

El sitio toma su nombre de una pequeña laguna existente unos 100 m al este del cercado térreo que hasta la década del 60 del siglo xv había gozado de un invariable caudal permanente. A partir de esta fecha y por intervención puramente antrópica (intento de ampliación) la laguna perdió su sellado de fondo, lo que ha provocado un escurrimiento subterráneo del agua.

Al norteamericano Mark Raymond Harrington debemos el primer reporte científico del sitio, cuando tuvo la ocasión de visitarlo en 1919, guiado por campesinos de la zona que conocían su ubicación. En esa fecha exploró, hizo algunas excavaciones y un levantamiento topográfico del sitio, este último con evidentes errores de ubicación, pero con muy buena representación gráfica.

En lo referido al hallazgo de objetos arqueológicos, el investigador apunta:

[...] proceden de seis [residuarios] al sur, fuera del cercado, [...] Estos residuarios variaban desde 25 pies (el más pequeño) hasta 80 pies por 45 pies en diámetro. Su altura era de 2 a 4 pies, pero podía apreciarse que los más altos tenían un núcleo de materiales naturales, no estando compuestos enteramente de residuos (Harrington 1935:217).

Sin embargo, la existencia de los residuarios no fue lo que más llamó la atención de Harrington sino, como él mismo establece:

Este lugar es particularmente notable por su terraplén rudamente rectangular, un cercado cuyo malecón, aunque raramente llega a una altura mayor de 2 o 3 pies, y 14 pulgadas de anchura, se destaca claramente en todas sus partes y cuya edad nos es sugerida por los grandes árboles que crecen encima, tales como la caoba (cayoban) [...] Esta estructura mide 502 pies de largo y aproximadamente 260 de ancho, extendiéndose su eje mayor NNO y SSE, con la entrada en la esquina sureste.[...] El muro es generalmente más alto en la parte exterior que en la interior, ilustrándonos de que la tierra para su erección fue llevada de la parte de afuera. Probablemente fue el lugar dedicado a ceremonias y bailes, al

igual que los hallados en Haití y Puerto Rico. [...] Los hoyos de prueba abiertos dentro del cercado pusieron de manifiesto una pequeña cantidad de residuos procedentes del pueblo, tales como cascotes, conchas, etc... (*Ibid.*: 216-217).

Después de la visita de este investigador, el lugar quedó abandonado para la ciencia y a merced de una oleada de saqueadores furtivos que prácticamente destruyeron los residuarios y que por suerte, apenas tocaron al cercado. No es hasta la década del 60 del siglo XX que se retorna nuevamente al sitio.

En los meses de marzo y abril de 1964, personal del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba inicia las primeras excavaciones sistemáticas del sitio, que incluyó una nueva obra cartográfica del mismo que subsanó las deficiencias de la realizada por Harrington, sobre todo en lo referido a la ubicación de la laguna.

Los investigadores guiados por el arqueólogo Ernesto Tabío definieron esta vez un área de habitación compuesta por 9 montículos, 3 más que los reportados por el norteamericano, y que fueron excavados casi en su totalidad a pesar de los enormes problemas que presentaba su superficie sumamente destruida por los saqueadores de reliquias.

En la investigación del cercado térreo, los investigadores obtuvieron los siguientes resultados:

Un cateo efectuado en el “cercado térreo” o “terraplén”, resultó estéril arqueológicamente, los escasos fragmentos que pudieron colectarse en el lugar se encontraban diseminados en forma dispersa, muy cerca de la superficie. El cateo rectangular de 1.00 m por 0.50 m y 0.40 m de profundidad, no arrojó una sola evidencia arqueológica, pudiendo apreciarse que el material del cercado es una tierra gravosa, muy similar a la arcilla amarilla que constituye la tierra estéril del fondo de las trincheras excavadas en el sector Este del sitio. También se pudo observar que el cercado térreo, en general, presenta la parte externa más baja y menos inclinada que la interna, como si su construcción se hubiera efectuado acumulando relleno del interior hacia el exterior. (Guarch 1972: 34).

Gracias a la valiosa observación del campesino Abigail Lores, vecino del lugar e incansable defensor del sitio, Guarch avanza la

hipótesis que relaciona al cercado con la laguna en los siguientes términos:

Si la observación efectuada por Abigail Lores durante los años ha sido correcta y la huella que nos enseñara es efectivamente la huella dejada en el terreno por el torrente que se forma en épocas de lluvia, es indudable que la laguna obtiene un buen suministro de agua, en poco tiempo, a expensas del cercado térreo.[...] Para comprobar esto debe hacerse una nivelación del terreno del cercado hasta la laguna, trabajo este que no pudimos hacer en nuestra última visita. [...] Aun cuando se trate de simple especulación el ir más allá, antes de tener la comprobación del desnivel entre el cercado y la laguna, creemos oportuno señalar a modo de hipótesis, la posibilidad, si es que existe el supuesto desnivel, que una de las funciones del cercado térreo fuera el de suministrar agua a la laguna y, por tanto, debió ser construido en un lugar conveniente y a propósito para que así sucediera. De esto resultaría una primitiva obra hidráulica, la primera de que tendríamos conocimiento en las Antillas (*Ibid.*:36).

Los trabajos desarrollados por el Departamento de Arqueología de la antigua Academia de Ciencias de Cuba durante las décadas del 60 y 70 han sido los de mayor alcance.

No obstante, también en la década del 60, tanto la Universidad de Oriente como el Museo Montané de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana, llevaron a cabo trabajos en este sitio.

Así por ejemplo, se efectuaron pequeñas excavaciones en la zona de montículos, que dieron como resultado el hallazgo de un entierro perteneciente a un adulto femenino, cuyo cráneo deformado estaba cubierto por una vasija de barro (Dacal 1998, comunicación personal). Las piezas esqueléticas de este entierro se encuentran hoy en los fondos antropológicos de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

Uno de los principales frutos de estos trabajos, fue un anteproyecto para la restauración del sitio, elaborado por el arqueólogo Ramón Dacal Moure, cuyo objetivo era: “La restauración del Sitio arqueológico Laguna de Limones convirtiéndolo en un lugar de estudio para las Universidades de La Habana y Oriente” (Dacal 1971).

Este ambicioso proyecto no obstante nunca fue ejecutado y por el contrario, el sitio recibía un fuerte impacto antrópico. Lo anterior se infiere de la lectura de un informe presentado por el arqueólogo Ramón Dacal Moure, al entonces presidente de la Comisión Nacional de Monumentos, Dr. Antonio Núñez Jiménez, con fecha de 8 de abril de 1980.

En este informe se advierte:

En las labores de preparación de tierras para pastoreo en 1979, se pasó un equipo sobre los montículos para nivelar el terreno, esto causó la destrucción de los mismos. Al final de la zona nivelada amontonaron parte de la basura arqueológica removida, junto con la arboleda que la cubría. [...] El cercado térreo se logró salvar por la gestión del campesino Abigail Lores y la comprensión del problema por el Jefe del Distrito pecuario de Maisí [...] No obstante pasaron un equipo a todo lo largo del borde exterior de los muros, quedó de esta manera todo el terreno desbrozado a partir de este límite. El área interna del cercado no fue tocada permaneciendo con su vegetación (Dacal 1980).

El documento citado iba acompañado además por un croquis del sitio, realizado por su autor que aporta nuevos datos al conocimiento de este. Así por ejemplo, se muestran un total de 13 montículos, es decir, 4 más que los reportados por Tabío y Guarch en la década del 60. Otro dato de importancia que aporta el croquis de Ramón Dacal es la indicación de las zonas que fueron dañadas por los equipos mecánicos de preparación de suelos.

Desgraciadamente las indicaciones para restaurar el sitio, nuevamente fueron desatendidas, sin llegarse a hacer ningún esfuerzo por garantizar la integridad del mismo.

Con posterioridad a esa fecha sólo conocemos la expedición del Departamento Centro Oriental del Centro de Arqueología del CITMA en el año 1989, y durante la cual se realizó un levantamiento topográfico.

De la misma manera, vale mencionar la visita ocasional de grupos de aficionados a la arqueología, así como nuestros propios estudios en el sitio durante el año 1994, que incluyeron una primera nivelación topográfica desde el cercado hasta la laguna.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

Para cumplimentar los objetivos propuestos en el proyecto de investigación se diseñó una estrategia a partir de 2000 que se estructuraba en dos fases principales. La primera consistió en la confección de mapas topográficos de alta calidad y resolución, realizados a partir de datos aportados por nivelaciones topográficas. El procedimiento ha sido acuñado con el término de microtopografía, y conjuga las aportaciones de los métodos topográficos de campo, con programas de computación especializados en procesamiento y representaciones cartográficas.

Para llevar a cabo las nivelaciones topográficas en el terreno se empleó la metódica conocida por nivelación geométrica compuesta por radiación, consistente en establecer una red de cuadrículas sobre el terreno a una distancia constante (5 m), sobre cada uno de cuyos vértices se realizó una lectura de mira para determinar la altura del terreno a partir de un punto de cota conocida.

Los datos procedentes de la nivelación topográfica fueron procesados a través del programa Surfer (Surface Mapping System) para producir distintos tipos de mapas que permitieron visualizar las diferentes estructuras que conforman el sitio en su totalidad. De esta manera, se delimitaron con precisión las tres áreas componentes del mismo: área de la plaza ceremonial, área de habitación y área de la laguna (Fig. 1).

Una vez obtenidos los mapas, se procedió a confeccionar el Esquema de Vida del sitio, un importante instrumento de análisis que nos permite discernir los procesos de formación y transformación del registro, así como la planificación de las excavaciones (Tabla 1).

La segunda fase del proyecto se concentró en resolver problemas más específicos con vistas a la preparación de posteriores excavaciones de carácter más amplio, los mismos eran: conocer la estratificación general del área de habitación del sitio, así como del interior de la plaza ceremonial; establecer la posible estructura de los muros que delimitan la plaza; identificación de posibles estructuras de habitación (casas) en el área intermonticular; y la recuperación de evidencias para estudios paleoambientales.

Como paso previo a las excavaciones, se hicieron una serie de prospecciones geoquímicas (identificación de contaminación por fosfatos), que guiaron la planificación de las excavaciones en la zona intermonticular. Por su parte los trabajos de excavación, amparados en el Permiso de Excavación PEA-15/04, emitido por la

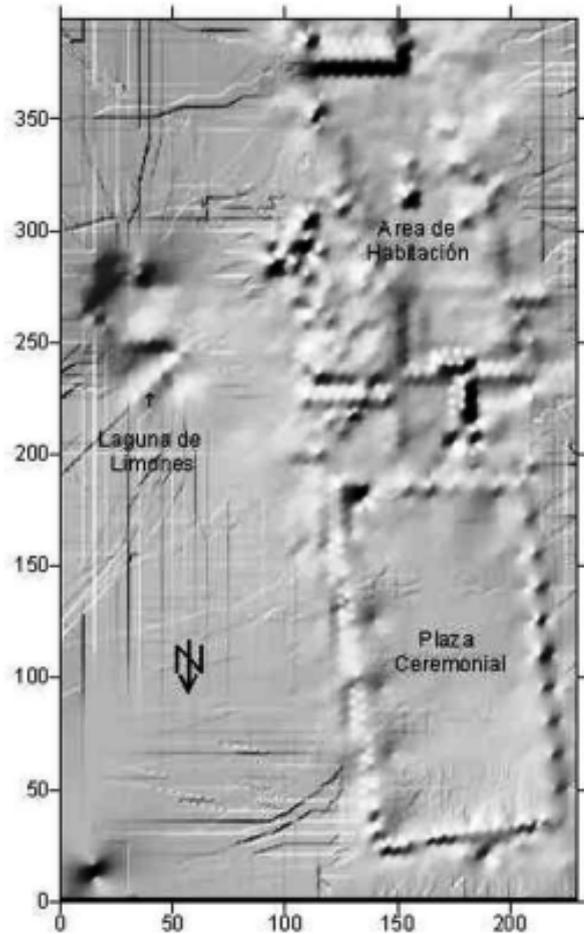


TABLA 1. RESUMEN DE PROCESO DE FORMACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL SITIO ARQUEOLÓGICO LAGUNA DE LIMONES

P R O C E S O	CONTEXTO SISTÉMICO		CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	
	D E	1. Excavaciones aborígenes para postes de casa, líneas de basura, lagunas, etc.	1. Deterioro de pozos y refuerzo de huecos y excavaciones	1. Excavación de Mark Haysencl Harrington en 1919.
F O R M A	2. Acumulación de residuos en forma de montículos	2. Erosión de montículos	2. Cavado de trincheras y calas de saqueo	2. Ampliación/disección de la laguna
C I Ó N	3. Saqueo de objetos en piezas de casas y áreas de actividad	3. Inestabilidad	3. Cavado de pozo para agua (~ 1930)	3. Invasión forestal de marabú
Y	4. Traslado o remoción de tierra para construcción de la plaza ceremonial	4. Pedregales	4. Construcción de terraplén de acceso a casa de Abigail Lores	5. Saqueos esporádicos
T R A N S		5. Replantación forestal con vegetación natural	5. Excavación de Tiblo (1964) y la Universidad de Oriente (1970)	5. Psoleo de ganado
F O R M			6. Excavaciones de Guanch (1974)	
M A			7. Excavaciones del Museo Morúa (1999)	
C I Ó N	ca. 1200 re.	¿?	1919 - 1970	1979-2004
	Período Precolombino	Período de Abandono	Período de Saqueo y Excavaciones	Período de Transformación para Cultivo y Abandono

Comisión Nacional de Monumentos, con fecha 23 noviembre de 2004, comenzaron el día 10 de enero y se extendieron hasta el 27 de enero del 2005.

El objetivo de las unidades de excavación realizadas en el área de habitación del sitio era además de precisar la estratificación del subsuelo, el de hallar las posibles evidencias de habitaciones precolombinas. Para ello se empleó un método de excavación fundamentalmente extensivo, retirando capas sucesivas de 5 cm de grosor a través de la técnica de raspado de pala en las unidades de 5 x 5 m delimitadas.

En total fueron planteadas 15 unidades de excavación (escaques) de 5 x 5 m, de las cuales fueron excavadas casi el 50 %. Las unidades fueron normadas de acuerdo con las letras del abecedario hasta la letra O. Además se practicó una trincheras (T1) de 1,50 x 8 m. Como planteamos más arriba, las excavaciones procedieron más en la dimensión horizontal que en la vertical, por lo que la profundidad promedio en las unidades de excavación fue de 0,25 m. En total fue excavada una superficie de 119,5 m² y un volumen de 15,31 m³.

Las unidades de excavación se ubicaron a partir de la red topográfica general del sitio, extendidos hacia el oeste de la línea central del sitio. El pto. PB del área delimitada coincide con el pto. 412 de la red general ($z = 40,02$ m). Una vez delimitada la superficie se niveló tomando una lectura en cada vértice de la retícula formada.

Por otra parte se hizo una cala sobre el muro norte y en el interior de la plaza ceremonial con el fin de conocer su estructura; y otra cala en uno de los montículos residuarios, con el objetivo de determinar la profundidad de la superficie natural de ocupación.¹

RESULTADOS PRELIMINARES

Después de iniciados los trabajos de campo consistentes en un total de 5 expediciones y una campaña de excavaciones entre 2000 y 2005, se han podido llegar a algunas conclusiones que pasamos a informar.

PRIMERA FASE. LA PLAZA CEREMONIAL

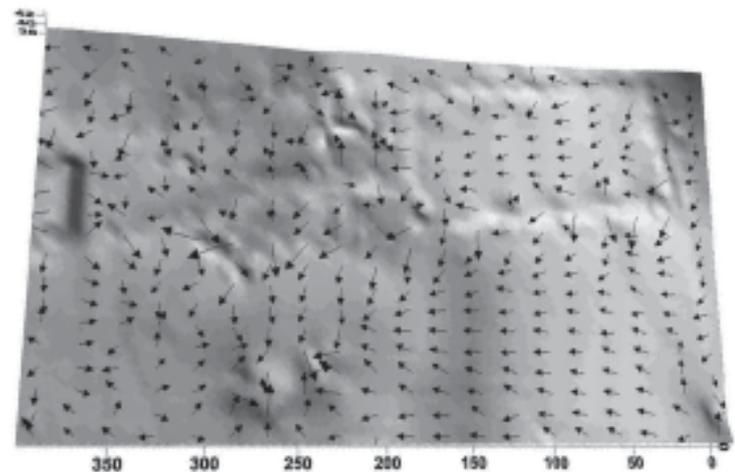
En relación con los estudios sobre la plaza ceremonial, se pudo determinar que no es una estructura uniforme en su totalidad. Su forma no corresponde precisamente a una estructura rectangular, sino más bien, con una de tipo trapezoidal. Su eje más largo en el plano medio está orientado sensiblemente hacia el nortenoeste (353°). Sus dimensiones son las siguientes:

- ♦ Eje NNW-SSE, lado más largo: 169 m; lado más corto: 156 m
- ♦ Eje WSW-ENE, lado más largo: 87 m; lado más corto: 69 m

Si comparamos estas cifras con las dadas por el arqueólogo José Manuel Guarch (142 m por 76 m), vemos que en realidad, el cercado es mayor que lo hasta ahora reportado.²

También es necesario destacar que los muros no constituyen una estructura uniforme en toda la plaza sino que a veces se hacen tan bajos, como en la parte noroeste y suroeste, que casi desaparecen. En general oscilan entre los valores de 0,60 m y 0,004 m de altura, pero como término medio tienen una altura de 0,45 m, siempre medidos tomando como base la superficie exterior del cercado.

Un detalle interesante de la plaza es que presenta una interrupción de los muros en la esquina sureste. Este hecho, sumado a la observación del vecino Abigail Lores del escurrimiento pluvial que se producía por allí, sugirió a José M. Guarch, que podría estar en



presencia de una primitiva obra hidráulica, cosa que enunció como hipótesis, pero que nunca pudo investigar.

En relación a esto último, nuestra estrategia se basó en analizar los datos correspondientes a las superficies interior y exterior del cercado en busca de desniveles significativos en relación con la laguna. Para lograr este objetivo fueron empleados el mapa de superficie total del sitio y los mapas vectoriales de la plaza ceremonial y de toda el área (Fig. 2).

En este último, en particular se puede observar un modelo de escurrimiento superficial de aguas que es concluyente en cuanto a que la laguna tiene una fuente importante de captación de las mismas en grandes áreas aledañas, siendo la superficie del cercado insignificante en cuanto al aporte de volumen de agua.

Por otra parte, dentro del cercado existe también un desnivel en el terreno que va desde su porción noroeste hacia la sureste, precisamente donde se encuentra la abertura del muro y la línea con la laguna. En nuestra opinión esta abertura fue realizada en tiempos precolombinos para evitar el estancamiento de aguas pluviales en la superficie de este posible espacio público.

Para calcular el área total de la plaza ceremonial, se tomaron en consideración las dimensiones de la superficie interior del cercado, es decir, aquella que comprende el espacio demarcado a partir de la base interior de los muros. El resultado es de 13 834,3 m².

ÁREA DE HABITACIÓN

El área de habitación se encuentra ubicada en la porción sur del sitio y está definida por dos acumulaciones de residuarios que presentan una disposición paralela y se encuentran aproximadamente orientadas en el mismo sentido que los muros más largos de la plaza ceremonial.

Siguiendo la metódica empleada en la nivelación topográfica, no es posible la determinación de residuarios de forma individual, tal y como han sido reportados por Harrington (1935), Tabío y Rey (1979), Guarch (1978) y Dacal (1980), sino que los residuarios aparecen como una formación continua, que ofrece una visión más realista de la ocupación del espacio. Similares configuraciones de poblados precolombinos son reportados en la literatura como característicos para la región taína de Cuba (Guarch, *op. cit.*).

De esta manera es posible definir las dos fundamentales líneas de residuarios. La primera, ubicada al oeste, se extiende por aproximadamente 182 m de largo y 22 m de ancho, a partir del extremo suroeste de la plaza ceremonial. La segunda línea de residuarios se encuentra ubicada unos 40 m hacia el este de la primera. Ambas líneas se encuentran separadas por un espacio aparentemente nivelado que se caracteriza por su baja concentración de evidencias. Esta segunda línea parte desde un punto muy próximo al muro sur de la plaza, y se extiende por aproximadamente 200 m hacia el sursureste, siendo su ancho de unos 20 m.

En total, el área de habitación ocupa aproximadamente un área de 200 m de largo por 100 m de ancho, siendo su área de 20 000 m². Debemos aclarar que estas dimensiones pueden aumentar en posteriores exploraciones, pues existen partes del terreno que aun se encuentran bajo maleza.

Por último, debemos señalar la posible existencia de áreas de habitación en las zonas exteriores sureste y noroeste de la plaza ceremonial. En ese sentido, la prospección geoquímica realizada sobre una muestra pequeña de la porción sureste, arrojó evidencias de zonas contaminadas por fosfatos (46,8 % de las muestras presentaron concentraciones medias), aunque estudios más amplios deben ser realizados para confirmar la existencia de estas posibles áreas de habitación.

EVALUACIÓN DEL ESTADO DE CONSERVACIÓN

La situación actual del sitio arqueológico Laguna de Limones se encuentra muy vinculada con los procesos de transformación que

ha sufrido su entorno a lo largo de todo el siglo xx. Si nos atenemos al reporte del norteamericano Mark Harrington de 1919, podemos apreciar que el medio ha sufrido una drástica degradación, sobre todo, en lo referido a la pérdida de la cubierta vegetal. En relación específicamente con el sitio, hemos identificado los principales factores que influyeron, e influyen aún, en su deterioro o amenaza. Los mismos son:

a) Factores naturales:

1. La acción de las aguas pluviales en el sector noroeste de la plaza ceremonial produce la formación de microcauces (cárcavas) que arrastran evidencias por la pendiente.
2. El ganado vacuno, ovino, porcino y equino, suelto por toda el área que ocupa el sitio produce alteraciones mecánicas del suelo y el aplastamiento, fragmentación y la migración de evidencias; además de la alteración o destrucción de las estructuras monticulares y de la plaza ceremonial.
3. La presencia de colonias subterráneas de hormigas (*Solenopsis geminata*) en el área de los residuarios produce alteraciones del contexto que provoca la destrucción de las relaciones estratigráficas originales y la migración de evidencias en el sentido vertical.
4. La existencia en todo el sitio de especies vegetales de gran porte como la baria (*Cordia geraschantus*), el sabicú (*Lysiloma laticuca*), el cupey (*Clusia rosea*), la cúrbana o canelón (*Canella winterana*), el cedro (*Cedrela sp.*), entre otras, y el rápido crecimiento en las últimas dos décadas de la especie vegetal invasora marabú (*Dichrostachys glomerata*), provocan deterioro tanto en las estructuras monticulares como en la plaza ceremonial debido a los amplios y profundos sistemas radiculares que presentan.

b) Factores antrópicos:

1. La constante acción de los excavadores furtivos y visitantes ocasionales, que a lo largo de casi cien años han destruido o alterado la mayor parte de los residuarios llevándose innumerables piezas; no ha pasado así en el área de la plaza ceremonial que se conserva de manera satisfactoria.
2. Las excavaciones realizadas por arqueólogos profesionales a lo largo del siglo xx han intervenido en amplias zonas monticulares,

y han cortado los muros de la plaza ceremonial, al menos en dos ocasiones. Estas excavaciones que no ha sido posible ubicar por los grandes cambios que ha sufrido el terreno, deben de tenerse en cuenta en los futuros trabajos de excavación extensiva del sitio.

3. El acarreo de tierra de la zona de montículos para rellenar superficies de diente de perro (lapiaz) en el patio de la casa del campesino Abigail Lores, contigua al sitio arqueológico, ha producido traslado de evidencia fuera del contexto arqueológico original.
4. La labor de desbroce con maquinaria pesada a gran escala de la superficie del área de los residuarios y los laterales de la plaza ceremonial en 1979 para un proyectado uso agrícola, afectó totalmente al sitio arqueológico y su laguna, aunque no tocó la estructura de la plaza ceremonial.
5. La existencia de un terraplén que cruza el sitio en el área ubicada entre la zona de montículos y el borde sur de la plaza ceremonial, y que es la vía de acceso a la casa del campesino Abigail Lores, provoca un continuo tráfico de vehículos y personas por la zona central del sitio.

Debemos destacar, no obstante, la labor desinteresada y altruista del campesino Abigail Lores, vecino del sitio, que durante más de cincuenta años ha cuidado la integridad del área correspondiente a la plaza ceremonial, evitando la realización de excavaciones y la tala del monte en la superficie que ocupa. En reconocimiento a esta actitud y derivado de los trabajos de este proyecto, el pasado año de 2002, le fue conferido el Premio Provincial de Patrimonio a este campesino.

RESULTADOS PRELIMINARES DE LA SEGUNDA FASE

Excavación del área intermedia

Las excavaciones efectuadas en esta zona, permitieron definir que a partir de los 0,35 m aparece un estrato de color crema, que de existir unidades habitacionales, debía ser atravesado por los postes de las mismas. Es por eso que nuestra atención se concentró en la detección de cambios de coloración indicativo de existencia de esas estructuras. Solamente se pudo identificar, en la Unidad de Excavación E (x: 2,50; y: 0,70; z: 0,12 m) los restos de un posible poste cuya madera fue identificada como jaragua (*Acrosynanthus trachyphyllus*), destacada por su gran resistencia.³

También se observó la marcada ausencia de otros tipos de restos arqueológicos como cerámica, piedra tallada, dieta, etc. En el caso de la cerámica sólo aparecieron unos 10 fragmentos de la misma, en toda el área excavada. Por su parte, la piedra estuvo representada por un fragmento de hacha petaloide en la Unidad E y dos percutores discoidales en la Unidad I.

Esta ausencia de artefactos arqueológicos parece confirmar nuestra hipótesis de que esta zona del sitio es la que debió contener las casas comunales, pues, por referencias documentales tempranas, las habitaciones aborígenes eran barridas constantemente, por lo que no es de esperar encontrar concentraciones altas de material arqueológico en las mismas. La continuación de las excavaciones en la dimensión vertical en el futuro, podría arrojar resultados más concretos sobre este asunto.

Excavación del muro este e interior de la plaza ceremonial

Los trabajos en la plaza ceremonial buscaban fundamentalmente determinar la estratificación del muro este y relacionar la misma con el terreno en el interior del cercado. Una característica de los trabajos de excavación en esta zona fue la dificultad que se presenta debido a la abundancia de vegetación arbórea y arbustiva en el interior del cercado y sobre sus muros; las abundantes raíces de las plantas hacen difícil la excavación y la identificación de los estratos, a menos que se trabaje con sumo cuidado.

La estratificación obtenida en las excavaciones demuestra que el suelo sobre el que se asienta el cercado en su totalidad, está compuesto por una matriz de arcilla de grano fino de color amarillo-naranja, que incluye piedras de cuarcita de dimensiones variables pero generalmente de unos 3 cm de largo, junto a perdigones ferralíticos de formación natural. En un sector de la cuadrícula 7 se alcanzó la profundidad de 0,30 metros sin que se observara ninguna variación en este estrato estéril de material arqueológico.

En el sector donde se extiende el muro, sobre el estrato anterior se ubica uno de tierra arcillosa de grano fino y color carmelita-rojizo que varía en potencia desde 0 hasta 0,45 metros. Sobre estos estratos se ubica la capa de suelo vegetal de potencia variable, entre los 0,09 y los 0,10 m que alcanza su menor valor sobre el muro con unos 0,02 m.

En la cuadrícula 8 se encontró un estrato de similares características al material del muro, de trazado irregular y sobre el que se ubicaba la capa de tierra vegetal con una potencia de unos 0,03 metros.

La presencia de material arqueológico está constreñida a fragmentos cerámicos de pequeñas dimensiones, 12 en total, todos hallados en la capa de tierra compactada que constituye el muro en las cuadrículas 1 y 2, aunque para las cuadrículas 7 y 8 los dos tuestos hallados estaban en la capa de suelo vegetal.

La estratificación general observada en las excavaciones es:

- ♦ Capa I. Suelo vegetal formado por humus y tierra suelta. (Tiene profundidad variable en el rango de 0 hasta 0,10 m.)
- ♦ Capa II. Tierra compacta arcillosa de grano fino y color carmelita-rojizo. (Tiene una profundidad variable en el rango de 0,2 m hasta 0,47 m.)
- ♦ Capa III. Tierra estéril compuesta por piedras de cuarcita inmersas en una matriz de arcilla de grano fino de color amarillo-naranja.

Excavación de montículo número 3

La intervención en esta área igualmente tuvo la finalidad de recopilar información acerca del comportamiento estratigráfico del montículo en sí, y su relación con la estratigrafía en general del sitio; aunque por las características del residuario, también se perseguía obtener datos sobre los recursos ecológicos que explotó la comunidad aborígen.

La unidad de excavación consistió en una trinchera compuesta de dos cuadrículas de 1 x 1 m, quedó su lado mayor con una orientación este-oeste y con un emplazamiento tal, que cortara la ladera del citado montículo.

Se decidió retirar el suelo por capas de 0,10 m ya que se conocía que el sitio había sido violentamente alterado a finales de la década del 70 del pasado siglo, al realizarse movimientos de tierra y labores de desbrozamiento con equipos pesados. A pesar de esto, se procedió a una exhaustiva recolección de datos que reflejan la ubicación tridimensional de los elementos más importantes, así como las variaciones en la composición estratigráfica en cada una de las capas.

Desde la capa 1 (0,00-0,09 m) (superficie) se apreció gran cantidad de fragmentos cerámicos, ejemplares malacológicos y restos óseos muy intemperizados y sin ninguna disposición funcional aparente. Estos componentes han sido fracturados y desplazados de sus posiciones originales por los trabajos antes mencionados y posteriormente por su exposición a la acción erosiva de las aguas

pluviales, lo que se acentúa al no existir vegetación en esta área, además del paso diario e indiscriminado de humanos y ganado.

A una profundidad de 0,05 m se colectó una moneda con un gran desgaste superficial y estado de oxidación. Una vez realizado el trabajo de limpieza y conservación se pudo determinar su procedencia norteamericana, con una cronología entre 1883 y 1900.⁴

Otro hallazgo destacado fue la localización del único elemento superestructural colectado en esta área y se trata de una cuenta elaborada en cuarzo lechoso, cuyas dimensiones aproximadas son 1,2 cm de diámetro por 0,7 cm de grosor, que tiene la característica perforación bicónica presente en piezas aborígenes de este tipo.

A partir de la capa 2 (0,10-0,20 m) se comenzó a apreciar un menor grado de alteración en el sitio, al aparecer concentraciones de restos dietéticos que casi literalmente cubren áreas completas, formando en sí estratos. Estos restos están casi totalmente representados por muelas de cangrejos, muchas de las cuales aparecen totalmente calcinadas y asociadas por lo general con lentículas de cenizas, carbón y piedras calcinadas.

Este fenómeno se hace mayor en la capa siguiente (0,20-0,30 m), con la particularidad de que se incorporan a los restos dietéticos de recolección, elementos resultantes de la caza y la pesca, aunque en un número muy discreto. Los fragmentos cerámicos son mayores en esta capa, y se pueden cotejar varios de una misma pieza, dispersos, pero insertos dentro de un área pequeña y a un mismo nivel. En la capa 4 (0,30-0,40 m) comienza a disminuir la frecuencia de elementos cerámicos, y se mantiene similar la de elementos dietarios.

Los estudios de clasificación de evidencias dietarias manifiestan la amplia y diversa explotación de los recursos marítimos y terrestres que efectuaron los habitantes del sitio, con un predominio muy grande de los crustáceos (Tabla 2).

La presencia de una moneda correspondiente al siglo XIX, en el primer estrato del sitio, confirma el estado de alteración que ha sufrido la estratificación de este montículo, por lo que se requiere una metódica aun más sofisticada para poder deducir estos procesos de transformación en el futuro.

Otros trabajos realizados

Como resultado de las labores de exploración fue posible la ubicación de más de seis residuarios en un área no mayor de un

kilómetro alrededor del sitio, algunos de estos podrían estar relacionados con áreas de producción, tales como talleres de concha, de lítica, etcétera.

Además se localizaron, hacia el extremo sur del sitio, tres áreas donde se colectaron posibles herramientas talladas en vidrio, dos de ellas consideradas como presentes en contextos, que aunque superficiales, no se encontraban muy alterados. Allí los artefactos relacionados con las mencionadas herramientas eran netamente de factura aborigen como picos de manos elaborados en concha, cerámica y herramientas líticas. En una de estas áreas, se localizaron artefactos de uso superestructural, una microcuenta doble de concha y un ídolo del mismo material en proceso de elaboración. Este último ídolo fue elaborado, al parecer, en la concha de la especie *Terebra taurinum*.⁵

En el área del extremo noroeste de la plaza, donde en anteriores expediciones se habían detectado huellas de habitación, el deslave de las aguas pluviales dejó al descubierto gran cantidad de artefactos arqueológicos, entre ellos, fragmentos cerámicos que en cuanto a su decoración y acabado de superficie se diferenciaban de los hallados en el área de trabajo, siendo los últimos de una mayor calidad.

También en el montículo número 1 fue colectado un arete elaborado en concha, y un ídolo del mismo material, con típicas decoraciones chicoides (Fig. 3). Todos los hallazgos permanecen en los fondos del Museo Municipal de Maisí, ubicado en La Máquina.

CONCLUSIONES

Las conclusiones que se derivan de esta primera etapa del proyecto Estudio de las plazas ceremoniales aborígenes del extremo oriental de Cuba son alentadoras en cuanto a los objetivos que se había propuesto.

Primeramente quisiéramos resaltar las dimensiones que presenta la plaza ceremonial de Laguna de Limones, dentro del contexto del patrimonio arqueológico de las Antillas. De acuerdo con el profundo estudio realizado por el Dr. Ricardo Alegría, de Puerto Rico, las plazas ceremoniales de Pueblo Viejo y Laguna de Limones son las más grandes obras de tipo rectangular en todo el Caribe insular (Alegría 1983: 151), aunque debemos aclarar que esto es considerándolas individualmente, pues existen sitios que presentan más de una plaza ceremonial.

No obstante, en nuestra búsqueda bibliográfica de investigaciones más recientes, no hemos encontrado noticia sobre otra obra

TABLA 2. RESTOS FAUNÍSTICOS IDENTIFICADOS EN EL SITIO LAGUNA DE LIMONES. MATERIAL DE LA EXCAVACIÓN DE ENERO 2005		
TAXON	ESPECIE	TAXON
Crustáceos terrestres	<i>Gecarcinus ruricola</i> (Linn.)	Cangrejo rojo
	<i>Cardisoma guahani</i> Latreille	Cangrejo azul
Crustáceos marinos	<i>Callinectes sapidus</i> Rathbun	Jaiba azul
Moluscos Univalvos marinos	<i>Strombus gigas</i> (Linn.)	Cobo
	<i>Cittarium pica</i> (Linn.)	Sigua
	<i>Tectarius muricatus</i> (Linn.)	
	<i>Merita peloronta</i> (Linn.)	
	<i>Merita venicobor</i> (Gmelin)	
	<i>Astraea coelata</i> (Gmelin)	
	<i>Terebra taurinum</i> (Sol)	con principios de elaboración
Moluscos Bivalvos marinos	<i>Codakia orbiculus</i> (Linn.)	
	<i>Tellina radula</i> (Linn.)	
Amphineuros	<i>Chiba mamontis</i> (Gmelin)	Quitón
Moluscos terrestres univalvos	<i>Camcolis sagensis</i> (Beck)	
	<i>Polynita pica</i>	
	<i>Polydora imperator</i> (Mortén)	
	<i>Emoda</i> sp.	
	<i>Cerisa</i> sp.	
Peces marinos	<i>Balistes vetula</i> (Linn.)	Pez cochino
	<i>Epinephelus striatus</i> (Bloch)	Cheema
	<i>Lutjanus cyanopterus</i> (Cuvier)	Cubema
	<i>Lutjanus analis</i> (Cuvier)	Pargo
Mamíferos roedores	<i>Capromys pilorides</i> (Say)	Julia coega
	<i>Capromys melanurus</i> (Pocoy)	Julia andamz
	<i>Eteopsonys offella</i> (Miller)	Especie extinta
Reptiles	<i>Cyclura subita subita</i> (Gray)	Iguana

precolombina mayor descubierta en los últimos diez años, por lo que sin duda, el sitio de Laguna de Limones reviste una importancia regional.

Comparando con el resto de las plazas ceremoniales conocidas en las Antillas Mayores tenemos que las dos mayores de República Dominicana, ubicadas en los sitios de Padre Las Casas y Palero, tienen dimensiones de 110 m por 40 m; y 92 por 35 m, respectivamente. En el caso de Puerto Rico, las más grandes se encuentran en los sitios de Sabana y Palo Hincado, con 90 m por 45 m y 72 m por 57 m, respectivamente.

Recordando que las dimensiones de Laguna de Limones son aproximadamente de 169 m por 87 m, podemos plantear que sería la segunda obra en magnitud de tipo rectangular en el Caribe insular, antecedida únicamente por la ubicada en Pueblo Viejo (según bibliografía, 250 m por 135 m).

Debemos además resaltar como una característica distintiva de la plaza cubana el hecho de estar conformada por muros de tierra apisonada, hecho que la distingue del resto de las plazas antillanas, construidas en su generalidad con lajas de piedra dispuestas verticalmente. No obstante hemos localizado un caso en República Dominicana, muy similar al cubano. Se trata de la plaza ubicada en el sitio de Casa de la Reina, Constanza, cuyos muros de tierra apisonada formaban un paralelogramo orientado este-oeste que cubre un área de 80 m por 60 m. Este sitio fue reportado desde 1851, pero en la actualidad está totalmente destruido (Peguero 2001).

Por otra parte, el estudio realizado demostró de manera fehaciente que no existe una base sólida para atribuir un carácter de obra hidráulica a la plaza ceremonial de Laguna de Limones. Los modelos topográficos desarrollados demostraron que era innecesaria la realización de una obra de esas dimensiones para captar agua pluvial, cuando todo el entorno constituye una superficie de captación de mayores dimensiones. La abertura que se presenta en la esquina sureste de la plaza, coincide con el declive interno de la superficie de la misma, y por tanto debió ser la solución constructiva aborigen para evitar la acumulación de agua de lluvia y facilitar su evacuación del área ceremonial.

Por su parte, la disposición general que presentan los residuarios, en forma de dos grandes líneas paralelas, parecen corroborar la observación realizada por algunos investigadores, de que las casas de los poblados seguían una orientación lineal. No obstante, esta pudiera ser una particularidad diferenciadora para Laguna de Limones, pues hemos encontrado en otros sitios de la zona, una distribución circular de los residuarios completamente diferente en su configuración.

Sin lugar a dudas, la presencia de la plaza ceremonial le confiere a este sitio una preeminencia local que estaría acorde con la ubicación en su periferia más inmediata (menos de 1 km), de al menos dos sitios de población. De ser cierta esta evidencia, la importancia arqueológica del sitio aumentaría considerablemente.

Por último, debemos señalar que las excelentes condiciones de conservación que presenta la plaza ceremonial de Laguna de

Limones, convierten a este sitio en una verdadera joya arqueológica del patrimonio nacional. Las más diversas causas, desde el azar a la labor altruista de un campesino, han posibilitado que este monumento de la cultura aborigen haya llegado a nuestros días.⁶

Desafortunadamente, no ha sucedido lo mismo con el área de habitación del sitio, pues a lo largo de los años fue objeto de un sostenido saqueo, excavación y remoción de suelos, que dañaron sensiblemente su estructura arqueológica. No obstante, somos de la opinión de que la aplicación de diseños de investigación creativos y procedimientos modernos de excavación, pueden subsanar las dificultades que para la explicación arqueológica e histórica presenta este contexto parcialmente destruido.

Los resultados de la expedición permitieron obtener una mayor claridad de la estrategia que se debe seguir en la investigación de este importante sitio arqueológico de la región oriental, por lo que en la próxima fase nuestra estrategia debe estar dirigida fundamentalmente a continuar la excavación de la denominada zona intermonticular, a profundidades mayores de lo 0,35 m, pues ahora conocemos la estratificación exacta que presenta esta parte del sitio, y con procedimientos adecuados será posible localizar las unidades de habitación aborígenes.

Por último quisiéramos transmitir una experiencia, que constituye un estándar a nivel mundial pero que en nuestro país no se aplica, y es la incorporación de un Conservador de Bienes Muebles al equipo de investigadores. Esto permitió una actuación de emergencia ante la conservación de piezas que sin esa intervención



Fig. 3. Ídolo.

de campaña no hubieran sobrevivido el proceso de transporte al museo. Esta es una experiencia positiva que recomendamos deben tener en cuenta todos los equipos de investigación arqueológica.

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer a las siguientes personas que participaron en las diferentes fases del proyecto y que aportaron su esfuerzo y conocimiento. Al equipo investigador de CENCREM Darwin Arduengo, Seegrit Laborí y Alejandro Cruz, y nuestra contraparte guantanamera, Ana Luisa Gazón y Jesús Otero. A los miembros del Grupo Espeleológico Juan Federico Esper de la Sociedad Espeleológica de Cuba; a los especialistas del Centro de Antropología Milton Pino, Ulises González, Oscar Pereira, Yudelkis Pérez y Yenía Álvarez. A los incansables colegas de Granma Zacarías Mayo y Roberto Ortiz. A Jesús Santos, conservador del Museo de La Punta, OHCH. A mis colegas Lorenzo Morales y Néstor Gómez, de Arqueocentro. Por último, al Dr. Antonio Curet, por sus sabias recomendaciones y a los Dres. Ray Petty y Sandra Rodríguez, por todo el apoyo que han ofrecido al proyecto.

NOTAS

¹ El sistema de documentación de las excavaciones está disponible en el Grupo de Arqueología del CENCREM.

² En trabajo anterior (Torres, 2003) hemos presentado datos que ahora son corregidos gracias al empleo de métodos más precisos.

³ La identificación de la madera corrió a cargo de la Dra. Raquel Carreras, quien estima viable la posibilidad de que fueran los restos de un poste. La especialista tuvo también a su cargo la identificación de maderas del sitio Los Buchillones, en Ciego de Ávila.

⁴ La identificación fue realizada por peritos del Museo Numismático.

⁵ Milton Pino, en comunicación personal, ha planteado que es el primer reporte de artefacto en este tipo de concha que se ubica en Cuba.

⁶ En estos momentos la Comisión Provincial de Monumentos se encuentra en fase de preparación del expediente para declaratoria de este sitio como Monumento Nacional.

BIBLIOGRAFÍA

Alegría, E. Ricardo (1983): "Ball Courts and Ceremonial Plazas in the West Indies" en *Anthropology*, No.79, New Haven, Yale University Publications.

Curet Salim, L. Antonio (2004): "Island Archaeology and Units of Analysis in the Study of Ancient Caribbean Societies" en *Voyages of Discovery. The Archaeology of Island*, S. F. editor, Westport, Praeger.

Dacal Moure, Ramón (1971): "Ante-proyecto restauración del sitio arqueológico de Lagunas de Limones, en Maisí, Oriente", inédito, archivo particular del autor.

_____ (1980): "Informe de visita al sitio arqueológico de Laguna de Limones, Maisí, Guantánamo, al presidente de la Comisión Nacional de Monumentos", inédito, archivo particular del autor.

Guarch, José Manuel (1972): "Excavaciones en el extremo oriental de Cuba" en *Serie arqueológica*, No.1, La Habana, Editorial Academia de Ciencias.

_____ (1978): *El taíno de Cuba, ensayo de reconstrucción etnohistórica*, La Habana, Instituto de Ciencias Sociales, Dirección de Publicaciones.

Harrington, Mark Raymond (1935): *Cuba antes de Colón*, traducción de Adrián del Valle y Fernando Ortiz, Colección de Libros Cubanos, Vol. XXXII, Tomo 1, Cultural S. A

Hayden, Brian y Aubrey Cannon (1983): "Where the Garbage Goes: Refuse Disposal in the Maya Highlands" en *Journal of Anthropological Archaeology*, No.2.

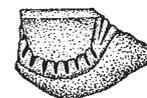
Peguero, Luis A. (2001): "Las plazas ceremoniales como espacio ritual de las culturas prehistóricas del Caribe: su posible vinculación a otros contextos culturales" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Año XXVIII, No. 29, Santo Domingo, República Dominicana.

Tabío, Ernesto y Estrella Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*, La Habana, Editorial Academia de Ciencias.

Torres Etayo, Daniel (2002): "Estudio de las plazas ceremoniales aborígenes de Cuba: Primeros resultados" en *Boletín Patrimonio y Desarrollo*, No. 7, CENCREM.

_____ (2004): "La arqueología cubana en la encrucijada: la teoría o la empiria" en el *Caribe Arqueológico*, No.8.

Versteeg y Schinkel (1992): "The archaeology of St. Eustatius: The Golden Rock Site", Publication No. 2, Historical Foundation St. Eustatius, y No. 130, Foundation for Scientific Research in the Caribbean Region, St. Eustatius, Antillas Holandesas.



HACIA UN ENFOQUE TECNOLÓGICO DE LA LÍTICA EN EL CARIBE: LOS CASOS DE LA MINA Y MARTINEAU, VIEQUES, PUERTO RICO

RENIEL RODRÍGUEZ RAMOS



INTRODUCCIÓN

Hasta años recientes, los estudios detallados de la lítica en el quehacer arqueológico de Puerto Rico habían brillado por su ausencia. Esto había sido en parte el resultado del enfoque dominante en la arqueología puertorriqueña a través de su trayectoria, dirigido primordialmente hacia la ubicación de los yacimientos estudiados dentro de los rígidos cuadros que todavía enmarcan nuestro contexto sociocultural prehispánico. Los contados casos que habían recibido una atención más detenida de los utillajes pétreos eran aquellos correspondientes a los yacimientos prearauacos de la isla, ya que esta era la línea de evidencia primordial empleada para definir las diferentes “culturas” que la habitaron durante los períodos iniciales de ocupación. En cambio, para los yacimientos ceramistas la lítica, especialmente aquella de carácter utilitario, era usualmente descrita someramente debido a la concepción generalizada de que la misma no contribuía criterios diagnósticos para la definición de unidades crono-culturales significativas y, por tanto, no era meritorio su estudio en detalle.

No obstante, esto comenzó a cambiar para mediados de la década del '70 a la par con el desarrollo teórico procesualista, dirigido a entender el contexto arqueológico desde una perspectiva conductual, esbozado principalmente por arqueólogos estadounidenses. Uno de los primeros ejemplos de este acercamiento lo es el estudio de Goodwin y Walker (1975) del sitio Villa Taína de Boquerón, el cual presenta un análisis detallado del material pétreo y se señalan sus atributos tecnológicos así como posibles usos para los mismos. Este tipo de enfoque fue también empleado por Pantel (1977) en su análisis de la lítica de Barrera Mordan. Unos años más tarde, con el propósito de esgrimir criterios que permitieran establecer elementos discriminatorios entre los artefactos líticos de grupos prearauacos *versus* los pertenecientes a contextos acerámicos, Walker (1980) introduce en el Caribe el estudio

replicativo de la lítica, el cual buscaba recrear experimentalmente las técnicas de reducción empleadas para la producción de útiles de piedra. Desde entonces, en Puerto Rico así como en las Antillas Menores han aumentado paulatinamente la cantidad de estudios tecnológicos de este elemento de la cultura material para los contextos ceramistas tanto en Puerto Rico como en las Antillas Menores.

Con el propósito de mostrar este enfoque investigativo, este trabajo resume el análisis de 663 artefactos pétreos recuperados de las excavaciones de los sitios postsaladoideos La Mina y Martineau, ambos ubicados en la isla de Vieques, dirigidas por la arqueóloga Marlene Ramos.

EL MODELO TECNOLÓGICO

El modelo que se emplea en la descripción tanto de las técnicas de manufactura como de los artefactos producidos por estas es el de reducción lineal (Crabtree 1972:16, Shafer 1970:57, Walker 1985:G2, Whitakker 1994:11, entre otros). Este modelo permite examinar los artefactos y las etapas de reducción de los mismos desde una perspectiva procesal, mediante la definición de los pasos envueltos desde la obtención de un nódulo de roca sin modificación alguna hasta la confección del producto final, tomando en cuenta el desecho producido en cada fase del proceso de reducción. Este esquema operacional dispone que el sistema de producción de útiles líticos comienza con la obtención de la materia prima a través de la explotación directa, el comercio o la obtención de materiales de contextos arqueológicos. Esta materia prima es luego modificada por el uso de una serie de estrategias reductivas, las cuales producen atributos diagnósticos que reflejan tanto las características morfológicas de la materia utilizada como las técnicas de percusión empleadas en dicho proceso. Mediante la cuantificación de estos atributos tecnológicos, se pueden determinar con precisión las trayectorias en que estos útiles se vieron envueltos y, como resultado, los patrones de conducta fosilizados que representan los usos y costumbres de las sociedades que los produjeron. De esta manera, el empleo de este modelo provee indicios sobre el proceso decisional envuelto en la confección de útiles así como posibles cambios en este tanto a nivel espacial como temporal.

A continuación se ofrecerá una descripción general de las diferentes técnicas de percusión observadas en cada uno de estos yacimientos.

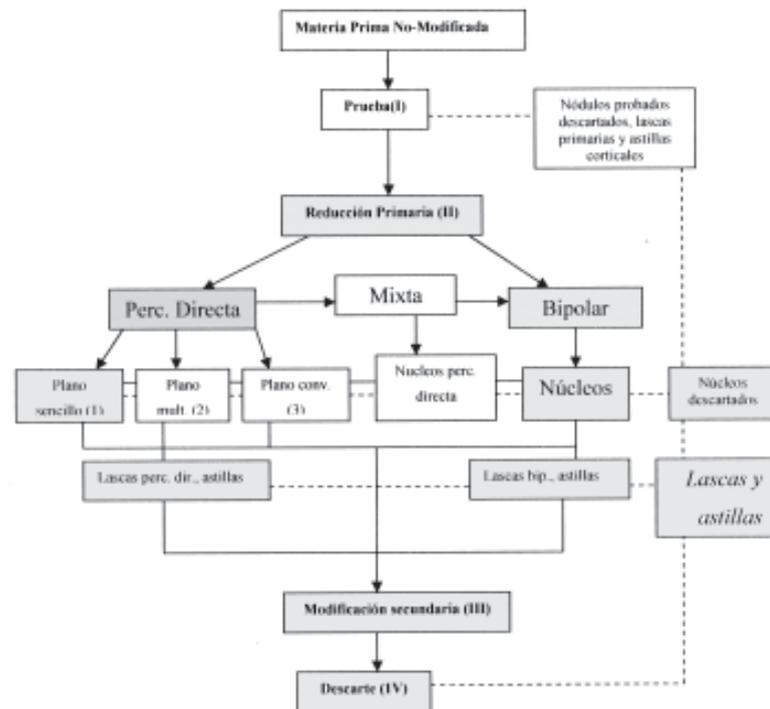


Figura 1. Modelo de reducción lineal. Áreas sombreadas representan los elementos de este sistema representados en las colecciones analizadas.

LA MINA

Un total de 566 artefactos de piedra del sitio arqueológico La Mina fue analizado en el presente estudio. Como es común en la mayoría de los sitios arqueológicos de Puerto Rico y del resto del Caribe, la presente colección se compone en su vasta mayoría de los productos relacionados con los procesos de extracción de lascas y de los desechos resultantes de este proceso (*core-flake reduction*). En este yacimiento, un 94,9 % (n=537) de las piezas líticas eran lascas, astillas o núcleos.

Cabe mencionar que de la muestra de lascas y astillas de este yacimiento, un total de 89 (17,6 %) fueron el resultado ya sea directo (reavivamiento de filo) o indirecto (lascas de uso) de los procesos de uso y reuso de piezas picoteadas y pulidas o de los implementos modificados por el uso. Ya que estos materiales no

se encuentran directamente relacionados con los procesos de extracción de lascas, los mismos serán descritos en las secciones que correspondan a sus categorías generales.

Lítica tallada

Como fue mencionado anteriormente, la vasta mayoría de los implementos analizados fueron productos tanto directos (núcleos y lascas) como indirectos (astillas) de los procesos de extracción de lascas (*core-flake reduction*). La discusión de estos materiales será organizada sobre la base de una adaptación parcial de los esquemas desarrollados por Collins (1970) y Shafer (1973) para reconstruir las “historias de vida” de los núcleos. Estos esquemas analíticos están estructurados dentro de un modelo de reducción lineal, el cual ha sido empleado para diagramar los protocolos de reducción propuestos para los materiales observados en ambos contextos (Fig. 1). Como es demostrado en este organigrama, el primer paso en los procesos de extracción de lascas consiste en la búsqueda y selección de la materia prima, la cual es luego probada (I) para determinar su aptitud para las operaciones de reducción que proyectan ser acarreadas. Las piezas que no presentan las cualidades necesarias para dicho proceso son descartadas, mientras que las que tienen las condiciones deseadas continúan dentro del sistema operacional en la forma de núcleos. Estos núcleos son luego sujetos en mano y reducidos mediante una interacción directa con un percutor (percusión directa, IIA), mientras que en otros casos esto es suplementado por el uso de un yunque (reducción bipolar, IIB). Otros productos muestran atributos tecnológicos correspondientes a cada uno de estos métodos de reducción, marcando entonces una transición de una técnica a la otra (reducción mixta, IIA/B). Durante este proceso de reducción primaria, algunos productos son descartados y, por tanto, pasan a formar parte del contexto arqueológico. Por otro lado, otros productos continúan en el contexto sistémico, entrando en lo que se conoce como reducción secundaria (III), en donde la interacción se transforma de ser núcleo-percutor a ser lasca-percutor (retoque/producción formal de herramientas) o núcleo-superficie utilizada (núcleos utilizados). Este proceso resulta de una alteración intencional del borde de trabajo de los artefactos. Finalmente, luego de que estas lascas, astillas y núcleos son retocados o utilizados, entran en una cuarta parte de este sistema, la cual comprende su disposición final y su eventual inserción al contexto arqueológico.

Cabe mencionar también que hemos podido distinguir dentro de este modelo la presencia de diferentes acercamientos al proceso de extracción de lascas en la reducción por percusión directa. Para poder esbozar los mismos, hemos establecido ciertas distinciones sobre la base de la orientación de los negativos de lascado con respecto a un plano cartesiano hipotético, como puede ser apreciado en la superficie general de los núcleos y en la sección dorsal de las lascas. Estas divisiones incluyen la reducción en planos paralelos (IIA-1), planos múltiples (IIA-2) y planos convergentes (IIA-3). Debemos mencionar que aunque todos estos planos pueden haber sido “visitados” durante el proceso de reducción de un núcleo, en ambas colecciones sólo se percibió evidencia de la reducción en planos sencillos, como se desprende de la orientación de las aristas y negativos de lascado en la superficie dorsal de las lascas analizadas. Debido a que los materiales analizados en el presente estudio sólo presentan una porción de los procesos diagramados en el organigrama general de reducción (Fig. 1), el lector se debe remitir a los segmentos de dicha figura que están sombreados ya que esos son los únicos representados en ambas colecciones. Estos serán discutidos a continuación.

Prueba del material (I)

La prueba del material para determinar si el mismo es apto para los métodos propuestos de reducción es un primer paso en cualquier sistema de reducción, ya sea de útiles formales o de extracción de lascas. En este yacimiento sólo pudimos apreciar evidencia indirecta de dicho proceso en la forma de lascas y astillas con remanentes de corteza, algunas de estas primarias. Contrario a lo observado en otras colecciones, las lascas primarias no fueron en su mayoría el resultado de la percusión directa, sino de la talla bipolar, lo que parece estar indicando que la prueba del material fue efectuada mediante dicha técnica reductiva. Esto contrasta con lo observado por el autor (Rodríguez 2001) en otros contextos en los que ha documentado que la prueba del material se hace mediante la aplicación de la percusión directa. El autor atribuye la aplicación de esta técnica para probar la condición de los nódulos al hecho de que es menos invasiva que la bipolar, ya que la última tiende a astillar la masa objetivo y, por tanto, dificulta la aplicación posterior de otros métodos de manufactura, con la excepción de los casos en los que esta técnica es aplicada para fragmentar nódulos ovoides y así crear plataformas de percusión

trabajables. Por lo tanto, al parecer la vasta mayoría del material explotado en esta sección del yacimiento parece haber orientado principalmente a la técnica bipolar desde fases tempranas de la secuencia operacional, factor que será corroborado en los siguientes párrafos.

En cuanto a los tipos de materia prima evidenciados en los materiales tallados, se destaca el uso predominante de la toba silicificada que constituye más de un 70 % de los mismos. Aunque el autor (Rodríguez 2001) ha estimado que esta materia prima procede de la Formación Fajardo, en Ceiba, en el presente no existe información suficiente para descartar a Vieques y Culebra como áreas que también pueden contener estos tipos de materia prima, pues consideramos el hecho de que ambas islas presentan relación geológica con el este de Puerto Rico al yacer sobre partes del Batolito de San Lorenzo. Independientemente del origen de este tipo de materia prima, cabe destacar que la misma presenta una composición propensa a la fractura conoidal, con propiedades físicas que asemejan las observadas en el pedernal tanto en dureza como en resistencia y elasticidad. Esta materia prima parece haber sido obtenida de fuentes de desprendimiento como se aprecia por el tipo de corteza en la superficie dorsal de las lascas y por la angulosidad de las masas primarias.

El tipo de materia prima que sigue en frecuencia a la toba silicificada en los materiales tallados es el pedernal (8,9 %). Hasta ahora no se han documentado fuentes de esta materia prima en la isla de Vieques ni en el este de Puerto Rico, las más próximas están en la isla de Antigua y en el noroeste y sudoeste de Puerto Rico. Entre los materiales analizados de este yacimiento, sólo se pudo identificar una pieza de pedernal de Antigua, la cual correspondía a una lasca bipolar. El restante del pedernal encontrado en este sitio no puede ser atribuido a ninguna fuente específica, aunque el mismo se asemeja a los identificados por Walker *et al.* (2002) en su estudio de las fuentes de materia prima en el noroeste de Puerto Rico.

Finalmente, una ínfima parte de las materias primas encontradas en este yacimiento son definitivamente locales, y estas están constituidas por las diferentes variedades de cuarzo lechoso. Este tipo de materia prima es común en diferentes sectores de la isla de Vieques, donde se encuentra en fragmentos tanto angulares como redondeados, dependiendo del sistema de donde se obtengan. Aun cuando este tipo de materia prima se encuentra local-

mente, su bajo índice de explotación parece responder a algunos de sus atributos físicos, los cuales son desfavorables para las técnicas de talla, como por ejemplo su alta cantidad de inclusiones, la porosidad de su constitución granular y la presencia de planos de clivaje que disminuyen la predictibilidad de los golpes aplicados al mismo.

Reducción primaria (II)

Percusión directa (IIA)

La incidencia en este yacimiento de lascas de percusión directa es de sólo un 15,6 % ($n = 8$) del total de lascas con atributos diagnósticos de su técnica de extracción ($n = 51$). Todas las lascas producidas mediante la percusión directa eran de basalto, con la excepción de dos piezas, de las cuales una era de pedernal y la otra de cuarzo lechoso. Estas lascas presentan atributos similares entre sí sin tener en cuenta su materia prima, entre los que se destaca su extracción mediante un formato de reducción de planos paralelos, enfocado a orientar el golpe en igual dirección que la de las aristas de la lasca, las cuales tienden a ser paralelas, con el propósito de dirigir el golpe aplicado a través de la trayectoria establecida por estas. La plataforma de estas lascas tiende a ser una superficie natural cubierta de corteza, un plano de clivaje natural o una faceta indicativa de lascado anterior. La preparación de las plataformas para la extracción de las mismas tiende a ser realizada por medio del recorte (*trimming*), proceso en el que se busca el fortalecimiento del punto de percusión mediante la extracción de pequeñas lascas desde la plataforma hacia lo que eventualmente se convierte en la superficie dorsal de las lascas.

En cuanto a sus atributos métricos, como se aprecia en la tabla 1, las lascas producidas mediante la percusión directa (37,1 mm) tienden a presentar una dimensión máxima promedio de casi el triple de la de las bipolares (14,6 mm), y un peso promedio drásticamente mayor (10,4 g) al de las piezas producidas por esa otra técnica de reducción (0,62 g). Esta discrepancia métrica puede ser atribuida a varios factores como por ejemplo las mecánicas de fractura y otros atributos físicos de las materias primas empleadas para producir los diferentes tipos de lascas (mayormente el basalto en el caso de la percusión directa) o a otros aspectos funcionales como el hecho de que la técnica de la percusión directa haya sido dirigida a la producción de piezas de mano mientras que la talla bipolar

Tabla 1. Composición general por categoría tecnológica y atributos métricos de la litica tallada de La Mina

Tipo	Conteo	%	Dim.Máx. Prom. (cm)	VALOR MÍNIMO	VALOR MÁXIMO	PESO PROM. (g)	VALOR MÍNIMO	VALOR MÁXIMO
LASCAS								
Perc. Directa	8	2,0	37,1	20,2	58,3	10,4	1,1	28,6
Bipolares	43	8,1	14,6	7,2	32,4	0,62	0,1	5,0
Reav. Filo pul.	27	5,3	35,3	18,6	46,9	9,3	1,8	29,2
Uso pul.	60	11,9	-	-	-	4,0	0,1	46,2
Uso mod.uso	2	0,4	-	-	-	12,3	6,5	18,0
Astillas	158	31,3	-	-	-	0,2	0,1	1,9
Porción ind.	1	0,2	13,0	-	-	0,5	-	-
D. pol. Guayo	206	40,8	-	-	-	1,2	0,1	6,0
TOTAL	506	100,0						
NUCLEOS								
Bipolares	31	96,9	18,9	7,6	49,3	7,1	0,1	83,0
No-exhaustos	10	31,2	27,8	14,8	49,3	15,9	0,7	83,0
Exhaustos	20	62,5	13,6	7,6	23,4	1,1	0,1	3,1
Partidos (<i>split</i>)	1	3,1	44,1	-	-	39,3	-	-
Perc. Directa	1	3,1	-	-	-	-	-	-
Plat. Sencilla	1	3,1	21,5	-	-	5,3	-	-
TOTAL	32	100						
Total Tallado	537	100						

se haya concentrado más en la producción de herramientas compuestas (i.e., guayos de yuca).

Dentro de la percusión directa, también debemos destacar la presencia de lascas producidas durante el proceso de reavivamiento del filo de trabajo de piezas picoteadas y pulidas. Aunque en este caso su remoción no estuvo directamente ligada a los procesos descritos anteriormente (extracción de lascas), si no que son el resultado secundario de otro proceso (reuso de hachas), el hecho de que estas fueron removidas por la aplicación de la percusión directa, que permitió extraer algunas de hasta 46,9 cm de largo, debe ser destacado. Estas piezas pueden ser separadas de las identificadas como las que fueron el producto exclusivo del uso de las piezas, debido a la presencia de un punto de percusión marcado y a la presencia de huellas de pulimento en la mayoría de su periferia.

Percusión bipolar (IIB)

En la colección analizada, las actividades de talla parecen haber estado enfocadas casi exclusivamente en la técnica bipolar como mecanismo de reducción. Entre los núcleos pudimos identificar todas las características diagnósticas de esta técnica de reducción como superficies opuestas colapsadas, huellas de talla laminares y poca profundidad en sus negativos de lascado (Fig. 2). El énfasis en la aplicación de esta técnica de reducción es también evidenciado por la alta incidencia de microproductos en la forma de astillas y fragmentos de lasca en comparación con las lascas completas y los núcleos, como ha sido identificado en las proyecciones estadísticas ofrecidas por Kuijt *et al.* (1995). En el presente caso, se estableció una distinción adicional entre las astillas angulares que no presentaban superficies o formas usa-

das, *versus* aquellas que tenían el potencial de ser dientes de guayo, tomando en consideración los criterios enumerados por Walker (1980).

El utillaje bipolar se encuentra dominado casi en su totalidad por la toba silicificada. Como fue discutido anteriormente, este tipo de materia prima es angular por lo que los procesos de reducción de la misma comenzaron con la remoción de una lasca de la esquina del núcleo (i.e., *corner-struck flake*), para luego continuar sistemáticamente reduciendo el mismo a través de su cara más corta. En algunos casos, se nota que cuando las masas eran demasiado amorfas, primero se partía el nódulo en dos mitades (*split core*) para ser luego reducida cada una de estas de forma individual (Fig. 2.1). Las ventajas de la técnica bipolar para reducir masas angulares han sido comentadas anteriormente por el autor (Rodríguez 2001).



Figura 2. Núcleos bipolares de La Mina.

El proceso de reducción bipolar parece haber comenzado temprano en la secuencia de reducción, como se puede apreciar por la presencia de lascas primarias y nódulos partidos mediante esta técnica reductiva. Esto también se evidencia en los rangos de tamaño de los núcleos presentes en la colección, los cuales presentan dimensiones máximas que varían de un máximo de 49,3 mm hasta un mínimo de 7,1 mm. Esto obviamente indica el nivel de agotamiento a los que son sometidas las masas pétreas reducidas mediante esta técnica. En este caso no identificamos ninguna evidencia directa de la transición de la percusión directa hacia la talla bipolar, ya sea en la forma de lascas o núcleos de percusión directa bipolarizados, lo cual es otro indicio de la autonomía de esta técnica en los sistemas operacionales de talla en este yacimiento.

Un aspecto interesante en estos materiales es precisamente la presencia de micronúcleos, muchos de los cuales presentan dimensiones máximas de menos de 8 mm y pesos de hasta 0,1 g (Fig. 2.14). Como ha sido demostrado en experimentos realizados por el autor, así como en otros publicados por Walker (1997), re-

sulta sumamente difícil el reducir núcleos mediante la percusión bipolar cuando estos son menores de 25 mm. Es por esta razón que se estima que en el presente caso, luego de que los núcleos llegaran a un punto en donde no podían ser reducidos sujetándolos con la mano, los mismos podían ser envueltos en alguna fibra para luego ser reducidos, como ha sido documentado en otros contextos (*bipolar wrapping*, Shafer 1973).

En cuanto a las otras materias primas, estimamos que la poca incidencia de núcleos y material descartado de pedernal en proporción con la cantidad de astillas y dientes de guayo potenciales puede ser atribuida al intento de maximizar su uso al resometer los materiales que todavía tenían masa suficiente a la técnica bipolar hasta que llegaran a las dimensiones necesarias para su empleo, maximizando así la cantidad de piezas que podían ser obtenidas de una masa inicial.

En general, los materiales producidos a través de esta técnica parecen haber sido concentrados en la producción de microlascas semejantes a las identificadas por Walker (1980) como dientes de guayos, caracterizadas por ser piezas pequeñas con terminaciones puntiagudas, las cuales son insertadas en guayos para el rallado de la yuca amarga y otros tubérculos que requieran este proceso. Muchos de estos dientes potenciales parecen haber sido lascas bipolares, las cuales eran recostadas con su superficie dorsal o ventral sobre el yunque y eran luego partidas en varios segmentos, los que posteriormente eran insertados en los guayos. Todos los dientes de guayo potenciales y las astillas resultantes de su producción eran invariablemente de rocas de grano fino, entre las que se destacan la toba silicificada y el pedernal. También se puede apreciar una porción ínfima de cuarzo lechoso, material disponible localmente en la isla.

Un 14,2 % de estas microlascas presentan huellas de uso en uno de sus extremos, lo que parece evidenciar su empleo en este tipo de actividad. Estas fueron analizadas como astillas ya que su reducido tamaño dificulta el reconocimiento de atributos tecnológicos específicos para las mismas. No obstante, su poco grosor y carácter fragmentado coinciden con la apreciación de Walker (1980) de que estos fueron producidos por la técnica bipolar.

Modificación secundaria (III)

En nuestra muestra de La Mina, sólo un 11,1 % ($n = 54$) de las piezas presentaron algún tipo de manipulación postextracción, ya sea en la forma de retoque ($n = 7$, 1,4 %) y/o de uso ($n = 54$, 11,9 %).



Figura 3. Piezas bipolares con proyecciones puntiagudas de La Mina.

El retoque intencional se limita a dos tipos principales: la aplicación del retoque unifacial denticulado y del retoque fino. El tipo de retoque dominante en esta colección consistió de alteración por presión fina, la que se le aplicó a varias lascas y astillas con el propósito de aislar una proyección puntiaguda para su empleo en funciones de incisión (Fig. 3). Este tipo de retoque parece haber sido aplicado a lascas producidas mediante la técnica bipolar, ya que dicho método de reducción produce lascas con secciones distales convergentes, lo que facilita el poder producir una superficie punteada en las mismas. Además de las lascas bipolares, dos piezas adicionales presentaron evidencia de este proceso: una astilla de toba silicificada y un fragmento de cristal de cuarzo. En el caso de la astilla, como ha sido documentado anteriormente por el autor en otros contextos (Rodríguez 2001), estas tienden a presentar en algunas ocasiones secciones puntiagudas naturales, las cuales son simplemente retocadas por una o dos aplicaciones de presión periférica a las mismas. En el caso del cristal de cuarzo, al parecer se aprovechó la sección natural creada por la terminación de uno

de los planos de clivaje naturales de la pieza y aislar el mismo mediante la aplicación de presión.

En cuanto al uso de los materiales, cabe destacar que la baja incidencia de piezas usadas puede ser atribuida al bajo nivel de magnificación que utilizamos en el presente análisis (4X), el cual tiende a prejuiciar contra piezas cuyo uso fue de corta duración o sobre aquellas que fueron empleadas sobre materiales suaves, los cuales no producen negativos perceptibles en los filos de los útiles a este nivel de resolución. No obstante, debemos destacar que 28 piezas de las que fueron consideradas como dientes de guayo potenciales, presentaron evidencia de uso similar a la descrita por Walker (1980) para tal actividad, que consisten básicamente de superficies puntiagudas redondeadas y pulimentadas. De las otras piezas que presentaron huellas de uso, diez eran lascas bipolares de las que siete presentaban huellas correspondientes a labores de incisión y las tres restantes fueron empleadas como raspadores.

Lítica picoteada y pulida

Dentro de la lítica picoteada y pulida se categorizan las hachas, las hachuelas y otras piezas formales como las cuentas, entre otras. En este yacimiento la gran mayoría de las piezas picoteadas y pulidas consistían de hachas y hachuelas mientras que se identificaron sólo tres cuentas. Aparte de estos materiales, no se recuperó ninguna pieza ritual producida mediante este método de reducción tales como los cemíes y aros líticos, entre otros.

Dentro de esta categoría debemos destacar la gran cantidad de lascas de uso y reavivamiento de filo de estos útiles en contraste con la baja incidencia de desechos asociados a su producción. Esto parece indicar que estos tipos de herramientas estaban siendo producidas en otra localidad, ya sea en otra sección del yacimiento y en otra área fuera de este, y estaban siendo desechadas en forma terminada y exhausta en las áreas que fueron muestreadas en el presente estudio. Esto demuestra que este depósito evidencia conductas de consumo y reuso más que de producción, al menos aquellas relacionadas a estos tipos de artefactos.

Otro aspecto que cabe recalcar de este sitio es la presencia de útiles que parecen haber sido empleados en distintas tareas relativas a los procesos de producción maderera. Tenemos útiles de rompimiento (hachas), desgaste (hachuelas) y de labores de detalle (buriles). Esta combinación de implementos señala la producción

de piezas de madera que conllevaran un alto grado de elaboración. Cada uno de estos tipos de implementos será descrito a continuación.

Hachas y hachuelas

Hachas biconvexas: Las hachas biconvexas constituyen el tipo de implemento picoteado y pulido de mayor representación en la presente colección. Estas hachas se distinguen por varios atributos principales entre los que se destacan la presencia de una sección transversal elíptica o lenticular, márgenes curvo-divergentes y una pala simétrica. Dentro de las hachas biconvexas distinguimos dos subtipos principales basados en la configuración de su sección proximal. Estas son las que presentan una sección proximal cónica ($n = 8, 53,3 \%$), la cual fue la más común en esta colección, y las que presentan una sección de empuñadura redondeada, de las que solo había un espécimen en la muestra analizada. Son estos tipos de hachas las que son usualmente denominadas con el homónimo de *petaloides*.

Hachuela biconvexa: De este yacimiento se recuperó un fragmento proximal de una hachuela producida sobre una roca verde de procedencia desconocida, como fue corroborado por Eduardo Questell. Esta hachuela, aunque presenta una sección transversal elíptica, la misma no es simétrica, lo que proyecta también la asimetría de su pala, indicando así su empleo en el rebajado de madera (hachuela) y no en el corte (hacha) de la misma. Este fragmento proximal es redondeado y presenta picoteo y abrasión en todo su margen. Esta pieza parece haber sido pulida hasta el bruñido, aunque su estado actual sólo nos permite apreciar una porción de su condición prístina.

Buriles: En este sitio se identificó la sección proximal de un buril. Este presenta un alto grado de pulimento y una terminación en una sección proximal cónica, además de tener una sección transversal redondeada. Al parecer, estos buriles eran piezas que, al igual que el cincel, servían como útiles intermediarios en la transmisión de fuerza hacia el área de trabajo, posiblemente durante labores de aplicación de detalles a piezas de madera. Su uso en esta función es demostrado por la presencia de conos incipientes en el tope de su sección proximal, los cuales son indicativos de la aplicación de fuerza sobre este. Por estas mismas razones, no se evidencian en estas piezas huellas de empuñadura ya que las mismas funcionan como herramientas de mano.

Fragmentos de hacha no atribuibles a ningún tipo específico: En esta categoría tenemos todos los fragmentos de hacha que, aunque muestran evidencia directa de corresponder a estos tipos de útiles sobre la base de su forma y a la configuración de su sección transversal, su carácter fragmentario no permite su ubicación dentro de ninguna categoría formal. Estos tipos de piezas son diferenciados de las lascas de uso de herramientas picoteadas y pulidas ya que presentan evidencia tanto de su superficie ventral como dorsal, constituyendo así un fragmento de la pieza, en contraste con las lascas que sólo presentan evidencia de cualquiera de esas dos partes de los útiles.

Entre las piezas reutilizadas que no pueden ser asignadas a ningún tipo específico se destaca un fragmento proximal de un hacha, el cual presenta en su superficie central evidencia de haber sido empleada como soporte para el rompimiento de semillas o como yunque en la talla bipolar.

Otras piezas formales

Cuentas: Como fue mencionado anteriormente, en este yacimiento se recuperaron sólo tres artefactos no utilitarios que comprenden preformas de cuentas, de las cuales una estaba completa mientras que las otras dos se encontraban fragmentadas. La cuenta que se encontraba completa era globular, y producida sobre un tipo de serpentina granular (no jabonosa). La misma presenta superficies opuestas amorfas así como una incisión biónica que no se había completado al momento de descartar la pieza, lo cual indica su carácter de preforma.

La otra pieza identificada dentro de esta categoría corresponde a un fragmento de una cuenta convexa-tabular de diorita, la cual se partió probablemente cuando estaban iniciando la sección para ser agujereada con el proceso de picoteo. Finalmente, identificamos una preforma que no puede ser atribuida a ningún tipo específico debido a su carácter fragmentario, aunque contiene muestras de su incisión en uno de sus márgenes.

Artefactos modificados por uso

Un total de 11 artefactos modificados por el uso fue recuperado de La Mina (Tabla 1). Estos artefactos modificados por el uso parecen haber sido obtenidos invariablemente de fuentes locales, ya sea la arenisca proveniente de la costa o de guijarros obtenidos de los sistemas de alta energía presentes en la isla.

Entre los artefactos modificados por el uso, pudimos identificar una piedra afacetada, un *abrading stone* de arenisca y tres piezas que parecen haber sido empleadas como majadores. El primero de estos, la piedra afacetada, consiste de un guijarro diorítico fragmentado por calor, el cual fue sometido a labores abrasivas que produjeron tres secciones afacetadas en diferentes caras de la pieza. El afacetado en dos de sus caras fue tan marcado que incluso le impartió una forma cóncava a esas superficies, y esto es un claro indicio de su empleo en labores de desgaste o normalización sobre otro artefacto de superficie convexa. Cada una de las superficies afacetadas presenta estriaciones unidireccionales que corren perpendiculares a su eje más largo.

También se identificó otra piedra abrasiva de arenisca que presenta una depresión central producto de su empleo en labores de desgaste. Además se identificó un fragmento de escoria volcánica. Este presenta una superficie desgastada posiblemente a consecuencia de su empleo en labores de pulimentación.

Los materiales modificados por el uso también incluyen diferentes tipos de majadores. Entre estos se destaca uno que parece haber sido empleado como mano. El mismo presenta conos incipientes concentrados y continuos, los cuales delimitan dos superficies de uso que se encuentran en una arista. Este tipo de configuración del área de uso es característico de piezas que son empleadas en un movimiento de mecedora (i.e., *rocking motion*), en comparación con otras las cuales presentan un área de trabajo plana, en cuyo caso el uso es aplicado perpendicular a la superficie de trabajo. Esta pieza presenta este tipo de uso en sus dos extremos opuestos así como huellas de percusión en uno de sus márgenes laterales.

Finalmente se identificaron cinco percutores, los cuales fueron de rocas meta volcánicas. Estos, aunque tenían morfologías variadas, presentaban los diagnósticos negativos de fracturas concoidales en áreas específicas de las piezas.

MARTINEAU

Como fue mencionado al inicio de este trabajo, el material lítico de Martineau es mínimo en comparación con el recuperado de La Mina. Debido a la poca representación del material de este sitio, nuestra exposición de dicha colección será breve y estará dirigida a subrayar las similitudes y las diferencias en comparación con los patrones observados en La Mina.

Lítica tallada

Al igual que lo observado en La Mina, la vasta mayoría (n = 68, 68,1 %) del material lítico recogido de este yacimiento estaba relacionado a los procesos de extracción de lascas. A continuación se ofrecerá una visión general de esta porción de la colección lítica.

Prueba del material (I)

En este yacimiento, al igual que en La Mina, se nota un marcado énfasis en el importe de toba silicificada para los procesos de extracción de lascas. No obstante, a diferencia de este otro yacimiento, esta colección presenta una baja incidencia de piezas con corteza en este tipo de materia prima, lo cual parece estar indicando que los procesos iniciales de reducción se estaban llevando a cabo en otras secciones del mismo. En este sitio también se identificó la presencia de pedernal y de cuarzo lechoso como elementos minoritarios en los tipos de materia prima usada en este yacimiento. Finalmente cabe destacar que, al igual que lo que fue observado en La Mina, la vasta mayoría de los procesos de talla por percusión bipolar en este sitio fueron llevados a cabo con las rocas de grano fino mencionadas anteriormente, mientras que la única lasca de percusión directa fue producida sobre una roca básica como lo es el basalto.

Reducción primaria (II)

Percusión directa (II-A)

En este yacimiento se identificaron siete lascas de basalto producidas mediante la percusión directa. Estas presentan atributos indicativos de que su extracción sigue un formato de planos paralelos, presentando también una plataforma de faceta sencilla. Como en el caso en La Mina, aquí no se identificó ningún núcleo de basalto.

Un aspecto que cabe resaltar en este yacimiento lo es la presencia de un núcleo centrípeto de toba silicificada. Este presenta huellas bifaciales de lascado que se proyectan desde los márgenes hacia el centro de la pieza, brindándole una morfología discoide. Este núcleo presenta remanentes de corteza en uno de sus lados. Al parecer, la marcada presencia de negativos de lascado con terminaciones escalonadas propiciaron su descarte. Este núcleo presenta también huellas de uso en uno de sus márgenes, probablemente fue empleado con algún tipo de tajador.

Tabla 2. Composición general por categoría tecnológica y atributos métricos de la lítica tallada de Martineau

Tipo	Conteo	%	Dim. Max. Prom. (mm)	Valor mínimo	Valor máximo	Peso Prom. (g)	Valor mínimo	Valor máximo
LASCAS								
Perc. Directa	7	8,9	27,6	10,6	44,4	6,7	0,3	15,0
Bipolares	7	8,9	16,0	8,0	41,0	0,5	0,1	5,0
Reav. Filo pul.	5	12,5	31,4	18,8	68,8	16,9	1,0	70,0
Uso pul.	7	8,9	25,6	10,1	45,3	5,3	0,1	15,0
Uso mod. uso	1	1,8	35,6	-	-	10,0	-	-
Asillitas	28	50,0	-	-	-	1,3	0,1	9,1
D. pot. Guayo	1	1,8	-	-	-	0,1	-	-
TOTAL	56	100,0						
NUCLEOS								
Bipolares	10	83,3	15,5	7,7	26,4	2,8	0,1	9,0
No-exhaustos	3	30,0	24,6	23,3	26,4	7,3	7,8	9,0
Exhaustos	7	70,0	11,6	7,7	19,6	0,9	0,1	4,0
Perc. Directa	2	17,7						
Centripeto	1	50,0	45,5	-	-	48,9	-	-
Plat. Senc.lla	1	50,0	76,1	-	-	170	-	-
TOTAL	12	100,0						
Total Tallado	40	100,0						

Percusión bipolar (II-B)

Como en La Mina, en esta colección también se evidenciaron los procesos de talla mediante la técnica bipolar. Un 50 % de las lascas y un 92 % de los núcleos atribuibles a sistemas de reducción específicos fueron el producto de esta técnica de talla.

En esta colección tanto los núcleos como las lascas bipolares presentan un menor tamaño y peso que los observados en La Mina. Esto se demuestra tanto por las dimensiones máximas de los núcleos (15,5 mm) como de las lascas (16,0 mm), así como es observado en la distribución por intervalos de tamaño de estos materiales. Esto indica de nuevo que en este contexto, los materiales parecen representar estadios más tardíos dentro de las secuencias operacionales que los observados en La Mina, en donde se evidencia todo el espectro de reducción, desde la prueba del material hasta su eventual descarte. Esto puede estar indicando la realización de diferentes actividades, al menos aquellas relaciona-

das a la talla bipolar, como por ejemplo el hecho de que en este sitio la talla bipolar esté más dirigida al arreglo de los guayos de yuca (reemplazo de dientes, ver Walker 1997) que a su producción, como fue el caso observado en La Mina.

Modificación secundaria (III)

En este yacimiento no se identificó ninguna pieza retocada y, más interesante aún, ninguna lasca con evidencia de uso.

Lítica picoteada y pulida

Hachas y hachuelas

En total se encontraron ocho piezas clasificadas dentro de esta categoría de las que cuatro no pueden ser atribuidas a ningún tipo específico, mientras que

las restantes cuatro corresponden tipológicamente a fragmentos de hacha petaloide. Todos estos fragmentos corresponden a la sección proximal del hacha y presenta evidencia de enmague en la forma de dos secciones picoteadas en sus márgenes para promover el agarre de la pieza.

Entre los restantes fragmentos de hachas se destaca un fragmento medial reutilizado en ambos de sus extremos (Fig. 4-5). Esta pieza fue reutilizada como majador en ambos extremos, mientras que en su sección central presenta huellas de su empleo como un yunque.

Artefactos modificados por uso

En este yacimiento se identificaron un total de 15 piezas modificadas por el uso. Entre estas se destaca un percutor de talla bipolar. Este percutor se distingue por la concentración de huellas de percusión en la sección central de una de sus caras. La ubicación de esta sección de trabajo en esta sección fue el resultado del énfasis

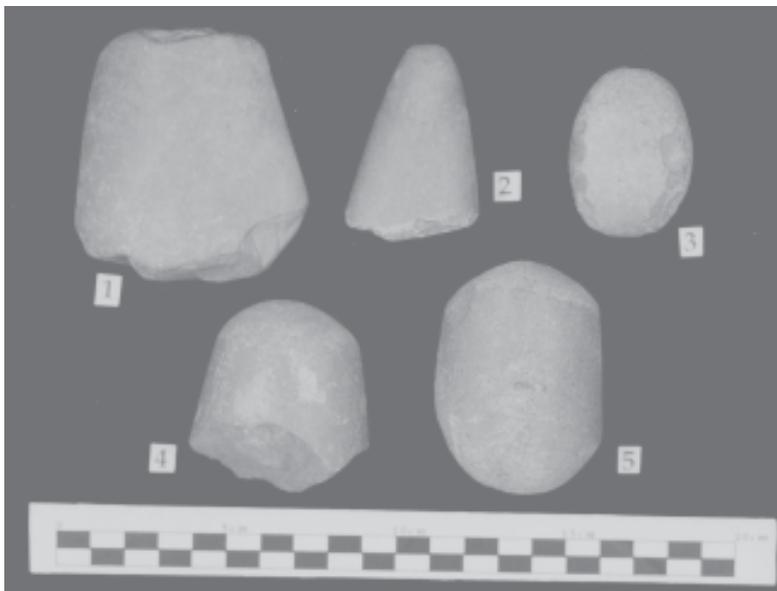


Figura 4. Hachas reutilizadas (los artefactos de la fila superior corresponden a la Mina y los de la fila inferior a Martineau).

de aumentar la eficacia del golpe al incrementar la cantidad de masa que puede impactar la pieza objetivo. De hecho, en este yacimiento también se identificó un percutor redondeado de grano fino, el cual parece haber sido empleado en una función similar al descrito anteriormente. La aplicación de la talla bipolar en este depósito fue también evidenciada por la presencia de un yunque de superficie singular, producido sobre un guijarro de basalto. De hecho, cabe resaltar la alta incidencia de estos fabricantes en comparación con La Mina, en donde no se identificó ningún fabricante asociado a esta técnica de reducción, lo que de nuevo indica el punto de que en ambos yacimientos se estaban llevando a cabo labores contrastantes.

Entre los materiales identificados por el uso, se recuperaron también siete pulidores, un tipo de artefacto que se encontraba totalmente ausente en la colección de La Mina. Estos pulidores tienden a ser producidos sobre guijarros metavolcánicos o de cuarzo lechoso disponibles localmente, los cuales presentan morfologías que varían entre alargadas a ovoides. Los mismos tienen estriaciones unidireccionales que tienden a reflejarse perpendiculares al eje longitudinal de las piezas. Usualmente se ha asociado este tipo de

artefacto con la elaboración de cerámica, aunque también pudieron haber sido empleados en labores de terminación de piezas de madera y concha.

Otras piezas formales

En Martineau se recuperaron cinco cuentas. Una de estas era un fragmento de preforma de una cuenta tabular (largo > 1,5 ancho) de mármol. Esta presenta evidencia de la aplicación de la incisión bicónica para realizar el orificio principal así como clara evidencia de pulimento superficial.

Las cuatro cuentas restantes eran de diorita, material disponible localmente en cantidades considerables en la isla de Vieques y el este de Puerto Rico. Tres de estas cuentas presentan dos incisiones, la principal que discurre a través del eje longitudinal de la pieza y una transversal que se encuentra en uno de sus extremos. Este tipo de cuenta con doble incisión parece haber sido empleada para ser colgada por su incisión transversal, mientras que la incisión longitudinal podía servir para colocar plumas o algún otro elemento decorativo. Todas estas presentan dimensiones que nos permiten clasificarlas en la categoría de tubulares. La cuenta restante es muy similar a las descritas antes, con la excepción de que presenta sólo la incisión longitudinal. La misma también es de diorita.

La presencia de cuentas en estadios diferentes de reducción parece indicar que al menos sus fases más tardías de producción (pulimento de superficie exterior e incisión) estaban siendo realizadas en el yacimiento. No obstante, la ausencia de piezas objetivos y de desechos de manufactura relativos a las fases tempranas de su producción, parece indicar que las preformas iniciales eran realizadas en otras partes del yacimiento o importadas al mismo para su eventual terminación.

DISCUSIÓN

Al comparar las colecciones provenientes de ambos yacimientos notamos elementos sumamente contrastantes, el más evidente es la diferencia en concentraciones de material lítico entre las mismas al observarse la presencia de una proporción artefactual de 5,8:1 al comparar las cantidades de artefactos entre La Mina y Martineau. Esta misma discrepancia en la cantidad de material artefactual fue observada en el estudio de los materiales recuperados de la Fase II en la que se recuperó un total de 112 artefactos

en La Mina mientras que en Martineau se obtuvieron 35 piezas líticas (proporción de 3,2:1; Rodríguez 1999). Esto parece indicar a primera luz que las colecciones analizadas corresponden a espacios funcionalmente diferentes dentro de cada uno de estos yacimientos. En el caso de La Mina, dicha colección demuestra una mayor gama de actividades en comparación con las evidenciadas en Martineau, así como una mucha mayor densidad de artefactos por metro cúbico. De hecho, la concentración de lítica en este contexto es comparable con la observada por el autor en depósitos tan densos como el montículo Z del sitio La Hueca, lo cual parece demostrar que en este yacimiento la mayor parte del material fue obtenido de un depósito comunal (Schiffer 1991), en los que se tienden a observar materiales referentes a tipos de actividades sumamente diversas. En este yacimiento cabe destacar además la altísima incidencia de productos asociados a la técnica bipolar. Esta marcada evidencia de la producción de microlascas en La Mina puede ser el resultado de la producción de guayos de yuca con propósitos comerciales, como ha sido argumentando por Bartone y Crock (1998) en su análisis del sitio de Trants en la isla de Monserrate así como en la evidencia etnográfica de grupos tribales suramericanos (Yde 1965).

Por otro lado, el caso de Martineau es marcadamente diferente. En esta colección se puede apreciar la presencia de material similar al recuperado en La Mina en aspectos como los formatos de reducción y los tipos de materia prima empleados, pero a la vez se nota una mucha menor variabilidad en el espectro de actividades evidenciadas en las áreas muestreadas. Esto, en conjunción con la baja densidad de material artefactual comprobada con la observada en La Mina, puede estar indicando que la muestra de este yacimiento corresponde a áreas asociadas directamente a pisos de residencias o a basureros relacionados a unidades de vivienda individuales.

Otro elemento que cabe destacar es la constitución artefactual de cada una de estas colecciones. En el caso de La Mina una abrumadora mayoría (n=537; 95,8 %) del material fue el producto de actividades orientadas a la producción de lascas (*core-flake reduction*), mientras que los materiales modificados por el uso (1,9%), hachas y hachuelas (2,7 %) y cuentas (5 %) se encuentran muy pobremente representados. En contraste, en Martineau se nota una mayor proporción de los otros tipos de materiales ya que las hachas y hachuelas comprenden un 8,2 % de la colección, los

modificados por el uso un 16,5 % y las cuentas un 5,2 %, mientras que el material correspondiente a las actividades de producción de lascas representa un 71,1 %. Estos números son significativos cuando tomamos en consideración que el porcentaje de cuentas en Martineau es diez veces mayor que el de La Mina, mientras que la proporción de hachas y hachuelas es más del triple en Martineau que en La Mina. De hecho, a un nivel de significación de 0,05, la prueba de Chi-cuadrada demuestra que existen diferencias significativas en las categorías generales de material lítico presentes en ambos yacimientos, abonando así a la conclusión de que ambas colecciones reflejan espacios funcionalmente diferentes dentro de cada uno de estos.

En general, aunque se notan marcadas diferencias en la concentración de útiles identificados en cada uno de los yacimientos y en las proporciones entre los diferentes tipos de artefactos, podemos señalar ciertos elementos compartidos entre estos, los cuales se detallan a continuación:

- ♦ El empleo de rocas de grano fino para la manufactura de microlascas reducidas primordialmente mediante la técnica bipolar. Entre estas rocas de grano fino resalta el importe de toba silicificada y de pedernal. Esta presencia de materias primas similares en ambos yacimientos parece indicar que sus habitantes se encontraban inmersos en las mismas esferas de interacción. Como ha sido discutido antes por el autor (Rodríguez 2001), parecen existir dos esferas de intercambio de las que los habitantes de estos yacimientos parecen haber participado: la toba silicificada limitada a la Sonda de Vieques y la relativa al movimiento del pedernal que se extiende desde el sureste de la República Dominicana hasta la isla de Antigua.
- ♦ Evidencia de la reducción a nivel intrasitio de nódulos y fragmentos de roca angulares mediante la aplicación de la técnica bipolar, la cual parece haber comenzado desde las fases iniciales de la secuencia operacional. Esto se evidencia por la presencia de núcleos descartados, lascas bipolares primarias y astillas con remanentes de corteza.
- ♦ La remoción de lascas por percusión directa de núcleos de basalto siguiendo el formato de planos de reducción paralelos. Además estas lascas de basalto tienden a ser mucho más grandes que las observadas en rocas de grano fino. En conjunción con esto, ambas muestras también presentan una muy baja incidencia de núcleos de percusión directa de basalto, lo que impli-

ca que en las secciones muestreadas de los yacimientos se estaban trayendo estos tipos de útiles como materiales terminados y que su extracción era realizada ya sea en otra sección del yacimiento, en las periferias de las fuentes de explotación o que los mismos eran importados de fuentes lejanas a través de sistemas de comercio.

- ♦ La maximización de las herramientas picoteadas y pulidas de uso contundente, como las hachas y hachuelas, mediante el reavivamiento de su filo de trabajo fue evidenciada en ambos yacimientos, aunque de forma mucho más marcada en La Mina. En ambos también hay clara evidencia de producción maderera a nivel intrasitio como es demostrado por la presencia de lascas de uso de estos tipos de implementos. Además, ambos yacimientos corroboran la alta valoración atribuida a estos tipos de útiles, como se percibe por su reutilización en labores como majadores, percutores y yunques (Fig. 3).

CONCLUSIONES

Como ha quedado demostrado en este trabajo, el enfoque tecnológico de la lítica nos permite extender las interpretaciones de los utillajes pétreos más allá de meros elementos crono-culturales. A través del estudio en detalle de estos materiales, tomando en cuenta toda la secuencia operacional desde la obtención de la materia prima hasta su eventual desecho, podemos abordar procesos importantes de la base estructural de estas sociedades como lo es el intercambio y la valoración diferencial de recursos, entre otros. En el presente caso, se ha demostrado que en las áreas muestreadas de los yacimientos se reflejan conductas contrastantes, las cuales no necesariamente habrían sido observadas de haberse aplicado un análisis tipológico de los materiales, ya que muy posiblemente estas hubiesen sido interpretadas como diferencias a nivel cultural mientras que en realidad indican ya sea prejuicios de muestreo o patrones económicos dispares.

Tabla 3. Cross-tabulación de tipo general de artefacto por método de recuperación

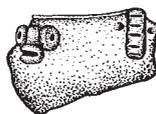
YACIMIENTO	TIPO GENERAL		MÉTODO DE RECUPERACIÓN					
			Nº. DATA	REC. SUP.	MALLA ¼"	MALLA 1/8"	TOTAL	
La Mina	Lascas	Conteo	2		117	358	477	
	Núcleos	Conteo			21	10	31	
	Hachas	Conteo		1	11		12	
	Otros formales	Conteo			2		2	
	Mod. uso	Conteo	1		7		8	
			Conteo	3	1	158	368	530
		% dentro de TIPO GEN.	0,6 %	0,2 %	29,8 %	69,4 %	100,0 %	
Martineau	Lascas	Conteo			11	19	30	
	Núcleos	Conteo			6	4	10	
	Hachas	Conteo			5		5	
	Mod. Uso	Conteo			7		7	
			Conteo			29	23	52
			% dentro de TIPO GEN.			55,8 %	44,2 %	100,0 %

Un punto final que nos parece meritorio resaltar lo es la problemática concerniente a los métodos de recuperación empleados usualmente en los yacimientos arqueológicos en la isla y su impacto sobre la composición de las colecciones de lítica que analizamos. Como se desprende de la tabla 3, un 69,4 % de los artefactos recuperados en La Mina y un 44,2 % de los obtenidos de Martineau no hubiesen podido ser recuperados de usarse la malla de ¼" que se emplea en la mayoría de las excavaciones de la isla. Como es demostrado en esa tabla, esto no sólo tiene un efecto sobre la cantidad de material recuperado, sino también sobre la composición tipológica de las colecciones analizadas ya que las técnicas convencionales de cernido tienden a capturar materiales de tamaño considerable como las hachas y las piezas modificadas por el uso mientras que a su vez minan la cantidad de materiales tallados (núcleos, lascas y astillas) que se obtienen de estos yacimientos, especialmente aquellos productos de la talla bipolar. Para ilustrar más aún este punto, realizamos una prueba de Chi-cuadrada para determinar, a un nivel de significancia de 0,05, la posible correlación entre método de recuperación y tipo de

artefacto, para ver si podíamos establecer una tendencia en los métodos de recuperación observados en este yacimiento a observar un segmento específico de la población artefactual. Esta prueba parece ser clara al señalar la correlación entre el uso de mallas de ¼" y el énfasis de obtener piezas como hachas y otras modificadas por el uso *versus* la lítica tallada. En conclusión, los métodos de recuperación de material artefactual tienen que estar enfocados hacia la recuperación de microrrestos ya que si no sólo tendremos una visión prejuiciada de los sistemas de producción y de los utillajes asociados a las sociedades pretéritas de nuestra isla.

BIBLIOGRAFÍA

- Bartone, R. N. y J. G. Crock (1998): "Archaeology of Trants, Monserrat. Part 4: Flaked Stone and Stone Bead Industries" en *Annals of the Carnegie Museum*, Vol. 67, No. 3.
- Crabtree, D. E. (1964): *An Introduction to Flintworking*. Occasional Papers of the Idaho Museum of Natural History, No. 28, Pocatello, Idaho Museum of Natural History.
- Collins, M. B. (1975): "Lithic Technology as a Means of Processual Inference" en *Lithic Technology: Making and Using Stone Tools*, E. Swanson, ed., París, Mouton Publishers.
- Kuijt, I., W. C. Prentiss and D. L. Pokotylo (1995): "Bipolar Reduction: An Experimental Study of Debitage Variability" en *Lithic Technology*, Vol. 20, No. 2.
- Rodríguez, R. (2001): "Lithic Reduction Trajectories at La Hueca and Punta Candellero Sites, Puerto Rico". Tesis de Maestría, Departamento de Antropología, Texas A&M University.
- Shafer, H. J. (1973): "Lithic Technology at the George C. Davis Site, Cherokee Conty, Texas". Tesis doctorado, Department of Anthropology, University of Texas at Austin, Austin (inédito).
- Schiffer, M. B. (1991): *Formation Processes of the Archaeological Record*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Walker, J. B. (1980): "Analysis and Replication of the Lithic Artifacts from the Sugar Factory Pier Site, St. Kitts, West Indies". Tesis de maestría, Department of Anthropology, Washington State University, Pullman (inédito).
- _____ (1985): "Analysis of the Lithic Artifacts from El Bronze Archaeological Site, Puerto Rico. Appendix G." en *Archaeological Data Recovery at El Bronze, Puerto Rico, Final Report, Phase 2*, L. S. Robinson, E. Lundberg y J.B. Walker, eds., Florida, Archaeological Services, Inc.
- _____ (1997): Analysis of the Lithic Artifacts from the Stage II Testing of the Finca Valencia Site, Arecibo, and the La Trocha Site, Vega Baja, Puerto Rico. San Juan Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- Walker, J. B., E. Questell y R. Rodríguez (2001): *Fuentes de pedernal en el noroeste de Puerto Rico*. San Juan, Sometido a OECH.
- Whittaker, J. C. (1994): *Flintknapping: Making and Understanding Stone Tools*. Austin, University of Texas Press.
- Yde, J. (1965): *Material Culture of the Wai Wai*. Copenhagen, National Museum of Denmark.



ETNOGÉNESIS DE LA REGIÓN HISTÓRICA ORINOCO-ANTILLAS

**MARIO SANOJA
IRAIDA VARGAS-ARENAS**



La región del Bajo Caroní, Bajo Orinoco, es importante para la comprensión del poblamiento temprano del oriente de Venezuela en su relación con el este del Brasil y la cuenca amazónica desde finales del pleistoceno.

Partiendo de la integración de criterios biogeográficos y ecológicos, podríamos considerar la existencia de un vasto sistema que incluiría la cuenca del Amazonas y del Orinoco. Desde el punto de vista antropológico, observamos que la ocupación humana originaria de dicho territorio indica la existencia de un extenso horizonte de poblaciones recolectoras y cazadoras pescadoras antiguas. El río Paragua, el afluente más importante del Caroní que tiene sus nacientes en la Sierra de Pacaraima, divisoria de aguas entre la cuenca del Orinoco y la cuenca amazónica, parece haber conformado una importante ruta de paso entre ambas cuencas fluviales desde finales del pleistoceno. A ello contribuyó la naturaleza misma de dicha región, donde se observa la presencia de variados ecosistemas riparios: bosques tropicales, bosques deciduos, sabanas y bosques rebalseros o “varzeas”, selvas de galería, ciénagas y lagunas, así como grandes raudales y numerosos ríos y quebradas que desaguan en el río, hábitat rico en abundantes recursos naturales para sustentar la vida humana.

EL PROYECTO DE ARQUEOLOGÍA REGIONAL DEL BAJO CARONÍ

En el Bajo Caroní se han ejecutado dos proyectos de arqueología de rescate como parte del programa de construcción del sistema de presas hidroeléctricas. De acuerdo con la extensión del vaso de las respectivas presas, el curso del río fue dividido en dos subáreas: presa Macagua II (subárea Cachamay), desde los raudales de Cachamay y la desembocadura en el río Orinoco, hasta los raudales de Caruachi, y presa Caruachi (subárea Caruachi), desde los raudales de Caruachi hasta los raudales de Tocoma.

Ambos proyectos, realizados entre 1993 y 2003, formaron un proyecto de Arqueología regional que permitió conocer, con bastante detalle, la secuencia arqueológica de la parte baja de dicha cuenca, desde las sociedades recolectoras cazadoras entre finales del pleistoceno, cuya antigüedad ha sido estimada entre cerca de 12 000 a.p. y comienzos del holoceno (9 000 años a.p.), pasando por las arcaicas (7 000 años a.p.), las sociedades agroalfareras (3 000 años a.p.), conocidas en el siglo XVI de la era, hasta el inicio de la sociedad urbana colonial entre 1600 y 1820 años de la era (Sanoja, Bencomo y Águila 1996; Cauxi 2001; Ambiental 2002; Sanoja y Vargas-Arenas 2003). A partir de dicho estudio, fue también posible elaborar la cronología y una primera visión de la ocupación humana del Bajo Caroní, apuntalada con las investigaciones previas llevadas a cabo por otros investigadores en las partes media y alta de la cuenca Caroní-Paragua y en el Alto Orinoco (Rouse y Cruxent 1963; Barse 1998, 1990, 1995). En el presente trabajo se analiza la secuencia de períodos precerámicos y acerámicos, el posible origen del arte parietal y el surgimiento de los grupos ceramistas tempranos en el Bajo Caroní.

LA SOCIEDAD RECOLECTORA CAZADORA DEL BAJO CARONÍ

La sociedad arcaica del Bajo Caroní podría ser agrupada en tres grandes conjuntos:

1. La tradición Caroní, caracterizada por un ajuar lítico integrado por rústicos *choppers* y lascas unificiales de cuarcita ferrosa (Fig. 2.3, Fig. 3.1).
2. La tradición Guayana, cuyo ajuar lítico está integrado por puntas de proyectil pedunculadas, cuchillos, navajas, perforadores y otros artefactos en cuarzo, jaspe, chert y caledonia (Fig. 3.2, 3, 4.5, 6).
3. La tradición El Espino, con un ajuar lítico formado por artefactos sobre lascas de cuarzo lechoso o cristalino; algunas de estas presentan a veces retoques secundarios sobre uno de los bordes. Los artefactos de El Espino, a diferencia de las otras tradiciones mencionadas, no se han hallado hasta el presente asociados con puntas de proyectil (Fig. 2.1, 2, 3, 4).

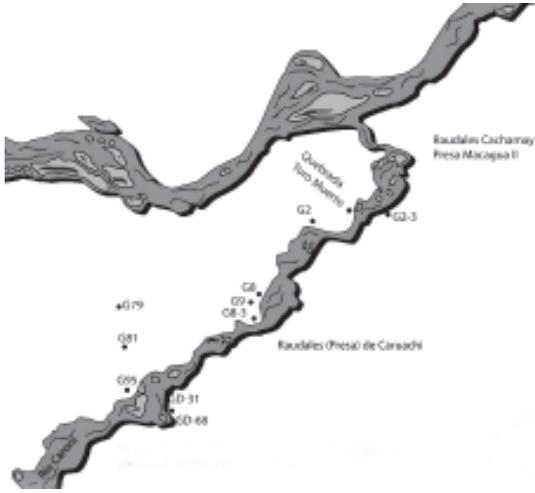
LA TRADICIÓN CARONÍ: CA. 12 000-9 000 A.P.

Tanto en la subárea Cachamay como en la Caruachi (mapa 1), se localizaron sitios arqueológicos tales como el G8 (Sanoja y Vargas

1999 a, b y c 2001), localizado en el límite entre el vaso de la Macagua con Caruachi y G26, G29A y G42, área del vaso de la presa Caruachi, relacionados con la tradición Caroní (Cauxi 2001: 140-145). El sitio G8 se hallaba localizado sobre una playa fósil de la margen izquierda del río Caroní cercana a los rápidos de Caruachi. El estrato donde se hallaron incrustados los artefactos líticos (Figs. 3.1-3, 2.3) corresponde a un suelo poligonal de arcilla caolinítica, que para el momento de la excavación se hallaba recubierto por un estrato de sedimentos arenosos estériles de 1,20 m de espesor. Los sitios G26, G29A y G42 se hallaron de manera superficial en áreas cercanas a la margen izquierda del río incrustados superficialmente en una matriz arcillosa muy dura, cuyo color rojizo indica una alta presencia de óxido ferroso (Cauxi 2001: 140-145). El material recuperado en los diferentes sitios corresponde con *choppers* y núcleos de cuarcita, lascas de cuarcita con indicación de astillamiento o de sílice amorfo con retoque irregular sobre uno de los bordes.

En opinión de los geólogos y geomorfólogos que trabajaron para el proyecto, el contexto del sitio G8 sugería la posible existencia de un clima seco y cálido que podría corresponder con el período final del pleistoceno o el inicio del holoceno (Lucio Aray, com. pers.). Eventos similares están atestiguados también en los llanos del norreste de Colombia entre 18 000-10 700 años a.p., en el Bajo Magdalena, 10 010-9 370 años a.p., en la cuenca del lago de Valencia, 12 930-9 540 años a.p. (Berrío *et al.* 2002:165-166, 108; Salgado-Laboriou 1982:74-77). En el suelo húmico superficial que recubría el estrato de arena estéril del sitio G8, se hallaron fragmentos de la alfarería Barrancas Clásico, evidenciando con ello el intervalo temporal y cultural existente entre las poblaciones arcaicas del Caroní y las agroalfareras que penetraron a la cuenca baja del río hacia 1 000 años antes de Cristo.

La localización de los sitios arqueológicos localizados, G8, G42, G26, G29 A y G95, revelan la distribución de este conjunto de tipos de artefactos en cuarcita ferruginosa, particularmente lascas, *choppers* y núcleos unificiales y bifaciales (Figs. 1 y 2.1) en torno al raudal de Caruachi, evidenciando quizás que la gente de la tradición Caroní acampaba alrededor de los grandes raudales del río. De igual manera parece evidenciarse que tenía un modo de trabajo orientado al parecer hacia la pesca, la caza terrestre y la recolección de vegetales. Se trataba posiblemente de pequeñas bandas de individuos que habitaban campamentos semipermanentes a lo



Mapa 1. Bajo Caroní, antes de la construcción de las presas hidroeléctricas, mostrando algunos de los sitios arqueológicos mencionados.

largo del río, especializados en la captura de peces que vivían o venían a desovar en áreas puntuales como los rápidos, donde se produce una combinación de aguas turbulentas y aguas arremansadas. La concentración semipermanente de las comunidades arcaicas en torno a estas áreas del río, permitía la apropiación de recursos de subsistencia estables y predecibles tales como peces, roedores terrestres o anfibios, venados, morrocayos (*Testudo sp.*), etc., utilizando quizás trampas de cestería, jabalinas y garrotes de madera. De igual manera recolectaban a lo mejor recursos vegetales de subsistencia en los bosques rebalseros (varzea) o de galería y los morichales que se hallan en ambas márgenes del río Caroní. La palma moriche (*Mauritia flexuosa*), es un recurso natural que proporciona alimentación tanto por sus frutos como por la harina que se obtiene del nódulo de su tallo; sus hojas son también una materia prima importante para confeccionar esteras, cestas destinadas al acarreo o la conservación de objetos, vestimentas así como techos y paredes para las viviendas.

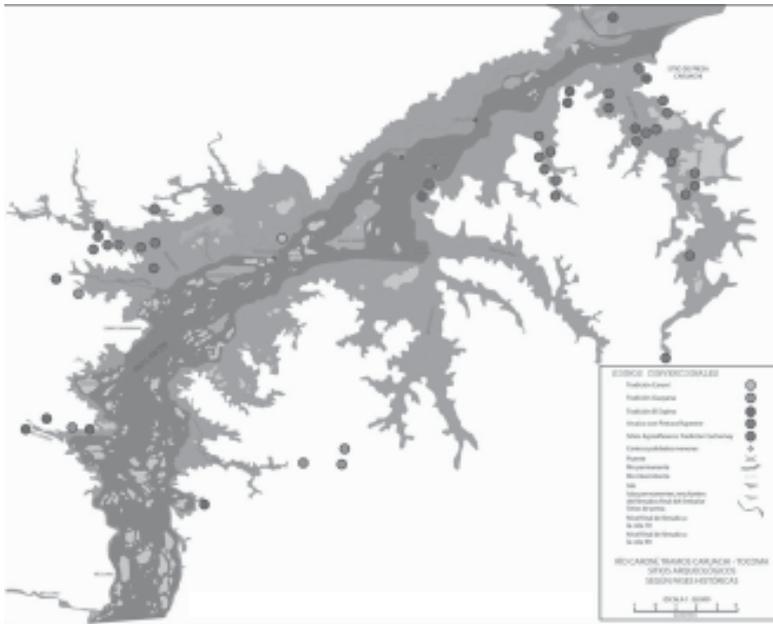
LA TRADICIÓN GUAYANA: CA. 9 200 AÑOS A.P.-2 500 AÑOS A.P.

En el sitio arqueológico G2-3, ubicado sobre una antigua terraza del río Caroní, subárea Macagua II, se observó la presencia de

una industria lítica manufacturada sobre lascas de chert, cuarzo lechoso o cristalino, jaspe y calcedonia, compuesta por puntas de proyectil bifaciales pedunculadas con aletas, raspadores laterales, navajas, perforadores, buriles, percutores de forma esférica, litos esféricos y desechos de talla (Fig.3.2-6). En la subárea Caruachi también están presentes de manera aislada en los sitios G16, GD68, G28, G43, GD27 y GD75 puntas bifaciales pedunculadas de cuarzo hialino, trianguloides con aletas, reminiscentes de las de la tradición Guayana; en otros como el GD59 se recolectaron superficialmente raspadores laterales en jaspe o sílice amorfo con retoque por presión, percutores esféricos, majadores rectangulares, morteros y *choppers* (Cauxi 2001:145-155). El carácter aislado que presentan dichos hallazgos, podría indicar que en sitios donde se observaron contextos de trabajo tal como el GD59 pudiesen haber sido campamentos estacionales, en tanto que aquellos donde se localizan aisladamente puntas de proyectil pudiesen corresponder con puntas de flechas o armas arrojadas extraviadas durante el curso de las jornadas de caza.

Puntas bifaciales pedunculadas con aletas del mismo tipo se encuentran en campamentos de cazadores recolectores al aire libre ubicados en el Medio y Alto Caroní, sitio San Pedro de las Bocas (Martín, com. pers. 1996), Tupukén (Cruxent 1971, Rouse y Cruxent 1963), Kukenán e Icabarú, Bajo Paragua (Dupuy 1958, 1960), asociadas con *choppers*, cuchillos bifaciales, raspadores plano-convexos y martillos. La materia prima utilizada es predominantemente el jaspe, material muy abundante en la región del Caroní-Parguaza. Complejos arcaicos similares han sido reportados también en las tierras altas de Guyana, en las sabanas del norte de Brasil, en las sabanas de Rupununi, en las cuencas de los ríos Mazaruni y Barama (William 1985), en el sitio Biche, Trinidad (Boomert 2000), en los raudales de Atures, Alto Orinoco (Barse 1989, 1990, 1995) y en el Orinoco Medio (Vargas Arenas 1981, Sanoja y Vargas Arenas 1999a).

Las puntas bifaciales pedunculadas podrían haber sido emangadas en jabalinas o lanzas, utilizando propulsores (Boomert 2000:49-51). Al analizar nuestra excavación del sitio La Gruta a la luz de los nuevos conocimientos sobre el arcaico del Bajo Orinoco, podemos observar que esta asociación está evidenciada en el Orinoco Medio, donde se halló una punta pedunculada triangular de cuarzo cristalino asociada con un talón de propulsor tallado en el mismo material, un martillo esférico en chert, un buril, una navaja



Mapa 2. Presa Caruachi. Sitios arqueológicos estudiados.

y microlascas de jaspe, un disco de azabache y un fragmento de mica (Vargas-Arenas 1981:385-397). Este contexto cazador-recolector llanero fue excavado en el estrato basal de la duna fósil de La Gruta, estado Guárico, cuya composición (Roa, en Vargas-Arenas 1981:397, 481-486) contiene tanto materiales de origen fluvial como eólico y una pequeña proporción de limo ferruginoso de la formación Mesa Norte, el cual fue recubierto posteriormente por formaciones de limos y arcillas más recientes del holoceno. El inicio de la formación de esta duna eólica del Orinoco Medio estaría fechado hacia $8\ 210 \pm 190$ años antes del presente, lo cual podría corresponder con la serie de períodos fríos y secos y de gran actividad eólica que afectaron al Orinoco en una fecha similar, entre el holoceno medio y el tardío, como consecuencia de procesos glaciares ocurridos en la serranía andina (Vargas-Arenas 1981, Sanoja y Vargas-Arenas 1999a, Clapperton 1993).

Correlativamente con el evento anterior observamos tanto en los Llanos Orientales de Colombia, entre 10 700 y 9 700 años a.p., como en la cuenca del lago de Valencia, una expansión de las sabanas y las selvas de galería que señalan un cambio hacia condiciones climáticas más secas. Luego, entre 9 700 y 5 800 años a.p.,

se expandió la vegetación sabanera en aquella región de Colombia, indicando una fase climática seca seguida por una serie de oscilaciones climáticas secas y lluviosas que determinaron la expansión de bosques de palma tales como *Mauritia* y *Mauritiella* (Berrío *et al.* 2002:134-135). Extrapolando hacia las sabanas guayanesas, ello podría ser indicador del marco en el cual podría haberse desarrollado la sociedad de cazadores recolectores del Medio y Bajo Orinoco.

TRADICIÓN EL ESPINO: CA. 8 000 AÑOS A.P.- 5 290 \pm 60 AÑOS A.P. -3 750 + 80 A.P.

La tradición El Espino engloba una serie de sitios arqueológicos localizados en torno al antiguo raudal de Caruachi, aleros o abrigos rocosos y campamentos al aire libre en la vecindad de lagunas, ciénagas y pantanos ubicados en las microcuencas de los afluentes del Caroní. El instrumental lítico está caracterizado por diversos artefactos unifaciales sobre lascas y percutores de cuarzo lechoso o cristalino y chert (Fig. 2.1, 2, 4). En algunos casos, se trata de lascas unifaciales en chert de forma triangular, que conservan parte del corte original (Fig. 2.1), uno de cuyos extremos fue desbastado por percusión para despejar una punta activa. En otros casos, una lasca de chert triangular presenta retoques marginales sobre el filo activo (Fig. 2.2). Otras lascas triangulares en cuarzo cristalino parecen presentar una especie de escotadura basal (Fig. 2.4). Se observó igualmente en una de las excavaciones la presencia ocasional de un núcleo prismático de cuarcita (Fig. 2.3) reminiscente de la tradición Caroní, de naturaleza posiblemente intrusiva debido quizás a procesos de arrastre fluvial. Aunque no existen hasta el presente puntas de proyectil pedunculadas o de otro tipo, no se descarta que hubiesen sido utilizadas armas arrojadas de madera y trampas de cestería para la pesca fluvial y la caza terrestre.

Los individuos de la tradición El Espino habitaron tanto campamentos a cielo abierto como aleros y abrigos rocosos. En varios de estos últimos ubicados sobre la margen izquierda del Caroní (G8-3), y sobre todo en la microcuenca del río Espíritu, se encuentran muestras de pinturas rupestres que podrían haberse iniciado por lo menos hacia 3 500 años a.p. (Sanoja y Vargas-Arenas 2003). El auge de las pinturas rupestres coincide con la presencia de instrumentos de producción vinculados con la apropiación y procesamiento de materias primas de origen vegetal, manos de moler,

percutores y hachas, tal como se observa en la fase C de la secuencia local (Fig. 1) cuando se inicia el ocaso de los grupos arcaicos, propiamente dichos, y comienza a producirse el contacto con los grupos alfareros que comienzan a asentarse en el Bajo Orinoco.

Los proyectos de arqueología de rescate promovidos por Electronorte en el norte del territorio Roraima, frontera internacional de Venezuela y Brasil, ha permitido la localización de sitios caracterizados por una industria de lascas de cuarzo que podrían relacionarse con la tradición El Espino del Bajo Caroní, cuya antigüedad fechada con C14 se escalona entre $13\ 720 \pm 160$ a.p., $13\ 660 \pm 430$, $10\ 470 \pm 230$ a.p., $9\ 100 \pm 80$ a.p., y $5\ 460 \pm 70$ a.p., serie de fechados que sirven de referencia para apreciar la antigüedad de los sitios arcaicos de la cuenca Parguaza-Caroní, ríos que tienen sus nacientes en la vertiente norte de la sierra Pacaraima. De la misma manera, tal como se expuso al inicio de este trabajo, ello indica que la cuenca de aquellos ríos pudo ser —desde finales del pleistoceno— una de las vías de comunicación entre la cuenca del Amazonas y la del Orinoco (Meggers y Miller 2003).

LA SOCIEDAD RECOLECTORA CAZADORA DEL BAJO CARONÍ

Patrones de asentamiento

Como muestra el registro arqueológico, las tradiciones líticas que caracterizan estas poblaciones arcaicas de la subárea Caruachi parecen corresponder con una forma cultural similar a la denominada arcaica (Willey y Phillips 1962), esto es, en grupos de recolectores cazadores tropicales comienza a cobrar importancia, dentro de las actividades de subsistencia, la recolección y el procesamiento de recursos naturales de origen vegetal. La asociación de los posibles campamentos con actuales áreas de captura de recursos de subsistencia tales como ríos, bosques de galería, raudales, lagunas y zonas pantanosas, podría ilustrar la importancia que tenía para la reproducción de la vida cotidiana la práctica de la caza y pesca, así como la posible recolección complementaria de palmas (*Mauritia*) y de especies de bivalvos riparios como la *Dosinia sp.* o de gasterópodos que habitan charcas o pantanos como el *Bulimulidae sp.*

La localización y permanencia de los asentamientos de los grupos recolectores cazadores estaba influida, primordialmente, por

la existencia de aquellos recursos de subsistencia predecibles y agregados. Algunos de los recursos recolectados pueden presentar una permanencia regular en determinadas zonas ecológicas durante todo el año, estimulando así un cierto grado de sedentarismo, en tanto que la presencia discontinua de otros induciría un cierto grado de nomadismo cíclico relacionado con la movilidad estacional de las especies cazadas o la maduración anual de ciertos frutos, palmas, semillas o raíces.

Otro factor determinante del patrón de asentamiento parece haber sido la posibilidad de conseguir sitios abrigados para establecer campamentos estacionales, particularmente durante la estación de lluvias, tener acceso a las fuentes de agua y al combustible. Los mejores campamentos semipermanentes son los que permiten tener una buena visual sobre los alrededores, si es posible de 360°, que le permitiese a los miembros de la banda observar el movimiento de las probables presas, interpretar las señales de humo en el horizonte y prevenirse de la intrusión de otras bandas de cazadores recolectores en sus territorios (Joachim 1976:49-50).

La mayor parte de afloramientos rocosos, aleros, cuevas y similares habitados por la gente de El Espino alrededor del raudal Caruachi y en la subcuenca del río Espíritu, tales como el sitio G8 y el alero del sitio G8-3, la cueva de Las Patillas (G81) y la cueva de El Elefante (G79), se hallan ubicados sobre la margen izquierda del Caroní donde concurrían diferentes soluciones a los problemas del cobijo adecuado: la visibilidad, la seguridad, el acceso al agua y al combustible. En el presente caso, como se puede apreciar en la localización de recursos tales como la vivienda, el acceso al agua y posiblemente a otros recursos vegetales, se asocian con otros recursos predecibles y agregados que existían en las áreas mencionadas.

La elevación de los sitios de vivienda sobre el paisaje circundante, particularmente en sitios como la piedra de El Elefante (Sanoja y Vargas-Arenas 1970), cuya altura domina buena parte de las sabanas y bosques de ambas márgenes del río y del cauce del río mismo, contribuyeron a estimular la concentración de determinadas bandas de recolectores cazadores alrededor de aquel sitio ubicado en la subcuenca del río Espíritu. Otros factores de naturaleza no directamente económica, vinculados a los medios imaginarios de producción y la creación de zonas sagradas relacionadas con la concentración de expresiones de pinturas rupestre, pudieron influir también en la toma de decisiones.

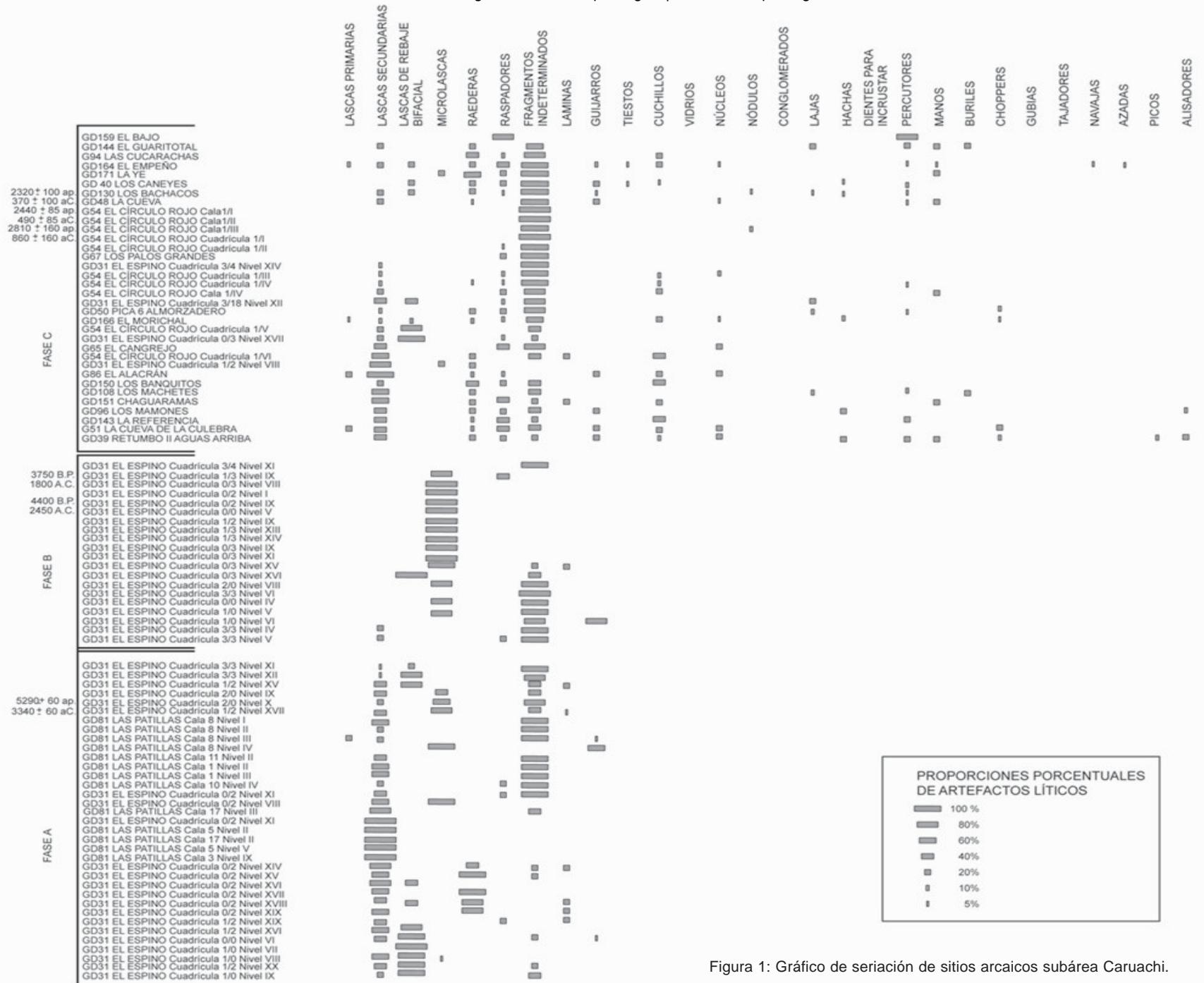


Figura 1: Gráfico de seriación de sitios arcaicos subárea Caruachi.

El espacio doméstico de los recolectores cazadores

Las comunidades recolectoras cazadoras del Bajo Caroní, según el registro arqueológico de los sitios vinculados a las tradiciones Caroní y Guayana, ca. 10 000 y 8 000 años antes del presente, vivían al parecer en sitios al aire libre, campamentos para la caza y pesca y talleres para la fabricación de artefactos líticos, los cuales se hallaban ubicados en playas del río o sobre terrazas fluviales. La gente de la tradición El Espino, por su parte, habitó tanto en campamentos al aire libre como en aleros y viviendas cavernarias tal como evidencian los sitios G8-3 y Las Patillas (GD81). El depósito basal del sitio epónimo El Espino parece haber sido un piso de habitación donde se encontraron microlascas de cuarzo lechoso, posibles desechos de talla, que indican la existencia de un área de taller donde se terminaron, quizás, preformas de artefactos líticos. Por otra parte, como muestra el sitio vecino Las Tres Colinas (GD68), existían igualmente talleres para desbastar la materia prima, en áreas que parecen haber sido canteras para la obtención del chert.

LA SECUENCIA SERIADA DE LA TRADICIÓN EL ESPINO

La totalidad de los sitios arqueológicos de la tradición El Espino conocidos hasta el presente, se encuentran localizados en la subárea Caruachi. Con el fin de establecer una secuencia arqueológica de los mismos (Fig. 1), dado el tipo de dato primario que poseemos, creímos conveniente combinar la seriación cuantitativa con la cualitativa, utilizando los sitios que como el GD31 poseen estratigrafía como marco general de referencia para alinear los sitios superficiales y representar la distribución temporal y espacial de los diversos tipos de artefactos de la tradición.

Debido a la diversidad de criterios que influyó originalmente en la recolección de las muestras, al momento de establecer la tipología de artefactos encontramos colecciones que no poseían un número igual o mayor a 100 ejemplares. Como la totalidad de dichos sitios ya se hallaban cubiertos por las aguas de la presa, lo que hacía imposible repetir el muestreo, decidimos utilizar todas aquellas muestras que cuantitativa y cualitativamente ilustraban sobre la distribución territorial y temporal de diversos tipos de artefactos. Basado en las mismas fue posible establecer un ordenamiento temporal de los distintos sitios, así como de la práctica de actividades sociales y productivas representadas en el registro arqueológico que refiere alrededor de 8 000 años de existencia de la tradición El Espino. Tanto la circunstancia de la diversidad de las muestras como la dilatada temporalidad que ellas cubren, son fac-

tores que dificultan graficar con exactitud todas las fases de dicho proceso de cambio histórico, aunque permiten presentar un ordenamiento cronológico tentativo apuntalado con fechas de C14, que describe con veracidad los contenidos cambiantes de cada fase temporal de la secuencia.

La Fase A: ca. 8 000 años a.p. 5 290 ± 60 a.p

El inicio de la Fase A de la tradición El Espino podría localizarse en ca. 8 000 años antes del presente, en tanto que su fecha final sería de alrededor 5 290 ± 60 o ca. 5 000 años a.p. Predominan las lascas secundarias, y aparecen con mucho menor popularidad las lascas de rebaje bifacial, las microlascas, raederas, raspadores y láminas, artefactos que se pueden relacionar con procesos concretos de trabajo de fabricación y mejoramiento de instrumentos y de procesamiento de materias primas. Parte de la muestra de fragmentos indeterminados, láminas y guijarros fue recuperada en los niveles inferiores de diversas excavaciones de cueva Las Patillas. Es significativo, a este respecto, que el gráfico de seriación cualitativa-cuantitativa de los sitios arqueológicos de la subregión Caruachi y los fechados de C14 indiquen que la habitación en aleros o cuevas podría haber comenzado antes de 5 290 ± 60 a.p. (3 340 ± 60 años a.C.), (Fig. 1).

La Fase B: 5 290 ± 60 a.p.-3 750 ± 50 a.p.

La Fase B (Fig. 6), parece representar un período de transición marcado por la simplificación del ajuar original de instrumentos líticos de la tradición El Espino, en un escenario de posibles cambios climáticos que determinó una gran acumulación de sedimentos coluviales. La presencia de algunos paleosuelos indicaría posibles períodos de estabilidad y formación de selvas de galería que cobijaban campamentos estacionales de cazadores, recolectores pescadores.

La Fase C: 3 750 + 50 a.p. -2 000 a.p

La Fase C del gráfico de seriación cualitativa-cuantitativa, la mejor sustentada con fechas de C14, cubre un período aproximado de 1 760 años. Se utilizaron las tendencias marcadas por las lascas primarias, las lascas secundarias con una popularidad muy importante, las lascas de rebaje bifacial, las microlascas ya casi inexistentes y los fragmentos indeterminados que indican la intensidad del proceso de talla o fractura de núcleos de cuarzo. La

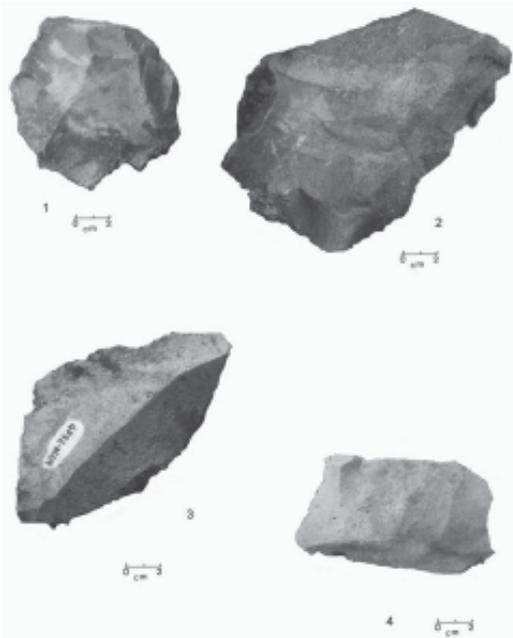


Figura 2.

popularidad de instrumentos de producción tales como raederas y raspadores, prácticamente ausentes en las fases anteriores, conjuntamente con otros especializados tales como láminas, cuchillos, hachas, manos de moler, percutores, *choppers* y azadas, y la presencia circunstancial de fragmentos de alfarería, revela la existencia de un proceso de cambio orientado hacia formas de vida más sedentarias, abiertas hacia

la interacción con sociedades sedentarias, con base a la utilización de recursos vegetales de subsistencia.

La secuencia estratigráfica del alero G8-3, excavado durante el primer proyecto de arqueología de rescate sobre la margen izquierda del Caroní, a la altura de los raudales de Caruachi, presenta una industria de artefactos sobre lascas de cuarzo cuya primera fase, del nivel 9 al 5, se caracteriza por la presencia de láminas, preformas de hachas, manos, pulidores y machacadores. Del nivel 5 al nivel 1, la nueva fase se caracteriza por la diversificación de instrumentos de producción; raspadores, cuchillos, preformas de hachas y azuelas, manos, perforadores, aguzadores, buriles y percutores, contexto que reproduce en líneas generales las características de la Fase C. En la línea de goteo del alero G8-3, dentro una capa mixta de humus y ceniza que recubría los depósitos arqueológicos del arcaico, se recuperó una colección de tiestos, algunos sencillos otros decorados con incisión fina, asociada con una industria ósea compuesta por leznas para tejer redes de pesca, agujas, puntas de proyectil, perforadores, punzones, etc.,

(Fig.4.1). Para elaborar dichos instrumentos de producción se utilizaron posiblemente cuernos y huesos largos de venado (*Mazama sp.*) o huesos largos de vaquiros (*Tayassu sp.*), los cuales fueron probablemente cazados y consumidos por los habitantes originarios del alero G8-3. La alfarería en este caso (Fig. 4.2) parece ser reminiscente de la de la serie Cedeñoide del Orinoco Medio, para la cual existe una fecha de C14, muy cercana a las similares del Bajo Caroní, de $2\ 890 \pm 145$ años a.p., indicando posiblemente una alfarería local relacionada con las poblaciones arcaicas del Medio y Bajo Orinoco (Zucchi y Tarble 1984). De acuerdo con este fechado, la ocupación del alero G8-3 podría haber comenzado a inicios de la Fase C, alrededor de 3 500 años a.p., la cual se aplica igualmente a la presencia de pinturas rupestres asociadas con el inicio de la ocupación de dicho alero. La fecha de $2\ 890 \pm 145$ a.p., correspondería también con la obtenida para la alfarería pulida, decorada con pintura roja y modelado, hallada en el abrigo Las Patillas, subcuenca del río Espíritu (Fig. 2.5), con una antigüedad de $2\ 810 \pm 160$ a.p. (860 años antes de Cristo). La tendencia expresada por la seriación de la Fase C, se correlaciona también con el registro arqueológico de la cueva de El Elefante (G79) donde se observa la presencia de una industria de lascas primarias, raederas y raspadores de cuarzo y *chert*, así como manos de moler, morteros, percutores de granito y cuarzo y pendientes de azabache y esquisto (Sanoja y Vargas-Arenas 1970, 1977), fechado entre $2\ 445 \pm 85$ años a.p. y $2\ 320 \pm 100$ años a.p. Es igualmente posible correlacionarla con la estratigrafía de otros sitios cavernarios de la subcuenca del río Espíritu, donde la industria lítica del arcaico tardío del Caroní se encuentra asociada con importantes manifestaciones de la tradición de pinturas rupestres del Bajo Orinoco.

LA TRADICIÓN EL ESPINO Y LOS EVENTOS PALEOCLIMÁTICOS DEL ORIENTE DE VENEZUELA

El análisis de la coyuntura paleoclimática en la cual se desarrolló la vida de las sociedades arcaicas del Bajo Caroní, permite entender, de cierta manera, el carácter discontinuo que presenta muchas veces la temporalidad de la secuencia seriada de sitios arqueológicos. Las bandas recolectoras cazadoras no tenían prácticamente ninguna capacidad para controlar las variables ambientales o climáticas, por lo cual su conducta era más bien reactiva, adaptativa a la contingencia de las circunstancias exteriores.

El oriente de Venezuela, particularmente el litoral atlántico, las cuencas del Orinoco y Caroní-Parguaza, las formaciones de sabanas y selvas de la Guayana y la Amazonia venezolana, parecen haber sido afectados por las condiciones climáticas cambiantes que caracterizaron el final del pleistoceno y los inicios del holoceno en la región, aunque carecemos todavía de un estudio sistemático sobre las mismas. Para ese momento, el litoral atlántico de Paria, el delta del Orinoco, el Bajo y Medio Orinoco ya se encontraban poblados por una variedad de grupos arcaicos litorales y del interior. Sanoja y Vargas-Arenas 1999a,b,c; Williams 1992). Las condiciones ambientales cambiantes influyeron en la localización y naturaleza de sus asentamientos en las regiones costeras, estuarios fósiles y lagunas litorales o riparias, terrazas fluviales así como en la gestación de la variedad de modos de vida que caracteriza a la sociedad arcaica.

La dinámica diferencial que caracteriza a los diferentes modos de vida arcaicos del Bajo Caroní debe ser entendida dentro del marco de referencia de dichos eventos climáticos, asociados también con la aparición en la región de Paria y del noreste de Suramérica en general, de grupos recolectores, cazadores y pescadores marinos también denominados por los arqueólogos brasileños como Arcaico del Litoral y Arcaico del Interior (Schmitz, Barbosa y Ribeiro 1978, 79 y 80). De igual manera, es importante considerar la existencia de un vasto espacio interactivo para los seres humanos, la fauna y la flora constituido por el piedemonte oriental de Los Andes, la cuenca amazónica, La Guayana Francesa, la cuenca del Orinoco y el litoral atlántico del noreste de Suramérica (Miller 1992; Sales Barboza 1992; Vacher *et al.* 1998; Sanoja y Vargas-Arenas 1995, 1999a, b y c; Kipnis 1998; Schmitz 1987; Dillehay *et al.* 1992; Williams 1992), donde se comenzó a gestar desde finales del pleistoceno un importante experimento social y cultural que culminó en la creación de la macrorregión geohistórica amazónica-orinoquense, antillana.

El inicio de la sociedad arcaica del Bajo Caroní, representado por los sitios El Espino (GD31), cueva Las Patillas (GD81), y GD3, GD8, GD3, GD9 entre otros, podría estimarse, como ya se ha dicho, en ca. 8 000 años a.p. Este rango tentativo sería consistente con la antigüedad de otros sitios arqueológicos de la región Guayana-Amazonas tales como las fechas de C14. 9 200 ± 100, 9 210 ± 120 y 7 010 ± 190 años a.p. (7 070, 7 260 y 5 060 a.C.) para la

industria de lascas unifaciales y puntas pedunculadas de aspecto rústico en cuarzo cristalino halladas en un paleosuelo del estrato franco-arenoso del sitio Atures, estado Amazonas, posible indicador de una formación boscosa más densa que la presente (Barse 1995:108; 1989, 1990, 1999). Podríamos mencionar también, como ya se dijo anteriormente, la fecha de 8 210 ± 190 años a.p. relaciona-

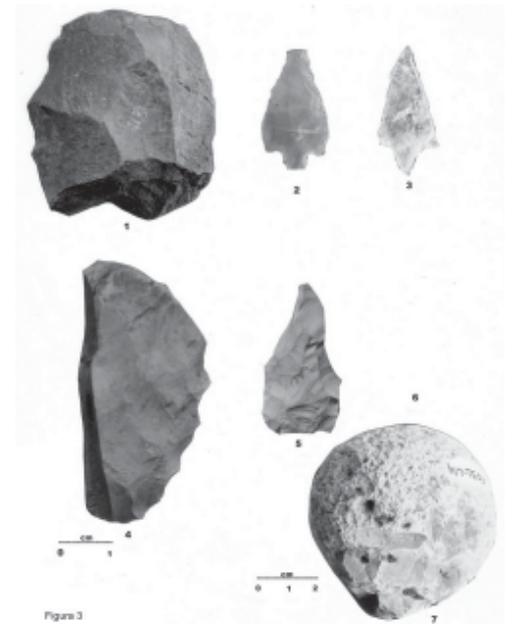


Figura 3

da con el contexto recolector cazador del sitio La Gruta, Medio Orinoco en un posible ambiente seco y frío, donde aparecen puntas triangulares pedunculadas en cuarzo cristalino en asociación con talones de propulsor tallados en el mismo material (Vargas-Arenas 1981).

La ocupación humana del sitio El Espino parece haber comenzado en una fase climática húmeda y cálida en transición hacia una seca y cálida, representada en el estrato basal de arenas blancas del sitio. Con posterioridad, hacia 7 000-5 000 años a.p. habría sucedido posiblemente un período más húmedo, caracterizado por ciclos de acumulación de sedimentos aluviales que culminaría hacia 3 750 años a.p. Un proceso similar estaría también indicado aguas abajo (Fig. 5), por la secuencia de horizontes existente en la desembocadura de la quebrada Toro Muerto. En ella se observa (Fig. 7), comenzando desde el horizonte más antiguo de arcilla limonítica, una secuencia de horizontes de arena blanca, turba, arena blanca, turba (arrastre y acumulación de sedimentos orgánicos en un período lluvioso) y finalmente, cerrando el ciclo, arcilla limonítica (Sanoja y Vargas-Arenas 1999a:118).

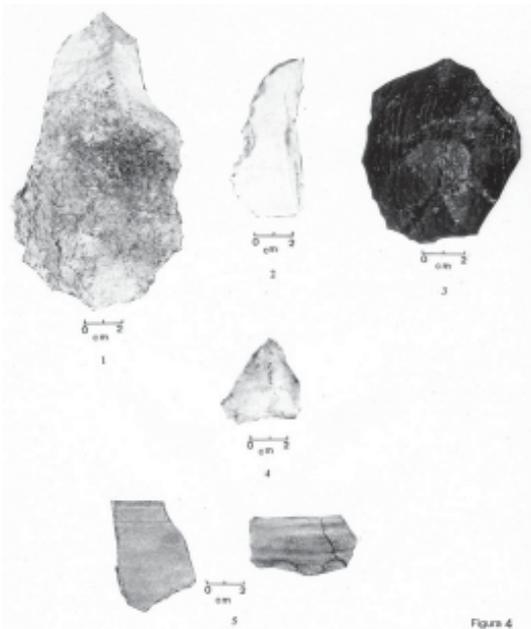


Figura 4

Otro indicador local de estos eventos climáticos podría ser el piso de gujarros localizado en el estrato superior del sitio El Espino, donde predominan los conglomerados (Fig. 4). Dicho piso aparece en el corte transversal de la estratigrafía como una línea de piedras en pendiente, la cual prefigura una especie de paleocauce o cañada de regular amplitud. El lecho de conglomerados marcaría, posiblemente, una fase de deposición de sedimentos pesados durante un proceso de arrastre de sedimentos coluviales. En el caso presente, la existencia de los núcleos y gujarros no está circunscrita exclusivamente a la línea de piedras que se encuentra entre 63 y 90 cm de profundidad, sino que se hallan igualmente dispersos a lo largo de los estratos subyacentes hasta el nivel VIII de la cuadrícula 0/2 de la secuencia seriada. En tales circunstancias se podría considerar que el proceso de arrastre de material coluvial se produjo estacionalmente antes de la formación del piso de la línea de piedras del estrato 63-90 cm y que esta última correspondería con una fase de intensificación de dicho proceso ocurrida entre 4 400 años a.p. (2 450 +/- 60 a.C. y 3 750 años a.p. (1 800 +/- 50 a.C.), correspondientes al final la Fase B de la secuencia del Bajo Caroní y al final de la ocupación del sitio El Espino.

Episodios como el descrito sólo pueden ser comprendidos dentro de la matriz de cambios paleoclimáticos postpleistocénicos que afectaron al oriente de Venezuela, particularmente los cambios de

nivel del mar que incidieron en la formación del delta del Orinoco hace 8 000 años a.p., relacionados con la presencia inicial de grupos arcaicos litorales (Sanoja y Vargas Arenas 1995, 1999a, b y c). Eventos relevantes como este deben a su vez haber ocasionado fluctuaciones de nivel del río Orinoco durante el holoceno temprano y medio, afectando la vida de las comunidades cazadoras recolectoras que habitaban el río Caroní para ese momento.

Para ilustrar la importancia de dichos eventos, podríamos establecer brevemente una teleconexión entre los mismos y los procesos transgresivos del océano Atlántico que —según las conclusiones de la *Orinoco Shelf Expedition*— comenzaron a afectar el litoral del noroeste de Venezuela entre 13 000 y 11 000 años antes del presente, y produjeron una subida del nivel del mar sobre la cota baja de finales del pleistoceno (Nota 1958:6, Koldewijn 1958:105, Van Andel y Sachs 1964), la cual alcanzó la curva de nivel de 4 m sobre el nivel del mar en 6 500 años a.p. o 4 550 años a.C. (Van Andel y Postma 1964:27), sumergiendo así la mayor parte del antiguo litoral atlántico venezolano en un momento que coincide con una intensificación del arrastre de sedimentos hacia 4 400 años a.p. en el sitio GD31, El Espino.

Para una fecha similar, 6 000 años a.p., el nivel del mar alcanzó su nivel actual en el litoral de Guayana, favoreciendo el desarrollo de bosques de manglar (*Avicennia nitida*) que sirvieron de habitat a los grupos de recolectores, cazadores pescadores litorales y estuarinos (Williams 1985:15). Una fecha de C14 de 9 500 años a.p. data el inicio de una nueva transgresión marina en el flanco norte del golfo de Paria, mientras que otra, de 8 000 años a.p., señala el inicio de la formación del delta del Orinoco, relacionada a su vez con el inicio de las fases transgresivas de la serie Demerara del litoral de Guyana, Surinam y la Guayana Francesa, 9 000-6 000 años antes del presente (Clapperton 1993:569-72, Sanoja y Vargas-Arenas 1999c:150-151). Ella es coincidente a su vez, cronológicamente, con el período seco que estimamos marcaría el inicio de la ocupación de los sitios El Espino y Las Patillas y la fase seca que corresponde con la expansión del ambiente de sabana en los Llanos Orientales de Colombia (Berrío *et al.*:2002:134).

La ocupación humana del Bajo Caroní se relaciona también con la presencia de grupos de recolectores pescadores marinos en el litoral de Paria, estado Sucre, noreste de Venezuela, antes de 5 600 ± 200 a.p., fecha de una de las ocupaciones humanas del sitio Las Patillas. Otros grupos recolectores se hallaban asenta-

dos hacia 7 000-6 000 a.p. alrededor de un antiguo estuario que se había formado para la fecha en el río San Juan, afluente del delta del Orinoco, como consecuencia de las fases transgresivas del océano Atlántico (Sanoja y Vargas Arenas 1995, 1999a, 1999a, b, 1999c). Las fechas de $5\ 290 \pm 60$ a.p. y 4 400 a.p. para el sitio El Espino asociadas con oscilaciones pluviosas y arrastres de material coluvial en el Bajo Caroní, presentan un rango temporal cercano a la de $4\ 600 \pm 70$ para el sitio Las Varas, golfo de Cariaco, estado Sucre, lo cual está fechando una fase transgresiva del mar y la formación de lagunas litorales de agua salobre y la expansión de los boques de manglar, así como la presencia de instrumentos agrícolas pulidos tales como hachas, azadas, azuelas y manos cónicas para moler en el contexto de aldeas sedentarias sin cerámica en el noroeste de Venezuela.

Es dado suponer que el aumento del nivel de las mareas en las bocas del Orinoco habría afectado también el nivel del mismo río y de su afluente más importante en el Bajo Orinoco, el río Caroní. En los estuarios fósiles formados en el río San Juan y el golfo de Paria durante aquella época, al subir el nivel de las aguas del río o del golfo, los ríos que descargaban sus aguas y sus sedimentos en ambos estuarios desarrollaron en sus desembocaduras especies de formaciones deltaicas o albardones constituidos por arenas limosas (Sanoja y Vargas-Arenas 1995:122, 149). En el tope de las mismas se constituyeron, desde 6 000-5 600 años antes del presente, aldeas o campamentos semipermanentes de recolectores pescadores marinos. En el sitio Remigio, el espesor del depósito arqueológico alcanza 2 m de profundidad y en el sitio Guayana, 2,70 m, evidenciándose en ambos una larga serie de pisos o fases de ocupación que duró 5 000 y 3 000 años respectivamente (Veloz Maggiolo 1991, Sanoja y Vargas-Arenas 1995: Figuras 2 y 7).

En la formación del sitio El Espino parecen haber influido procesos aluvionales vinculados a cambios del nivel del río Caroní. Los sectores más altos del albardón donde se formó dicho sitio indican que el nivel de las aguas pudo alcanzar, episódicamente, niveles superiores a 3,50 m respecto al cauce actual, alternando con niveles similares a los actuales o más bajos. En la filmación que se hizo del sitio El Espino durante su excavación, se observa que en ciertas cuadrículas abiertas en las áreas de mayor altura hay presencia de paleosuelos o lentes húmicas de color negro. En otras cuadrículas, a mayor profundidad que en las anteriores, apare-

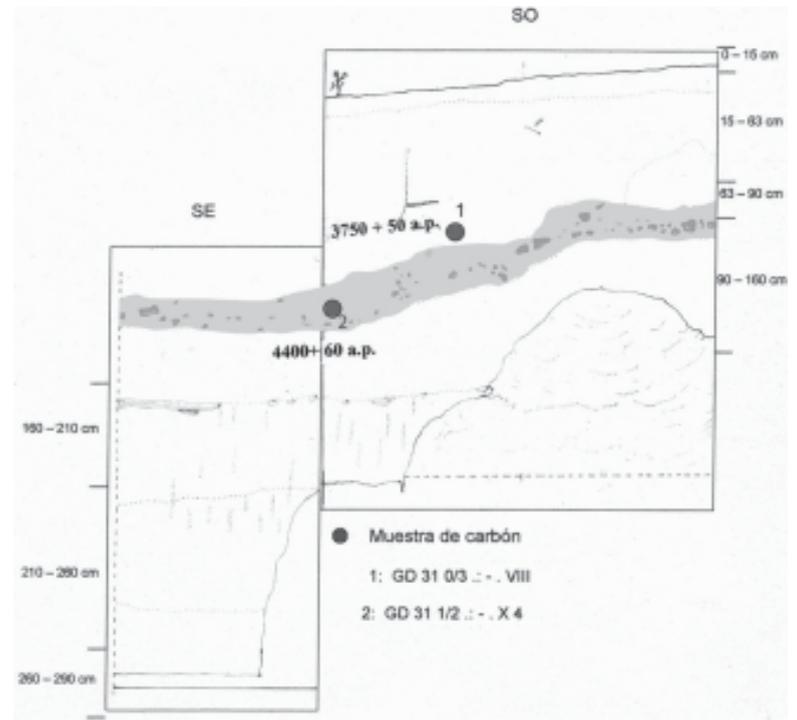
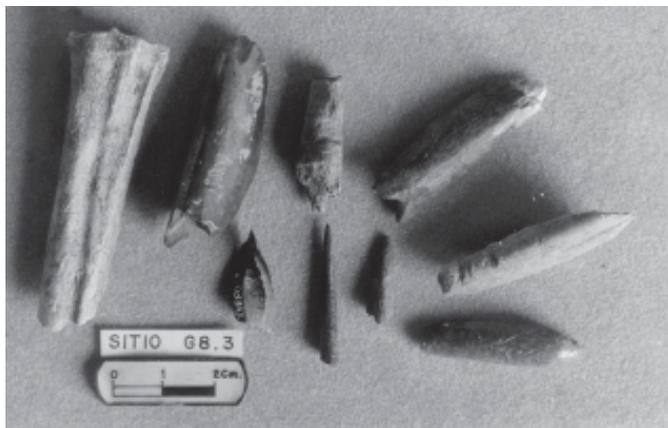


Figura 5. Perfiles suroeste y sureste de la excavación de El Espino.

cen otros paleosuelos similares a los mencionados. Es posible que ello indique diversos episodios de estabilidad del nivel de las aguas del río, los cuales permitieron la formación de suelos húmicos y vegetación, posiblemente bosques de galería, sobre el albardón que corre paralelo al río. Fechas de C14 de los períodos A y B de El Espino como las de 5 290, 4 400 y 3 750 años a.p., por otra parte, son coincidentes con las que marcan la expansión de los bosques de galería y de *Mauritia* en los Llanos Orientales de Colombia, indicativo de mayores precipitaciones lluviosas y estaciones secas más cortas (Berrío *et al.* 2002 134).

La presencia de la alfarería

Tres muestras de carbón permitieron fechar el final de la Fase A y la Fase B de la secuencia seriada de la subregión Caruachi en, 4 400 y 3 750 años a.p. La primera, colectada en los niveles inferiores de Cueva de Las Patillas indica una antigüedad de $5\ 290 + 60$ a.p.; las segundas, $4\ 400 \pm 60$ a.p. en el estrato inmediatamente



1. Sitio G8-3. Conjunto de artefactos de hueso



2. Sitio G8-3. Tiestos sencillos y decorados incisos

Figura 6.

debajo de la línea de piedras que formaban el piso ya mencionado y, la tercera, $3\ 750 \pm 50$ a.p., sobre dicha línea (Fig. 6). En el estrato que se halla sobre la línea de piedras, se recolectaron 5 pequeños fragmentos de alfarería pulida. A la luz de los conocimientos actuales sobre el Bajo Caroní, podríamos relacionar dichos fragmentos con la alfarería pulida similar, decorada con pintura roja y modelado, que hallamos posteriormente en el abrigo Las Patillas (Fig. 5.5)

con una antigüedad de $2\ 810 \pm 160$ a.p. (860 años antes de Cristo). Es posible que se trate de fragmentos arrastrados desde sitios arqueológicos que se hallan a mayor altura, en la pendiente que baja hacia el río.

En tal sentido es conveniente señalar la existencia de una fecha de radiocarbón de $3\ 500 \pm 90$ a.p. para el estrato superior del sitio Guayana, golfo de Paria, que permite datar la presencia de fragmentos de alfarería rústica en dicho conchero. A la luz de los nuevos datos para el Bajo Orinoco, podríamos reseñar la presencia de fragmentos de alfarería tanto en el abrigo Las Patillas del Bajo Caroní (Fig. 5.5) con una fecha de $2\ 810 \pm 160$ años a.p., como en la capa superior del abrigo G8-3, raudales de Caruachi. (Sanoja *et al.* 1996: foto 8, Sanoja y Vargas-Arenas 2003). En este último caso, la alfarería parece ser reminiscente de la serie cedeñoide del Orinoco Medio, para la cual existe una fecha de de C14 de $2\ 890 \pm 145$ años a.p., posiblemente una alfarería local relacionada con las poblaciones arcaicas del Medio y Bajo Orinoco (Zucchi y Tarble 1984).

El arte rupestre

Las investigaciones arqueológicas actuales han aportado informaciones pertinentes para establecer vinculaciones más o menos ciertas entre la tradición de pinturas rupestres de la Guayana venezolana y los grupos humanos de la sociedad arcaica. Tanto la seriación arqueológica como las fechas de C14 obtenidas, parecieran indicar que la tradición de arte parietal habría comenzado hacia 4 000 años a.p. con las poblaciones arcaicas del Caroní, como podría inferirse por presencia de sus manifestaciones en aleros con pinturas rupestres. Se trata, al parecer de un arte originalmente muy esquemático o de zonas extensas recubiertas con manchas sólidas de color rojo, el cual evoluciona hasta llegar a ser en 2500 años a.p. un arte naturalista cargado con símbolos de la vida cotidiana, representaciones humanas, especies faunísticas, etc. (Sanoja y Vargas-Arenas 1970, 1977, 2003).

EL ARCAICO DEL CARONÍ Y EL POBLAMIENTO ORIGINAL ANTILLANO

La existencia de sitios arqueológicos arcaicos, tanto en el Bajo Orinoco como en litoral del noreste de Venezuela, cuya antigüedad podría remontar hasta finales del pleistoceno o comienzos del holoceno, añade una nueva dimensión a los estudios sobre el

poblamiento arcaico temprano de la región antillana. Ello refiere a la presencia de diversos y variados grupos humanos que habitaban el piedemonte oriental andino, la cuenca amazónica y la cuenca del Orinoco, los cuales pudieron haber sido una de las vertientes originarias de la población antillana. Importantes trabajos previos como los de Rouse y Cruxent (1974:78) y Veloz Maggiolo (1991:63-64), habían propuesto a Centroamérica y particularmente a Belice como uno de los focos de difusión de la tecnología lítica que caracteriza al arcaico antillano.

Para finales del pleistoceno, el nivel del mar todavía se hallaba alrededor de 125 m por debajo de su nivel actual, y la cadena de islas antillanas presentaba tal vez el aspecto de una dilatada cordillera que se extendía desde Paria y Trinidad hasta Cuba y quizás la península de la Florida (Sanoja y Vargas-Arenas 1995, 1999b, 2001). Ello habría hecho posible que las antiguas poblaciones recolectoras cazadoras arcaicas del oriente de Suramérica, que no podríamos considerar como *paleoindias*, pudiesen vadear a través de aquel territorio antillano.

Aquellas poblaciones habían adaptado sus modos de vida a las variables condiciones del noreste de Suramérica donde existían grandes ríos y una extraordinaria diversidad de sabanas, selvas tropicales o deciduas y selvas de galería, ecosistemas húmedos o bosques de manglar. Poseían un ajuar de instrumentos líticos unifaciales o bifaciales (Schmitz 1987, Dillehay *et al.* 1992:187; Sanoja y Vargas-Arenas 1999 a, b, c, Meggers y Miller 2003), que les permitió copar los recursos de subsistencia existentes en aquellos espacios y sobrevivir hasta períodos muy tardíos. Ello generó el surgimiento de diversos modos de vida arcaicos: recolectores, cazadores pescadores del interior y recolectores cazadores pescadores litorales, escalonados dentro de un extenso horizonte temprano de población que iba desde la cuenca amazónica a la cuenca del Orinoco y el noreste de Venezuela y Trinidad hasta Cuba, el cual podría relacionarse con las poblaciones ciboneyes tardías de las grandes Antillas. Dichas poblaciones fueron el sustrato humano de una macrorregión geohistórica sobre el cual se asentaron los agricultores ceramistas arawako y caribe que posteriormente poblaron el noreste Venezuela y las Antillas desde 3 000 años a.p. Es probable que aquellas poblaciones arcaicas también sean ancestrales de los recolectores, cazadores pescadores conocidos en el bajo y medio Orinoco para el siglo XVI: guarao, yanomami,

guahibo, pumeh y chiricoa, entre otros, las cuales coexistían simbióticamente con las comunidades sedentarias agroalfareras de la cuenca del Orinoco (Sanoja y Vargas-Arenas 2003).

LOS PUEBLOS ARCAICOS Y LOS RECOLECTORES CAZADORES MODERNOS DEL ORINOCO

El cuadro del estado de la misiones capuchinas catalanas de Guayana del año 1979 (Carrocera 1979:162-165), da cuenta de varias misiones donde se hallaban reducidos solamente indígenas pertenecientes a la etnia guaika o waika: Santa Rosa de Lima de Cura, Santa Magdalena de Curruca, San Juan Bautista de Avechica y la misión del Ángel Custodio de Ayacuá. Los guaika eran catalogados por los misioneros como “[...] una tribu montañera adicta a los hábitos nómicos” (Carrocera 1979:334). Koch-Grumberg, quien observó la vida de los waika y shirishana a comienzos del siglo XX, opinaba para ese entonces que consideraba a ambas etnias “[...] como una antigua capa de población de esas regiones que, repartida en pequeñas hordas, muchas veces enemistadas entre sí, sin domicilio fijo, verdadero, se pueden encontrar entre las fuentes de los pequeños tributarios hasta el lejano Alto Orinoco al Oeste y que antiguamente vivían de la caza, la pesca y las frutas silvestres[...]” (Koch-Grumberg 1979:214). Siguiendo esta línea de razonamiento, Wilbert (1961:238-242) considera también que los waika o yanoama, podrían ser relictos de las poblaciones paleoamericanas que poblaron originalmente a Suramérica. Aquellas se habrían separado de los waraos, otro grupo arcaico vinculado a los primeros pobladores de Suramérica, hace más o menos 4 500 años. Kirchoff (1948) por su parte, se refiere también a aquellas tribus de recolectores pescadores, como una cultura contemporánea, pero anterior a la de los grupos agricultores del Orinoco.

En su reciente obra, Layrisse y Wilbert (1999:40, 152-163) demuestran, mediante el análisis del antígeno del sistema sanguíneo Diego (DI*A) que los primeros inmigrantes que pusieron pie en el continente americano antes de 40 000 a.p., eran de una filogenia no mongoloide de poblaciones del este de Asia, las cuales no presentaban dicho antígeno. Según dichos autores, los primeros paleo-mongoloides comenzaron a entrar en Alaska hacia 30 000 años a.p., y llegaron al istmo de Panamá alrededor de 25 000-23 000 a.p. Para ese momento, el paisaje continental era el típico de los interglaciares, comenzando a entrar en una fase característica de los estadios glaciales. Aquellas antiguas poblaciones

empezaron a desarrollar un modo de vida que explotaba cíclicamente los recursos de subsistencia, tanto litorales como los de las tierras del interior del continente, transformándose eventualmente en recolectores generalizados dentro del marco de los profundos cambios paleoclimáticos que afectaron tanto la cuenca amazónica como la del Orinoco.

Entre 14 000 y 10 000 años a.p., encontramos poblaciones de recolectores cazadores generalizados en la región sureste de Brasil, conocidos como tradición Itaparica (Schmitz 1987, Dillehay *et al.* 1992) y en el territorio Roraima, región fronteriza Venezuela-Brasil (Meggers y Miller 2003), caracterizada por una industria de lascas unifaciales en cuarcita, arenisca silíceas o chert, así como diversos complejos culturales en el Alto Madeira, Alto Amazonas (Miller 1992) con lascas, percutores y raspadores de cuarcita y sílex, microlascas de cuarzo, etc. De la misma manera, en el bajo Amazonas están presentes puntas de proyectil bifaciales pedunculadas en cuarzo cristalino y calcedonia en el abrigo rocoso de Pedra Pintada, desde 10 600 años a.p., puntas pedunculadas bifaciales de forma triangular, en cuarzo cristalino o calcedonia, acompañadas por una industria de lascas bifaciales retocadas (Roosevelt *et al.* 1996). De igual manera, las investigaciones arqueológicas del Prometo Saltimins, Universidad de Tocantins, al sureste del Amazonas, Brasil, permiten situar la presencia de industrias de lascas y núcleos de sílex, cuarzo y cuarcita entre $9\ 900 \pm 70$, $9\ 930 \pm 60$ y $8\ 600 \pm$ a.p., así como de puntas pedunculadas de calcedonia asociadas con raspadores laterales y lascas corticales de calcedonia, sílex y arenisca (Días *et al.* 2004). Otras investigaciones arqueológicas recientes en la región del Magdalena Medio, Colombia, ubican la presencia de industrias de lascas y artefactos bifaciales en chert y cuarzo en el sitio Palestina, con una antigüedad de 10 400 años a.p., así como puntas de proyectil bifaciales pedunculadas en el sitio Peñones, Sabana de Bogotá (López, 1995). Estos contextos arqueológicos extendidos a lo largo de la región amazónica del noreste de Brasil, la cuenca del río Magdalena y la región andina colombiana, parecieran ser tecnológicamente reminiscente de las tradiciones arqueológicas arcaicas del Bajo Caroní ya analizadas, y sugieren la existencia en tanto en la cuenca del Amazonas como en la del Orinoco, del Magdalena y las región andina de Colombia de un extenso, variado y antiguo horizonte de poblaciones recolectoras cazadoras tropicales, tanto litorales como del interior, previo a la inserción de las primeras poblaciones agroalfareras en la región hace 3 000 años a.p. La cuenca del Amazonas, la del

Orinoco y la región andina y subandina de Colombia están caracterizadas por una gran diversidad lingüística, donde destacan tres *stocks* principales, ge-pano-caribe y tucano-ecuatorial y chibcha (Greenberg 1987).

Los waica (yanoama), al igual que la casi totalidad de los warao ($DI^*A < 1\%$) son 100 % $DI(a-)$ es decir Diego-negativos, descendientes de las primeros (no-mongoloides) o las segundas olas de pobladores asiáticos (paleo-mongoloides) que llegaron al continente americano y a Suramérica. Estas fueron clasificadas por Greenberg (1987:389) como pertenecientes a la familia chibcha-paezana, familia macrochibcha de lenguas con una amplia dispersión territorial, cuyos miembros sobrevivientes están distribuidos desde la Florida y la baja Mesoamérica a través del norte de Colombia, el delta del Orinoco y el suroeste Venezuela, hasta el Brasil central y Argentina. Greenberg (*ibid.* 335) adelantó la hipótesis de una fecha razonable de 1 000-11 000 años a.p. para el origen de algunas lenguas macrochibchas. De igual manera, Swadesh (1959) corrobora dicha propuesta, proponiendo una fecha de 10 000 años antes del presente para el inicio de la divergencia entre las lenguas macrochibchas. De una muestra de 11 086 individuos hablantes de lenguas macrochibchas tomada de 14 grupos tribales de Mesoamérica y de diecisiete grupos tribales de Suramérica, particularmente los chibcha-paezanos, menos del 2 % (0 0168) eran DI^*A -positivos (Layrisse y Wilbert 1999:26).

Podría ser posible que los actuales waraos fuesen descendientes de las antiguas poblaciones de recolectores arcaicos del litoral noreste de Venezuela, quizás relacionados también con los antiguos arcaicos brasileños litorales o del interior (Sanoja y Vargas Arenas 1995, 1999c). Otros grupos conocidos como recolectores cazadores guayaneses también denominados como waikas, los akawayos, serían, por el contrario, descendientes de una tercera y más importante ola de inmigrantes asiáticos que comenzaron a poblar las Américas hacia 8 000 años antes del presente. Estas poblaciones tenían una filogenia neomongoloide, DI^*A -positivo, hablantes de lenguas consideradas por Greenberg (1987) como amerindios panamericanos. Entre 6 000 y 4 000 años antes del presente, sus descendientes —incluyendo los ancestros DI^+ (23 %) de los hablantes caribes akawayos (DI^*A 23 %)— formaban parte de los ge-pano-caribes a partir de los cuales se habrían originado los primeros cultivadores aldeanos amazónicos del planalto brasileño (Layrisse y Wilbert 1999:152-57, 171-74; 213). Comparando con

los datos arqueológicos del Alto Madeira, Brasil (Miller 1992:227-228; Meggers y Miller 2003) observamos ya la presencia de formas incipientes de cultivo en la tradición Massangana, $3\ 850 \pm 70$ y $3\ 140 \pm 70$ años a.p., evidenciadas por la presencia de pequeños morteros, piedras de moler y manos así como hachas líticas, hachas. Este contexto es reminiscente del sitio Las Varas, golfo de Paria, Venezuela, fechado en $4\ 600 \pm 70$ años a.p, donde un segmento de los antiguos grupos protoguarao ya había desarrollado un modo de trabajo caracterizado por la recolección marina, la pesca, la caza terrestre y el cultivo o procesamiento de recursos vegetales.

La larga secuencia que caracteriza a la sociedad arcaica del Bajo Caroní, apunta hacia la posible identificación étnica de aquella con grupos recolectores cazadores modernos que habitan actualmente Guayana y el Amazonas. La denominación de waica, para referirse a los actuales yanoamas, ya era utilizada por Zerries (1964) desde mediados del siglo pasado. Es posible que los grupos waicas o guaicas mencionados en el siglo XVIII como reducidos en las misiones capuchinas catalanas de Guayana (Sanoja y Vargas Arenas 2003), hubiesen constituido parte de esa red de pueblos recolectores pescadores que rodeaba a las comunidades sedentarias tardías del Bajo Caroní conocidas arqueológicamente como los guayanos.

De manera similar a Guayana y el Bajo Orinoco, los datos etnohistóricos dan cuenta de varios grupos recolectores cazadores y sabaneros entre los cuales se encuentran algunos que o no llevan (cuiva) o que llevan el gen DI*A en un porcentaje muy bajo (yaruro o pumeh, 2 %). Esta característica permitiría considerarlos como posibles relictos de las oleadas tempranas de paleo-americanos (no-mongoloides o paleo-mongoloides) que figuraban entre las primeras oleadas de inmigrantes al continente (Wilbert 1966; Sanoja y Vargas-Arenas:158-160; Lizarralde 1993:48-49; Layrisse y Wilbert 1999:7-8). Corroborando esta propuesta, las evidencias arqueológicas ya mencionadas para el sitio La Gruta, estado Guarico, indican la posible presencia de grupos recolectores cazadores llaneros en el Orinoco Medio para $8\ 210 \pm 190$ años a.p., parte quizás del antiguo horizonte de pueblos arcaicos que habría existido en el Orinoco Medio desde finales del pleistoceno. Otras evidencias arqueológicas (Barse 1995:109-113) apoyan la existencia de similitudes tecnológicas y morfológicas entre las antiguas poblaciones arcaicas del Orinoco Medio y las que habitaban abri-

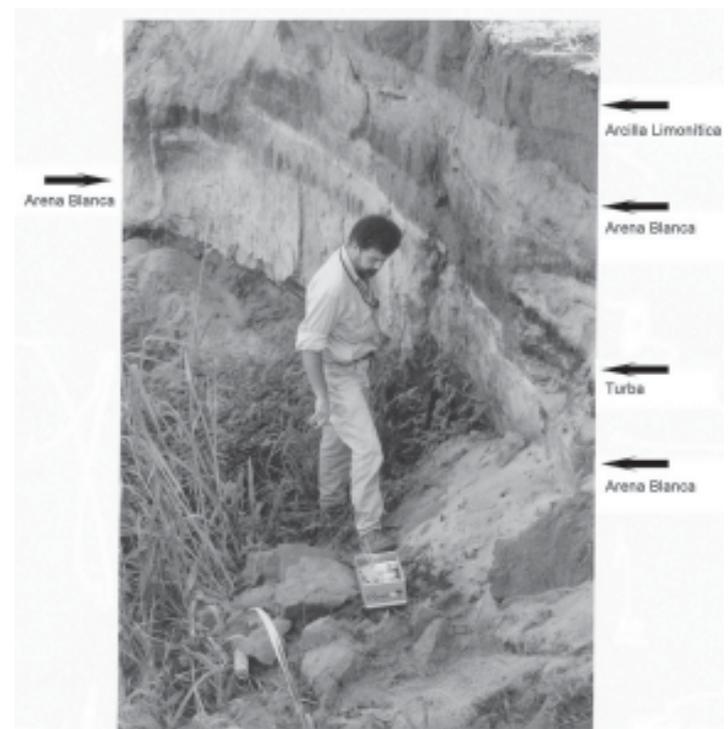


Figura 7. Estratigrafía de la Quebrada Toro Muerto, Bajo Caroní.

gos rocosos localizados en los valles intermontanos alrededor de la meseta bogotana, tal como El Abra, Nemocón y Sueva desde 10 450-9 000 años a.p., todo lo cual sugiere la existencia de antiguas sociedades recolectoras cazadoras arcaicas —distintas a las llamadas “paleoindias”— que compartían tradiciones líticas similares, las cuales ocupaban hacia inicios del holoceno un amplio territorio que abarca el sistema de cuencas fluviales Amazonas-Orinoco, el piedemonte oriental y los valles intermontanos de las cordilleras septentrionales de Los Andes. De igual manera, señalando la importancia histórica de estas poblaciones, Rodríguez (2002:32-41), analiza diversos sitios arqueológicos en el alto y medio Cauca con una antigüedad de 10 000 años a.p., cuya industria lítica podría aludir a gente arcaica del modo de vida recolector productor, a partir de la cual se inicia un proceso de progresiva sedentarización que culminaría hacia 4 000 con la domesticación de granos y

tubérculos, la recolección de frutos y el aprovechamiento de palmáceas como la *Bactris gasipaes*.

Es evidente a la luz de los hechos nombrados, la existencia de un vasto horizonte de pueblos paleoamericanos arcaicos, recolectores, cazadores pescadores, que desempeñaron un papel importante en la configuración de las sociedades originales de la cuenca del Amazonas, del Orinoco y las Antillas, del piedemonte oriental andino y de los valles intermontanos que comunican con la costa atlántica colombiana, que dieron origen a diversos focos de innovación tecnológica, domesticación, cultivo y aprovechamiento de plantas útiles así como de manufactura de alfarería.

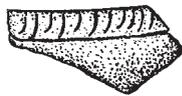
BIBLIOGRAFÍA

- Ab'Saber, A. N. (1991): "The Paleoclimate and Paleoecology of Brazilian Amazonia" en *Biological Diversification in the Tropics*. Ghillian T. Prance eds., New York, Columbia, University Press.
- Ambiental Consultores (2002): "Proyecto Caruachi. Fase II. Primer informe cuatrimestral". Puerto Ordaz, Venezuela, Ms. Biblioteca CVG-EDELCA.
- Andel y Postma, Th van y P. L. Sachs (1964): "Sedimentation in the Gulf of Paria during the Holocene Transgression.: a subsurface acoustic reflexion study" en *Journal of Main Research*, Vol. 22, No 1.
- Barse, W. (1989): "A preliminary Archeological Sequence in the Upper Orinoco valley, Territorio Federal Amazonas, Venezuela", Tesis doctorado. Dpt. de Anthropology, Catholic University of America, Michigan, University Microfilms. Ann Arbor.
- _____ (1990): "Pre-ceramic Occupations in the Orinoco valley river" en *Science*, No. 250.
- _____ (1995): "El período arcaico en el Orinoco y su contexto en el norte de Suramérica" en *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, Inés Cavellier y Santiago Mora, eds., Bogotá, Fundación Erigaie, Instituto Colombiano de Antropología.
- Berrio M., Juan C., H. Hooghiemstra, H. Behling, Pedro Botero y K. van der Borg. (2002): "Late Quaternary Savanna History of the Colombian Llanos Orientales from Lagunas Chenevo and Mozambique: A Transect Synthesis", Capítulo V, en Berrío M., Juan C. (2002): *Lateglacial and Holocene Vegetation and Climatic Change in Lowland Colombia*. Institute for Biodiversity and Ecosystem Dynamics. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
- Boormert, A. (2000): *Trinidad, Tobago and the Lower Orinoco Interaction Sphere. An Archeological/ Ethnological Study*. Alkmaar. Stichting Nederland Museum voor Anthropologie en Praehistoriae.
- Carrocera, P. Buenaventura de (1979): *Misión de los capuchinos de Guayana. III*. Documentos (1785-1819). Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, No. 141, Colección Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela.
- Cauxi Consultores (2001): "Proyecto Caruachi. Fase 1. Informe final". Puerto Ordaz, Ms. Biblioteca CVG-EDELCA.
- Clapperton, C. (1993): *Quaternary Geology and Geomorphology of South America*. Amsterdam-London-New York-Tokyo, Elsevier.
- Cruxent J. M. (1971): "Apuntes sobre la arqueología venezolana" en *Arte prehispánico de Venezuela*, Sagrario Pérez Soto eds., Caracas, Fundación Eugenio Mendoza.
- Cruxent, J. M. e I., Rouse (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*. Washington D.C., Unión Panamericana, Estudios Monográficos IV.
- Días, O., M. Zimmerman, A. Pedreira, E. Menestrino, R. Araujo, O Giralain, D. de Oliveira y R. Menezes (2004): "Pesquisas arqueológicas no estado de Tocantins. Projeto de Salvamento No Trecho da Linha de Transmissao do Emperatriz-MA á Miracema do Tocantins, TO, Interligação Norte/Sul-SALTIMINS)". Relatoría Final, Campus Porto Federal. Fundação Universidade de Tocantins, No. 2, Diciembre.
- Dillehay, T, G. Ardila Calderón, Gustavo Politis, María da Conceição Beltrao (1992): "Earliest Hunters and Gatherers of South América" en *Journal of World Prehistory*, Vol. 6, No. 2.
- Dupuy, W. (1958): "Dos piezas de tipo paleolítico de la Gran Sabana. Venezuela" en *Boletín del Museo de Ciencias Naturales*, Tomos I-II, No. 1-4. Caracas.
- _____ (1960): "Tres puntas de tipo paleoindio de La Paragua, Edo. Bolívar, Venezuela" en *Acta Venezolana*, Tomos VI y VII, Boletín del Grupo Caracas de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía.
- Greenberg, J. H. (1987): *Language in the Americas*. Stanford University Press.
- Joachim, M. (1976): *Hunters-Gatherers Subsistence and Settlement: a Predictive Model*. New York, Academic Press. Inc.
- Kipnis, R. (1998): "Early Hunters-gatherers in the Americas: Perspectives from Central Brazil" en *Antiquity*, No. 72.
- Koch-Grumberg T. (1979): *Del Roraima al Orinoco*. Caracas. Ediciones del Banco Central de Venezuela
- Koldewijn, B. (1958): "Sediments of he Paria Trinidad Shelf" en *Reports on the Orinoco Shelf Expedition*, Vol 3, Mouton, The Hague.
- Layrisse M. y J. Wilbert (1999): *The Diego Blood Group System and the Mongoloid Realm*. Monografía No. 44, Caracas, Fundación La Salle de Ciencias Naturales, Instituto Caribe de Antropología y Sociología

- Lizarralde M. (1993): *Índice y mapas de grupos etnolingüísticos autóctonos de América del Sur*. Antropológica, Suplemento No. 5. Caracas. Instituto Caribe de Antropología y Sociología.
- López Castaño, C. (1995): "Dispersión de puntas de proyectil bifaciales en la cuenca media del río Magdalena" en *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, Inés Cavalier y Santiago Mora, eds., Bogotá, Fundación Erigaie, Instituto Colombiano de Antropología.
- Megggers, B. y E. Th. Miller (2003): *Under Canopy. The Archeology of the Tropical Rain Forests. Under Canopy*. Julio Mercader ed., New Brunswick, New Jersey y Londres, Rutgers University Press..
- Miller, E.T. (1992): "Adaptação agrícola prehistórica no alto río Madeira" en *Prehistoria Sudamericana. Nuevas Perspectivas*, Betty Meggers eds., Washington, Taraxacum, Nota, D. 1958, "Sediments of the Western Guiana Shelf" en *Reports on the Guiana Shelf Expedition*, Vol.1, Agricultural University, Wageningen.
- Rodríguez C. A. (2002): *El valle del Cauca prehispánico*. Cali, Universidad del Valle, Fundación Taraxacum.
- Roosevelt A. C, M. Lima da Costa, C. López Machado, M. Michab, N. Mercier, H. Valladas, J. Feathers. W. Barnett, M. Imazio da Silveira, A. Henderson, J. Sliva, B. Chernoff, D. S. Reese, J.A. Colman, N. Toth, K. Schick. (1996): "Paleoindian Cave Dwellers in the Amazon: The Peopling of the Americas" en *Science*, Vol. 272.
- Rouse, I y J. M. Cruxent (1963): *Venezuelan Archeology*. New Haven, Yale, University Press.
- _____ (1974): *Early Man in the West Indies. New World Archeology*. Readings from Scientific American, Freeman and Co.
- Sales Barbosa, A. (1992): *A tradição Itaparica: Uma compreensao ecológica e cultural do povoamento inicial do planalto brasileiro*.
- Sanoja M. e I. Vargas-Arenas (1970): *Proyecto Orinoco. Informe No. 2. Investigaciones Arqueológicas en el Bajo Orinoco. La Cueva del Elefante*. Caracas, Instituto de Investigaciones. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Universidad Central de Venezuela.
- Sanoja M. e I. Vargas-Arenas (1977): "Nuevas Fechas de C14 para la Cueva del Elefante, Estado Bolívar" en *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología*. Nos. 47-50, Caracas.
- Sanoja M. e I. Vargas-Arenas (1992): *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. 3ra ed., Caracas, Monte Ávila Editores.
- _____ (1995): *Gente de la canoa: Antiguos modos de vida. Apropiadores del noreste de Venezuela*. Caracas, Editorial Tropykos.
- _____ (1999a): *Orígenes de Venezuela. Regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d.C.* Comisión Presidencial. V Centenario, Caracas, Editorial Centauro.
- _____ (1999b): "La formación de cazadores del oriente de Venezuela" en *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, Universidad de Cádiz.
- _____ (1999c): "Early Modes of Life of the Indigenous Population of Northeastern Venezuela" en *Archeology in Latin America*, Politis y Alberti, eds., Londres y Nueva York, Routledge.
- _____ (2003): "El Caroní: río mágico. Proyecto Caruachi de arqueología de Rescate. Informe final". Puerto Ordaz, Venezuela, Ms. Biblioteca CVG-EDELCA.
- Sanoja, M., C. Bencomo y T. Águila (1996): "Proyecto arqueológico Guayana. Informe final", Puerto Ordaz, Venezuela, Ms. Biblioteca CVG- EDELCA.
- Schmitz, P. I. (1987): "Prehistoric Hunters and Gatherers of Brazil" en *Journal of World Prehistory*, Vol. 1.
- Schmitz, P I., A. Sales Barboza, M. Barbieri Ribeiro (1980): "Temas de Arqueología Brasileira 3: Arcaico do Litoral" en *Anuario de Divulgação Científica*, No. 7. Años 1978, 1979 y 1980. Instituto Goiano de Prehistoria e Antropología. Universidade Católica de Goias, Brasil.
- Vacher S., S. Jérémie, J. Briand (1998): "Amerindiens du Synnamary (Guyane). Archeologie en Forêt Ecuatoriales" en *Documents d' Archeologie Française*, No. 70.
- Vargas Arenas, I. (1981): *Investigaciones arqueológicas en Parmana. Los sitios de La Gruta y Ronquín, Edo. Guarico, Venezuela*, Colección Estudios, Monografías y Ensayos, No. 20, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Veloz Maggiolo, M. (1991): *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Edición del Banco Central de la República Dominicana.
- Wilbert, J. (1966): *Indios de la región Orinoco Ventuari. Antropológica*. Monografía No. 8, Caracas, Instituto Caribe de Sociología y Antropología. Fundación La Salle.
- Willey G. y P. Phillips (1962): *Method and Theory in American Archeology*. Phoenix Books, The Chicago University Press.
- Williams, D. (1985): "Ancient Guyana". Guyana, Department of Culture.
- _____ (1992): "El Arcaico en el noreste de Guayana" en *Prehistoria sudamericana*, Betty Meggers ed., Washington, Taraxacum.
- Zerries, Otto (1964): *Waika: Die kulturgeschichtliche Stellung der Waika-Indianer des oberen Orinoko im Rahmen der Völkerkunde Südamerikas*. Munich, Klaus Renner.
- Zucchi, A y K. Tarble. (1984): "Los cedeñoides: un nuevo grupo prehispánico del Orinoco Medio" en *Acta Científica Venezolana*. No. 35, Caracas.

GENTE EN LOS CAYOS. LOS BUCHILLONES Y SUS VÍNCULOS MARÍTIMOS

**JAGO COOPER
ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
PEDRO CRUZ RAMÍREZ**



INTRODUCCIÓN

Uno de los aspectos más atractivos del sitio arqueológico Los Buchillones, en el centro norte de Cuba, es el uso de zonas de costa en un despliegue espacial que conecta la tierra firme con el mar. Estudios de sitios costeros en el Caribe (Keegan 1991, Watters *et al.* 1991), con diversa ubicación cronológica y geográfica, revelan las potencialidades de la investigación arqueológica para reconocer las peculiaridades e importancia de los vínculos entre las sociedades aborígenes y diferentes zonas ecológicas localizadas entre la tierra y el mar. El sitio Los Buchillones ofrece una posibilidad única de considerar este tema en el caso cubano (Cooper 2004).

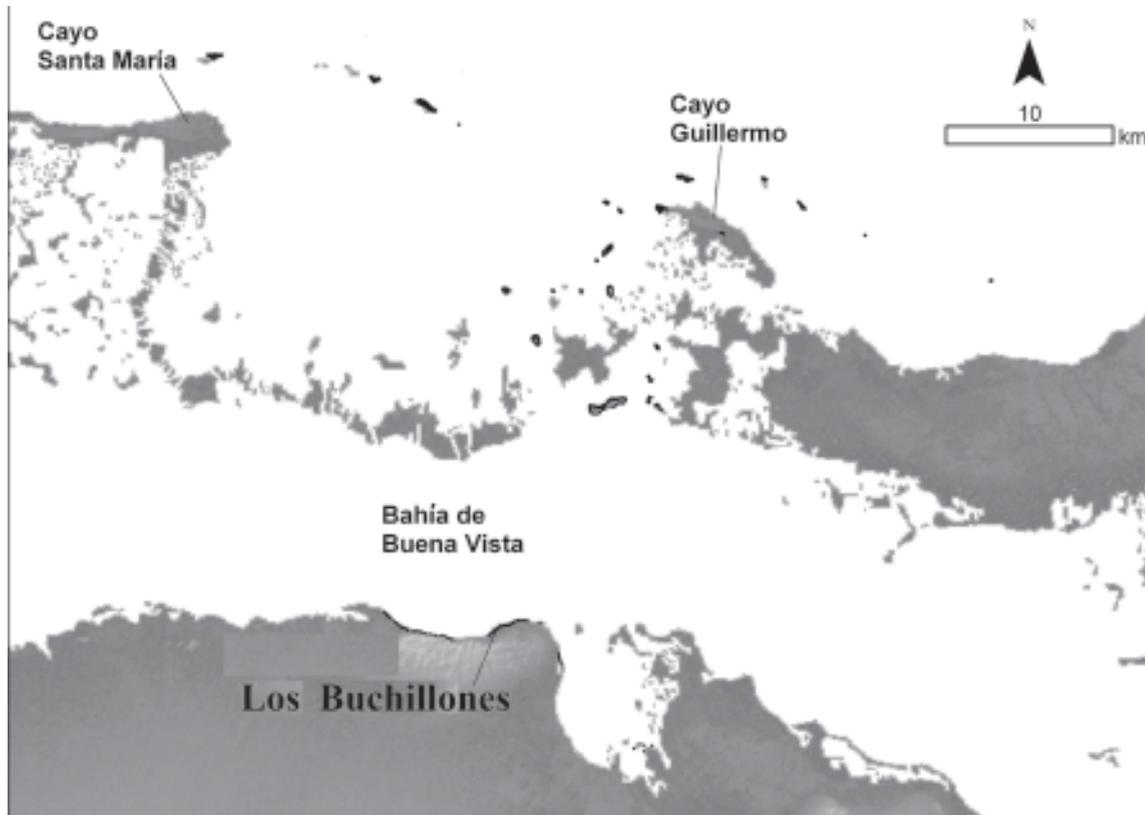
Recientes excavaciones revelan la presencia de viviendas aborígenes construidas sobre el agua, en Los Buchillones (Pendergast *et al.* 2002, Peros 2005). Esto colocaba a sus moradores en un ambiente de especial proximidad con el entorno marino. La vida en esta interfaz determinó el desarrollo de una fuerte conexión cultural con el mar de la que quedan claras evidencias en el registro arqueológico. El conjunto faunístico rescatado en Los Buchillones muestra un énfasis en la utilización de recursos marinos en actividades subsistenciales de alrededor del 80 % (Calvera *et al.* 2001, Pérez *et al.* 2003), y se dispone de evidencias sobre medios de navegación (restos de una canoa) y sobre el intenso uso de maderas provenientes del manglar. Las conchas de moluscos marinos aportaron materiales para la elaboración de numerosos artefactos y herramientas, situación reflejada en la gran colección de puntas, raspadores, martillos, gubias y platos encontrada en el sitio. Trabajos de fuerte contenido estético sobre *Oliva reticularis* y valvas diversas, así como piezas para incrustar en objetos de madera, muestran la versatilidad del uso de las conchas, aspecto de gran significación regional dado su reporte en numerosos asentamientos de la cercana zona de Cunagua.

Precisar la magnitud y peculiaridades del vínculo de los habitantes de Los Buchillones con el espacio marítimo es un paso clave para entender la existencia humana en el lugar. Para comenzar a valorar esta situación el equipo cubano-ingles¹ que actualmente investiga el sitio ejecutó, entre los años 2004 y 2005, trabajos de campo cuyos resultados iniciales aquí se discuten.

TRABAJOS DE CAMPO

Un elemento que sobresale en el espacio inmediato a Los Buchillones, es la presencia de un amplio conjunto de cayos pertenecientes al sistema Jardines del Rey (mapas 1 y 2). Los cayos se ubican al norte de la bahía de Buena Vista, en la cual se hallan parte de los contextos arqueológicos del sitio (mapa 1). Estas islas constituyen un importante reservorio de vida animal, desplegada tanto sobre su superficie como en los espacios marítimos cercanos. Aunque gran parte de los restos de dieta marina identificados en Los Buchillones podrían ser obtenidos en áreas cercanas a la línea de costa, específicamente en la bahía de Buena Vista, no puede ignorarse el atractivo que suponían los cayos y todo el espacio de fondos bajos existentes entre ellos. Esto es más evidente si se considera que tales islas distan del sitio entre 5 y 35 kilómetros en línea recta, y que algunas son visibles desde el lugar.

En la actualidad existe todo un ciclo de movimiento de especies marinas que relaciona la bahía de Buena Vista con los cayos, identificándose cerca de estos últimos, principalmente en aquellos próximos a las aguas más profundas, zonas de fuerte presencia de ejemplares adultos o de especies de gran talla, las cuales resultan menos comunes cerca de la costa (Academia de Ciencias de Cuba e Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía 1990, figu-



Mapa 1. Área de trabajo en la cayería Jardines del Rey. Los cayos en negro son los explorados.

ra 32; 1990a, figuras 22, 23). Esta situación, que también pudo darse en tiempos precolombinos, no debió ser ignorada por la población aborigen y probablemente se relacione con el intenso reporte en el sitio de restos de grandes peces, moluscos y quelonios.

Desde esta perspectiva se imponía la necesidad de un reconocimiento arqueológico de los cayos con vistas a definir la existencia de indicadores del accionar aborigen en tales espacios así como la valoración del posible vínculo de estos lugares con Los Buchillones. Para lograr tales objetivos se exploraron 26 cayos (mapa 1), dentro del grupo de cayos más cercanos al sitio, los cuales pudieron haber sido alcanzados con facilidad por los aborígenes aprovechando las corrientes marinas y la tecnología náutica disponible en ese momento. Los cayos seleccionados se

disponen, de norte a sur, en un espacio de 48 km que va desde la costa cubana hasta el canal de las Bahamas. Su límite oeste es cayo Santa María, y su límite este es cayo Guillermo, distantes entre sí 43 km. El transecto norte-sur proveyó una muestra representativa de las diferentes zonas medioambientales existentes entre la costa y las aguas profundas del canal de Las Bahamas, aunque no se evaluaron cayos de gran tamaño y variabilidad ambiental, como Santa María, y en Guillermo se prospectó sólo su extremo oeste. El transecto este-oeste ofreció una muestra amplia de las islas asociadas a los distintos medioambientes presentes en la zona (ver mapa 1).

METODOLOGÍA DE EXPLORACIÓN DE LOS CAYOS

El método de prospección de los cayos fue diseñado considerando las condiciones subtropicales de la región, y a partir de un sistema de prospección piloto usado en enero del 2004 (Cooper y Valcárcel 2004) para explorar el sitio Los Buchillones. La idea inicial, valorada en la exploración de Los Buchillones, era lograr la mayor cantidad de información arqueológica según parámetros de colecta bien controlados y siempre con un claro referente medioambiental.

En el caso de los cayos era muy importante que la prospección fuese conducida con mucho control para poder asegurar la calidad de los datos y la posterior validación de las interpretaciones cuantitativas desarrolladas a partir de la información registrada. El control de la colecta resultó muy complicado dadas las diferencias en las condiciones medioambientales de los cayos y las dificultades para el acceso y movimiento, dentro y alrededor de estos. La prospección tuvo la misma duración, intensidad y nivel de detalle, en las distintas zonas medioambientales independientemente de las ideas preconcebidas sobre los lugares donde potencialmente podían aparecer sitios arqueológicos.

El sistema de registro de prospección fue diseñado en un sistema de hojas (hojas de contexto) donde se registraban los mismos datos en cada contexto revisado. Esto permitió realizar comparaciones directas entre los diferentes conjuntos de información y combinar entradas para datos geográficos, cronológicos, espaciales, medioambientales, geológicos, fenomenológicos, topográficos y arqueológicos.

Las hojas de contexto fueron concebidas como un sistema de registro sistemático y uniforme para los espacios de prospección.

Cada espacio de prospección (cuadro) debía mantener dimensiones uniformes por lo que se decidió trabajar sobre áreas de 4 m cuadrados, cuya forma podía variar con la finalidad de adaptarse a la topografía analizada, por ejemplo, 2 m x 2 m o 1 m x 4 m. Cada cuadro prospectado fue fotografiado y examinado detalladamente por dos arqueólogos, durante dos minutos, usando picoletas para mover la vegetación y observar la superficie (Fig. 1). En ningún caso se excavo.

Este método para registrar cada cuadro prospectado se mantuvo constante pero existían tres lugares o situaciones que se deseaban reconocer, por lo que se establecieron tres tipos de cuadros: *cuadro de perímetro*, *cuadro interior* y *cuadro dinámico*. La necesidad de usar estos tres tipos de cuadros ya se había manifestado durante la prospección piloto desarrollada a comienzos del 2004 en Los Buchillones (Cooper y Valcárcel 2004) y estuvo determinada por las diferencias de cubierta vegetal y por las variaciones en la accesibilidad y posibilidades de movimiento en los cayos.

La prospección se iniciaba revisando todo el perímetro del cayo en estudio. A intervalos de 100 m, sobre el borde de costa, se ubicaba un cuadro de prospección (*cuadro de perímetro*). Los cuadros de perímetro, además de ofrecer una imagen de la forma y extensión del cayo, daban puntos de control para cuadricular las islas y realizar líneas de cuadros, con prospecciones realizadas también a intervalos de 100 m, hacia el interior de los cayos (*cuadros interiores*).

Se denominaron *cuadros dinámicos* a los usados para identificar algún material arqueológico observado mientras se caminaba entre el perímetro y los cuadros interiores, fuera del intervalo de 100 m. Los cuadros dinámicos también fueron empleados como un medio de mapear la extensión de los sitios arqueológicos; cuando algún material arqueológico era encontrado el cuadro del hallazgo podía ser rodeado por cuantos cuadros dinámicos fueran necesarios hasta identificar la extensión total del depósito arqueológico.

La metodología de prospección fue diseñada específicamente para que sus datos pudieran ser ingresados en una base de datos sobre el programa Access, y cada hoja de contexto ofrecía información que podía ser comparada con el resto de los datos o revisada de manera individual. La base de datos en Access estaba directamente vinculada al programa ArcGIS de manera que todas



Mapa 2. Ubicación del área de trabajo.

las búsquedas y análisis de información pudieran ser proyectadas visualmente usando una serie de plantillas de mapas de escala múltiple. Esta metodología de prospección fue diseñada para registrar un amplio rango de información interdisciplinaria y un manejo que facilitara el análisis y permitiera una interpretación válida de los datos desde una perspectiva visual.

RESULTADOS DE LA EXPLORACIÓN

Medio ambiente

Las peculiaridades ambientales² de los cayos trabajados, cuyas dimensiones oscilan entre 100 m y 1 500 m de largo, se ajustan a un esquema de topografía y tipos de suelos que distingue cayos de base rocosa, ubicados próximos al mar abierto, y cayos interiores, situados más cerca de la bahía de Buena Vista. Estos últimos están formados esencialmente por manglares y muestran o no un pequeño núcleo rocoso o de arena, rodeado total o parcialmente por esta formación vegetal.

Los cayos exteriores (los distintos Caimanes y Felipes, Hijo de Guillermo Este e Hijo de Guillermo Oeste y Media Luna, etc.), cercanos al canal de Las Bahamas, combinan un núcleo de rocas carbonatadas relativamente alto, ubicado casi siempre en su parte norte y este, con amplias dunas, zonas de playa y costa rocosa baja. No poseen fuentes de agua potable pero algunos tienen zonas de colección de agua de lluvia y charcas de agua salobre. Aunque pueden aparecer manglares dispersos, en sus costas pre-

domina el complejo de vegetación de costa rocosa y el complejo de vegetación de costa arenosa.

La vegetación de las grandes dunas de arena muestra numerosas poaceas y una frecuente presencia del llamado lirio de costa (*Pancratium arenicolum* (Alain Northrop)). En la zona rocosa es dominante la yana (*Conocarpus erecta* L.) la cual, en las partes más altas, se muestra muy achaparrada por la acción del viento y la falta de nutrientes. En las áreas de transición de roca a arena, la vegetación es más variada. Muchas veces cerca de las paredes rocosas aparecen yanas de cierta altura. Son comunes además diversas hierbas, entre ellas *Manisuris loricata* (Trin.) Kuntze, *Sporobolus sp.* y *Batis maritima* L. Estas

plantas también pertenecen al complejo de vegetación de costa arenosa y se les halla en los bordes de la duna y cerca de la zona intermareal, junto a *Ipomoea pes-caprae* (L.) Sweet, *Suriana maritima* L., *Chamaesyce buxifolia* (Lam.) Small, *Cakile lanceolata* (Willd.) y *Xymeria americana* L. En las zonas de contacto de la arena y la roca, y también cerca de charcas localizadas en el interior de alguno de estos cayos, pueden hallarse pequeños matorrales con uvilla (*Coccoloba diversifolia* Jacq.), *Batis maritima* L., *Casasia clusiaefolia* (Jacq.) Urb., *Coccoloba uvifera* L. y *Phyllanthus epiphyllantus* L..

Al sur de los cayos exteriores, relativamente cerca de algunos de estos, aparecen cayos con una estructura mixta que combina los elementos de los cayos rocosos con zonas de manglar ubicadas generalmente en su parte sur y este, tal es el caso de Contrabando, Langosta y en menor medida, Hijo de Guillermo Sur. Estos manglares son de amplitud variable y están formados básicamente por *Rhizophora mangle* L. (mangle rojo) y, de forma menos importante, por *Avicennia germinans* (L.) (mangle prieto).

La mayoría de los cayos próximos a la bahía de Buena Vista (Jutía Oeste, Pilón, La Cáscara, etc.) no reportan zonas de terreno firme, al menos visible desde el mar. En ellos domina el bosque de manglar con un estrato arbóreo alto y una estructura muy similar a la descrita por Capote y Berzain (1984:39), en la cual se impone el mangle rojo.

La profundidad del mar en la zona interior, tanto en la bahía de Buena Vista como entre esta y los cayos exteriores, generalmente

no supera los 7 m y en gran parte es inferior a 2 m. Son numerosos los bancos de arena y existen grandes poblaciones de moluscos, crustáceos, quelonios y peces. Casi todos los cayos reportan la presencia de jutía conga (*Capromys pilorides*) (Academia de Ciencias de Cuba e Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía 1990a: 60) y en los cayos rocosos existen iguanas (*Cyclura nubila nubila*); la avifauna es variada.

Arqueología

Una ventaja de la prospección en sitios caribeños es la fuerte diferencia entre los depósitos aborígenes y los depósitos de cultura material moderna o colonial. La presencia de hierro, latón, vidrio y loza o cerámica ayuda a identificar la influencia europea en estos últimos. Durante la prospección todo el material encontrado fue registrado, independientemente de su origen cultural o posible cronología. La evidencia de actividad aborígen provino fundamentalmente de concentraciones de conchas relacionadas con cerámica y lítica, que funcionaron como elementos corroborativos. Indicios arqueológicos de presencia aborígen fueron registrados en diez cayos y evidencia arqueológica de actividad colonial/histórica fue encontrada en dos islas (ver tabla 1).

SITIOS CON CONCENTRACIONES DE CONCHA

Montículos formados por acumulaciones de conchas, predominantemente *Strombus gigas*, *Strombus costatus*, *Citarium pica* y *Xancus Angulatus*, fueron encontrados en varios cayos, principalmente en los de base rocosa. Estos hallazgos plantearon el bien conocido problema de intentar distinguir si su origen era natural o cultural. Se asumió como indicio del carácter natural, una ubicación cercana al mar, una composición variada y en correspondencia con el medio ambiente, y la ausencia de artefactos aborígenes y conchas trabajadas. Se consideraron como montículos de carácter cultural aquellos donde existía una presencia selectiva de especies, con predominio de ejemplares adultos, y donde se hallaron artefactos aborígenes o conchas con huellas de trabajo. Montículos con estas características fueron hallados en los cayos Hijo de Guillermo Este, Hijo de Guillermo Oeste, Guillermo, Contrabando, Langosta, Flores, Felipe Este, Felipe Oeste, Caimán de la Sardina y Caimán de la Mata de Coco. Las concentraciones de conchas parecen ser evidencia de lugares donde se realizaron

NOMBRE DEL CAYO	MATERIALES ARQUEOLÓGICOS ENCONTRADOS
1- Hijo de Guillermo Este	adornos corporales en <i>Olivina reticularis</i> , artefactos diversos de concha, fragmentos de vasijas de cerámica, fragmento de burén, restos dietarios variados, artefacto de piedra (afilador), fragmentos de rocas de sílice
2- Hijo de Guillermo Oeste	fragmentos de vasijas de cerámica, conchas perforadas, parte de una vasija (caneca) colonial
3- Guillermo (área del Morro)	fragmentos de vasijas de cerámica, conchas perforadas, y un gran depósito de concha con una presencia selectiva de especies
4- Contrabando	fragmentos de vasijas de cerámica, acumulaciones de conchas perforadas
5- Langosta	conchas perforadas, fragmento de roca de sílice
6- Caimán de la Mata de Coco	conchas perforadas
7- Caimán de la Sardina	conchas perforadas
8- Felipe Este	conchas perforadas
9- Felipe Oeste (Felipe el Chico)	conchas perforadas
10- Flores	conchas perforadas
11- Cubera	fragmentos de cerámica colonial

acciones de explotación de los recursos del mar por comunidades cuya filiación cultural sólo ha podido ser precisada en el caso de Hijo de Guillermo Este. En ese cayo el reporte de cerámica muy similar a la de Los Buchillones indica que el lugar fue usado por grupos agricultores.³ En Hijo de Guillermo Oeste, Guillermo y Contrabando la cerámica es muy escasa y no se observan rasgos formales o tecnológicos que ayuden a definir su origen cultural.

Durante la prospección se obtuvieron numerosos artefactos de concha los que fueron limpiados, clasificados y catalogados, usando las tipologías empleados en la arqueología cubana (Dacal 1978, Izquierdo y Rives 1993, Rodríguez 1994, Tomé 1994). Como ya se planteó la presencia de artefactos de concha, cerámica y piedra funcionó como un indicador cultural y cronológico. Cuando estos no se hallaron se utilizó, como elemento diagnóstico, las diferencias en las huellas generadas sobre las conchas por el proceso de extracción de los moluscos (Watters *et al.* 1991). La técnica indígena fue hacer una pequeña perforación redondeada en la zona de las espiras de la concha de grandes gasterópodos como el

Strombus gigas. Los procedimientos coloniales o modernos, usando herramientas de metal, generan predominantemente rupturas alargadas. Debe hacerse notar que no se colectaron conchas con cortes lineales en asociación con el material aborigen. Pese a esto, tal método de diagnóstico fue utilizado solamente como un indicador más del origen de un depósito cultural y no se planteó ninguna interpretación si no había evidencia artefactual corroborativa o una composición del depósito de conchas que se correspondiese con los criterios de clasificación anteriormente expuestos.

ANÁLISIS DE LOS SITIOS

Cada sitio fue ubicado y ploteado usando el programa ArcGIS (SIG). Los conjuntos faunísticos fueron identificados, clasificados y contabilizados, y se les dejó en el lugar. Los restos de fauna no identificados al momento de la prospección fueron registrados y removidos junto a los artefactos encontrados en los cuadros para un análisis detallado en los laboratorios del Centro de Investigación de Ecosistemas Costeros de la Delegación del CITMA de Ciego de Ávila (CIEC). Cada artefacto fue luego clasificado y fotografiado; los especímenes faunísticos fueron divididos en subcategorías (pelecypodos, gasterópodos, peces, mamíferos y aves). Las especies de moluscos fueron identificados usando las colecciones de referencia del CIEC, con la ayuda de la bióloga marina Livia Cabreja Ávila. Los peces, aves y mamíferos fueron inicialmente identificados mediante las muestras comparativas existentes en el CIEC y luego se enviaron a Osvaldo Jiménez Vásquez, especialista en fauna del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, para la definitiva identificación y subsecuente análisis. Todos los materiales de concha y piedra fueron enviados al Departamento Centro Oriental de Arqueología del CITMA, en Holguín, para su estudio. Algunos artefactos que requieren de una investigación más sofisticada, por ejemplo análisis de residuos de alimento en cerámica y estudios petrográficos, serán estudiados en el Instituto de Arqueología, UCL.

ANÁLISIS DE SITIOS EN CUEVAS

Entre los sitios encontrados en el 2004 hubo algunos ubicados en cuevas. Concentraciones muy poco afectadas por procesos tafonómicos, de restos dietarios de concha y hueso (peces, quelonios, mamíferos terrestres como la jutías) y artefactos de cerámica, concha y piedra, fueron hallados en cuevas (No. 1 y No. 3)

del cayo Hijo de Guillermo Este. Las cuevas fueron ploteadas usando un sistema de retículas de 1 m por cada lado, y se ubicó en un plano todo el material hallado en superficie. Sólo las piezas de mayor interés, artefactos de trabajo y elementos de adorno corporal, fueron colectadas. Cada retícula fue dibujada, fotografiada y registrada como un cuadro de prospección.

Fuera de las cuevas, en una explanada que muestra el cayo en su parte suroeste, y cerca de los restos de una solapa derrumbada, aparecieron acumulaciones de conchas completas y fragmentadas, y cerámica. Todo este material fue ubicado en un plano, clasificado y contabilizado. Aún no ha logrado establecerse un vínculo entre las cuevas y los espacios exteriores aunque considerando las limitaciones espaciales del cayo es muy posible que estas zonas hubieran funcionado de manera paralela.

COMPARACIÓN INTER-SITIOS

Los Buchillones es el sitio costero más cercano a cayo Hijo de Guillermo Este. Se encuentra a 25 km en línea recta o a 35 km, si se viaja bordeando los cayos —trayecto que demora seis horas—⁴ en una embarcación actual tipo canoa. Las lomas de Punta Alegre, ubicadas 1,5 km al sur de Los Buchillones, son claramente visibles desde las entradas de las cuevas de cayo Hijo de Guillermo Este. Al reportar las cuevas contextos no alterados de gran riqueza, es posible valorar el sentido de estos y su posible relación con Los Buchillones. Estas consideraciones no se pueden hacer aun para el caso de las acumulaciones de concha en los otros cayos, dado lo limitado del reporte artefactual de estos registros y la carencia de una cronología que permita valorar la factibilidad de vínculos.

Una comparación taxonómica entre los conjuntos de moluscos de las cuevas y los hallados en las excavaciones en Los Buchillones (tabla 2), muestra una estrecha similitud en las especies reportadas. La gran concentración de estos moluscos en las cuevas y su proximidad a zonas donde son muy abundantes sugiere que el cayo pudo albergar estaciones relacionadas con la recolección de estos animales y su procesamiento inicial.

En el caso de los artefactos la similitud entre Los Buchillones y cayo Hijo de Guillermo Este se reitera. Los artefactos de concha usan las mismas especies y hay grandes semejanzas en tipología, procesos de manufactura y patrones de uso. Las distinciones aparecen en la cantidad de ejemplares reportados, en la magnitud de

la presencia de fragmentos o desechos del proceso de trabajo de la concha y en la abundancia de conchas parcialmente trabajadas. En las cuevas todos estos indicadores son mucho más importantes que en Los Buchillones, lo que sugiere acciones más intensas relacionadas con la producción de artefactos de concha, esquema propio de un taller o un paradero.

En los cayos no existen indicios de fuentes de arcillas por lo que las cerámicas halladas durante la exploración debieron ser importadas. En las cuevas de cayo Hijo de Guillermo Este se halló un fragmento de burén y numerosas partes de vasijas, algunas de tipo globular similares a las reportadas para Los Buchillones por Mesa y colaboradores (1994). Pocos fragmentos permitieron reconstruir formas pero los detalles tecnológicos de preparación de la pasta y de fabricación, apreciables macroscópicamente, resultan muy parecidos a los de las piezas de Los Buchillones.

Un análisis petrográfico realizado sobre 32 fragmentos de los sitios en cuevas y sobre piezas de Los Buchillones, a partir del análisis de láminas delgadas (Barclay 2001), que considera composición de la arcilla, temperatura de cocción y tipos de inclusiones, revela dos distintos grupos de cerámica. El primer grupo muestra arcilla de poca calidad, quemada a muy bajas temperaturas, con inclusiones de cuarzo policristalino y elementos de olivino y feldespato. El segundo grupo reporta arcillas bien trabajadas, quemadas a altas temperaturas, con inclusiones de caliza bien combinada y semiredondeada. El primer grupo se asocia a fragmentos de vasijas, reportadas tanto en Los Buchillones como en las cuevas. El segundo grupo pertenece a fragmentos de burenes también encontrados en ambas zonas.

En varios cayos fueron encontrados fragmentos de silicita. Este tipo de roca no aparece de forma natural en los cayos por lo que es posible que fueran movidos hasta allí por aborígenes, los que hicieron un uso muy intenso de esta y otras rocas. No obstante, al no hallarse artefactos diagnósticos en este material, no se consideró un indicador confiable de presencia indígena. Un gran nódulo de silicita fue encontrado junto a material colonial en cayo Cubera. Durante la prospección piloto de la costa alrededor de Los Buchillones, la silicita fue un indicador común de actividad indígena y frecuentemente se encontró en asociación con la cerámica aborigen. Mientras se realizaban las excavaciones en el sitio, se reportaron un grupo importante de artefactos elaborados sobre este y otros tipos de roca (Calvera *et al.* 2001: 52-54).

Tabla 2. Comparación taxonómica entre los conjuntos de moluscos encontrados en las cuevas de cayo Hijo de Guillermo Este y los hallados en las excavaciones de los conjuntos de postes D2-1 y D2-6, en Los Buchillones

JARDINES DEL REY CAYO HIJO DE GUILLERMO ESTE. CUEVAS No. 1 y No. 3 2004/2005		COSTA CUBANA LOS BUCHILLONES D2-1 y D2-6.1996-2004	
Moluscos	NMI	Moluscos	NMI
<i>Strombus gigas</i>	>200	<i>Strombus gigas</i>	12
<i>Xancus angulatus</i>	>25	<i>Xancus angulatus</i>	2
<i>Cittarium pica</i>	>65	<i>Cittarium pica</i>	1
<i>Strombus costatus</i>	>3	<i>Strombus costatus</i>	0
<i>Fasciolaria tulipa</i>	>25	<i>Fasciolaria tulipa</i>	1
<i>Oliva reticularis</i>	>20	<i>Oliva reticularis</i>	7
<i>Codakia orbicularis</i>	>50	<i>Codakia orbicularis</i>	20
<i>Pinctada sp.</i>	>1	<i>Pinctada sp.</i>	2
<i>Lucina pectinatus</i>	>2	<i>Lucina pectinatus</i>	1
<i>Nerita peloronta</i>	>5	<i>Menippe mercenaria</i>	1
<i>Murex brevifrons</i>	>15		
<i>Arca zebra</i>	>5		

Los únicos artefactos de piedra en volumen colectados fueron dos afiladores para el trabajo sobre maderas hallados en Cueva 1, cayo Hijo de Guillermo Este. Tal útil sólo está reportado para Cuba en Los Buchillones, pero usando como materia prima fragmentos de burenes de cerámica.

Los aspectos antes discutidos señalan una similitud cultural entre los sitios en cuevas y Los Buchillones y, sobre todo, indican probabilidades de vínculos. La posible presencia de gente de Los Buchillones en las cuevas se sostiene en las fuertes similitudes de la cerámica, en el hallazgo de artefactos para el trabajo sobre madera, que sólo son usuales en Los Buchillones, y en el coincidente reporte de especies de moluscos colectados y trabajados. El esquema de los sitios en cuevas parece corresponderse con paraderos o estaciones de trabajo. Es alta la probabilidad de que estos paraderos fueran usados por aborígenes provenientes de Los Buchillones que encontraban refugio en las cuevas durante sus

viajes y las usaban, a ellas y a otras partes del cayo, como puntos para el procesamiento de los recursos marinos obtenidos en la zona de fondos bajos entre los cayos y en las cercanas aguas del canal de Las Bahamas.

Cuando se disponga de una visión temporal, estas consideraciones podrán precisarse, sin embargo, esto no será tarea fácil pues el amplio período de ocupación que señalan las fechas radiocarbónicas de Los Buchillones (siglo XIII–XVII d.n.e.), da fácil margen para coincidencias. Atendiendo a este detalle se halla en marcha un proyecto de fechamiento que estudia 28 muestras de madera y concha procedentes de las excavaciones de Los Buchillones y de los sitios en las islas. Las muestras están siendo analizadas en la unidad de aceleración de radiocarbono de la Universidad de Oxford en el Reino Unido, y aportarán datos para un enfoque confiable.

CONCLUSIONES

La exploración de los cayos descubrió importante evidencia arqueológica sobre actividad aborígen en el archipiélago Jardines del Rey. Pese a que sólo un pequeño sector de 2 000 km² perteneciente a este gran conjunto de cayos ha sido prospectado, los resultados hasta ahora obtenidos sugieren que la zona fue objeto de una intensa presencia indígena.

El tipo de estructura de los cayos y su ubicación respecto a las zonas de concentración de recursos marítimos, influyo en el uso que le dieron los aborígenes. Los indicios de presencia indígena se concentran en los cayos de base rocosa, más cercanos a la zona del canal de Las Bahamas, y próximos a las principales áreas actuales de pesca de moluscos y peces de gran tamaño. Considerando tales datos es posible asumir que la presencia aborígen en estos cayos está determinada por un interés en el uso de esos recursos. En el caso de Hijo de Guillermo Este la existencia de cuevas aporta un valor adicional al constituir refugios naturales que pudieron permitir estancias de cierta duración durante trabajos en este y los otros cayos, o que pudieron emplearse como lugar de resguardo en caso de travesías marítimas largas o de expediciones afectadas por fenómenos naturales.



Figura 1. Trabajo de exploración. Recogida de datos en un cuadro de perímetro.

En los cayos de mangle la ausencia de suelo firme dificulta la ubicación de evidencias que permitan valorar su uso aborígen. Por sus peculiaridades topográficas estos cayos no debieron ser empleados para actividades que requirieran algún tipo de establecimiento o permanencia prolongada, sin embargo, alrededor de ellos debieron realizarse labores de pesca y caza.

Debe indicarse que en todos los casos la presencia indígena muestra un carácter poco estable, relacionado con acciones de explotación marina, o escalas ocasionales. Sólo las cuevas de Hijo de Guillermo Este ofrecen un patrón que puede atribuirse a campamentos usados con cierta reiteración. En los casos restantes no han quedado evidencias que indiquen algo más que zonas donde se procesaron moluscos ocasionalmente.

En Hijo de Guillermo Este los materiales colectados muestran fuertes similitudes con evidencias provenientes de Los Buchillones, lo que parece responder a la existencia de vínculos entre ambos lugares. Desde esta perspectiva es posible que cayo de Guillermo

Este fuera usado por aborígenes provenientes de Los Buchillones que encontraban refugio en sus cuevas y hacían de ellas puntos para el procesamiento de los recursos del mar. El movimiento hasta cayo Hijo de Guillermo Este es un indicio de las capacidades de navegación de la gente de Los Buchillones y sugiere que otros espacios, quizás más alejados, también pudieron formar parte de las esferas de interacción de esta comunidad. Los cayos eran una fuente de alimentos y quizás también un camino en el movimiento inter-islas que refieren los cronistas españoles.

La prospección ha probado con éxito una nueva metodología de exploración diseñada para el medio ambiente tropical del Caribe. La próxima culminación del procesamiento de información indicará las capacidades interpretativas del modelo diseñado. Se dispone ahora de una base de datos arqueológicos que puede ser manejada usando nuevas técnicas de análisis espacial para discutir diversos aspectos del desplazamiento indígena y la interacción entre las islas del archipiélago Jardines del Rey. Al correlacionar toda la información interdisciplinaria de la prospección de los cayos, con la evidencia arqueológica de Los Buchillones y la región caribeña, podremos tener una visión más completa de las costas y los cayos, un espacio que hasta el momento ha sido poco trabajado y que sin dudas tuvo un protagonismo en la vida de las sociedades aborígenes mucho más importante del que generalmente se acepta.

AGRADECIMIENTOS

Deseamos reconocer el apoyo prestado por el personal del CIEC y del Departamento Centro Oriental de Arqueología, y la valiosa ayuda de la dirección del CITMA y de los funcionarios del Registro de Bienes Culturales de la Provincia Ciego de Ávila. De forma muy especial agradecemos la ayuda del investigador Pedro A. González Gutiérrez, de los pescadores de Punta Alegre y de los amigos Nelson Torna y Pedro Guerra. En el Reino Unido deseamos reconocer la sabiduría y apoyo de David Pendergast y Liz Graham y la ayuda del mago de SIG, Andy Bevan.

NOTAS

¹ En las exploraciones de los cayos también participaron los estudiantes de arqueología Ana Katalina Celis, Paul Wordsworth y Rhianon William.

² Es muy escasa la bibliografía que ofrece datos sobre el medio ambiente de los cayos visitados. Fueron muy útiles los textos preparados por la Academia de Ciencias de Cuba y el Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía (1990; 1990a) aunque se refieren a los cayos de mayor tamaño. Los datos de vegetación que se presentan fueron elaborados a partir de la identificación de muestras de flora obtenidas durante la exploración, identificadas por el MSc. Pedro A. González

Gutiérrez (investigador del CITMA en Holguín) y por los especialistas del CIEC, MSc. Raúl Gómez Fernández y el Lic. Vicente O. Rodríguez. Se utilizó como literatura básica, la *Flora de Cuba* (León, 1946; León y Alain, 1951; Alain, 1953, 1957, 1964, 1974), siguiéndose, para describir las formaciones vegetales presentes en cada cayo los criterios de Capote y Berazain (1984).

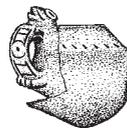
³ El termino agricultores (Guarch 1990) se usa en Cuba para designar a las comunidades taínas en general (Rouse 1992: 7).

⁴ Este viaje fue realizado por los integrantes del equipo de exploración para documentar las peculiaridades del trayecto y obtener información sobre la factibilidad de este tipo de travesía.

BIBLIOGRAFÍA

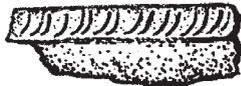
- Academia de Ciencias de Cuba (1990): *Estudio de los grupos insulares y zonas litorales del archipiélago cubano con fines turísticos. Cayos Guillermo, Coco y Paredón Grande*. Editorial Científico Técnica, La Habana.
- Academia de Ciencias de Cuba (1990a): *Estudio de los grupos insulares y zonas litorales del archipiélago cubano con fines turísticos. Cayos Francés, Cobos, Las Brujas, Ensenachos y Santa María*. Editorial Científico Técnica, La Habana.
- Alain, Hno. (1953): *Flora de Cuba*. Vol. 3, La Habana, Contr. Ocas. Mus. Hist. Nat. Col. La Salle.
- _____ (1957): *Flora de Cuba*. Vol. 4, La Habana, Contr. Ocas. Mus. Hist. Nat. Col. La Salle.
- _____ (1964): *Flora de Cuba*. Vol. 5, La Habana, Publ. Asoc. Estud. Cienc. Biol.
- _____ (1974): *Flora de Cuba*. Suplemento, La Habana, Instituto Cubano del Libro.
- Barclay, K. (2001): *Scientific Analysis of Archaeological Ceramics: A handbook of resources*. Oxford, Oxbow Books.
- Calvera, J., Jardines, J., Pendergast y otros (2001): "Informe Final: Investigaciones arqueológicas conjuntas cubano- canadiense en el área de Los Buchillones" (inédito). CITMA, Ciego de Ávila.
- Claro, R., K. Lindeman y L. Parenti (2001): *Ecology of Marine Fishes of Cuba*. Washington DC, Smithsonian Institution Press.
- Cooper, J. (2004): "Islas e isleños en el Caribe: Interacción a través del paisaje" en *El Caribe Arqueológico* No. 8.
- Cooper, J. y Valcárcel, R. (2004): "Pre-Hispanic Settlements along the North Coast of Cuba: A pilot survey report from Los Buchillones" en *Papers from the Institute of Archaeology*, No. 15.
- Dacal, R. (1978): *Artefactos de Concha en Las comunidades aborígenes cubanas*. Ciudad de La Habana, Museo Antropológico Montané.

- Guach, J. M. (1990): Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba. Holguín, Ediciones Holguín.
- Izquierdo, G. y Rives, A. (1993): "Lista tipológica de la industria de la concha en las comunidades aborígenes de Cuba y las Antillas" (inédito). Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Keegan, F. W. (1991): "Lucayan Settlement Patterns and Recent Coastal Changes in the Bahamas" en *Paleoshorelines and Prehistory: An Investigation of Method*, Londres, L. L. Johnson, ed., CRC Press.
- Mesa, I., J. Jardines y J. Calvera (1994): "Estudio preliminar de la cerámica del sitio arqueológico Los Buchillones, Provincia de Ciego de Ávila" en *Estudios Arqueológicos*, editado por Febles, J., Ortega, L., La Rosa, G. y otros, La Habana, Editorial Academia.
- Pendergast, D., E. Graham, Calvera, J. y J. Jardines (2002): "The houses in which they dwelt: the excavation and dating of Taino wooden structures at Los Buchillones, Cuba" en *Journal of Wetland Archaeology*, Vol. 2.
- Pérez, L., Jardines, J. y C. Rodríguez (2003): "Estudio arqueozoológico en Los Buchillones. Economía y medio ambiente" (inédito). Centro de Investigaciones y Servicios Ambientales y Tecnológicos, CITMA, Holguín.
- Peros, M. (2005): "Middle to Late Holocene Environment Change and Archaeology on the North Coast of Central Cuba". PhD Tesis, Universidad de Toronto.
- Peros, M. y E. Graham (2004): "Stratigraphic Evidence at Los Buchillones, a Coastal Taino Site in North Central Cuba: Evidence from Geochemistry, Mineralogy, Paleontology, and Sedimentology", inédito, Toronto.
- Rodríguez, M. (1994): "Reporte de nuevas evidencias artefactuales en el ajuar de concha de las comunidades aborígenes de la etapa de economía de apropiación" en *Estudios arqueológicos*, editado por Febles, J., Ortega, L., La Rosa, G. y otros, La Habana, Editorial Academia.
- Rouse, I. (1992): *The Taino. Rise and decline of the people who greeted Columbus*. New Haven, Yale University Press.
- Tomé Pérez, J. (1994): "Análisis de perforaciones cónicas en algunas muestras de concha" en *Estudios arqueológicos*, editado por Febles, J., Ortega, L., La Rosa, G. y otros, La Habana, Editorial Academia.
- Watters, D., J. Donahue y R. Stuckenrath (1991). "Paleoshorelines and the Prehistory of Barbuda, West Indies" en *Paleoshorelines and Prehistory: An Investigation of Method*, editado por Johnson, L. Londres, CRC Press.



POSTES EN EL MAR. EXCAVACIÓN DE UNA ESTRUCTURA CONSTRUCTIVA ABORIGEN EN LOS BUCHILLONES

**ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
JAGO COOPER
JORGE CALVERA ROSÉS
ODALYS BRITO MARTÍNEZ
MARCOS LABRADA**



Cambios en las metodologías de investigación y en los enfoques teóricos han modificado significativamente el estudio arqueológico de estructuras constructivas aborígenes en las Antillas. El desarrollo de grandes excavaciones horizontales, la obtención de un número mayor de referencias cronológicas y el mejoramiento de los sistemas de registro de información y de visualización de los cambios estratigráficos, han permitido establecer con precisión detalles de la forma, dimensiones, funciones y períodos de uso de las estructuras. De un elemento útil en torno al manejo aborigen del espacio, las estructuras se han convertido en indicadores del cambio cultural y en medios para evaluar la complejidad social (Curet 1992:169-171, Ramcharan 2004:91), la organización y funcionamiento de la vida comunitaria (Heckenberger y Petersen 1995), aspectos del simbolismo constructivo (Schinkel 1992:195, 197), y detalles de la demografía de los asentamientos (Curet 1998:360).

También se han producido hallazgos que amplían los indicadores arqueológicos disponibles para el estudio de tales construcciones. A las evidencias arqueológicas tradicionales, huellas de los postes para sostener las estructuras (Curet 1992:163, Drewett 2003, Ramcharan 2004:57-63, 72), fosas cavadas para colocar tales postes (Schinkel 1992:146-148), nivelaciones y cambios de suelo relacionados con los pisos y peculiaridades en la ubicación de residuos domésticos (Jardines y Calvera 1999:44-45), se ha agregado la posibilidad de estudiar registros donde aparecen elementos de madera y fibra vegetal en cantidades notables y con un asombroso nivel de conservación. Estos contextos, ubicados en el sitio Los Buchillones, en el litoral centro norte de Cuba, rompen el limitante que supone el deterioro de los materiales orgánicos en ambientes tropicales y ofrecen posibilidades de investigación cuyo alineamiento con los recursos interpretativos actuales pudieran revolucionar nuestra visión del universo arquitectónico aborigen y de numerosos aspectos de la sociedad que lo asumía.



Figura 1. Mapa general del sitio Los Buchillones. Ubicación del conjunto de postes D2 - 6.

Hasta el año 2001 el análisis de la ubicación de postes enterrados en el fondo marino asociados a elementos constructivos diversos y a desechos de alimentación y partes de artefactos, había permitido definir la existencia de cuatro estructuras constructivas en Los Buchillones (Pendergast 1998, Jardines y Calvera 1999:48, 51, Calvera *et al.* 2001:44, Pendergast *et al.* 2003:26). Estas aparecieron en una zona denominada La Laguna, por su vínculo con un accidente geográfico de este tipo (Fig. 1), y en dos de ellas se han podido hacer consideraciones sobre su forma y dimensiones:

- ◆ Excavación de 1998. Estructura de planta circular en el borde de la línea de arena y mangle que separa a la laguna del mar. Se extiende sobre parte del borde de la línea de arena y en fondos de la bahía de Buena Vista. Jardines y Calvera (1999:51) le atribuyen un diámetro de 10 m, sin embargo, Pendergast (1998) estima que es de 18 m.

- ◆ Excavación de 1999. Estructura de planta no circular, posiblemente rectangular o cuadrada, con dimensiones menores a la de la excavada en 1998. Ubicada dentro de la laguna. Techo probablemente a dos aguas. Sistema de construcción palafítico inferido por las peculiaridades de caída y conservación de sus partes (Pendergast *et al.* 2003: 26-27).

Dadas las dificultades para excavar en el sitio y para conservar un conjunto de muestras de madera de tal amplitud, la evaluación de las características de estas estructuras se ha basado en la limitada cantidad de restos removidos y en los que quedaron expues-

tos pero no fueron extraídos. En 1998 se pudo establecer una visión bastante completa de la disposición de las piezas principales de una casa (extremos de los postes, varas para el techo, elementos de paredes, restos de techo) pero no se trabajaron totalmente las capas de sedimentos relacionadas con la parte donde debiera estar el piso (Jardines y Calvera 1999) y zonas cubiertas por el techo (Pendergast 1998). En el caso de la construcción hallada en 1999, los elementos superiores de la edificación impidieron llegar a áreas similares y la imagen disponible es más pobre.

Es indudable la existencia de restos de otras estructuras. Durante las excavaciones de 1997 se ubicaron piezas de madera que pudieran ser parte de una estructura que no fue la identificada en ese momento. Por otro lado, frente a la barra de arena y mangle situada entre la laguna y el mar (Fig. 1), se hallan numerosos postes enterrados en el fondo marino, probablemente pertenecientes a construcciones (Pendergast 1998, Jardines y Calvera 1999:47). Los postes aparecen formando conjuntos de densidad y forma variables. Algunos están casi sobre la barra de arena pero otros se alejan mar adentro hasta 50 m. La excavación de 1998 trabajó uno de los 17 conjuntos conocidos, el denominado D2 - 1 (Jardines y Calvera 1999:47-48). Posiblemente en otras áreas del borde de costa y quizás dentro de la laguna, existan grupos de postes aún no ubicados debido a la turbiedad del agua o al hecho de que sobresalen muy poco del fondo.

En el año 2004 uno de los conjuntos de postes más alejados de la laguna, el D2-6, fue excavado. Se ubicó una estructura constructiva y como las partes superiores de esta no se hallaban fue posible revisar, por primera vez en el sitio, todos los postes y evaluar peculiaridades tecnológicas nunca antes consideradas. Se trata de datos nuevos en muchos sentidos y de gran valor para el análisis del tema en las Antillas.

LA EXCAVACIÓN

La agrupación D2-6 es el más oriental de los grupos de postes ubicados hasta el momento (Fig. 1). Esta situado en la bahía de Buena Vista, 12,30 m al norte de la línea de arena que separa a la bahía de la laguna y 43,80 m al noreste del canal de entrada a esta.

Casi todos los postes del conjunto emergen verticalmente del fondo marino y siempre quedan bajo el nivel del agua cuya profundidad en esa zona es de aproximadamente 0,70 m. Muchos



Figura 3. Foto de la excavación del conjunto de postes D2-6, Los Buchillones.

postes sólo se perciben al presionar sobre ellos, pues están cubiertos por el material blando del fondo y su extremo superior se halla algunos centímetros bajo este.

La excavación fue ejecutada por el equipo de trabajo del proyecto internacional cubano-inglés encargado de las investigaciones en el Área Arqueológica de Los Buchillones. La dirección general del trabajo, donde colaboran especialistas del Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio ambiente de Cuba y del Instituto de Arqueología, del University College of London, estuvo a cargo del Dr. Jorge Calvera Rosés, por la parte cubana y del Dr. David Pendergast, por la parte inglesa. La dirección técnica de la excavación fue llevada por el MSc. Roberto Valcárcel Rojas y por el MA. Jago Cooper.

Inicialmente se pretendía evaluar las características de la deposición de material cultural vinculada con los postes y considerar como influía sobre ella su alejamiento de la barra de arena. Al avanzar el trabajo se generó una visión de los postes que determinó la formulación de un segundo objetivo: documentar las características de un grupo amplio de postes para analizar posibles vínculos estructurales y aspectos constructivos relacionados con el manejo de los postes.

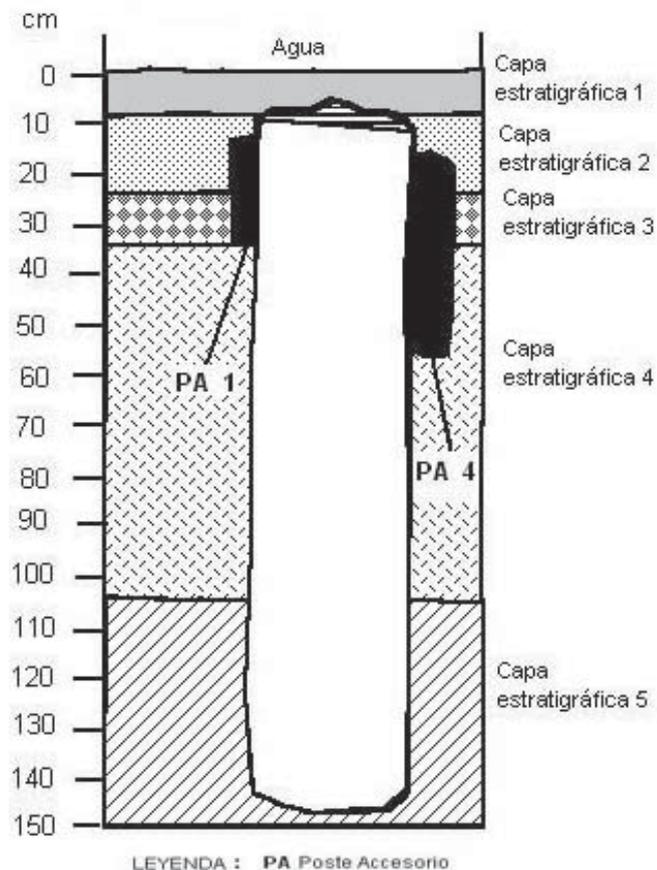


Figura 4. Dibujo del poste No. 2 del conjunto D2-6, Los Buchillones. Perfil de las capas estratigráficas.

Para desecar la zona de excavación se utilizó un sistema de diques (Fig. 2) ya empleado con éxito en otros trabajos del proyecto (Jardines y Calvera 1999:48, Pendergast *et al.* 2003:26). Se seleccionó el extremo este del conjunto por ser el que mayor número de postes reportaba en un espacio menor. Dentro del dique quedaron 17 postes, 2 de ellos (No. 27 y No. 28) dispuestos horizontalmente sobre el fondo. Durante la excavación pudieron ubicarse nuevos postes para un total de 28 (Fig. 6). Después de su documentación la mayoría de los postes volvieron a ser enterrados en



Figura 2. Foto del dique construido para desecar la zona a excavar en el conjunto de postes D2 -6, Los Buchillones.

su lugar de ubicación original para garantizar su conservación. Sólo se extrajeron 5 postes destinados a ser expuestos en museos.

La primera parte de la excavación (Fig. 3) liberó material arqueológico asociado a dos capas estratigráficas bien diferenciadas (Figs. 4 y 5):

Capa estratigráfica 1: Suelo muy blando, móvil, es una especie de fango de color grisáceo oscuro. Constituye el nivel inicial del fondo marino y tiene como promedio unos 8 cm de grosor. Depositadas en la superficie de esta capa aparecieron evidencias arqueológicas. Se corresponde con el suelo que Peros citado por Calvera y asociados (Calvera *et al.* 2001:76) denomina Unidad estratigráfica VI.

Capa estratigráfica 2: Suelo de base arcillosa y color gris oliváceo, mezclado frecuentemente con arena y en ocasiones, con pequeñas conchas. Aparece entre 8 y 15 cm de profundidad y tiene un grosor que oscila entre 15 y 34 cm. Forma una especie de base sobre la cual se asienta el elemento blando inicial (capa 1). Se corresponde con la capa que Peros citado por Calvera y asociados (Calvera *et al.* 2001:76) llama Unidad estratigráfica V.

En la capa 1 se obtienen evidencias arqueológicas en todo el espacio excavado aunque son más frecuentes en su mitad sur y en la parte más profunda de la capa, casi a inicios de la capa 2. Se colectan fragmentos de vasijas de cerámica aborigen y de burenes, conchas diversas, huesos de animales y numerosos pedazos de madera. En el cuadro 4 apareció un fragmento de hacha petaloide

Tabla 1. Datos de los postes del conjunto D2 - 6. (El término aplanada indica bases algo planas, con un redondeado muy suave)					
No. del poste principal	Cantidad de postes accesorios	Largo máximo (cm)	Diámetro máximo (cm)	Forma de la base	Forma en la que aparecen enterrados
1	2	80	33	plana	Inclinado al norte, 400
2	5	142	30	aplanada	Vertical
3	2	128	23	plana	Inclinado al sur, 370
4		92	33	plana	Inclinado al norte, 380
5		32	14	aplanada	Vertical
6		44	7	acuminada	Vertical
7		86	23	biselada	Inclinado al norte, 280
8		80	23	acuminada	Casi vertical; ligera inclinación al norte
9		110	30	aplanada	Inclinado al oeste, 320
10	3	80	27	plana	Inclinado al oeste, 250
11		38	13	acuminada	Vertical
12	6	147	28	aplanada	Vertical
13	1	86	12	aplanada	Vertical
14		79	23	acuminada	Inclinado al sur, 150
15		66	24	acuminada	Inclinado norte, 180
16	4	136	33	plana	Inclinado sur, 300
17		66	5	biselada	Vertical
18		67	7	acuminada	Vertical
19		86	18	acuminada	Inclinado al oeste, 290
20		76	23	biselada	Inclinado al sur, 420
21	2	156	27	redondeada	Inclinado al este, 300
22	1	132	23	plana	Vertical
23		51	25	aplanada	Inclinado al noreste, 160
24		168	23	aplanada	Casi vertical; ligera inclinación al este
25	3	123	23	plana	Casi vertical; ligera inclinación al este
26		95	27	redondeada	Casi vertical; ligera inclinación al sur

y un pendiente en caracol de *Oliva reticularis*. Las evidencias no son muy numerosas y en su mayor parte carecen de una asociación significativa, aunque en algunos casos se hallan concentradas cerca de áreas donde los postes están más próximos y tienden a retenerlas. En la cerámica son comunes huellas de erosión.

La madera, incluyendo los postes o las partes de estos relacionadas con la capa, ofrece una textura algo blanda, con agrietamientos y zonas porosas; su color casi siempre es oscuro.

En la capa 2 aparecen concentraciones de material arqueológico sólo en el borde de la mitad sur. En el resto del espacio trabajado su reporte es muy pobre o nulo, especialmente hacia el extremo norte. Los materiales afloran en cuanto se desplaza la capa 1 y pueden formar dentro de la capa 2, deposiciones de 8 a 10 cm de grosor. Es frecuente el hallazgo de fragmentos de madera aislados, generalmente varas de perfil cilíndrico sin corteza, con ocasionales huellas de corte. En la parte sureste del cuadro 7 se encontró una concentración de este tipo de evidencias, se obtuvieron además astillas alargadas, posibles lascas generadas por el trabajo sobre madera y dos pequeñas cabezas talladas en madera. En el cuadro 11 se ubicó un contexto similar aunque la madera se relacionaba con fragmentos de huesos de quelonios, pinzas de cangrejos, conchas y partes de vasijas de cerámica. En el cuadro 10 además de la concentración de varas se encontraron restos óseos animales y distintos tipos de conchas, vinculados con carbón y astillas quemadas.

El material ubicado en la capa 2 se encuentra mucho más conservado que el de la capa 1; se ubicó incluso una lentícula de hojas, aún verdes, de una especie vegetal no identificada. La madera posee un excelente nivel de conservación, sus colores son más claros y en los postes es muy evidente un cambio de su estado relacionado con los cambios de capa. Generalmente el inicio de la capa 2 marca el final de la zona erosionada del extremo superior del poste; este aparece con su grosor real y con una textura más compacta y lisa. También se distinguen en muchos postes, a partir de esta capa, pequeños postes o varas (denominados en este texto postes accesorios) que los rodean.

Todos los postes erectos se relacionan con las capas estratigráfica 1 y 2; 16 de ellos atraviesan ambas capas y su extremo queda fuera de la capa 1, en contacto con el agua. Emergen del fondo (capa 1) entre 32 y 2 cm. En profundidad los postes,

Tabla 2. Medidas de los postes del centro y la periferia. Conjunto de postes D2 - 6

POSTES DEL CENTRO HEXÁGONO (NO.)	LONGITUD (CM)	DIÁMETRO (CM)	POSTES DE LA PERIFERIA OCTÁGONO (NO.)	LONGITUD (CM)	DIÁMETRO (CM)
7	86	23	4	92	33
15	65	24	1	80	33
8	80	23	24	168	23
14	79	23	21	156	27
20	76	23	16	135	33
19	86	18	3	128	23
			9	110	30
			10	80	27

según su longitud, descienden para entrar en contacto con algunas de las otras 3 capas estratigráficas definidas (capas 3, 4 y 5), todas estériles. La mayoría llega a distintas profundidades dentro de la capa 3, algunos alcanzan la capa 4 y pocos —sólo 7, todos muy largos y gruesos— llegan a la 5. Esta última es también de tipo arcilloso pero su color es pardo rojizo y resulta mucho más seca y dura que las otras. Se reporta entre 0,91 m y 1,32 m de profundidad; los postes entran en ella entre 10 y 40 cm y alcanzan gran estabilidad.

El material arqueológico obtenido en las capas 1 y 2 es similar al colectado en las excavaciones anteriores tanto en lo referido a su origen indígena —comunidades de filiación agricultora (Guarch 1990)— como a sus caracteres generales. La cerámica asume rasgos del estilo meillac y las asas de madera siguen diseños ya ubicados en vasijas de este material halladas en el sitio. Prácticamente no se encontraron artefactos de concha o piedra tallada. En los restos dietarios predominan los huesos de quelonios y conchas de pelecypodos marinos (Pérez 2005).

A diferencia de excavaciones donde se ubicaron estructuras, este conjunto de postes no mostró piezas de madera que se pudieran relacionar de forma concreta con las paredes. Tampoco se hallaron fibras vinculadas a la cubierta aunque por su forma alargada las dos piezas dispuestas horizontalmente en la capa 1 (postes Nos. 27 y 28) se asemejan a elementos de madera encontra-

dos en la excavación del conjunto de postes D2-1, consideradas alfardas del techo de una vivienda aborigen (Jardines y Calvera 1999:50).

El mínimo reporte de evidencias en la parte norte parece estar determinado por el incremento de la dinámica marina hacia esa zona, ligeramente más profunda. Los movimientos del agua, seguramente mayores en situaciones climáticas complejas, justifican la escasez de evidencias en la capa 1, blanda y móvil, pero no lo explican totalmente para la 2. Esta es mucho más densa, casi funciona como un soporte para la 1, y retiene el material dando gran estabilidad a las concentraciones de restos allí depositados.

Aunque las evidencias aparecen dispersas, algunas de las pocas concentraciones localizadas en la capa 2, varas de madera superpuestas y restos de alimentos asociados a carbón y madera quemada, muestran una coherencia que sugiere un posible significado cultural: partes de probables elementos constructivos y materiales provenientes de la elaboración y consumo de alimentos.

LOS POSTES

La mayoría de los postes se ubican hacia la parte central del área trabajada (Figs. 6 y 10). En general tuvieron forma de cilindros relativamente regulares aunque con un ligero incremento de su diámetro en la parte inferior. Esta estructura parece responder a la forma natural de los troncos de los árboles usados para elaborarlos pues en muy pocos casos se notaron huellas de trabajo en zonas laterales relacionadas con la regularización de la pieza o con la remoción de ramas.

Los postes mostraron dimensiones variadas. Las medidas extremas fueron de 32 a 168 cm de largo y de 5 a 33 cm de diámetro, con un largo promedio de aproximadamente 94 cm y un grosor promedio de 22 cm (Tabla 1).

Especialmente los postes de tamaño mediano (51-100 cm), ocupan la parte central del área trabajada (zona cercada por el dique) y los más largos (101-168 cm), en muchos casos con un diámetro muy elevado, están hacia los lados. Predominaron las piezas gruesas (19-33 cm de diámetro) y los postes medianos con cierta tendencia a ser largos.

A diferencia de los lados, las bases de los postes reportaron huellas claras de talla, al parecer relacionadas tanto con la preparación de esa zona como con la tala del árbol. Muchas bases mostraron zonas de corte en forma de bisel, terminadas en una peque-

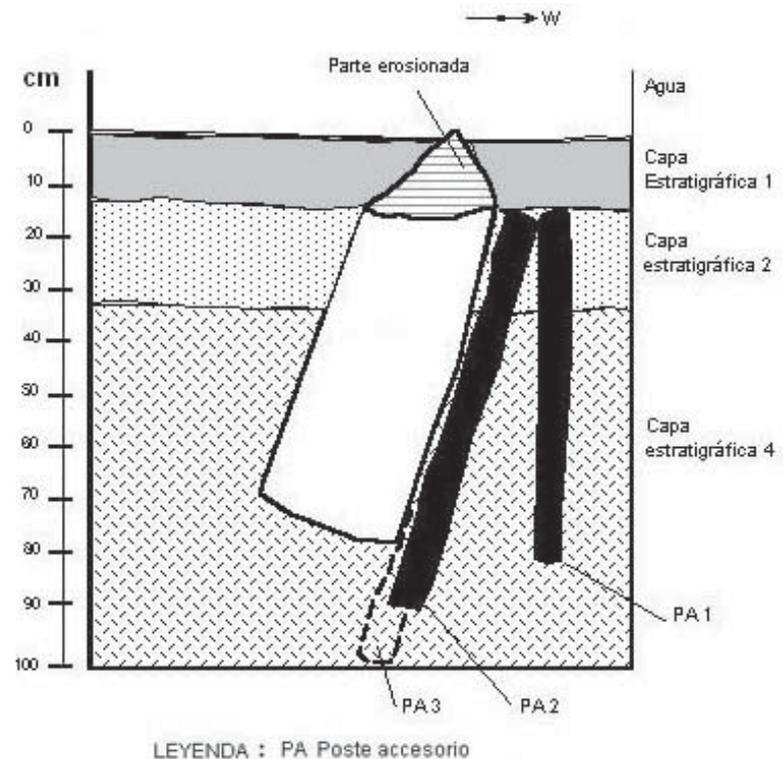


Figura 5. Dibujo del poste No. 10 del conjunto D2-6, Los Buchillones. Perfil de las capas estratigráficas.

ña área lateral de fractura (Fig. 9), en otras (bases acuminadas) se cortaba lateralmente desde dos o más planos para crear un punto delgado al centro, en el cual se producía la fractura. Estos cortes son numerosos, continuos y forman una concavidad. Tienen de 2,5 a 5 cm de largo y de 1,5 a 3,5 cm de ancho, y se diferencian de manera clara de los realizados con instrumentos metálicos. Es muy posible que hallan sido realizados con hachas petaloides, artefactos que aparecen frecuentemente en el sitio. La presencia de la fractura indica que el objetivo principal de esta labor es segmentar el tronco, por lo tanto estos cortes pudieran asociarse a la tala del árbol o a su división en fragmentos.

Otro tipo de corte, con huellas más pequeñas, sirve para aplanar la base (Fig. 8) o darle una forma redondeada, poco pronunciada (base aplanada). En estas bases no quedan huellas de

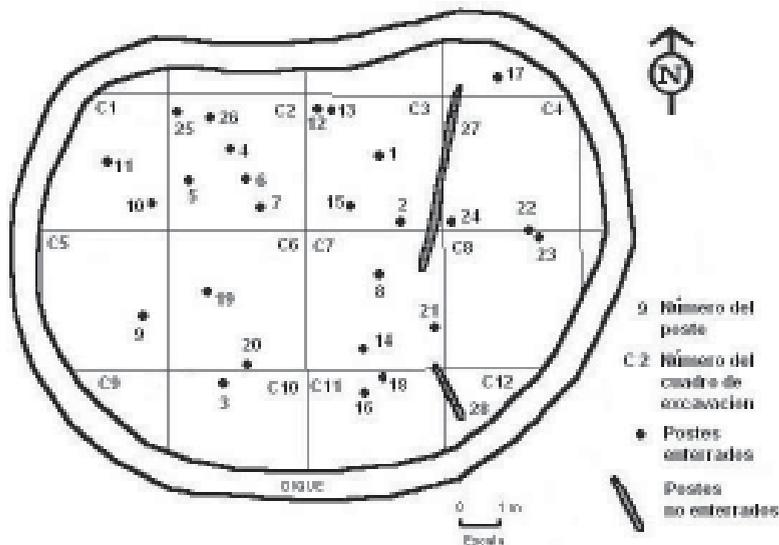


Figura 6. Plano de la excavación del conjunto de postes D2-6, Los Buchillones. Ubicación de los postes encontrados

fractura por lo que los cortes parecen ser posteriores a la tala o segmentación del árbol y constituir parte del trabajo de preparación de la base.

Los postes más largos y gruesos tienen la base plana (Figs. 4 y 7) y en algunos casos redondeada (base aplanada). En los medianos la preparación de la base también es usual aunque muchos muestran seccionamientos angulosos con fractura, técnica predominante en las piezas pequeñas y en las de poco grosor.

Aunque muchos postes se hallaron enterrados en posición vertical (9 postes) la mayoría se inclinaba de forma ligera o notable hacia el punto cardinal más próximo (Fig. 10). La inclinación de los postes está muy relacionada con las huellas de erosión reportadas por muchos de ellos en su parte superior (Fig. 5). Gran parte de los postes en posición vertical casi no sobresalen del fondo por eso su extremo superior presenta un nivel bajo de erosión y tiene una forma aplanada (Fig. 4). Los postes sobresalientes están generalmente inclinados y la parte que entra en contacto con la Capa 1 y emerge de esta, se muestra muy erosionada hasta el punto de verse reducido de manera drástica el diámetro del poste creándose una punta (Fig. 5). En la zona de contacto con el final de la capa 1 y comienzo de la 2 se forma, en dependencia de la inclina-

ción, una línea de inicio del área erosionada, paralela al nivel de la capa 2 y sin relación alguna con la sección transversal del poste (Fig. 5).

Debido a la inclinación de los postes el espacio libre que queda al centro del área de trabajo funciona como un punto de divergencia del cual se alejan los postes en un movimiento regular que sugiere cierto vínculo entre ellos. Desde esta perspectiva pueden visualizarse dos círculos de postes, uno dentro del otro, y postes verticales, aparentemente independientes de los círculos (Fig. 10).

La existencia de estos círculos, coincidente con las peculiaridades de distribución espacial generadas por las diferencias de longitud entre los postes, y también de grosor (tabla 2), encuentra apoyo en las distancia entre postes. Hay cierta equidistancia entre las piezas de la parte central, alrededor del espacio libre, y a su vez entre las piezas de la periferia. Si unimos los postes con líneas imaginarias, los del centro forman un hexágono y fuera de este obtenemos una estructura octagonal (Fig. 10). En el primer caso la configuración es mucho más regular, sin embargo, en el segundo las diferencias se compensan por una solución de simetría: la figura aparece alargada y las dimensiones de un lado tienden a ser parecidas a las de su opuesto. El elemento hexagonal queda recogido dentro del octágono, aunque desplazado hacia la parte sur y por tanto fuera del centro en lo que a esta dirección respecta. Estas peculiaridades sugieren una acción de selección de los postes y de planeamiento de su ubicación desde una perspectiva de conjunto, como parte de un diseño constructivo relacionado con la existencia de una estructura.

Algunos postes quedan fuera de los grupos de postes centrales y periféricos. Los ubicados entre ambos grupos son casi todos postes pequeños, verticales. Los que aparecen al norte del grupo de postes de la periferia son en su mayoría de igual dimensión que los postes centrales y periféricos; muestran poca o ninguna inclinación (Fig. 10).

Postes accesorios

Se obtuvieron 29 piezas de este tipo (tabla 1). Casi siempre tienen forma cilíndrica y parecen constituir segmentos de troncos finos o de ramas. Pueden reportarse al final de la capa 1, aunque lo usual es hallarlos a inicios de la capa 2 o a profundidades intermedias dentro de esta (Figs. 4 y 5). En muchos casos se muestran erosionados en su extremo superior.



Figura 7. Poste extraído del conjunto D2 -6, Los Buchillones. Poste No. 22.

Alcanzan profundidades variadas en dependencia de su longitud, la cual tiende a ser proporcional al tamaño del poste con que el que se asocian. Se reportan piezas con medidas mínimas de 21 cm y máximas de 99 cm. Se les encuentra en algo menos de la mitad de los postes y se relacionan generalmente con las piezas más largas, situación que determina su reporte sólo en el círculo exterior de postes. Su número oscila, para cada poste, entre 1 y 6, ubicándoseles en uno o dos lados del poste principal nunca rodeándolo totalmente. Muchas veces se alterna un poste accesorio largo y uno corto. En el poste 12 su uso se combinó con el de una piedra y dos cuñas de madera.

Los postes accesorios se reportan pegados al poste principal o alejados unos centímetros de él (Figs. 4 y 5). En varios casos se inclinan paralelos a este, incluso hallándose en un lugar no opuesto a la dirección de la inclinación. Tal situación sugiere una acción de arrastre que permite considerar la posibilidad de una unión de ambos en un nivel anterior a la capa 1.

No se observó preparación de bases en los postes accesorios. Los cortes, pequeños como en los postes principales, están dirigidos a seccionar los troncos. La ausencia de puntas en el extremo inferior y su cercanía a los postes mayores, sugiere una ubicación relacionada con la propia colocación del poste principal, quizás buscando estabilizar estas piezas con un grado determinado de verticalidad. Desde esta perspectiva funcionaban como elementos de apoyo colocados al mismo tiempo que el poste principal.

LAS MADERAS

Tanto en postes accesorios como en postes principales la madera se mostró muy conservada a partir de la capa 2. Aunque muchos

postes principales presentaban agrietamientos longitudinales, la madera tenía una apariencia fresca, reportándose corteza en más de la mitad de esas piezas y en numerosos postes accesorios. Esto parece indicar que los postes no son reutilizados sino que fueron cortados para ser usados en esta construcción.

El estado de conservación de los postes era de tal calidad que durante su extracción, en el caso de postes de gran tamaño, fue posible definir la presencia de caoba (*Swietenia mahagoni*) y guayacán (*Guaiacum sp.*). Tal consideración fue confirmada con posterioridad, mediante un análisis controlado, para el caso de la caoba. La identificación del guayacán aún no ha sido corroborada.

Hasta el momento sólo se ha identificado de modo controlado la madera de ocho piezas (Carreras 2004). En el caso de los postes accesorios se ha establecido el uso del yaití (*Gymnanthes lucida*), el manglesillo (*Bonetia cubensis*) y el guaniquiqui (*Chamissoa altissima*). En los postes principales únicamente se ha definido el empleo de la caoba (*Swietenia mahagoni*).

Tanto la caoba como el guayacán ofrecen troncos rectos con ramas que aparecen en niveles altos (Instituto Nacional de Desarrollo y Aprovechamiento Forestal 1970), lo que facilita su uso como postes. En el caso del guayacán el área útil para un poste no es tan larga como la de la caoba pues el árbol no alcanza mucha altura. Por su grosor las caobas usadas eran árboles aún jóvenes.

Resulta muy interesante el uso de estas dos especies en postes grandes pues la vivienda campesina cubana, un referente útil para entender el empleo de las maderas dado su vínculo con la tradición aborigen (Pérez de la Riva 1952: 328), casi nunca las utiliza de esa manera. Según Antonio Toppe, especialista en estudios de construcciones de madera en Cuba, las casas campesinas cubanas en tierra firme, pocas veces usan horcones de guayacán y la caoba aparece ocasionalmente, pero en marcos de puertas y ventanas o en tablas de estructuras divisorias (A. Toppe, comunicación personal 2004).

El guayacán por su resistencia al agua y dureza esta muy relacionado con la fabricación de muelles y partes de embarcaciones (Instituto Nacional de Desarrollo y Aprovechamiento Forestal 1970).

MANEJO TECNOLÓGICO Y UBICACIÓN DE LOS POSTES

Los postes muestran una notable verticalidad y una estructura cilíndrica bastante regular. Estas características están determinadas

por el tipo de árbol usado (especie y edad) y señalan procesos de selección muy definidos.

Las peculiaridades de las huellas de corte en la base de los postes indican el carácter aborigen de los procesos de preparación de estos. Se trata de cortes pequeños, muy parecidos a los encontrados en numerosas piezas de madera del sitio. Se realizaron con un instrumento que no penetraba de forma muy profunda en la madera. No hubo evidencias de que fueran precedidos por el uso del fuego aunque no lo excluimos para el caso de las piezas de mayor diámetro.

La preparación de bases planas, aplanadas y redondeadas en los postes más largos, señala manejos tecnológicos regularizados que debieron complementar a aquellos relacionados con la tala y eliminación de las ramas. Constituían una acción adicional a la tala y al seccionamiento del árbol, indicio de su importancia dentro de una estrategia al parecer dirigida a lograr el afianzamiento y la estabilización de los postes mayores.

La excavación no ofreció datos claros de las técnicas aborígenes de colocación de los postes. No se observaron materiales intrusivos o de relleno alrededor o debajo de estos, tampoco cambios de suelo que indicaran la apertura de fosas.

ESTRUCTURA CONSTRUCTIVA

Los postes ubicados en los círculos anteriormente señalados (Fig. 10) parecen tener esta posición debido a su pertenencia a una estructura constructiva. El análisis de las características de tales postes y su ubicación, permite hacer consideraciones sobre la selección de estas piezas, su función y la forma de la estructura:

- Los postes de los círculos central y periférico muestran similitudes de grosor que indican la búsqueda de piezas muy fuertes y por tanto capaces de resistir pesos y tensiones de consideración.
- Los postes periféricos son más numerosos, muestran bases con trabajo de aplanamiento, poseen mayor grosor y pudieron encontrar refuerzo, respecto a su estabilización, en los postes accesorios. Se entierran a gran profundidad, de hecho algunos de ellos alcanzan la capa 5, situación que parece responder a la intención de lograr un incremento de la estabilidad aprovechando la solidez de este estrato. Los postes del área central se ubican a menor profundidad que los periféricos, lo cual sugiere el sostenimiento de cargas menores. Tales diferencias indican funciones distintas dentro de la estructura. Desde esta perspectiva, hipotéticamente,



Figura 8. Huellas de corte para aplanar la base de un poste del conjunto D2-6, Los Buchillones

tendríamos una construcción cuyos postes periféricos aparecen destinados a sostener las cargas principales y organizar la estructura en un sentido horizontal. Los postes del área central complementarían a los periféricos en el aspecto horizontal pero se usarían para organizar elementos verticales. Habría en la periferia columnas u horcones, con la presencia o no de paredes; al centro, postes para levantar el techo y darle una inclinación destinada a garantizar la caída del agua.

- La coherencia en la orientación de la inclinación de los postes de ambos círculos es otro aspecto que descubre nexos estructurales y además sugiere un movimiento sincrónico de los postes centrales y periféricos, vinculado con la caída de la estructura. Debió haber algún sistema de unión central y lateral cuya pérdida generó un movimiento divergente, relativamente simultáneo. En las construcciones aborígenes descritas en los documentos históricos esta función era desempeñada por un solo poste central (Fernández de Oviedo 1992:143). En D2-6 el poste central no se usó y el vínculo debió obtenerse por la relación que establecía el techo y sus piezas de madera, entre los postes ubicados hacia el centro y los postes de la periferia (horcones del techo y de los bordes o pare-

des), así como por el uso de piezas horizontales que conectaban ambos grupos de postes.

Posiblemente desde el inicio los postes fueron colocados con cierta inclinación hacia el exterior, lo que influyó en la dirección del movimiento a la hora de la caída. Esta técnica ha sido documentada etnográficamente entre comunidades indígenas Bibri y Cabécar, de Costa Rica, específicamente en estructuras de piso de tierra, base circular y techo cónico, sin poste central y sin paredes, y su función es contrarrestar la carga de las vigas y de la cubierta (González y González 1989: 29).

Según los límites establecidos por los postes periféricos, la estructura hallada en D2-6 cubría un espacio de 8,7 m de largo, por su lado más largo y de 6,8 m, por su lado más estrecho. Si corregimos la inclinación de los postes considerando que estos se hallaban algunos centímetros más adentro y llevamos estas medidas a 8,5 m y 6,2 m respectivamente, tendríamos, para el octágono, un área de 45 m².

A la hora de proponer otras consideraciones sobre la posible forma de la estructura debe valorarse si estamos ante un palafito o una construcción en suelo firme, con piso de tierra. Estos sistemas constructivos tienen concepciones diferentes, especialmente en lo referido al piso. En las casas con piso de tierra los horcones están directamente sobre el suelo y ordenan las paredes y sostienen el techo. En el palafito se separa el piso de la superficie del agua o del suelo blando y deben usarse horcones y vigas para resistir las cargas del piso en su totalidad. Algunos palafitos, como los de los Warao en el Orinoco, se conciben en dos partes independientes: base y estructura del techo (Dieter 1988: 623). En otros palafitos los horcones principales de la estructura llegan al fondo, como es el caso de los usados por los Paraujanos, en la cuenca de Maracaibo (Wagner 1980: 20). En ambos sistemas hay un grupo de vigas para sostener el piso las cuales van atadas a horcones cuyo número depende de la amplitud del espacio a sostener. Los horcones se ubican de manera que la carga del piso sea repartida de modo uniforme.

La distribución de los postes en la estructura localizada en el conjunto de postes D2-6 resulta muy similar a las casas aborígenes de planta oval, con piso de tierra, reportadas en las Antillas. Estructuras ovales con varios postes al centro han sido definidas en el sitio Tutu, en Saint Thomas (Ramcharan 2004: 74); en Luján 1, en Puerto Rico, se encontró una (la No. 3) con dimensiones muy



Figura 9. Huellas de corte en la base de un poste del conjunto D2-6, Los Buchillones. Poste No. 19.

similares a las establecidas por los límites de los postes periféricos en D2-6, la cual posee incluso un círculo de postes interiores (Rivera y Pérez 1999: 272).

El análisis desde la concepción de un palafito es más difícil porque no tenemos referencias arqueológicas de este tipo en el Caribe. Considerando los datos antes referidos para palafitos en Suramérica, si en D2-6 tuviéramos una construcción con esas características debería existir un piso de madera. Aunque la distribución de los postes hallados deja numerosas zonas sin apoyo vertical, especialmente en el área central, y no se observa el alineamiento que debería existir a nivel de los horcones si estos se hallaban conectados por vigas para aguantar el piso, no podemos excluir una distribución de las vigas que tuviera otra disposición y resultara funcional a la hora de sostener una base o plataforma horizontal. En D2-6 no se encontró ningún indicio de piso de madera pero este, como las paredes y el techo, pudo ser destruido por la acción marina.

Las bases planas de los postes y las condiciones para colocar estas piezas parecen tener más sentido si la estructura estaba en tierra firme y usaba como piso el suelo o si existía un palafito

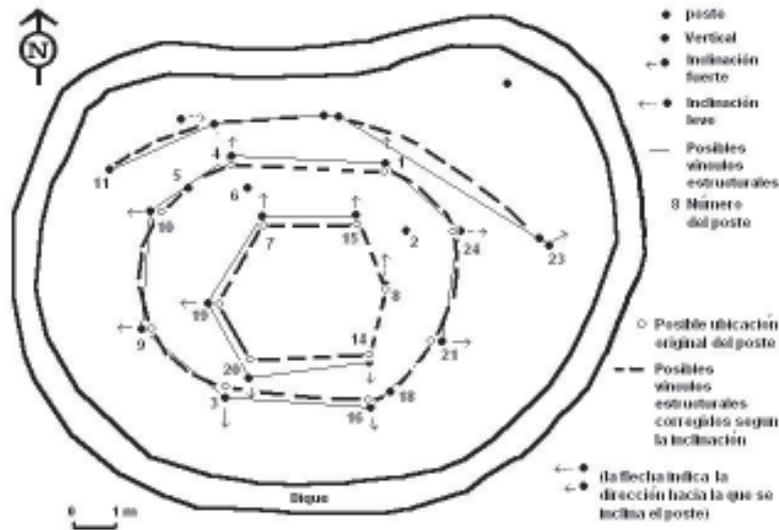


Figura 10. Plano de planta de la estructura constructiva hallada en el conjunto de postes D2-6, Los Buchillones.

establecido sobre suelo seco o suelo húmedo, pero no totalmente anegado. El diseño de bases planas resulta más afín al uso de fosas cuyas huellas probablemente no son visibles debido a las condiciones de limpieza del lugar al momento de ubicar los postes y a cambios en la humedad y consistencia del suelo.

Las condiciones ambientales en los Buchillones parecen especialmente propicias para el uso de palafitos. Los estudios realizados por M. Peros (2005) indican que la zona estaba inundada al momento de la ocupación aborigen y que las casas debieron levantarse sobre pilotes. Pese a esto, ante la ausencia de evidencias relacionadas con pisos es imposible definir por ahora si la estructura hallada en D2-6 era un palafito o no. De hecho la distribución de los postes y el resto de los detalles constructivos reconocibles pueden ajustarse tanto a este sistema como a una construcción con piso en tierra firme.

De la definición de este aspecto depende en gran medida el análisis de la relación de la estructura con los otros postes hallados en el área de trabajo, y la interpretación del uso de la construcción. Desde la perspectiva del palafito los postes ubicados dentro de la estructura pero no considerados en el círculo periférico o

central, pudieran ser elementos de sostén para las vigas del piso; los postes del lado norte (postes del 11 al 23; figura 10), serían parte de elementos de acceso (pasillos o puentes) o vallas de contención para las olas o el viento. Si se tratara de una estructura con piso en el suelo los postes interiores tal vez se asociaran a paredes o divisiones y los postes del lado norte pudieran ser parte de una pared independiente o vallado, levantada para contener el viento que sopla desde esa dirección. Estos vallados se reportan en Suramérica (Schinkel 1992: 186) y han sido ubicados en el sitio Golden Rock, en las Antillas Menores (Schinkel 1992: 192).

En el espacio limitado por los postes periféricos aparece muy poco material arqueológico, las evidencias halladas en la capa 1 están removidas y en la capa 2 prácticamente no se obtuvieron evidencias; sólo en el extremo sureste aparecieron algunos fragmentos de cerámica, pequeñas piezas de madera y algunos huesos de quelonios y valvas de pelecypodos marinos. Aunque al sur de la estructura se hallaron restos relacionados con posibles áreas de preparación y consumo de alimentos, no sabemos si estos son contemporáneos con el empleo de la construcción. El uso de esta zona sugiere actividades realizadas sobre suelo seco pero no ayuda a aclarar si la construcción estaba sobre pilotes o no.

Estructuras con un área similar, con piso de tierra, han sido empleadas como casas en las Antillas (Schinkel 1992: 184, 191), y Bartolomé de Las Casas (1951) citado por Pendergast y asociados (Pendergast *et al.* 2003: 27) atribuye un uso similar a palafitos vistos en la costa norte de Cuba. Si la construcción de D2-6 era un palafito es difícil establecer con precisión cuál era el tamaño de la zona de habitación pues no sabemos hasta qué punto podría extenderse esta área, usando elementos voladizos, o contraerse, debido a la existencia de pasillos para rodear las paredes. En cualquier caso no debió alejarse mucho de las dimensiones que limitan los postes periféricos.

No tenemos datos sobre las actividades realizadas dentro de la estructura o sobre el estatus de las personas que la usaron, elemento muy influyente para definir su posible número de habitantes (Curet 1998: 360-361). Tampoco conocemos de métodos de cálculo de este indicador ajustados a las características de un palafito.

Basándonos en 45 m² como área máxima de piso y asumiendo que la estructura del conjunto D2-6 fue una casa con piso de tierra, hipotéticamente ajustada a las premisas consideradas por Curet



Figura 11. Extracción de un poste hallado en el conjunto D2-6, Los Buchillones

(1998: 365) para el cálculo de población a partir del tamaño del área del piso mediante un análisis de regresión lineal simple (casa de estatus normal en sitio sin influencia europea y sin áreas especializadas¹), es posible formular una propuesta en este sentido. Según el parámetro que asigna las áreas menores de 100 m² a familias nucleares (Curet 1998: 368), si los postes hallados en D2-6 eran de una casa con piso de tierra, allí pudo habitar una familia nuclear de alrededor de 8 personas. Si por otro lado la casa era un palafito, con un área habitable similar, la cantidad de personas pudo ser diferente, pero debió estar igualmente en los límites de una familia nuclear.

CONCLUSIONES

La excavación del conjunto de postes D2-6 en el sitio Los Buchillones permitió encontrar los restos de otra estructura constructiva aborigen, la quinta reportada, diferente en la disposición de sus postes a las halladas hasta ahora. Los trabajos indican que el nivel de conservación de las estructuras disminuye en la medida que se alejan de la barra de arena existente entre el mar y la lagu-

na debido, al parecer, al incremento de la profundidad y de la dinámica marina. También prueban la relación de los conjuntos de postes ubicados en el sitio con estructuras constructivas y demuestran diferencias significativas entre la cantidad de postes hasta ahora localizados en esos conjuntos, y el número real de los que allí se hallan. Esto descalifica la posibilidad de inferir formas de estructuras a partir de los postes visibles o localizados a través de la búsqueda de superficie.

Se trata de una estructura que cubre al menos un área de 45 m², la cual, hipotéticamente, debió ser habitada por una familia nuclear. Desde la perspectiva de los datos estructurales disponibles es imposible, por ahora, definir si tenía piso de tierra o si era un palafito. Debe indicarse no obstante, que la evidencia medioambiental apunta hacia zonas anegadas o de suelo húmedo y el alto nivel de conservación de las piezas sugiere que entraron rápidamente en contacto con un medio húmedo, condiciones que se ajustan al uso de un palafito.

La extracción y documentación, por primera vez en el sitio, de todos los postes de la estructura (28 postes principales y 29 postes accesorios) reveló un cuidadoso proceso de selección de los troncos, según formas, diámetros y longitudes, así como una preparación de estos relacionada con el tallado de las bases y determinada por la funcionalidad de estas piezas. Se evidenciaron técnicas constructivas dirigidas a la consolidación de la estructura que incluían, además de la preparación de las bases, la búsqueda de profundidades y tipos de suelo capaces de garantizar una mayor estabilidad y la ubicación de postes accesorios —de apoyo— cerca de los postes exteriores. Los detalles de selección, preparación y ubicación de los postes, indican procesos de trabajo bien organizados que debieron precisar de la participación de un número importante de personas y de conocimientos detallados sobre la obtención y manejo de las maderas.

NOTA

¹ Dada la amplia cronología del sitio es posible que en algún momento de su existencia se ajustara a estos caracteres.

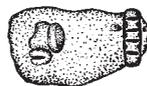
AGRADECIMIENTOS

Deseamos reconocer la ayuda de José Oliver, Antonio Curet, Gabino La Rosa y Daniel Torres; del Departamento Centro Oriental de Arqueología, de la dirección del CITMA en Ciego de Ávila y de los funcionarios y especialistas de la Dirección de Patrimonio Cultural y del Registro de Bienes Culturales de la Provincia Ciego de Ávila, así como del Museo Provincial de Historia de Ciego de Ávila y del Museo

Municipal de Chambas. De forma muy especial agradecemos el apoyo de los vecinos de Punta Alegre que participaron en la excavación, y de los amigos Nelson Torna y Pedro Guerra.

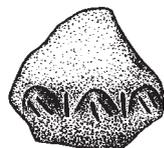
BIBLIOGRAFÍA

- Calvera, J., D. Pendergast, J. Jardines y otros (2001): "Investigaciones arqueológicas conjuntas cubano-canadiense en el área de Los Buchillones" (inédito). Ciego de Ávila, CITMA.
- Carreras, R. (2004): "Informe técnico sobre maderas de postes de Los Buchillones" (inédito). Gabinete de Arqueología, La Habana, OHCH.
- Curet, J. (1992): "House structure and cultural change in the Caribbean: three case studies from Puerto Rico" en *Latin American Antiquity*, Vol. 3, No. 2, p. 160-174.
- _____ (1998): "New formulae for estimating prehistoric populations for lowland South America and the Caribbean" en *Antiquity*, Vol. 72, No. 278, p. 359-375.
- Drewett, P. (2003): "Feasting at the ball game: the Belmont project, Tortola, British Virgin Islands" en *Archaeology Internacional*, No. 6, p. 56-59.
- Dieter, H. (1988): "Los Warao" en *Los aborígenes de Venezuela*, Vol. II Etnología Contemporánea II. Editado por Jacques Lisot, Caracas, Fundación La Salle.
- Fernández de Oviedo, G. (1992): *Historia general y natural de Las Indias*. T. 1, Madrid, Biblioteca de autores españoles.
- González, A. y F. González (1989): *La casa cósmica talamanca y sus simbolismos*. San José, Editorial Universidad de Costa Rica y Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- Guarch, J. M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín, Holguín.
- Heckenberger, M. y J. B. Petersen (1995): "Concentric circular village patterns in the Caribbean: comparisons from Amazonia" en *Proceedings of the XVIth international congress for Caribbean Archaeology*, No. 16.
- Instituto Nacional de Desarrollo y Aprovechamiento Forestal (1970): *Árboles maderables de Cuba*. La Habana, Instituto del Libro.
- Jardines, J. y J. Calvera (1999): "Estructuras de vivienda aborígenes en Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*, No. 3.
- Pendergast, D. (1998): "The Royal Ontario Museum in Cuba. Royal Ontario Museum" en *Archaeology in Cuba*. htm. (internet).
- Pendergast, D., J. Calvera, J. Jardines y otros (2003): "Construcciones de madera en el mar. Los Buchillones, Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, No. 7.
- Pérez, L. (2005): "Informe de estudio del material arqueozoológico coleccionado en el conjunto de postes D2-6. Los Buchillones" (inédito). Departamento Centro Oriental de Arqueología, Holguín, CITMA.
- Pérez de la Riva, F. (1952): "La habitación rural en Cuba" en *Revista de Arqueología y Etnología*, No. 15 y 16.
- Peros, M. C. (2005): *Middle to Late Holocene Environment Change and Archaeology on the North Coast of Central Cuba*. PhD Thesis, University of Toronto.
- Ramcharan (2004): "Caribbean prehistoric domestic architecture. A study of spatio-temporal dynamics and acculturation" (tesis de maestría inédita). Florida State University.
- Rivera, V. y S. Pérez (1999): "Estudio preliminar de la distribución espacial en la comunidad aborigen de Luján 1" en *Actas del decimoséptimo Congreso internacional de Arqueología del Caribe*, J. Winter ed., New York, Rockville Centre.
- Schinkel, K. (1992): "The Golden Rock features" en *The Archaeology of St. Eustatius. The Golden Rock site*, A. Versteeg y K. Schinkel ed., St. Eustatius Historical Foundation, No. 2 y Publication of the Foundation for Scientific Research in the Caribbean Region, No. 131.
- Toppe, A. (2004): Comunicación personal a Roberto Valcárcel R. Holguín, Centro Provincial de Patrimonio.
- Wagner, E. (1980): "Los pobladores palafíticos de la Cuenca de Maracaibo" en *Cuadernos Lagoven*. Caracas.



ESTUDIO DEL SITIO ARQUEOLÓGICO LOS BUCHILLONES. RECUENTO Y PERSPECTIVAS

**ODALYS BRITO MARTÍNEZ
JORGE CALVERA ROSÉS
GABINO LA ROSA CORZO**



El conocimiento del pasado aborigen resulta vital en la obra de recuperación de la historia de Cuba. En gran medida se debe a los resultados del trabajo arqueológico el hecho de que se haya ido logrando una percepción que asume lo imprescindible del manejo de las etapas de presencia aborigen para dar un sentido total a esta historia. Queda claro que los procesos sociales en Cuba no comienzan con los europeos sino con el arribo de las sociedades aborígenes más tempranas.

Por los cronistas europeos y por el dato etnográfico proveniente de otras sociedades aborígenes se sabe que una parte mayoritaria del mundo material de estos hombres estaba asociado a la madera. En el caso de los llamados grupos agricultores, comunidades dominantes en Cuba al momento del arribo europeo, la madera era el soporte constructivo principal y la base de un grupo importante de herramientas, circunstancia que generaba una particular relación con las diversas formaciones vegetales. La arqueología no había podido dar una perspectiva de más detalle en este caso, porque la madera es extremadamente frágil en ambientes tropicales como el de Cuba y porque son muy pocos los objetos elaborados con este material que se recuperan. Con el inicio de trabajos de investigación arqueológica en el sitio Los Buchillones, en el litoral norte de la provincia Ciego de Ávila (Mapa 1), lugar donde se han realizado hallazgos espectaculares de elementos aborígenes de madera, esta situación ha cambiado de manera notable.

RECUENTO

El sitio Los Buchillones se conoce desde los años cuarenta del siglo xx. El lugar reportaba contextos en tierra firme, asociados a grupos agricultores, que empezaron a ser excavados de manera controlada a partir de 1983. Entre 1990 y 1994, dos pescadores del poblado de Punta Alegre, colindante con Los Buchillones comenzaron a realizar hallazgos que cambiaron de forma radical la visión sobre el lugar.

Nelson Torna y Pedro Guerra rescataron una gran variedad de artefactos de madera en una zona inundada ubicada al oeste de los puntos con material arqueológico conocidos en tierra firme. Se trataba de la entrada a una laguna hipersalina conectada a la bahía de Buena Vista en cuyos sedimentos aparecían piezas de madera con un increíble nivel de conservación.

La sorprendente aparición en un solo lugar de esta gran cantidad de objetos planteó un grupo de interrogantes sobre el sitio que fueron respondidas a través de una metodología de estudio diseñada por especialistas del CITMA en Ciego de Ávila, la cual permitió comprobar científicamente su pertenencia a grupos aborígenes. Se realizó una valoración del entorno en el que aparecieron y un análisis de las características generales de las piezas, que indicó la factibilidad de una elaboración indígena.

En 1995 comienza el primer proyecto internacional de investigaciones en el sitio donde trabaja, conjuntamente con el Museo Real de Ontario, Canadá, el CITMA de Ciego de Ávila. Este proyecto denominado Investigaciones arqueológicas conjuntas cubano-canadienses en el sitio Los Buchillones, costa norte de la provincia de Ciego de Ávila, fue dirigido por el Dr. Jorge Calvera Rosés, por la parte cubana, y el Dr. David Pendergast, por la parte extranjera. Incluía investigadores del Departamento Centro Oriental de Arqueología del CITMA en Holguín, y una especialista del CITMA de Camagüey. Pretendía corroborar con nuevos elementos la autenticidad de las piezas de madera y aumentar la cantidad y variabilidad de estos artefactos procedentes de contextos culturales no alterados; rescatar otros materiales, factibles de ser comparados entre ellos desde el punto de vista cronológico y técnico estilístico; precisar las áreas de ocupación de los grupos agricultores en toda la zona de estudio y establecer con la mayor precisión posible la existencia de una entidad arqueológica en la zona de Punta Alegre (Bekerman 1997; Calvera *et al.* 1997).

Se realizaron fechados a 10 objetos de madera que establecieron una cronología que media entre los siglos XIII y XVII. Esto evidencia una ocupación del sitio, sino total, al menos parcialmente, por 400 años: desde el 1220 d.n.e. hasta el 1690 d.n.e., bien dentro del período de contacto indo-hispánico. Esto y los resultados de los otros estudios, confirmaron la autenticidad de las piezas de madera, cuyas características técnico-estilísticas se alineaban con formas de hacer y estilos decorativos observados en objetos arqueológicos confeccionados en otros materiales (piedra, concha y



Mapa 1. Ubicación del sitio arqueológico Los Buchillones.

cerámica), también recuperados en el área. Posteriormente se realizaron nuevos fechados hasta alcanzar un total de 24 por C14 y AMS, cuyos resultados dan una ubicación cronológica mayoritaria entre los siglos XIV y fines del XVI, y extrema, entre los siglos XIII y fines del XVII.

Para la realización de excavaciones en un área (denominada E-1) del canal de entrada a la laguna, en 1997, fue necesario la utilización de un método novedoso, pues los contextos arqueológicos se hallan bajo una masa de agua de aproximadamente 50 cm de profundidad, incrementándose la misma a medida que se avanza hacia el mar. Esto hizo necesario la construcción de un dique que aislara el área de excavación y permitiera su desecación. El dique fue construido con sacos de plástico rellenos de arena del lugar, colocados a una altura tal que no permitiera la entrada del agua circundante. Este método ha sido utilizado con éxito en todas las excavaciones realizadas en área anegadas en el sitio. Una vez culminado cada período de trabajo, los sacos se vacían en el área excavada, de manera que el terreno vuelva a ocupar su nivel original.

Los resultados obtenidos fueron los siguientes:

Se determinó que el área de ocupación total del sitio abarcaba una longitud mínima de 1 200 a 1 500 metros a todo lo largo de la línea de costa y unos 50 metros desde la laguna hacia el mar. Estas dimensiones pudieran ampliarse en nuevas exploraciones. Quedó claro que era necesario distinguir como áreas particulares dentro del mismo sitio, a los fines del registro de información y planificación de los estudios, toda la zona inundada relacionada con la laguna y la costa inmediata y, por otro lado, los contextos en tierra firme.

En esta primera temporada de excavaciones se colectaron 15 artefactos de madera, una gran cantidad de restos de madera trabajada, y partes de una construcción aborígen. Todas estas evidencias aparecieron asociadas a piezas de piedra, concha y cerámica, así como a restos de dieta, lo que permitió corroborar la coherencia y no alteración de los contextos y la autenticidad de las evidencias de madera.

Durante las exploraciones a lo largo de la costa, cerca del canal de entrada a la laguna, aparecieron postes que sobresalían del fondo areno fangoso. Se pudo constatar la existencia de 17 agrupaciones de postes. Al analizar algunos de los postes se evidenció que tenían cortes realizados con herramientas no metálicas, quizás con hachas de piedra, detalle a favor de que tales elementos representaran restos de construcciones de los aborígenes asentados en el lugar.

En 1998 se procedió a la excavación de una de las agrupaciones de postes, la denominada D2-1. Dentro del área trabajada, que inicialmente incluía 5 postes sobresalientes del fondo, comenzaron a aparecer otros postes enterrados verticalmente, y numerosos maderos dispuestos en forma horizontal, todos parte de la estructura de una vivienda (Jardines y Calvera 1999).

Entre los elementos constructivos identificados estaban postes diversos, las llamadas crucetas utilizadas para el cierre principal del techo, varas que pudieron funcionar como alfardas, piezas relacionadas con las paredes y guano de hoja de palma cana perteneciente a la cubierta de la vivienda.

En la temporada de excavaciones de 1999 se decidió excavar inmediatamente al oeste del área trabajada en 1997. A esta nueva área se le denominó E-3 y en ella se encontraron restos excelentemente bien conservados de otra estructura, en este caso de menor tamaño que la encontrada en 1998 (Pendergast *et al.* 2003).

Durante el año 2001 se realizaron excavaciones en la laguna y sobre la barra de arena, al oeste de la excavación realizada en 1999. En la unidad excavada apareció una alta concentración de material arqueológico y restos de madera asociados a alguna construcción.

Como parte del proyecto, investigadores de la Universidad de Ontario realizaron estudios paleoambientales que arrojaron resultados importantes para el conocimiento integral de la zona y para la reconstrucción de las condiciones medioambientales durante la

ocupación aborígen. Estos estudios revelaron que la laguna ubicada en el sitio tiene de 1 000 a 2 000 años de antigüedad y que la barra de arena que actualmente separa la laguna del mar, estuvo en constante movimiento, bien hacia la laguna, bien hacia el mar. No hay evidencias de un cambio medioambiental catastrófico relacionado con huracanes o inundaciones excesivas que causaran el abandono del sitio abruptamente (Peros 2000).

En el año 2002 se aprueba un segundo proyecto, dirigido específicamente a investigar la zona de la laguna, el cual está actualmente en ejecución; se denomina Investigaciones arqueológicas conjuntas cubano-británicas sobre el sistema habitacional aborígen La Laguna, norte de Ciego de Ávila. En el proyecto participan investigadores del Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres, incorporándose el master Jago Cooper, por la parte inglesa, y manteniéndose el Dr. David Pendergast y el Dr. Jorge Calvera como directores del proyecto, por la parte extranjera y cubana respectivamente. Continuó la participación del Departamento Centro Oriental de Arqueología del CITMA en Holguín, y de una investigadora del CITMA de Camaguey, y se incorporó el arqueólogo Dr. Gabino La Rosa.

Como parte de este proyecto, en febrero del 2004 se excavó un conjunto de postes denominado D2-6, ubicado al norte de la barra de arena que separa la laguna del mar. Aparecieron numerosos postes, muchos de ellos pertenecientes a una estructura constructiva aborígen, la quinta detectada en el sitio.

EXPLOTACIÓN DE LOS ECOSISTEMAS PRÓXIMOS

Las evidencias encontradas durante las exploraciones y excavaciones realizadas en el sitio nos hablan de una amplia relación con el medio circundante. Los restos de dieta indican una importante dependencia del medio marino, a pesar de ser una comunidad que parece tener un fuerte soporte agrícola.

El estudio de los restos de animales hallados ha posibilitado determinar que la pesca fue la actividad de mayor importancia en cuanto al aporte de biomasa comestible. Las especies más representativas fueron los quelonios marinos y peces; provenientes del mar también se reportan numerosos moluscos ya sea del medio litoral o del infralitoral, así como crustáceos y restos de manatí. La segunda actividad subsistencial fue la caza de jutía *Capromys pilorides*, especie que tiene entre sus hábitat preferidos los manglares, hasta hoy comunes en el sitio y los cayos cercanos. En

tercer lugar estuvo la recolección marina encaminada a la búsqueda de otros elementos que, aunque de menor tamaño, dieron un gran aporte al sustento nutritivo de estas comunidades.

Los recursos marinos también se usaron en la fabricación de instrumentos y de objetos de adorno como cuentas y pendientes. Tuvieron menor importancia en la confección de objetos domésticos y ceremoniales, donde se utilizó en mayor medida la madera y la cerámica.

Los objetos de madera hallados en el área de la laguna suman 254 ejemplares, de estos 27 son de uso ceremonial. Entre los objetos de carácter utilitario sobresalen 27 mangos y fragmentos de mangos de hacha de diversos tamaños, 13 objetos punzantes en uno o ambos extremos, utilizados para realizar perforaciones o incisiones en materiales más blandos, y quizás como agujetas para tejer redes o hamacas. Otro grupo de objetos pudieron haber sido empleado como husos para hilar. También se hallaron fragmentos de azagayas y coas, y parte de una canoa.

Entre los objetos de uso doméstico aparecen tres ejemplares que por su forma parecen ganchos, tal vez usados para soportar cargas o para enmangar en ellos algún instrumento (gubias de concha, por ejemplo). Aparecen también vasijas de madera en forma de bandejas o platos, de diferentes tamaños, así como cuencos y ollas de mediano tamaño.

Entre los objetos de madera de carácter superestructural se identificaron dujos y fragmentos de dujos, ídolos con representaciones antropomorfas, vasijas ceremoniales, espátulas vómicas, una pieza que copia las formas de un hacha petaloide, y una daga. Apareció también lo que al parecer constituyó un instrumento musical.

En estos objetos se utilizaron especies como el guayacán (*Guaiacum sp.*), el jiquí (*Pera bumeliaefolia*), y el ébano (*Diospyros sp.*). El guayacán por su alta durabilidad natural fue utilizado fundamentalmente en la elaboración de objetos ceremoniales, dujos, ídolos, bandejas, aunque también se reporta en instrumentos de trabajo. De ébano fue confeccionado un ídolo. También, aunque en menor medida, fue utilizado el jiquí en coas, azagayas, agujetas, etc. (Carreras, 2004).

La madera se usó además en la fabricación de viviendas y otras construcciones. La extensión del asentamiento en el tiempo hace suponer que la caída y nueva edificación de casas, así como la reparación de otras, implicaba la utilización de manera amplia de los recursos maderables que los bosques circundantes permitían

extraer. Las maderas utilizadas en los elementos constructivos son la caoba (*Swietenia mahagoni*), el yaití (*Gymnanthes lucida*) y el manglesillo (*Bonetia cubensis*), así como el guaniquiqui (*Chamissoa altissima*), utilizado como cuje en la ligazón de las estructuras (Carreras 2004).

La piedra fue empleada en la confección de instrumentos de trabajo, con una colección de casi mil piezas de piedra tallada entre raspadores, buriles, láminas retocadas, cuchillos, puntas, micro-puntas y otros artefactos. Las rocas usadas fueron jaspe, pedernal, cuarcita, calcedonia, y chert, todas localizables cerca del sitio arqueológico.

También se confeccionaron objetos rituales y ceremoniales en piedra. Los más destacados son un hermoso colgante de cuarzo gris verdoso, y un idolillo antropozoomorfo de cuarzo (Calvera *et al.* 2001).

La cerámica encontrada generalmente utilizó temperante compuesto por concha y tiestos de barro molidos, arena y rocas trituradas (cuarzos y calizas). Los colores observados van desde los pardos hasta los grises y negro, lo que puede estar vinculado con el uso del barro obtenido en el suelo donde se encuentra ubicado el sitio, y en sus alrededores (Calvera *et al.* 2001).

El reporte de restos de especies que tuvieron que ser necesariamente obtenidas en el mar abierto y en los fondos marinos que circundan los cayos, hicieron suponer que estas pequeñas porciones de tierra fueron utilizadas por los aborígenes como bases para la explotación de los recursos del mar. Para evaluar esta situación a partir del 2004 se realizaron exploraciones arqueológicas en la cayería Jardines del Rey, con el objetivo de definir la presencia de sitios arqueológicos aborígenes en los cayos más cercanos y su posible relación con Los Buchillones.

Para cumplimentar los objetivos referidos se exploraron numerosos cayos ubicados en un sector limitado por cayo Guillermo, al noreste y cayo Santa María, al noroeste. Se ubicaron varios sitios y en algunos se obtuvieron evidencias que señalan un vínculo con Los Buchillones.

RETOS Y PERSPECTIVAS DEL TRABAJO EN EL SITIO

El trabajo arqueológico realizado hasta el presente muestra sólo lo que parece ser un pequeño panorama del enorme potencial del sitio. Las acciones futuras deben garantizar la conservación del patrimonio arqueológico del lugar y plantear una política investigativa sostenible que considere como principales elementos:

-Buscar soluciones al problema de la conservación del sitio y de los objetos de madera extraídos durante las excavaciones.

-Desarrollar una infraestructura de investigación estable en las cercanías del lugar, que funcione como centro de investigaciones y de difusión de los resultados del proyecto.

-Realizar una mayor difusión de los resultados alcanzados durante los proyectos a través de publicaciones científicas de alto impacto.

-Realizar un estudio sociológico de la población cercana al sitio, para conocer como aceptan y perciben el proyecto. Accionar sobre la comunidad para fomentar la protección del sitio.

-Continuar el estudio de los materiales e implementar técnicas más precisas de análisis. Ampliar la investigación ambiental.

-Estudiar las posibilidades de conexión del sitio con otros ubicados en zonas interiores como Cunagua, o en puntos costeros al este y al oeste. Ampliar el estudio del vínculo con los cayos.

-Implementar un sistema de excavación que permita un trabajo continuado a más largo plazo, como sería el uso del sistema de diques fijos.

-Ampliar los estudios de cronología, para lograr precisar la ocupación real del sitio y las conexiones entre sus áreas.

-Continuar y ampliar el proceso de identificación de la madera utilizada por estas comunidades.

-Realizar una valoración de la concepción estética y de los principios religiosos y mitológicos de esta comunidad a partir del estudio de la colección de madera.

-Profundizar el análisis de los sistemas constructivos.

-Desarrollar un sistema de registro y presentación de la información del sitio que permita un acceso amplio de investigadores interesados en conocer los datos de trabajo.

CONCLUSIONES

El estudio arqueológico de Los Buchillones se ha convertido en una experiencia científica singular que basada inicialmente en el estudio de hallazgos de madera ha llegado a ampliar sustancialmente nuestra comprensión de la sociedad aborígen en Cuba y el Caribe. Ha generado un esfuerzo de investigación que mejora aspectos de la metodología arqueológica del área caribeña y ha logrado atraer recursos tecnológicos nunca antes usados en el país en igual proporción. Los hallazgos realizados y los estudios paralelos, revolucionan la visión que la arqueología y la historia del

Caribe tenían sobre el uso de la madera entre las comunidades taínas y abren el camino para un acercamiento riguroso a los procesos de trabajo que relacionaban a estos hombres con la explotación de los bosques. Se abre un inventario que muestra la riqueza y diversidad de la artefactería en madera y la complejidad de la sociedad que usaba y creaba estos objetos. Las piezas halladas permitirán estudiar elementos hasta ahora desconocidos del mundo estético aborígen así como el vínculo de este con la religiosidad de estos hombres y con los procesos de uso social de tales bienes. La complejidad de estos objetos cuestiona la imagen de simplicidad manejada al tratar las comunidades aborígenes del centro de Cuba e indica niveles de desarrollo socioeconómico que escapaban al estudio arqueológico tradicional.

La abundancia de estructuras constructivas, las más completas y conservadas del Caribe, es otro aspecto que apoya esta consideración y demuestra que fuera del oriente de Cuba también existieron poblaciones de gran amplitud. El estudio de las estructuras descubre detalles ausentes en la documentación histórica, los cuales ilustran la complejidad de los procesos constructivos y revelan una sociedad fuerte, capaz de organizar acciones laborales que involucraran la participación de grandes grupos de personas. Las evidencias entorno al vínculo de Los Buchillones y la cayería cercana, prueban la potencia de la sociedad asentada en la costa y sus capacidades para moverse en este amplio espacio y aprovechar sus recursos, constituyendo uno de los primeros análisis realizados en Cuba sobre los procesos de interacción cultural a una escala tan amplia. Por primera vez en la historia de la arqueología de Cuba y el Caribe se pone a disposición de los investigadores y el público una gran colección de objetos originales de madera colectados, en gran parte, mediante técnicas científicas. La información sobre estos materiales posibilitará la reinterpretación de las piezas obtenidas con anterioridad, ubicadas en colecciones aisladas y que no proceden de un contexto arqueológico conocido y estudiado. Los resultados de las dataciones radiocarbónicas indican que la comunidad aborígen asentada en la zona sobrevivió el impacto inicial de los procesos de conquista y colonización, aspecto notable dentro de un panorama historiográfico que generalmente señala una rápida y casi total desaparición de la presencia indígena en la isla. Se ha creado además un interés por conocer el panorama investigativo cubano y por aumentar el intercambio con los profesionales de la isla, cuyo prestigio ha crecido. Se han abierto

también oportunidades para la publicación en reconocidos medios científicos internacionales. Los trabajos realizados en el área de Los Buchillones han permitido incrementar la colección de objetos de madera de los museos de nuestro país lo que le aporta mayor relevancia a tales artefactos al conocerse su procedencia cultural, temporal y espacial. La exposición de los objetos en los museos Provincial de Ciego de Ávila y municipales de Chambas y Morón, ha permitido que miles de personas de diferentes lugares conozcan estas piezas y perciban la importancia del estudio de las sociedades aborígenes y de la práctica arqueológica y ha supuesto también, un conjunto de acciones para superar al personal de museos en los temas de arqueología e integrarlo al trabajo de campo y al estudio de los materiales. La población del área de trabajo ha sido vinculada a las investigaciones realizadas sensibilizándola con la labor que se ejecuta y con la importancia de proteger el lugar. El área arqueológica y los materiales colectados han llegado a convertirse en símbolos locales y en motivos de orgullo para los pobladores de Punta Alegre y Chambas. Imágenes de las piezas se han integrado a los elementos de la cultura local e incluso la figura de uno de los objetos de madera ahora forma parte del escudo del municipio Chambas. La investigación arqueológica cubana ha conseguido en este contexto no sólo el desarrollo de su potencial técnico y humano, sino una fuerte incidencia en la opinión nacional que está promoviendo la reflexión sobre la importancia del estudio del pasado aborígen y el papel de la arqueología en el conocimiento y protección del patrimonio cultural del país. La experiencia del proyecto de investigación de Los Buchillones ha revitalizado el estudio de la presencia aborígen en Cuba y ha demostrado su papel en todo el accionar a favor de la defensa de la identidad cultural de la nación, demostrando el valor social de la arqueología y sus compromisos con el futuro del proyecto cultural cubano.

AGRADECIMIENTOS

Deseamos reconocer la ayuda de Roberto Valcárcel Rojas, del Departamento Centro Oriental de Arqueología; de la dirección del CITMA en Ciego de Ávila y de los funcionarios y especialistas de la Dirección de Patrimonio Cultural y del Registro de Bienes Culturales de la Provincia Ciego de Ávila, así como del Museo Provincial de Historia de Ciego de Ávila y del Museo Municipal de Chambas. Agradecemos el apoyo de los vecinos de Punta Alegre y de los amigos Nelson Torna y Pedro Guerra.

BIBLIOGRAFÍA

- Bekerman, A. (1997): "First field season of the Cuban-Canadian Project Team. January-February" (inédito). Holguín, Manuscrito en el Departamento Centro Oriental de Arqueología.
- Calvera, J. (1984): "Informe de la excavación realizada en el sitio arqueológico Los Buchillones en 1983" (inédito). Holguín, Manuscrito en el Departamento Centro Oriental de Arqueología.
- Calvera, J., E. Serrano, M. Rey *et al.* (1996): "El sitio arqueológico Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*, No. 1.
- Calvera, J., J. Jardines y O. Brito (1997): "Informe de los resultados de la primera etapa de investigación en el área arqueológica de Los Buchillones". Enero-febrero de 1997. Holguín, Manuscrito en el Departamento Centro Oriental de Arqueología.
- Calvera, J., D. Pendergast, J. Jardines *et al.* (2001): Investigaciones arqueológicas conjuntas cubano-canadiense en el área de Los Buchillones (inédito). Ciego de Ávila, CITMA.
- Carreras, R. (2004): "Informe técnico sobre maderas de postes de Los Buchillones" (inédito). La Habana, Gabinete de Arqueología, OHCH.
- Jardines, J. y J. Calvera (1999): "Estructuras de vivienda aborígenes en Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*, No. 3.
- Pendergast, D. (1998): "The Royal Ontario Museum in Cuba. Royal Ontario Museum", *Archaeology in Cuba* (internet).
- Pendergast, D., J. Calvera, J. Jardines *et. al.* (2003): "Construcciones de madera en el mar. Los Buchilones, Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, No. 7.
- Pérez, L. (2005): "Informe de estudio del material arqueozoológico colectado en el conjunto de postes D2-6. Los Buchillones" (inédito). Holguín, Departamento Centro Oriental de Arqueología, CITMA.
- Peros, M. (2000): "Coast environment and Taino ocupation at Los Buchillones, Cuba" (Tesis doctoral inédita). Toronto, University of Toronto.

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL CABO, ORIENTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA: RESULTADOS PRELIMINARES DE LA CAMPAÑA DE 2005¹

**CORINNE L. HOFMAN
MENNO L. P. HOOGLAND
JOSÉ R. OLIVER
ALICE SAMSON**

Traducción: Adriana Churampi y José Oliver

INTRODUCCIÓN

Este artículo presenta el proyecto Vida y muerte en una comunidad taína. Una parte de este proyecto titulada Casas para los vivos y los muertos va a ser financiada durante los próximos cinco años por el Fondo Holandés para Investigaciones Científicas (Netherlands Foundation for Scientific Research-NWO file No. 360-62-030). El proyecto se inició durante el verano de 2005 con excavaciones en el yacimiento de El Cabo en Higüey-Altigracia, ubicado en la región suroriental de la República Dominicana (Fig. 1). Las calas de muestreo y las excavaciones en bloque revelaron dos componentes de la serie ostionoide en el yacimiento: uno es del estilo Anadel u Ostiones, y el otro es del estilo Boca Chica, testimonios de la larga ocupación de esta zona costera en el extremo más oriental de La Española durante el período cerámico.² La importancia del área, de estratégica ubicación geográfica en las Antillas Mayores, también fue destacada por los primeros cronistas de Indias (Las Casas 1927, 1958). Además, el emplazamiento de El Cabo ubica al yacimiento dentro de un fértil paisaje cultural, teniendo como telón de fondo los acantilados calizos del pleistoceno que cobijan cenotes y numerosas cuevas, algunas de las cuales muestran evidencias de haber sido utilizadas en períodos precoloniales.

Los numerosos huecos de poste encontrados en El Cabo durante los trabajos de campo de 2005 ilustran la densa ocupación del yacimiento aproximadamente entre el 600 y el 1400 d.C. Los variados artefactos son testimonio de una amplia gama de producción artesanal y de actividades de intercambio que destacan la importancia intra e interregional de este yacimiento. Este artículo presenta los resultados preliminares de la primera campaña de trabajo de campo en este yacimiento.

VIDA Y MUERTE EN UNA COMUNIDAD TAÍNA

El proyecto internacional Vida y muerte en una comunidad taína se propone colmar un vacío existente en nuestros conocimientos y comprensión de la historia social, política, económica y religiosa



Fig. 1. Mapa de la isla La Española con detalles de la costa sureste. Realizado por Menno L. P. Hoogland.

de una, arqueológicamente definida, comunidad taína, que residió en un asiento o aldea nucleada en la zona suroriental de La Española, particularmente en la región arqueológica de Higüey, identificada como un *cacicazgo* (organización socio-política indígena al momento de la conquista) importante durante el período cerámico tardío (600/800-1492 d.C.). Las interpretaciones actuales sobre la vida aldeana —tanto cotidiana como ritual— se basan en documentos escritos por los españoles a principios del siglo XVI. Las Casas, por ejemplo, menciona que los asentamientos en esta región incluían desde pequeñas y dispersas casas aisladas, hasta asentamientos de gran tamaño, nucleados y de alta densidad poblacional, con decenas o centenas de casas.³

Las estructuras de vivienda predominantes en La Española fueron descritas como de planta circular u oval y de estructura grande, capaz de albergar a una familia extendida (Oviedo 1851-55; Lovén 1935).

Sin embargo, hasta la fecha, prácticamente no existe una evaluación independiente que haya sido obtenida mediante investiga-

ciones arqueológicas. En La Española los únicos modelos interpretativos sobre las aldeas taínas y la organización hogareña (*household*) así como las normas matrimoniales y las relaciones de parentesco al interior de estas sociedades caciquiles están basadas, sin excepción, en evidencias etnohistóricas (vg., Cristóbal Colón en Fernando Colón [vía Ulloa], Bartolomé de Las Casas, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y fray Ramón Pané), que cuentan con un limitadísimo respaldo arqueológico. La mayoría de los datos arqueológicos acerca de la organización interna y la configuración de los asientos y las estructuras de viviendas provienen, en gran parte, de fuera de La Española. En La Española el único yacimiento de aldeas fechando para ese período y que, en términos del área muestreada, ha sido suficientemente excavado es En Bas Saline (Deagan y Cruxent 1993; Deagan 1987) y podría añadirse el sitio MC-6 de la adyacente isla de Middle Caicos, en Las Bahamas (Keegan 1995, 1997). Las excavaciones de salvamento, recientemente concluidas bajo el auspicio del Museo del Hombre Dominicano en Punta Macao, al oriente de la República Dominicana, han revelado huellas de postes de vivienda así como una serie de enterramientos humanos (Atilés com. pers. 2005, Tavarez y Calderón 2005). Igualmente las actuales investigaciones del proyecto Los Buchillones en la costa nor-central cubana han detectado un asentamiento palafítico (al nivel de la marea). Dos de las estructuras excavadas, con pisos de madera apoyados por postes, presentan plantas tanto circulares como rectangulares. Las últimas miden cerca de 26 m² de área (Pendergast *et al.* 2002).

La mayor parte de la información arqueológica que se tiene a la mano proviene de las islas al oriente de La Española: Puerto Rico y las Antillas Menores (ver Curet y Oliver 1998; Hofman *et al.* 2001; Hoogland *et al.* 1999; Hoogland y Hofman 1999; Oliver 2003; Righter 2002; Siegel 1999; Hofman y Hoogland 2004).

El objetivo del presente proyecto es documentar arqueológicamente, mediante el análisis de la evidencia de interacción entre conductas cotidianas y rituales de los habitantes y el ciclo vital de la aldea, cómo era vivir y morir en un asentamiento de La Española, teniendo en cuenta todos los cambios que evidentemente ocurren a lo largo de varias generaciones.

CARACTERÍSTICAS DEL YACIMIENTO EL CABO

La alta densidad y la extensión de los restos arqueológicos a lo largo de la costa oriental de la isla La Española es bien conocida y

ha sido documentada por los arqueólogos dominicanos (por ej., Ortega 1978; 2005; Veloz Maggiolo 1972; Veloz Maggiolo y Ortega 1995, Olsen *et al.* 2002). El Cabo, identificado a fines de los años 70, es el yacimiento más sureño a lo largo de esta franja costera de la región de Altigracia-Higüey, y se sitúa en una franja rocosa de la costa, con pastos y arbustos típicos de zonas semiáridas. La extensión de El Cabo se determinó por la densa distribución de materiales observados en la superficie (cerámica, lítica, restos alimenticios), la presencia de montículos de basura, y un programa de sondeos y excavaciones más amplios (Fig. 2). Al interior se levanta un farallón que bordea la plataforma costera dando lugar a una segunda plataforma calcárea, también de origen marino, que se extiende por kilómetros tierra adentro. El farallón (a veces denominado “paredón”) está literalmente taladrado por numerosas cuevas y galerías, testigos de antiguas redes de drenaje y ríos de épocas geológicas (probablemente del mioceno a pleistoceno).

Ortega (1978) excavó dos calas en el yacimiento, y recuperó fragmentos de cerámica, restos alimenticios así como artefactos líticos y de coral. Basándose en la cerámica identificó dos fases de ocupación, una temprana perteneciente al estilo Anadel (u Ostiones) y otra posterior relacionada al estilo Boca Chica, ambas de la serie ostionoide (siguiendo la nomenclatura de Rouse, 1992). Desde entonces el yacimiento ha sido “visitado” por numerosos saqueadores y coleccionistas cuyas excavaciones ilegales han destruido parte del yacimiento.

El Cabo se sitúa sobre una plataforma calcárea de rocas coralíferas y areniscas. Aún queda por establecer si, en efecto, el yacimiento continuaba o no más allá de la actual franja costera. Informantes han reportado la extracción (saqueo) de materiales arqueológico en las calas marinas adyacentes a El Cabo, pero no es posible determinar todavía si su presencia se debe a la erosión de la costa o a que los indígenas utilizaron el mar como basurero, o a una combinación de ambas actividades.

El yacimiento de El Cabo se divide en dos partes geomorfológicas distintas. La parte sur consta de un lecho rocoso coralífero cubierto por una delgada capa de humus y la parte norte presenta un substrato basal rocoso conformado por piedras calizas, de textura variada, que en algunas partes recubre un estrato de arena amarilla. La parte sur es más elevada en relación con la parte norte. A lo largo de la transición entre las partes norte y sur se encuentran densos basureros arqueológicos. Las excavaciones de 2005



Fig. 2. Vista general del sitio El Cabo. Foto de Menno L. P. Hoogland y Alice Samson.

en ambas zonas han expuesto numerosos elementos (huecos de postes, pozos y otras huellas) arqueológicos de fecha precolonial.

LA CAMPAÑA DEL 2005

Las investigaciones durante esta primera campaña (de julio a agosto) se concentraron en documentar la organización del espacio habitacional, precisar la cronología y, mediante el análisis de la estratigrafía y los artefactos, especificar las tradiciones culturales presentes en El Cabo.

Objetivos principales de la campaña del 2005:

- Documentar el grado de preservación e integridad del sitio
- Realizar calas de sondeo y excavaciones en bloque para identificar elementos, tales como estructuras de vivienda (huellas de postes), sepulturas, fogones, y otros.
- Verificar la estratigrafía y la cronología del yacimiento documentado por Ortega (1978).
- Recolectar una muestra de la variedad de artefactos de cerámica, lítica, conchas, coral así como de los restos de fauna.
- Obtener una primera impresión de la geomorfología.

Se estableció el sistema de retícula (coordenadas) sobre el terreno y se elaboró un mapa topográfico detallado del yacimiento. Se excavaron un total de ocho unidades de varias dimensiones cuyo emplazamiento se basó tanto en las calas excavadas por Elpidio Ortega (1978), las fechas obtenidas por el programa de sondeo como en los límites asumidos del yacimiento y sus zonas geomorfológicas.

Programa de sondeo

Para comprender mejor el carácter de la estratigrafía natural, la extensión de los depósitos culturales y la naturaleza, se efectuó una campaña de sondeos de barreno a lo largo y ancho del yacimiento, sumando un total de 64 sondeos (Fig. 3). Se establecieron cinco ejes de sondeo; tres de estos en dirección este-oeste por 160 m a lo ancho del yacimiento, y dos en dirección norte-sur extendiéndose por 280 m a lo largo del yacimiento. Estos sondeos de barreno se realizaron a intervalos de 10 m en áreas que contenían materiales arqueológicos y a 20 m de distancia en áreas de poca o nula presencia de materiales culturales.

Aunque la imagen que surge es todavía parcial, los montículos residuales aparecen concentrados en numerosos puntos a lo largo del yacimiento, sobre todo hacia el norte y al este, con una aparente depresión y disminución hacia el sur y el oeste, particularmente al sur del sitio. La frecuencia de material cultural disminuye notablemente cerca de los 50 m a partir de los montículos residuales.

Calas de muestreo

Se excavaron ocho calas de muestreo de 1 m², en niveles arbitrarios de 10 cm (Fig. 4).

Las calas 1 y 6, 7 y 8 contenían solamente restos relacionados con el componente Anadel, mientras que la cala 2 reveló materiales tanto del componente Anadel como del Boca Chica. La cala 3 contenía artefactos no-diagnósticos pero sí reveló la presencia de un posible nivel de elementos que atraviesan y continúan por debajo de la base rocosa. Las calas 4 y 5 contenían solamente material relacionado con el estilo Boca Chica. Más adelante, se discutirá en mayor detalle los datos acerca de las calas 1 y 2 así como de las calas 3 y 4 (subsecuentemente denominados, bloques A y B).

La cala 1 fue colocada cerca de donde presumimos se ubicaba la cala de muestreo hecha en los años 70 por el Museo del Hom-

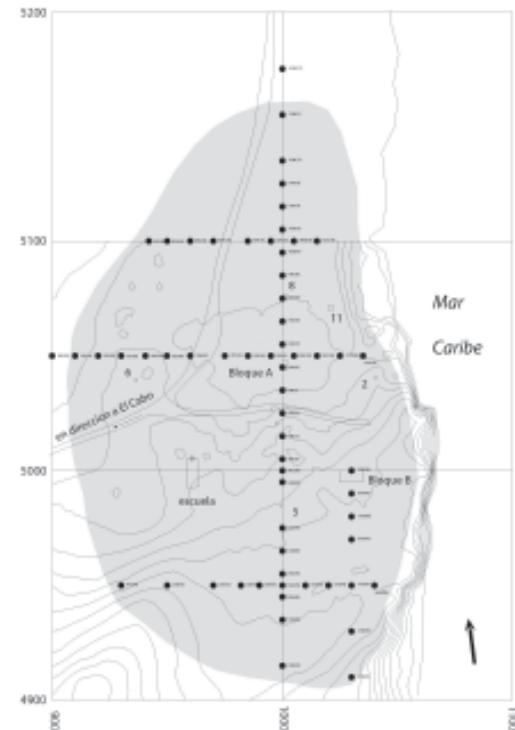


Fig. 3. Localización de los sondeos. Imagen de Menno L. P. Hoogland.

bre (ver Ortega 1978, Fig. 8). La excavación alcanzó una profundidad de aproximadamente 100 cm. Se encontró en todos los niveles una cerámica caracterizada por pasta marrón-rojiza, y se registró una alta densidad en los niveles 4 y 5 (40-50 cm BS)⁴ junto con una gran cantidad de restos de fauna, principalmente marina. Dos posibles elementos, ambos no profundos, se encontraron entre los niveles 8 y 9.

La cala 2 fue excavada hasta una profundidad de aproximadamente 100 cm (Fig. 5). Los suelos contenían una alta densidad de restos de fauna, carbón y cerámica mezclados con capas de roca y moluscos. Las características del estilo de la alfarería recuperada sugieren al menos dos fases de ocupación: un componente Boca Chica ubicado en los niveles superiores, y un componente ostionide más temprano (estilos Anadel y transicional) que aparece a partir del nivel 5 (40-50 cm BS). La distribución vertical de la

cerámica da la impresión que los dos componentes se superponen. Se encontró una vasija navicular con asas en el nivel 9 (90-100 cm BS), pegada a la pared oeste de la cala. Un posible horizonte de elementos culturales se detectó en el nivel 10, pero al seccionarlos resultaron ser de origen ambiguo y de poca profundidad.

Muchos restos alimenticios fueron recolectados en todos los niveles de las calas 1 y 2. Estos están en proceso de estudio e incluyen restos de grandes cantidades de caracoles terrestres de los géneros *Pleurodonte* y *Polydontes*, huesos y espinas de pescado, pinzas de crustáceos (más abundantes en los niveles inferiores) y numerosos gasterópodos marinos como el *Cittarium pica*, *Nodolittorina tubercula*, *Oliva sp.*, *Neritidae*, *Fisurella nodosa*, *Diodora sp.*, *Cypraea sp.*, entre otros. Los restos de huesos de pez incluyen tanto especies del mar profundo como del litoral rocoso. Es sumamente notable la ausencia casi total de *Strombus*. Entre los vertebrados terrestres, detectamos unos pocos huesos de hutía (especie aún por identificar). La impresión preliminar es que existió un amplio espectro de explotación de recursos marinos en contraste con una representación mucho más limitada de animales terrestres (maquí y cangrejos).

Un dato importante que podemos adelantar es la presencia de cangrejos de tierra (cobos o maquís) dentro de la gran mayoría de caracoles de tierra (*Pleurodonte* y *Polydontes* por igual) así como de *Cittarium pica* observados en El Cabo, por lo cual es factible que la alta densidad de aquellos en los basurales precolombinos no refleje el consumo de moluscos sino de estos crustáceos. Esta observación es importante ya que ha sido ignorada y nunca ha sido mencionada en las publicaciones zooarqueológicas caribeñas pese a las implicaciones que tiene para la reconstrucción de dietas e identificación de la explotación de nichos ecológicos terrestre-marinos.

LOS ELEMENTOS CULTURALES

Las calas 3 y 4 (en adelante bloques A y B) fueron subsecuentemente ampliadas para crear dos áreas de excavación horizontal (en bloque) que cubrían 8 m² (bloque A) y 50 m² (bloque B) respectivamente. Esto se hizo para obtener mayor información sobre el patrón de distribución horizontal de los elementos, en su mayoría, huecos de postes de vivienda. El bloque A está ubicado sobre un terreno deprimido del yacimiento, en un área cuyos subsuelos

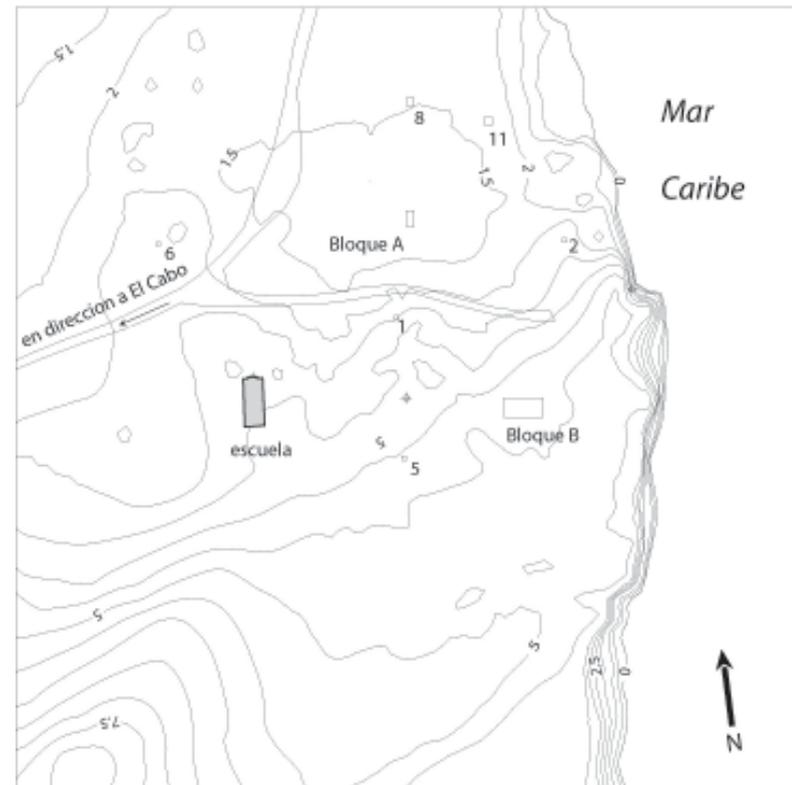


Fig. 4. Localización de las calas. Imagen de Menno L. P. Hoogland.

son en partes arenosas y en parte presentan lentes de concreciones calcáreas y areniscas de poco espesor, mientras que el bloque B está situado más al sur sobre una cresta o plataforma conformada por un lecho rocoso (coralífero). Estos dos bloques de excavación, por la riqueza de elementos culturales (huecos de postes y otros tipos de huellas), serán descritos más adelante con mayor detalle.

Bloque A (2 x 4 m)

El bloque A fue excavado después que la cala 3 revelara una huella bien definida de carbón/ceniza (en sección horizontal) a una profundidad de 70 cm BS. Los elementos identificados en el bloque A se encontraron a unos 30 cm por debajo de la actual

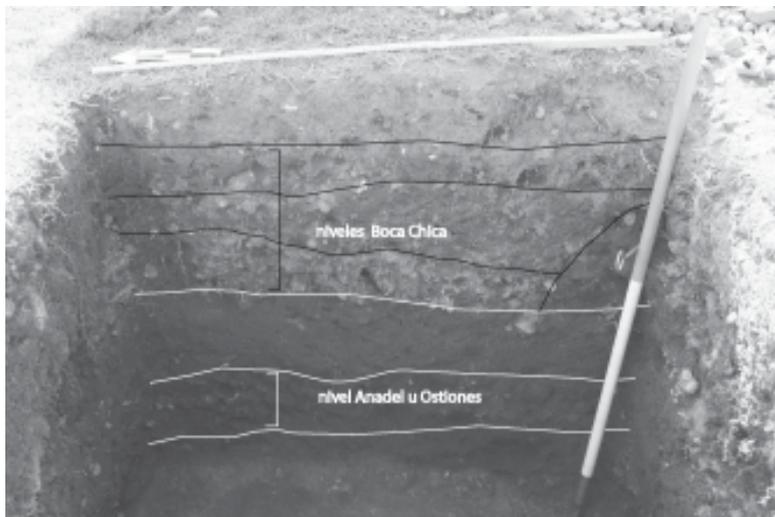


Fig. 5. Vista de la cala 2. Foto de Menno L. P. Hoogland.

superficie, por debajo y entre una capa calcárea semiconcrecionada (disgregable) en algunas áreas y relativamente cementada en otras áreas del bloque (Fig. 6).

En total, 12 de los 14 elementos identificados fueron interpretados como huecos de poste, miden aproximadamente entre 20 y 40 cm de diámetro y alcanzan entre 30 a 50 cm de profundidad (Fig. 7).

Los otros dos tipos básicos de elementos culturales identificados hasta el momento, son pozos u hoyos (que no son de postes) y que presentan lentes de carbón y cenizas, evidencias de haberse quemado algo allí. Uno de estos, el elemento 1, es de interés particular ya que mostró evidencia de un fuego posterior *in situ* y, a su vez, en el borde y hacia el lado oeste, el hoyo o hueco estaba delimitado por una piedra alargada ubicada de canto. De los niveles superiores del relleno del elemento 1 proviene también un fragmento grande de cerámica (estilo Boca Chica), un sello de base circular que probablemente se utilizó para estampar tejidos y piel humana.

Bloque B (5 x 10 m)

El bloque B se sitúa en la parte sur del yacimiento, en el borde elevado del sitio. La excavación produjo una alta densidad ($n = 188$) de elementos (huellas, huecos de postes) que penetran el lecho rocoso de coral. El lecho o base rocosa está cubierto por una capa



Fig. 6. Vista de bloque A. Foto de Alice Samson.

de arena marrón oscura de cerca de 10 cm de espesor del cual se recuperaron artefactos asociados con el taíno (es decir, Boca Chica), incluyendo cuentas de collar, cerámica decorada diagnóstica y un fragmento de un aro lítico (del tipo fino) de piedra ígnea. Este complementa otro fragmento de aro lítico calizo y del tipo *burdo* reportado por Ortega (1978, Fig. 18), pero proveniente de su pozo 2 y de niveles que relaciona con la ocupación ostionóide.

El lecho rocoso está formado por lajas calizas/coralinas lenticulares, amontonadas y fracturadas, que presentan un plano de inclinación hacia el sur. La irregularidad de la superficie rocosa hizo necesaria una excavación manual y sumamente lenta y laboriosa pero que resultó pues se recuperaron valiosos datos. Tal inversión de labor y tiempo también quedó compensada por la permanente e inequívoca naturaleza de los elementos encontrados, como huecos y huellas de postes de estructuras aborígenes (Fig. 8). Su buena preservación brindó la rara oportunidad de cons-

tatar la técnica de excavación de los huecos para postes, al poder observarse claramente las marcas y huellas dejadas por las herramientas en las paredes del hueco. La mayoría de las huellas del bloque B han sido interpretadas como huecos de poste debido a su regularidad circular y la tasa proporcional, diámetro: profundidad.

Los huecos de poste del Bloque B pueden ser provisionalmente divididos en tres tipos según tamaño: 1) = 0,25 m de diámetro y = 0,8 m profundidad, 2) > 0,1 m de diámetro y > 0,4 m profundidad, 3) = 0,08 m de diámetro y = 0,08 m profundidad. Hay un alto grado de regularidad tanto en la forma horizontal (diámetro) del contorno como en la forma de la base, que terminan en fondos redondeados o cónicos.

En términos de distribución, los huecos de postes se encuentran solos, en pares adyacentes y en grupos adyacentes de tres. En el caso de los que se encuentran en pares parece ser que un hueco es generalmente más pequeño que el otro en términos de profundidad y diámetro. En casos de huecos donde varios huecos de postes se superponen unos a otros, resulta difícil establecer cuál de estos fue cortado primero o si en efecto forman un conjunto de huecos realizados simultáneamente (es decir, son contemporáneos). En algunos casos pareciera que el tipo de poste pequeño fue colocado para afianzar y apuntalar al poste adyacente, de mayor envergadura. En muchos casos los huecos de poste han sido excavados verticalmente en el lecho rocoso, por lo cual el poste debió erigirse verticalmente. Pero hay evidencias de una fila de postes, que se extiende en dirección noroeste-suroeste a lo largo de la trinchera, cuyos huecos presentan una inclinación al suroeste, por lo cual se puede sugerir que los postes inclinados debieron servir para apuntalar los postes verticales y principales de la estructura.

Interpretación de las huellas

En esta fase preliminar sería contraproducente elaborar una interpretación funcional acerca del conjunto total de los elementos definidos en el bloque A. Se puede adelantar, preliminarmente, que nos encontramos ante un palimpsesto representativo de ocupación humana correspondiente a por lo menos dos fases ocupacionales, dada la evidencia observada de los rellenos y los artefactos. Las actividades indígenas representadas en esta trinchera incluyen huecos excavados para apuntalar postes que soportarían es-

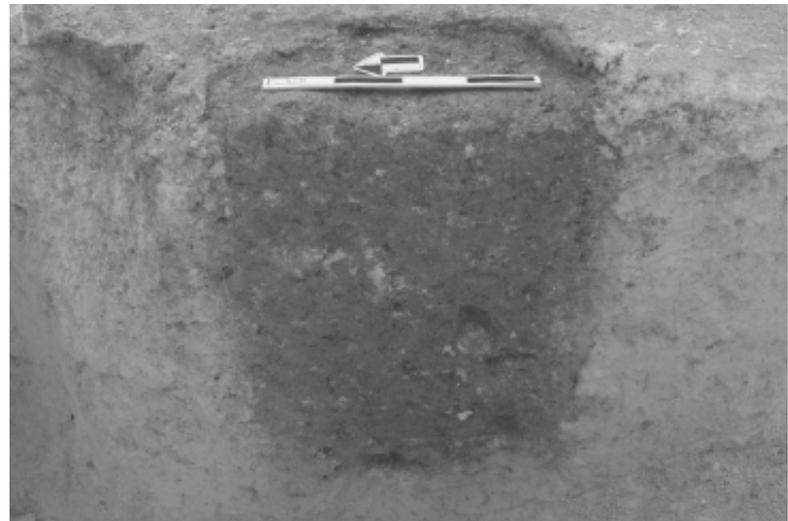


Fig. 7. Vista de un hueco de poste del bloque A. Foto de Alice Samson.

tructuras techadas, así como hoyos-pozos que fueron rellenos con desechos alimenticios. Estos datos sugieren que este lugar del yacimiento posiblemente cumplía una función doméstica, pero, a estas alturas, no podemos descartar que haya sido un área (estructura/s) de uso ritual o ceremonial. Por el momento el área excavada, la distribución y configuración de los elementos visibles, es insuficiente para siquiera especular sobre el número y contorno de la o las plantas de las estructuras (redondas), mucho menos para establecer asociaciones con otros tipos de elementos (huecos rellenos con artefactos y restos alimenticios) que permitan interpretaciones confiables. Las próximas campañas de investigación implementarán la ampliación horizontal en áreas contiguas a este bloque A que permitirán una visión mucho más amplia y por lo tanto proporcionarán mayores evidencias que avalen las interpretaciones.

La distribución en el espacio de las huellas de postes en el bloque B es complicada debido a la alta densidad de dichos elementos, lo cual no permite aún distinguir patrones claros. Igualmente, el panorama interpretativo se complica debido a varios aspectos relacionados con la determinación cronológica (secuencia temporal) entre los 188 huecos de postes presentes (es decir 3 a 4 huecos de poste por metro cuadrado).

Sea como fuere, parece que sólo artefactos del estilo Boca Chica se encuentran asociados a esta área del yacimiento, sugiriendo que dichos huecos de postes son probablemente del período Boca Chica/taíno. Lo que sí se puede afirmar con seguridad es que la labor indicada, de excavar amplios hoyos penetrando el lecho rocoso, representa una considerable inversión de tiempo y trabajo, y posiblemente de organización y cooperación laboral. Por ahora surgen dos hipótesis basadas en la evidencia de las grandes dimensiones de los huecos, la gran cantidad de huellas y la fila de huecos de postes inclinados (que se extiende más allá de los límites de la trinchera excavada): 1. que los postes de tal diámetro y profundidad soportaban y apuntalaban superestructuras de peso y envergadura o 2. que la profundidad, los huecos y el ancho de los postes no tenían (necesariamente) la función de soportar superestructuras de peso o gran tamaño, sino el afianzar las estructuras contra los embates de huracanes y violentas tormentas tropicales que asolan frecuentemente la región.⁵ Estas dos hipótesis no son mutuamente exclusivas, siendo posible que el diámetro y la profundidad de los postes (y sus huecos) cumplan ambas funciones: soportar una superestructura de gran peso y dimensión así como protección contra los huracanes.

LOS ARTEFACTOS DE EL CABO

Cerámica

Como mencionamos antes, la cerámica en El Cabo pertenece, por lo menos, a dos fases de ocupación; una es el llamado estilo Anadel (casi idéntico al estilo Ostiones de Puerto Rico) y la otra es del estilo Boca Chica. La cerámica Anadel presenta una gran variedad de formas de vasijas, incluidas las naviculares. Las vasijas generalmente presentan las paredes delgadas y los bordes a menudo son redondos o planos. En ciertos casos los tiestos presentan engobe rojo (incluyendo el rojo salmón que tipifica el Ostiones de Puerto Rico) y frecuentemente las superficies han sido altamente pulidas o bruñidas. Las superficies (sin engobe) de las vasijas presentan en la mayoría de los casos un color entre rojizo y marrón. La decoración plástica consiste, mayormente, de adornos modelados geométricos y de combinaciones de modelado-inciso-aplicado representando figuras antropomorfas y zoomorfas, generalmente ubicados sobre el hombro de la vasija. Adornos similares han sido clasificados como pertenecientes a un supuesto “estilo

transicional” denominado estilo Punta, o a veces Macao, por los arqueólogos dominicanos, o como estilo “Atajadizo” por Rouse (1992). Este presunto estilo transicional entre Anadel/Ostiones y Boca Chica, parece ser particularmente prevalente en la costa sur y sur-oriental de la República Dominicana (García Arévalo y Tavares 1978; Ortega *et al.* 2003; Veloz Maggiolo 1973, 1993). Las asas en perfil tienen la forma de la letra “D”. Se encontró una vasija completa en la cala 2, nivel 9. Es de forma navicular y tiene asas en forma de letra “D” a ambos extremos. Los burenes tienen bordes engrosados, redondos y triangulares (Fig. 9).

Se recuperó cerámica del estilo Boca de la cala 2 (nivel 1 a 4) y de la capa superior del bloque B. Las paredes de las vasijas tienden a ser mucho más gruesas que las del estilo Anadel. Las formas de los bordes son variadas: redondeadas, planas, engrosadas, e incluso en pestaña. Las superficies de las vasijas presentan una variedad de colores que van desde blancuzco (alto contenido de caolina) a marrón y negro. La decoración consiste mayormente de incisiones y puntuaciones y muchos adornos modelados-incisos, típicos del estilo Boca Chica. Los burenes tienen bordes redondeados (Fig. 10).

Herramientas

Numerosos utensilios recuperados habían sido hechos de cerámica, lítico, coral y hueso (Fig. 11). Particularmente cabe anotar la abundancia de artefactos de piedra pulida (ígnea) de color verde, así como de hachas y varios otros tipos de herramientas, en su mayoría recolectadas de la superficie de todo el yacimiento. Un fragmento *in situ* se recuperó de la cala 6. La piedra ígnea verde no es de procedencia local y probablemente sea una evidencia de intercambios interregionales.

Otros artefactos de piedra recolectados, usados para machacar y moler, están siendo analizados para determinar la presencia de gránulos de almidón y fitolitos que permitan identificar las posibles plantas o cultivos procesados.

Numerosos artefactos de coral (particularmente *Acropora cervicornis*) se encontraron en las diferentes calas de sondeo. Muchos de estos artefactos son, aún, de función desconocida, aunque como ya se indicó, hay algunos que por su forma podrían haber sido utilizados para realizar los huecos de postes. También se recuperaron abundantes artefactos, lascas de sílex y cuarzo e inclu-

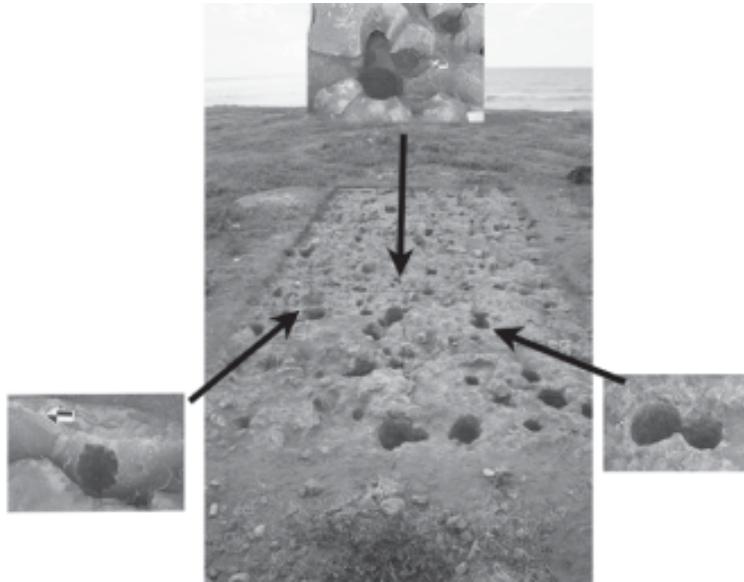


Fig. 8. Vista del bloque B y algunos huecos de poste del bloque B. Foto de Alice Samson.

so una navaja de sílex que había preservado la corteza en uno de sus lados.

Cierta cantidad de instrumentos puntiagudos (perforadores), elaborados en hueso, fueron recuperados de las calas de muestreo.

Cuentas de collar, pendientes y otros artefactos para decoración personal

Entre los materiales recuperados de las diversas calas, hay una notable presencia de artefactos de uso personal, entre los cuales se encuentran ejemplares de cuentas de collar y pendientes o colgantes. Una cuenta de collar de diorita se recuperó de los niveles Boca Chica de la cala 2 y otra se encontró en el bloque B. Ambas cuentas son cilíndricas. Otra cuenta (cala 2, niveles Anadel) de forma discoidal, es una clara modificación (y perforación) de una vértebra de pescado. Otro ejemplar es un fragmento en madreperla (*Isognomon alatus*) que presenta una perforación, probablemente un colgante (o quizá cosido, ¿sobre tejido o cestería?). Igualmente varios especímenes de *Oliva sp.* con perforaciones (¿cascabeles, brazaletes sonajeros?) así como de discos de *Strombus sp.* perfo-

rados ofrecen una muestra variada de adornos corporales. La presencia en el bloque A de un fragmento cerámico de sello (Boca Chica) es una evidencia indirecta de la práctica de decoración del cuerpo humano (o de tejidos) con pigmentos.

Quizá de mayor interés sea un fragmento ojival extraído del burgao o bulgao (*Cittarium pica*) que, sin duda, fue utilizado como incrustación en el ojo de algún ídolo o escultura biomorfa. El iris (un círculo negro) fue elaborado rebajando la superficie del fragmento de caracol hasta la madreperla y cortando alrededor de la parte negra del burgao. En otras palabras, el iris no es añadido, sino que es parte del *Cittarium pica*. Esta incrustación apareció en la cala 1 y en el nivel superior (es decir, Boca Chica). Las esculturas taínas (“ídolos”) son indudablemente representaciones materiales del cemí y desempeñan un papel importante en la política y religión de las sociedades taínas (ver Oliver 2005).

No hay que olvidar el fragmento de aro lítico, de material exótico, recuperado en el bloque B, en proximidad a la superficie rocosa y cerca de varios huecos de postes a nivel del depósito Boca Chica.

Ciertamente, la presencia de esta variedad de artefactos de uso personal, así como de carácter ritual o ceremonial permitirá, eventualmente y en la medida que se amplíen las muestras, determinar si, en efecto, existían diversos estratos sociales en la comunidad de El Cabo, así como su localización en el espacio aldeano, e informar acerca de las distintas funciones que cumplían los “actores” (por ej., behiques) de la comunidad.

CONCLUSIONES Y CONSIDERACIONES PARA FUTURAS CAMPAÑAS DE TRABAJO

Las investigaciones arqueológicas iniciadas durante el verano de 2005 en el yacimiento de El Cabo al sureste de la República Dominicana, están orientadas a corregir el desequilibrio de conocimientos y superar la dependencia de extrapolar al pasado precolumbino las descripciones y explicaciones que, en efecto, sólo tienen vigencia para este período inicial de colonización europea. No hay que olvidar todas las consecuencias que esto implica para las actividades cotidianas de los indígenas.

Las excavaciones a gran escala (bloques A, B) en el yacimiento revelaron gran cantidad de elementos, de los cuales la gran mayoría corresponden a huecos de postes. Los datos preliminares sugieren una segregación horizontal (en el espacio) que cubre dos

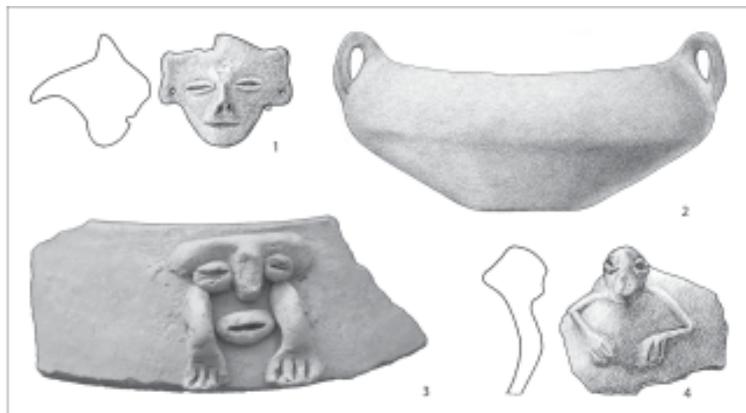


Fig. 9. Cerámicas del estilo Anadel u Ostiones. 1. adorno antropomorfo de engobe rojo (ancho 51mm); 2. vasija navicular de contornos compuestos y asas en forma de "D" (ancho en el punto de inflexión 262 mm). 3. borde con aplicaciones de estilo transicional (ancho 100 mm). 4. borde de engobe rojo (ancho 65 mm). Dibujos de Medy Oberendorff.

períodos de ubicación. La más temprana (Anadel) parece estar concentrada en los suelos arenosos en la depresión conformada por la parte norte y bordeado por montículos residuales que se extienden, en arco, desde el acantilado/borde costero hasta unos 100 m tierra adentro. La ocupación más tardía (estilo Boca Chica) parece estar concentrada en la parte alta de los lechos rocosos de frente a la costa, es decir en la parte sur. Los habitantes del período tardío (Boca Chica) invirtieron tiempo y energía en las actividades de construcción que resultaron (arqueológicamente) en una impresionante cantidad y densidad de huecos de postes, es decir, de construcciones arquitectónicas (viviendas), así como de otros elementos, aunque aún están por determinarse las características (número, tamaño, forma y construcción/mantenimiento) de las viviendas.

Este yacimiento, dotado de una variedad de artefactos, ofrece un enorme potencial para continuar nuestras investigaciones, cuyo objetivo más amplio es la (re)construcción de los diversos aspectos que conforman (o reflejan) el patrón de vida cotidiana ("vida y muerte") de los habitantes de esta aldea.

Durante los próximos años el énfasis debe centrarse en la identificación de estructuras y huellas que revelen actividades, tanto de la vida diaria, sin excluir los rituales y ceremonias cíclicas, así como de las actividades relacionadas a la muerte (antepasados, entierros, etcétera).

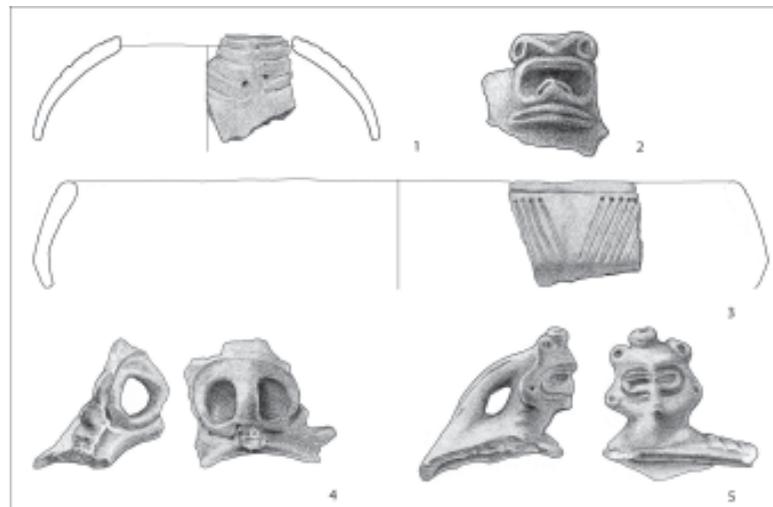


Fig. 10. Cerámicas del estilo Boca Chica. 1. fragmento del borde de una vasija restringida de contornos simples con decoraciones incisivas punteadas (ancho 64 mm), 2. adorno zoomorfo (altura 46 mm), 3. fragmento del borde de una vasija restringida con un contorno compuesto e incisivo, decoración punteada (ancho 72 mm), 4 y 5. asas de diseño zoomorfo (altura 72 mm y 85 mm). Dibujos de Medy Oberendorff.

Además de ampliar los existentes bloques A y B, se realizará una prospección geofísica de radar de penetración del suelo (*Ground Penetrating Radar* [GPR]) para probar su efectividad en la identificación de elementos culturales, particularmente los huecos de postes y pozos. Así se cubrirá un área mucho más extensa del yacimiento de la que sería factible y económicamente viable mediante excavaciones en bloques.

La arqueología experimental será implementada para duplicar huecos de poste en lechos rocosos, y particularmente para obtener mayor información sobre la manufactura de una empresa (construcción, mantenimiento y reparación de viviendas) tecnológicamente compleja. Un segundo objetivo es la localización de eventuales áreas de enterramientos para obtener información acerca de las prácticas funerarias, así como de aspectos fundamentalmente físico/bio-anropológicos (paleopatología, tafonomía), que arrojen información sobre la demografía y las condiciones de salud de la población, la movilidad geográfica de sus habitantes y otros datos que permitan elucidar las normas matrimoniales, residenciales y de descendencia de la población de El Cabo.



Fig. 11. Artefacto lítico.

Otro aspecto al que se le dará énfasis en la investigación es el referido a la vinculación de las estructuras habitacionales con los montículos de desperdicios o basurales. Será interesante identificar qué áreas de los montículos de basura pueden ser vinculados a viviendas específicas y a “unidades hogareñas”.

En este sentido se está contemplando realizar un estudio tecnológico del proceso de manufactura de la cerámica y de los artefactos (herramientas, instrumentos) líticos y coralinos, usando métodos arqueométricos.

Finalmente, se realizará una prospección (con algunos sondeos) de los alrededores de El Cabo, particularmente la base y la pared del farallón, a fin de comprender mejor el ámbito que enmarcaba y rodeaba a los antiguos habitantes de El Cabo. Es decir, no todas las actividades rituales o cotidianas de los habitantes de El Cabo se realizaban dentro de los límites del pueblo.

RECONOCIMIENTOS

Los autores agradecen a Adriana Churampi la traducción al español del texto original en inglés. Las fotografías de este artículo fueron tomadas por Menno L. P. Hoogland, Alice Samson y José R. Oliver. Los dibujos de la cerámica son de Medy Oberendorff. Angus Mol, Joost Morsink y Lucas Arts se encargaron de la elaboración de los mapas. Don van den Biggelaar fue el responsable de los sondeos de barreno y del informe correspondiente. También expresamos nuestro reconocimiento al equipo de excavación de 2005: Lucas Arts, Don van den Biggelaar, Jimmy Mans, Hayley Mickleburgh, Angus Mol, Joost Morsink, Eva Paulsen, Mark Thijssen, Kelby. Alexandra. Manolo y Berto, vecinos de El Cabo también nos brindaron su colaboración en los trabajos de campo y laboratorio.

Igualmente, queremos mencionar la amable hospitalidad de José *Lionel* Ávila, alcalde de El Cabo, y de su familia así como la generosa hospitalidad de la comunidad de El Cabo. Al comandante de la Marina de Guerra, Destacamento de Juanillo, Sr. Mercedes, le agradecemos su vigilancia e interés en el patrimonio arqueológico de esta región. Finalmente, aunque no menos importante, es el reconocer que la investigación del 2005 no hubiera sido posible sin el apoyo logístico de la Fundación Ecológica de Punta Cana (Grupo Punta Cana) y la valiosa ayuda de Carlos Hernández Soto, Harold Olsen y especialmente Clenis Tavárez María del Museo del Hombre Dominicano.

NOTAS

¹ Una versión más detallada de este artículo se encuentra disponible en inglés (con imágenes adicionales) en la página web de la Universidad de Leiden en el Caribe. <http://www.archeologieleidenuniv.nl/index.php37m=47&c=107>

² Recordamos al lector que para los efectos de este ensayo utilizamos la nomenclatura de Rouse en la denominación de las series y estilos. Según Rouse (1992) tanto el estilo Anadel (casi idéntico al Ostiones de Puerto Rico) como el Boca Chica se agrupan bajo la serie ostionoide, aunque el primero se incluye bajo la subserie *chican* (en inglés) y el último en la subserie *psionan*.

³ Una de las aldeas descritas por Las Casas es el yacimiento arqueológico de Punta Macao, que se encuentra no muy lejos del área de Punta Cana, ver *Boletín* No. 37, Museo del Hombre Dominicano.

⁴ La abreviación cm BS significa centímetros bajo la superficie.

⁵ De hecho, uno de los actuales vecinos del poblado de El Cabo excavó huecos de postes a profundidades de casi 100 cm, no como requisito para soportar las vigas y el techo (que es liviano, de zinc corrugado) de su casa, sino para protegerla de los embates de los huracanes. Previamente, los postes de su casa anterior habían sido partidos “como palillos de dientes” tras uno de los huracanes que asoló la zona a finales de la década de los 90 (notas de campo, Oliver 2005).

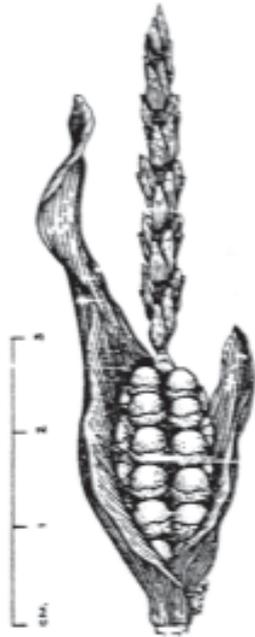
BIBLIOGRAFÍA

- Casas, fray B. de Las (1927): *Historia de Las Indias*. 3 vols., Barcelona original escrito entre 1520-1561; publicado 1875/1876.
- _____ (1958): *Apologética de las Indias*. Manuel Serrano y Sanch. Baillo, eds., Madrid, Baillière.
- (2004): “El sitio arqueológico de Punta Macao, Higüey” en *Boletín Museo del Hombre Dominicano*, No. 37.
- Curet L. A. (1992): “House Structure and Cultural Change in the Caribbean: Three Case Studies from Puerto Rico” en *Latin American Antiquity* 3 (2).
- Curet L. A. y J. R. Oliver (1998): “Mortuary Practices, Social Development and Ideology in Precolumbian Puerto Rico” en *Latin American Antiquity* 9 (3).
- Deagan K. A. (1987): “Initial Encounters: Arawak Responses to European Contact at En Bas Salines Site” en *Proceedings of the First San Salvador Conference ‘Columbus and his World’*, D. T. Gerace ed., Florida, College Center of the Finger Lakes, Bahamian Field Station.

- Deagan K. A. y J. M. Cruxent (1993): "From contact to *criollos*: The archaeology of Spanish colonization in Hispaniola" en Warwick Bray, ed., *The meeting of two worlds: Europe and the Americas 1492-1650*, *Proceedings of the British Academy* 81, Oxford University Press.
- García Arévalo M. y J. Tavares (1978): "Presentación" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 10.
- Hofman C. L., M. L. P. Hoogland y A. Delpuech (2001): "Spatial Organisation at a Troumassoid Settlement. The Case of Anse a la Gourde, Guadeloupe" en *Proceedings of the 19th International Congress for Caribbean Archaeology*, Oranjestad, Aruba.
- Hofman C. L. y M. L. P. Hoogland (2004): "Social dynamics and change on the northern Lesser Antilles" en A. Delpuech, y C. L. Hofman, eds., *Late Ceramic Age Societies in the eastern Caribbean*, Paris Monographs in American Archaeology 14, E. Taladoire, series editor. BAR International series Oxford (en prensa).
- Hoogland M. L. P. y C. L. Hofman (1999): "Expansion of the Taino Cacicazgos towards the Lesser Antilles" en *Journal de la Société des Américanistes* 85.
- Hoogland M. L. P., T. Romon y P. Brasselet (1999): "Troumassoid burial practices at the site of Anse à la Gourde, Guadeloupe" en *Actas del XVIII^{avo} Congreso Internacional de Arqueología del Caribe* (2), Granada, International Association for Caribbean Archaeology, Guadeloupe.
- Keegan W. F. (1995): "History begins on Grand Turk" en *Times of the Islands: The International Magazine of the Turks and Caicos* (<http://www.flmnh.ufl.edu/anthro/Caribarch>, 24-1-99).
- _____ (1997): *Bahamian archaeology*, Nassau, Media Publishing.
- Lovén S. (1935): *Origins of the Tainan culture*, West Indies, Elanders Bofryckeri Aktiebolag, Göteborg.
- Oliver J. R. (2003): An "Interpretative Analysis and Discussion of the Río Cocal-1 Community of Sabana Seca, Puerto Rico" en *Archaeological Survey and Evaluation of Sites at NSWC Sabana Seca*, Vol. IV (Partes I-II) Evaluation of Prehistoric Site, Río Cocal-1 Site, Preparados por R. C. Goodwin, J. R. Oliver, D. D. Davis, J. Brown, S. Sanders y M. Simmons, Norfolk, VA, editado por R. Christopher Goodwin & Associates al United States Department of the Navy, Atlantic Division, Naval Facilities Engineering Command.
- Oliver J. R. (2005): "The Proto-Taíno Monumental Cemís of Caguana: a Political-Religious 'Manifesto'" en *Ancient Borinquen. Archaeology and Ethnohistory of Native Puerto Rico*, P. E. Siegel, ed., Tuscaloosa, Alabama, University of Alabama Press.
- Olsen Bogaert, H., F. Coste, J. Nadal (2002): "Rescate Arqueológico. Proyecto: Desarrollo Inmobiliario Cap Cana Juanillo, Higüey, Provincia La Altagracia", Museo del Hombre Dominicano (inédito).
- Ortega E. (1978): "Informe sobre investigaciones arqueológicas realizadas en la región este del país, zona costera desde Macao a Punta Espada" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 11.
- _____ (2005): *Compendio general arqueológico de Santo Domingo*. Vol. 1, Academia de Ciencias de República Dominicana.
- Oviedo y Valdes G. F. de (1851-55): *Historia General de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Oceano*. 4 vols., Madrid, Real Academia de la Historia.
- Pendergast D. M., E. Graham, J. A. Calvera, y J. M. Jardines (2002): "The Houses in Which They Dwelt: The Excavation and Dating of Taino Wooden Structures at Los Buchillones, Cuba" en *Journal of Wetland Archaeology*, 2.
- Righter E. (2002): "Post Hole Patterns: Structures, Chronology and Spatial Distribution at the Tutu Site (Ch.12)" en *The Tutu archaeological village site: a multidisciplinary case study in human adaptation*, Routledge.
- Rouse, I. B. (1992): *The Tainos: Rise and Decline of the People who Greeted Columbus*. New Haven-London Yale, University Press.
- Siegel P. (1999): "Contested Places and Places of Contest: the Evolution of Social Power and Ceremonial Space in Prehistoric Puerto Rico" en *Latin American Antiquity* 10 (3).
- Tavárez C. y F. Luna Calderón (2005): "Estudios de antropología física de los restos excavados en el cementerio de Macao, República Dominicana". Ponencia presentada en el 21^{avo} Congreso de la Asociación Internacional de Arqueología del Caribe, Trinidad, Julio 24-30, 2005.
- Veloz Maggiolo M. V. (1972): *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Singapur, McGraw-Hill Far Eastern Publishers.
- _____ (1993): *La isla de Santo Domingo antes de Colón*, Santo Domingo, Banco Central de la República Dominicana.
- Veloz Maggiolo M. V. y E. J. Ortega (1995): *Punta Cana y el origen de la agricultura en la isla de Santo Domingo*. Primer Seminario de Arqueología del Caribe, Altos de Chavón, República Dominicana, Museo Arqueológico Regional Altos de Chavón.

EVIDENCIAS ANTILLANAS DE MAÍZ PRECOLOMBINO

MARCIO VELOZ MAGGIOLO



La ilustración ha sido tomada de "Domestication of Corn", de P. C. Mangelsdorf, R. S. MacNeish y W. G. Galinat, *Revista Science*, vol. 143, february 7, 1964, p. 542.

Evidencias de maíz ligado a las culturas llamadas meillacoide y ostionioide en las Antillas y entre los grupos anteriores llamados caimitoides, hacen suponer que los primeros cultivos de maíz en el área antillana pudieron haberse originado en la costa norte de Centroamérica o en la de Colombia, en donde la presencia de maíz es más temprana que en la desembocadura del río Orinoco.

Las llamadas culturas ostionoides y mellacoides tienen su desarrollo inicial en la isla de Puerto Rico, parte occidental, y en el centro de la isla de Santo Domingo respectivamente y representan un estadio de desarrollo que al parecer culmina con la adopción de la monticulación agrícola (Veloz 1991) que pasaría a la isla de Santo Domingo desde Puerto Rico. Las llamadas culturas caimitoides, actualmente en estudio, son tempranas, carecen de burén para cocción del pan de yuca o casabe y revelan formas arcaicas de asentamiento. Los nombres de las tres series se toman del sitio Punta Ostiones, en Puerto Rico (Rouse y Cruxent 1963) del lugar Meillac, en Haití, y del sitio El Caimito, en la parte este de la isla de Santo Domingo (Veloz *et al.* 1974).

La serie caimitoide tiene sus orígenes en el siglo IV antes de Cristo, y sus integrantes parecen ser grupos más ligados a la costa centroamericana que a la desembocadura del Orinoco, lugar de donde proviene la mayoría de los grupos agrícolas que luego conformarán las culturas agricultoras antillanas. La serie ostionioide se origina en el occidente de Puerto Rico, y utiliza la yuca o mandioca como elemento básico de subsistencia, fenómeno común a todos los grupos selváticos agrícolas de orden amazónico. Dicha serie tiene sus fechas más tempranas hacia el 600 y 700 después de Cristo. Los ostionoides parecen haber sido la cultura madre de los grupos meillacoides de Santo Domingo, emparentados con lo que ha considerado etnológicamente como la cultura de los macorijes.

EL SITIO DE CAVE ON ROSE HALL STATE

El sitio de Cave on Rose Hall State, en Saint James, isla de Jamaica, fue estudiado con fines paleontológicos por Gerrits S. Miller Jr., en el año de 1931. Miller era un especialista en mamíferos y vertebrados de las Antillas y depositó en los almacenes de Smithsonian Institution, oficina científica para la cual trabajó por muy largo tiempo, restos de alfarería y otros elementos no paleontológicos sino culturales relacionables con grupos precolombinos de Jamaica. Ni Miller ni otro investigador se ocuparon de estos materiales, que para un paleontólogo pudieron haber sido secundarios, los que estuvieron en el lugar —hasta el momento de nuestro hallazgo—, por más de sesenta años.

En la gaveta número P-12200105, encontramos, el día 17 de febrero de 1994, junto a restos de alfarería y objetos culturales, un resto de tusa de maíz numerado A-351631, e identificado como cob corn. El maíz, de características novedosas, era parte de una mazorca pequeña, y la tusa es un fragmento con las siguientes medidas según el experticio que para nuestro trabajo hiciera el especialista Robert Byrd: una altura de 2 cm, con un diámetro de apenas 1 cm, y su grosor menor que el de los maíces actuales. Este grosor no era mayor que el de el dedo de una mano. Vista la tusa al microscopio, tenía, según Byrd, las características de maíz primitivo. La tusa presentaba acción de fuego tanto en el exterior como en el interior, lo que apunta hacia su uso como maíz asado, alimento común entre los arawacos antillanos.

Los materiales asociados fueron 29 fragmentos de cerámica, un fotuto o trompeta hecho de caracol de la especie *Charonia variegata* al que se le descortezó el ápice para soplar al través del mismo, una cuenta de caracol de la especie *Oliva*, así como un núcleo de sílex de gran tamaño, del cual se habían desprendido algunas lascas.

El análisis de la alfarería permitió identificar tipos de diferente factura, entre los cuales definimos los siguientes: espatulado, ordinario, alisado, modelado, inciso y aplicado. Un 10 % de las muestras alfareras tenía decoraciones tales como aplicados, modelados e incisos, muy cercanos a las alfarerías meillacoides o macorijes de la parte occidental de la isla de Santo Domingo, sobre modelos ostionoides tardíos. Las alfarerías parecen estar en transición de formas ostionoides a meillacoides. Como este proceso se nota ya en los finales del siglo VIII en el valle del Cibao, en

el sitio Río Verde, dedujimos provisionalmente la fecha para esta alfarería. No conocíamos ningún resto de maíz ligado a culturas antillanas posteriores a la era cristiana, y sólo hemos trabajado con polen fósil para identificar su uso. Los análisis de polen en nuestro caso, llevados a cabo por J. Nadal, del Museo del Hombre Dominicano, sólo pueden precisar la presencia de maíz pero no sus variedades. De modo que la tusa encontrada por nosotros, venía a establecer que por lo menos en el siglo VIII de nuestra era, y en Jamaica, había un tipo de maíz “primitivo” en uso.

La tusa hallada en 1931 por Miller revela que hasta este período se usó un maíz con rasgos primitivos. Si se toman en cuenta las fechas de este cultivo, el siglo VIII es tardío y existían ya otras variedades mejor desarrolladas.¹

Los análisis de polen realizados por Nadal y publicados (Veloz y Nadal 1995:175 y 180) para sitios caimitoides de la isla de Santo Domingo, en los que el burén no tiene presencia y el modelo de asentamiento responde más que nada al patrón de grupos recolectores, revela fechas más tempranas que las del Orinoco para maíz, puesto que fueron muestras tomadas en los sitios conjuntamente con los objetos arqueológicos. De ser así, los sitios Honduras del Oeste (Veloz y Ortega 1976) con 305 antes de Cristo, El Caimito, 125 antes de Cristo a 80 después de Cristo, con rango similar de maíz entre un 5 y un 6 % (Vega 1996) pudieran estar señalando que las primeras migraciones de maíz hacia las Antillas se produjeran no desde la parte oriental de Sudamérica, sino desde el norte de Centroamérica, foco de dispersión planteado antes por Betty J. Meggers y Clifford Evans cuando trabajamos los sitios de recolectores con alfarería. Estos autores postularon el norte de Colombia como un posible foco de origen de estas cerámicas. (En *Aspectos arqueológicos de las Tierras Bajas de Sudamérica y las Antillas*. Cuadernos del CENDIA, No. 4, Santo Domingo, UASD, 1978).

Vale la pena señalar, abundando sobre el tema, que los trabajos de William P. Barse en el sitio Ronquín, y en las secuencias del Orinoco Medio, contradicen las tesis de Anna Roesvelt (1997) en el sentido de que el maíz haya entrado al Orinoco en el año 800 antes de Cristo, como se postulaba. Barse señala que

el modelo de intensificación agrícola y expansión de la población de la cuenca del Orinoco, basado en la introducción del maíz alrededor del año 800 antes de Cristo, se fundamenta en

la aceptación de fechas de radiocarbono tempranas para la secuencia cerámica desarrollada para la región de Parmana. Sin embargo fechas de radiocarbono obtenidas por espectroscopía de acelerador de masas (AMS), de cerámicas del sitio de Ronquín sugieren que la secuencia es más joven que lo postulado por varios investigadores.

Barse (2000) plantea la necesidad de revisar la secuencia de fechas de maíz puesto que el proceso al través de AMS revela que el maíz entra en la cuenca del Orinoco hacia un momento “avanzado” del primer milenio, es decir, posteriormente a la era cristiana.

Autores como Sanoja y Vargas y Mangelsdorf, entre otros, han también postulado la entrada tardía del maíz en la cuenca del Orinoco (Molina 1995).

En un magnífico trabajo de resumen hecho por el arqueólogo Luis Molina, la tendencia del maíz es extenderse desde el valle de México hacia Sudamérica a partir de 4000 antes de Cristo, y alcanza los parajes andinos antes que los cultivos selváticos, donde el resumen de fechas plantea una diferencia de siglos (Molina 1995).

CONCLUSIONES PROVISIONALES

El cotejo de datos que hacemos brevemente señala que hacia el siglo VIII había maíz en Jamaica de características primitivas y que aun antes de la era cristiana hubo maíz en la isla de Santo Domingo. Meggers y Evans han planteado la posibilidad de un tránsito alfarero desde el norte de Colombia para los grupos caimitoides. Actualmente esta serie, la caimitoide, comienza a ser estudiada en la parte oriental de Cuba por Jorge Ulloa *et al.*, aunque todavía no existen pruebas polínicas que evidencien el uso del maíz. Este maíz primitivo de Jamaica detectado por nosotros en Smithsonian Institution pudiera señalar que hubo maíz temprano en las Antillas antes que en la cuenca del Orinoco, y que de ser así no es descartable el tránsito desde la costa norte de Sudamérica o tal vez desde algunos puntos de Centroamérica de los grupos caimitoides que ahora se completan con los trabajos en Cuba de Ulloa y Valcárcel (2002).

NOTA

¹ Ya para 1492 o luego, el maíz se presentaba en cuatro variedades según Las Casas “era menudo y de muchos colores, morado y blanco y amarillo, todo esto en una mácora” (Las Casas: *Historia de Las Indias*).

BIBLIOGRAFÍA

- Barse, William, P. Ronquin (2000): *AMS Dattes, and the Middle Orinoco Sequence Iterciancia*. Vol. 25, No. 7, Caracas.
- Molina, Luis E. (1995): “Notas sobre la fecha de un contexto arqueológico con mazorcas de maíz prehispánico en el valle de Quibor, Estado Lara, Venezuela” en *Boletín del Museo Arqueológico de Quibor*. No. 4 Venezuela.
- Roosevelt, Ana C. (1997): *The Excavation at Corozaal, Venezuela Sreratigraphic and Ceramic Seriation*. Yale University Press.
- Rouse Irving y José M. Cruxent (1963): *Venezuelan Archaeology*. Yale University Press.
- Ulloa Hung, Jorge y Roberto Valcárcel Rojas (2002): *Cerámica temprana en el centro-oriente de Cuba*, Santo Domingo, Editorial Viewgraf.
- Vega, Bernardo (1996): *Las frutas de los taínos*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1991): *Panorama histórico del Caribe precolumbino*. Santo Domingo, Edición del Banco Central de la República Dominicana.
- Veloz Maggiolo, Marcio, Elpidio Ortega y Plinio Pina (1974): *El Caimito: Un antiguo complejo ceramista de las Antillas Mayores*. Santo Domingo, Ediciones Fundación García Arévalo
- Veloz Maggiolo, Marcio y E. Ortega (1976): “The Preceramic of the Dominican Republic, Some New Finds and their Possible Relationship” en *Proceedings of the Firrst Puert Rican Symposium on Arachaeology, Informe 1*, Fundación Arqueológica, Antropológica e Histórica de Puerto Rico, San Juan.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Joaquín Nadal (1995): “La Zamia, su identificación prehistórica” en *Revista Investigación para el Desarrollo*, Año 2, No. 1, Santo Domingo, UASD.

RECORDANDO A FERNANDO LUNA CALDERÓN (*Galeno*)

CLENIS TAVÁREZ MARÍA

La vida está llena de sorpresas, no hay dudas de esto. No se me ocurrió nunca pensar en escribir algo sobre Galeno, no en estas circunstancias. Sí, Galeno era como los más cercanos a él le llamábamos. Mote que debe al gran médico griego dada su inclinación por la medicina desde temprana edad. Sin temor a exagerar nadie que le conoció puede haberse olvidado de él. En sus propias palabras era una de esas personas que al conocerse te dejan una “impronta”, una huella, no podías escapar de su recuerdo. Mis más de veinte años de trabajo a su lado en el quehacer antropológico, enriqueció no sólo mis conocimientos académicos sobre esta disciplina, de la cual fue máximo exponente sino también de la vida misma y el ser humano.

En él se conjugaban varias profesiones. Comenzó estudiando Medicina en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, la cual quedó inconclusa al ser becado para estudiar en Smithsonian Institution of Washington Biología humana y Paleopatología ósea. Continuó más tarde estudios de Psicología clínica en las universidades Mundial Dominicana y Colegio Dominicano de Estudios Profesionales.

Lector incansable desde los clásicos libros de literatura griega, española, rusa, inglesa, caribeña, dominicana y latina hasta la contemporánea. Cultivaba la poesía, recreándose en las rimas becquerianas y la profundidad del hindú Tagore. Una de sus favoritas de este último era: “No llores porque el sol se oculta que las lágrimas no te dejarán ver las estrellas”. Era un admirador del arte, del canto gregoriano y los grandes maestros. Pero también disfrutaba el gusto popular nacional y los ritmos folklóricos, no importándole su procedencia. Apreciaba la obra de Dalí, Rembrandt, Picasso, Goya... Repetía “soy hombre, nada humano me es ajeno” siguiendo esa frase inmortal de Terencio.

Hizo de la antropología física su vida. Recordaba los miles de esqueletos lavados mientras estudiaba en Smithsonian. Los años

en Washington asaltaban con nostalgia su mente. Sus profesores: Betty Meggers, Clifford Evans, Dr. Stewart, vivían presente en su memoria. Estoico por convicción. Una vez habló de cómo soportó una semana sin casi ingerir alimentos y caminando a pie desde su casa hasta el Smithsonian bajo el frío invierno de Washington porque aún no le había llegado el dinero de la beca. Su salud desmejoró bastante en esa circunstancia y sólo dijo lo que le pasaba cuando le llamaron la atención por llegar tarde. Al conocerse el motivo fue tomado como modelo de persistencia y de ahí en adelante no falló el dinero para su sustento.

Nació un 23 de noviembre del 1945 en Santiago, República Dominicana. El país vivía la dictadura de Trujillo. Siendo apenas un niño comenzó su lucha contra la tiranía. Se marchó a la capital, Santo Domingo, para continuar sus estudios. Allá despertaba más su conciencia social. Siendo un joven adolescente formaba parte de un partido de izquierda dominicana. Luchó en el lado de los constitucionalistas cuando la guerra del 1965 contra la ocupación militar norteamericana. Era un defensor de la libertad de los pueblos y el ser humano. Para él la patria no era sólo el lugar de nacimiento. En sus palabras: “la patria está donde se lucha por el bienestar de la humanidad”.

Con orgullo recordaba la época en la cual lustraba zapatos en su infancia siendo el único que andaba con su caja llena de líquido, material de limpieza y libros. Así compartía conocimientos con los demás limpiabotas. Su gusto por la transmisión del conocimiento nació con él. Sus compañeros lo recuerdan porque siempre tenía algo que aportar o enseñar. Gozaba conversar con la gente sin importar su grado académico, condición social o credo religioso. También de intercambiar opiniones, caminar por las calles, decía siempre se aprende algo de alguien, todos tenemos algo que enseñar. Y así vivió.

A su regreso ya siendo profesional de la antropología física ejerció con amor ilimitado su carrera. Para él, el hueso era como un libro abierto al cual le podías preguntar sobre su vida, qué y quiénes eres, qué haces, qué edad tienes, cuáles enfermedades padeciste?, de qué moriste? El te responde cada una de las interrogantes si tú sabes leerlo. Dirigió el Departamento de Antropología Física del Museo del Hombre Dominicano desde su fundación hasta 2000 cuando fue nombrado director de dicho museo y luego del de Historia Natural. Pero, siempre se quedó ligado al quehacer científico del Museo del Hombre Dominicano.



Fernando Luna Calderón

En principio fue duro en la década del 1970 entender su trabajo. En la sociedad dominicana no se conocía a profundidad sobre la antropología física y sus alcances. Él con su labor fue poco a poco transmitiendo el mensaje de los huesos y así se fue entendiendo como los muertos podían hablar sin hacer actos de magia sino de forma científica. Trabajaba con entusiasmo cada cementerio extrayendo de la tierra el más oculto secreto. Todo constituye un dato, desde la forma en que fue enterrado, la posición del esqueleto, de las manos, de los pies, la orientación, el tipo de tumba, la parafernalia, forman parte del ritual y la cultura del grupo al cual se estudia, sostenía.

Estudiar los restos óseos siempre trajo controversias en el país. Profanación, los muertos descansan en paz... fue parte de los argumentos esgrimidos. Su esfuerzo, dedicación y explicación de cada caso, hizo entender la importancia del trabajo y desmitificar la creencia al respecto. Así logró el espacio de la disciplina y el suyo propio como expositor de la misma. Trabajó tanto en casos de cementerios antiguos de los aborígenes como en recientes de la historia republicana y actual.

Su primera excavación arqueológica fue a inicios de la década del 70 cuando era estudiante. Fueron aquellos tiempos de trabajos muy intensos viajando por toda la geografía dominicana. Semanalmente salían en una expedición dirigida por su maestro Marcio Veloz Maggiolo. Ese equipo también lo integraban Elpidio J. Ortega, Jose A. Caro Álvarez, Manuel García Arévalo, Renato Rímoli compañero de estudios, Plinio Pina y otros empleados del museo dentro de los cuales cabe señalar a Darío Mercado y Manuel Madera. Probablemente, fue La Cucama, en la carretera que conduce de Santo Domingo a San Pedro de Macorís su primera excavación. Allí fue encontrado un enterramiento simultáneo de hombre-mujer que es hasta ahora la única evidencia conocida del atheabenenequen o sacrificio humano practicado en la cultura taína y muy bien descrita por el cronista Las Casas. Fue sacado tal cual apareció y forma parte de la colección del Museo del Hombre Dominicano.

Maestro por vocación, enseñó Biología y Anatomía en el Liceo Miguel Ángel Garrido de Santo Domingo en 1962. Profesor del Instituto Tecnológico de Santo Domingo en 1976, de la Universidad Central del Este desde el mismo año durante casi una década y de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña por diez años. También fue profesor invitado en varias universidades extranjeras e instituciones dentro de las cuales cabe mencionar: la Universidad Central de Venezuela y el museo de Quibor (1981); Harvard, (1982); Boston (1982); Museo Arqueológico de Madrid, (1983), Centro Ceremonial de Tibes, Puerto Rico (1984); OEA a Carúpano, Venezuela (1987); Museo de Ponce, Puerto Rico (1988), encuentro en torno al V Centenario en Italia (1992); la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba (1996) y Festival de la Cultura Caribeña en 2001.

Para él trabajar en el mundo de los esqueletos, de los que hablan para quienes lo saben interpretar, era más que una profesión. Cierta vez, mientras hacía el trabajo de limpieza de un esqueleto, un amigo psicólogo le preguntó si ha pensado alguna vez que algún esqueleto de esos corresponda al suyo en otra vida. Esto lo sorprendió y se quedó pensativo. Ecléctico por convicción. Abierto a toda corriente de pensamientos, contestó, no, no se me ha ocurrido. Luego señaló qué pregunta esa...

Como amaba tanto su trabajo, laboraba sin importar le el día ni la hora. Trabajaba a veces sin descansar. No dejó de ir hasta que ya era el momento final del internamiento por necesidad y el desenlace fatal se acercaba. Faltando poco para morir hablaba de la reapertura del museo y los proyectos futuros para habilitarlo, con



Fernando Luna Calderón con el antropólogo cubano, ya fallecido, Manuel Rivero de la Calle

un entusiasmo inusitado. Con sus conocimientos de medicina, sabía mejor que nadie que la vida se escapaba sin que pudiera hacer nada. Sin embargo, continuaba trabajando diario. No se quejaba de dolor alguno con ese estoicismo característico en él y siempre decía sentirse mejor para no preocupar a nadie, llegando a confundir a los más crédulos. Le pregunté uno de esos días por qué iba al trabajo estando tan enfermo y me respondió con sus grandes ojos claros mirándome fijamente: “hay que trabajar mientras se está vivo, hay muchas cosas por hacer todavía”.

En el campo, gustaba por limpiar personalmente cada enterramiento con especial empeño, respetándolos de forma tal como si fueran conocidos suyos. Su destreza impresionaba a cualquiera. Parecería como si supiera de la forma en la cual fue enterrado, como si hubiera participado del sepelio. Con rapidez y sin cometer accidentes en la fase de trabajo, era capaz de limpiarlo y tener una idea de las circunstancias y vida de esa persona en un tiempo récord. Era impresionante como quedaban las manos y pies, costillas y vértebras, tenía maestría y arte en esto. Sin dudas disfrutaba su carrera. Y no le importaba detenerse cuantas veces fuera necesario para enseñarle a los visitantes el proceso de trabajo y explicar con maestría y claridad lo que hacía.

Mereció el reconocimiento de sus colegas por su labor en innumerables ocasiones, siendo llamado a realizarla en playas extranjeras otras tantas. En el año 1975, excavó en la costa de Quito, Ecuador; en el 1976 en el asentamiento humano de Collores, Ponce, Puerto Rico. Fue director del proyecto de excavación del cementerio aborigen de Tibes, Ponce, Puerto Rico en el 1978. Excavó en la Habana en el mismo año; en Cabo Haitiano y el osario Isla Gonaive, Haití, en el siguiente año. Además en el cementerio de Quibor, Caracas, en 1981. De este en particular recordaba el hallazgo de la mucopolisacaridosis en los enterramientos. Dato relevante pues tal padecimiento estaba afectando a la población actual y con su trabajo se demostró que no era nuevo sino que se había mantenido desde épocas remotas. En los años 1992 y 93 excavó en Martinica junto a Clenis Tavárez María un cementerio en la hacienda del Padre Labat.

Su último trabajo en el exterior fue en la provincia de Santiago de Cuba. Allí formaba parte de un equipo interdisciplinario encabezado por Marcio Veloz Maggiolo en el cual se estudiaban sitios ceramistas tempranos del oriente cubano. Era el año 1996 cuando se realizó este proyecto, tocándole nueva vez revisar restos óseos humanos encontrados en la zona y realizar el acostumbrado estudio paleopatológico. Se preparaba para volver a Trinidad el año pasado (2005) donde estudiaría el material de Banwari-Trace y daría entrenamiento a colegas de este país. Lamentablemente, esto no pudo llevarse a cabo.

En el territorio nacional se movió en todas direcciones. La década del 70, en la cual se funda el Museo del Hombre Dominicano y las investigaciones arqueológicas tomaron preponderancia, fue la de mayor intensidad en su quehacer. La Cucama, Juan Dolio, Porvenir, Cueva de Berna en Boca de Yuma, Atajadizo, Cueva María Sosá, Punta de Garza, El Martel, El Uvero, Musié Pedro Cumayasa, Hoyo de Toro, Cueva de las Maravillas, Batey Negro y El Soco además de La Caleta en la Romana, todos en la zona este. Honduras del oeste en el Distrito Nacional.

La Unión y Estero Hondo en Puerto Plata, Cutupú y Vega Vieja en La Vega, Yuboa en Bonao, Río Joba en Gaspar Hernández y Hatillo Palma en el norte. Cueva Roja en Pedernales, Isla Beata, Barreras, Guayabal, Loma Pié y Los Indios, en Azua, sur del país. En los 80, vuelve al norte, donde trabaja unos cementerios aborígenes en Escalera Abajo y Arriba en Puerto Plata. Luego Cueva Collante en el Distrito Nacional para 1982. Y Azua de nuevo esta



Fernando Luna Calderón y June Rosenber, antropóloga norteamericana, ya fallecida.

vez en Padre Las Casas, donde reporta junto a José G. Guerrero unas plazas ceremoniales aborígenes.

Uno de sus trabajos más importantes fue el realizado en 1984 en La Isabela, Puerto Plata. Encontró en el cementerio de esta primera villa europea en el Nuevo Mundo, los esqueletos de las primeras mujeres españolas. Fue un gran descubrimiento pues se desconocía el dato de que habían venido mujeres en el segundo viaje del almirante. Posteriormente, se supo de un documento antiguo existente que daba cuenta de esto. La trascendencia de este hallazgo permitió que se volcaran los ojos de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América a la República Dominicana. Importante también fue el hecho de haber encontrado enterramientos españoles con ofrendas aborígenes, y esto significa que fueron sepultados por estos últimos.

Fue relevante además el proyecto de excavaciones arqueológicas desarrollado para el 1985 en Pueblo Viejo de Azua. En esta ocasión en las ruinas de la iglesia de dicho pueblo, que fue el último lugar de habitación del cacique Enriquillo, aparecieron los restos de un esqueleto aborigen enterrado en el prebisterio. Se trataba de un adulto masculino, de edad aproximada entre 35 y 40 años.

Probablemente, este esqueleto correspondía al gran cacique que mantuvo durante catorce años la guerra del Bahoruco contra España, afirmaba Luna Calderón. Un sitio tan importante en el templo, solo podía estar reservado para personajes trascendentes. En este caso, no era de un español el esqueleto sino de un indígena, nadie podía tener más relevancia dentro de este grupo que Enriquillo. El trabajo quedó inconcluso por el cambio de autoridades y el esqueleto desapareció impidiendo confirmar que se tratara de este gran hombre.

Para esta misma época se iniciaron los trabajos en la catedral primada de América. Pasó a formar parte del equipo de investigaciones de la misma. Allí en el piso las osamentas humanas, algunas de ellas momificadas, esperaban llenas de historias. Inició la labor, sin embargo, las dificultades aparecidas en el proceso impidieron que pudiera finalizar el estudio. La impotencia se apoderaba de él en esas circunstancias. No entendía por qué se quedaba trunca la investigación y se sentía frustrado ante la imposibilidad de continuar.

Identificó los restos del luchador Enrique Blanco. En ocasión de repararse la catedral de Santiago, fue llamado para trabajar los restos del expresidente Ulises Heureaux. Estaba momificada su cabeza, confirmó la versión histórica de los disparos recibidos que le provocaron la muerte, la lesión en la articulación del brazo con el antebrazo y signos de una sífilis avanzada. A esa labor vino la exhumación de los restos de Concepción Bona, una de las que confeccionó la primera bandera nacional. Luego, reconocía los cementerios aborígenes de la Ruta de Colón en Junquito y el Carril, al igual que excavó en la Cueva Sandy, y prospectaba El Flaco, provincia Valverde. En el año 87, identificó los restos del coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó, ex presidente de la República.

Uno de los trabajos realizados por él y recordado de manera especial fue el rescate e identificación de los héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo en 1987. Estos hombres fueron luchadores antitrujillistas que en 1959 vinieron en una expedición a poner fin a la dictadura. Junto a Clenis Tavárez María, por espacio de dos meses se realizaron los intensos trabajos de excavación y limpieza. Posteriormente, el trabajo de laboratorio de identificación, fue agotador no sólo físicamente sino también emocionalmente. De un total de 67 esqueletos, se identificaron casi cuarenta.

Muchos de esos cuerpos fueron encontrados con signos de violencia y maltrato. Los cráneos en su mayoría estaban destrui-



Fernando Luna Calderón con la autora de este trabajo, Clenis Tavárez.

dos por los impactos de balas. Uno de los cuerpos fue encontrado con las manos atadas con alambre de púas. Cuando la presidenta de la Fundación de los héroes le preguntó cuánto cobraría por ese trabajo, respondió que era una labor patriótica, que ellos abandonaron todo para que hoy viviéramos con dignidad. Por esta labor fue reconocido en el Programa El Gordo de la Semana finalizado el trabajo y el 14 de junio del 2005 por la Fundación Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

Durante 1988-89, dirigió uno de las más grandes excavaciones arqueológicas realizadas en territorio dominicano: El ingenio de Diego Caballero de la Rosa en Nigua, primer secretario de la Real Audiencia de Santo Domingo. Se liberaron las estructuras correspondientes a las principales casas de la factoría azucarera. En el canal de desagüe se encontraron las huellas de pies mutilados de esclavos, algunos niños, así como las botas de algún español. Miles de fragmentos de hormas, instrumentos de hierro y cobre ligados al quehacer cotidiano y de tortura fueron hallados en la excavación al igual que herraduras, llaves, candados, clavos y restos de cerámica indígena.

En el '89 participó en la exhumación de los restos del expresidente José Salcedo, *Pepillo*, y los héroes de la guerra restauradora

de Santiago en la catedral de esta ciudad. Posteriormente, dirigió otro gran proyecto arqueológico: el del primer monasterio de América, el de San Francisco en Santo Domingo y las instalaciones del primer acueducto español en América. En este fueron encontradas las habitaciones de los novicios, la cocina y diversas dependencias de la institución religiosa. Uno de los hallazgos más importantes en el trabajo lo constituyó el cementerio. En el mismo se encontraba representada la historia del monumento. Lo más impresionante fue la presencia de dos esclavos, uno de ellos con un grillete en su pierna aún cinco siglos después de muerto. Esto originó una gran discusión y el final de la investigación.

El caso de lo que sería la primera necropsia realizada por los europeos en América fue encontrado en este cementerio. Para Luna fue relevante también el hallazgo de varios casos de sífilis, uno de ellos en estado muy avanzado. Aborígenes, soldados franceses, haitianos, españoles y enfermos mentales muertos en 1930 por efecto del huracán San Zenón, constituyeron parte de los descubrimientos realizados por él en esta excavación. El caso de la sífilis fue particularmente interesante, porque cuando examinaba colecciones en Smithsonian había encontrado las primeras evidencias de la enfermedad en esqueletos aborígenes de Samaná, República Dominicana. Descubrimiento importante pues apuntaba a que la misma existía en América antes de la llegada de Colón.

Conjuntamente con las excavaciones de San Francisco, fue llamado a trabajar en la iglesia fuerte de Santa Bárbara. Haciendo reparaciones estructurales comenzaron aparecer esqueletos de niños y adultos. La iglesia fue cementerio, como se usaba en épocas pasadas. Ahí se contagió con el *Histoplasma capsulatum* y estuvo a punto de perder la vida. Afortunadamente, esta vez pudo vencer el obstáculo y seguir trabajando. Aún enfermo iba diario a ordenar el trabajo y dar las instrucciones a su asistente de las tareas del día.

Corría el año 92 y esta vez exhumaba los restos del poeta Gastón Fernando Deligne, sepultado en San Pedro de Macorís. Desde el 90 había iniciado un inventario de ingenios coloniales, trabajo que continuó junto a otras colegas hasta el 93. Rescató los héroes muertos junto al padre de la patria Francisco Sánchez del Rosario en San Juan de la Maguana, en el parque erigido en honor al patricio, cuando aparecieron en la ampliación del mismo. En la misma provincia sureña encontró huesos quemados en una cueva, la de Seboruco frente al lago de la presa de Sabaneta, eviden-

cia de canibalismo ritual. En el mismo lugar más tarde descubrió los restos de un aborigen con todos sus huesos completos sin haber sido sometidos al fuego ni cortados para alimentarse. En este tiempo realizó prospecciones arqueológicas en Vengan a Ver, provincia Independencia. Allí encontró un poblamiento aborigen que excavó. Y halló en él cerámica chicoide fragmentada.

A fines de la década del 90 junto a una misión italiana encabezada por Alfredo Coppa y otros colegas, excavó y prospectó Loma Perenal, en Puerto Plata, cerca de La Isabela. Además reportó varias plazas ceremoniales aborígenes encontradas en el lugar. Este era el primer trabajo de campo con Coppa pero ya llevaban más de diez años estudiando la colección ósea en el laboratorio de antropología física del Museo del Hombre Dominicano.

En el año 2002, realizó trabajos de prospección en una cueva ubicada en la zona de Boca Chica. Le preocupaba como se perdía información diaria de yacimientos aborígenes sobre todo, producto de la destrucción de los mismos ante la indiferencia de las autoridades correspondientes. Muchas veces salía al campo tras recibir información al respecto para tratar de frenar esta práctica destructiva. Fue de esta forma como una vez junto a otras colegas impidió la destrucción de un monumento colonial del siglo XVI, un ingenio azucarero, ubicado en San Juan de la Maguana.

Trabajó en Sitio Pepe y Punta Cana en el este. Allá encontró un cementerio aborigen de los hasta ahora más antiguos agricultores de la isla. Era una población que vivía en la opulencia, con alimentación basada en los recursos marinos y la guáyiga, principalmente, señalaba. Dentro de sus últimos trabajos realizados se encuentra la asesoría para las excavaciones del cementerio de Macao, en el 2004. Estaba recluido en un hospital romano y desde allá diariamente organizaba el trabajo. Estando en su lecho fue capaz de hacer el formulario con el cual se recogerían los datos de campo del proyecto. A su retorno, milagroso sin dudas, nadie pensó que regresaría con vida desde Italia, revisó acuciosamente todo el material óseo de Macao para verificar informaciones de campo, patologías de estos esqueletos y el informe final.

Posteriormente, ya con el cuerpo debilitado producto de la larga enfermedad, no descansó un solo día después de su retorno. Cada fin de semana salía al interior buscando informaciones. Ahora su preocupación no eran sólo los yacimientos precolombinos sino también la flora y fauna, pues ocupaba la dirección del Museo Nacional de Historia Natural desde el año 2000. Era increíble como

aceptó su nueva condición física, la cual no le impidió realizar su trabajo ni llevar su ritmo acelerado, como siempre. Volvió a la zona de Punta Cana en 2005 y ese mismo año fue a Bayahibe donde realizó su último trabajo de campo, la limpieza de un esqueleto aborigen. Hizo su informe como de costumbre y se sintió feliz de volver a su trabajo habitual y de comprobar que era posible realizarlo cuando había pensado el año anterior que todo terminaba para él.

Él mismo contaba que cuando estaba interno en el hospital romano se leyó catorce libros y discutía con los médicos temas de antropología y medicina. Me impresionó llegar al hospital S. Andrea de la Universidad La Sapienza y ver que en su cama tenía puesta una bandera dominicana. Así tenía a su patria presente hasta el último momento. Los médicos y enfermeras decían que nunca habían visto algo igual y de esa forma la República Dominicana se difundía desde su cama y él respondía preguntas sobre el país.

Se entregó por completo a su trabajo de forma tal que no dedicó tiempo a su salud. Pudo sobrevivir un año más gracias a la intervención rauda y secreta casi hasta último momento de su amigo Alfredo Coppa. Tan pronto le avisé de la situación crítica de salud de Galeno pidiéndole ayuda, hizo las gestiones para tratar de curarlo en Italia. Lo logró costeadando el gobierno italiano todo. Galeno regresó en el verano del 2004, acompañado de Alfredo, quien se encargó personalmente de darle seguimiento por teléfono. Se integró de inmediato a sus quehaceres en la dirección del Museo de Historia Natural. Coppa, llamaba con frecuencia. Vino a visitarle en el verano siguiente.

Los médicos italianos se sorprendían de la evolución positiva del paciente. Cada vez la gente veía con asombro su recuperación. Sin embargo, repentinamente, comenzó a desmejorar. Ocultó el cambio negativo en su salud en todo momento. La enfermedad se apoderaba con violencia de su cuerpo. Él lo negaba ante la angustia de familiares, amigos y relacionados. De nuevo llamé Alfredo y él se puso en trámites para trasladarlo a Italia, pero esta vez Galeno lo supo y comenzó a retrasar el proceso hasta que ya finalmente fue demasiado tarde.

Me repetía “tenemos tiempo, no hay prisa”. Y compraba cosas para llevarle a amigos del hospital. A la vez hacía secretamente cartas a amigos dominicanos agradeciendo su amistad y obsequiándoles algún presente de su gusto. Se despedía sin que se percataran, no decía adiós, o sí “a su manera”. Nadie se atrevía a proponerle internarlo. Pero finalmente se logró y desde la cama

seguía dirigiendo; mientras luchaba por hacernos entender que no se iba. Llegó su fecha natalicia y ahí todos nos asustamos, pero no fue el final. Mandó a poner en la habitación un afiche con la foto de uno de sus personajes favoritos: El Che Guevara con su leyenda: “Hasta la victoria siempre”. Era una de las expresiones más usadas por él en la vida cotidiana. Así se apagaron sus ojos, pero no su luz ni su energía. Dejó de existir el 27 de noviembre de 2005, pero entró de forma permanente en la historia no sólo dominicana sino del Caribe y del mundo. Como antropólogo, amó la humanidad sin fronteras...

PUBLICACIONES DE FERNANDO LUNA CALDERÓN

- 1972:** Luna Calderón, Fernando *et al.*: “El cementerio de La Unión, provincia de Puerto Plata” en *Boletín Del Museo del Hombre Dominicano*, No. 2, p. 136-156, República Dominicana.
- 1973:** Luna Calderón, Fernando *et al.*: “Informe sobre tres nuevos precerámicos en la República Dominicana” en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 3, p. 105-134, República Dominicana.
- Luna Calderón, Fernando *et al.*: “Estudio comparativo y preliminar de dos cementerios neo-indios: La Cucama y La Unión” en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 3, p. 11-47, República Dominicana.
- Luna Calderón, Fernando: “Enterramiento parcial de Estero Hondo” en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 3, República Dominicana.
- 1974:** Luna Calderón, Fernando: “Estudios esqueléticos y posibles patologías en el período ceramista antillano” en *Actas del 41 Congreso Internacional de Americanistas*. Vol. III, México, p. 632-646.
- 1976:** Luna Calderón, Fernando *et al.*: *Arqueología de Yuma, República Dominicana*. Santo Domingo, Editorial Taller.
- Luna Calderón, Fernando: “Informe preliminar del cementerio indígena de El Atajadizo, República Dominicana” en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 7, p. 67-86.
- Luna Calderón, Fernando: “Preliminary report on the indian cemetery El Atajadizo, Dominican Republic” en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No.7, p. 87-95.
- 1977:** Luna Calderón, Fernando *et al.*: *Arqueología de cueva de Berna*. San Pedro de Macorís, Universidad Central del Este, República Dominicana.
- Luna Calderón, Fernando *et al.*: *Arqueología de punta de Garza*. Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, República Dominicana.

- Luna Calderón, Fernando: *Primeras evidencias de sífilis en las Antillas precolombinas*. Vol. CCXLIII, Cuadernos del CENDIA, No. 2, Universidad Autónoma de Santo Domingo, República Dominicana.
- Luna Calderón, Fernando: *Atlas de Patología ósea*. Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís, República Dominicana.
- 1979:** Luna Calderón, Fernando *et al.*: *Investigaciones arqueológicas en la provincia de Pedernales, República Dominicana*. Santo Domingo, Editora Taller.
- Luna Calderón, Fernando: "Estudio de un caso de amputación de Isla Gonaive, Haití" en *Actas del 8vo. Congreso para el estudio de las culturas precolombinas de las Antillas Menores*, St. Kitts.
- 1980:** Luna Calderón, Fernando: "Estudio antropológico del osario de Escalera Abajo, provincia de Puerto Plata" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 13, República Dominicana.
- Luna Calderón, Fernando y José G. Guerrero Sánchez: "Informe de viaje a Padre Las Casas, provincia de Azua" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 14, República Dominicana.
- 1982:** Luna Calderón, Fernando: "Antropología y paleopatología de cueva María Sosa, Boca de Yuma, provincia La Altagracia" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 17, República Dominicana.
- 1983:** Luna Calderón, Fernando *et al.*: "Investigaciones arqueológicas en cueva Collantes, D N" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 18, República Dominicana.
- Luna Calderón, Fernando: "Paleopatología de los grupos taínos de La Hispaniola" en *Actas del primer Simposio sobre la Cultura Taína*. Madrid.
- 1989:** Luna Calderón, Fernando: "Informe preliminar excavación Diego Caballero". Mimeografiado.
- 1991:** Luna Calderón, Fernando y Magali Melchiorre: "Lo scavo e lo studio preliminar del cimitero precolombino del Castillo de La Isabela a Santo Domingo. Gli Indios di Hispaniola e la Prima Colonizzazione Europea in America" en revista *L'Universo*, Firenze, Italia, p. 19-23.
- Luna Calderón, Fernando y Drusini Andrea: "Antropología Física del taíno di Hispaniola. Gli Indios di Hispaniola e la Prima Colonizzazione Europea in America" en revista *L'Universo*, Firenze, Italia, p. 24-27.
- 1992:** Luna Calderón, Fernando *et al.*: "Il Progetto di Ricerca La popolazione di Hispaniola dal popolamento dell'isola alla sua estinzione dopo la colonizzazione europea. Analisi antropologica preliminare" en *Antropología Contemporánea*, Vol. 15, No. 2, p. 25-38.
- 1996:** Luna Calderón, Fernando: "Características del cementerio indígena de Punta Cana, República Dominicana" en *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*. Marcio Veloz Maggiolo y Ángel Caba Fuentes, eds., Museo Arqueológico Altos de Chavón, Organización de Estados Americanos. Impreso en la República Dominicana. p. 15-28.
- 1996:** Luna Calderón, Fernando: "Lilís. Lectura de un esqueleto" en *Isla Abierta*, periódico *Hoy*, Santo Domingo, 10 de agosto, p. 3-4.
- 1998:** Luna Calderón, Fernando: "Enfermedades en las osamentas indígenas de la isla de Santo Domingo" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 21, p. 79-83.
- 2001:** Luna Calderón, Fernando: "Antropología y paleopatología en grupos preagrícolas y agrícolas" en *Culturas Aborígenes del Caribe*, Ediciones del Banco Central de la República Dominicana, p. 191-198.
- 2002:** Tavárez María, Clenis y Fernando Luna Calderón: "El cementerio del monasterio de San Francisco. Un estudio antropológico" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 31, p. 25-40, Santo Domingo.
- Luna Calderón, Fernando: "Panegirico de la profesora June C. Rosenberg" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 32. p. 63-64, Santo Domingo.
- 2003:** Luna Calderón, Fernando: *Esclavitud en La Española durante el siglo XVI*. Serie monográfica No. 1, Museo Nacional de Historia Natural, República Dominicana, 2003.
- Tavárez María, Clenis y Fernando Luna Calderón: "Aspectos arqueológicos e históricos del primer acueducto de los españoles en América y el primer monasterio" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 34. p. 45-50, República Dominicana.
- Cuccina, Andrea, Luna Calderón, Fernando *et al.*: "Las poblaciones caribeñas desde el tercer milenio a.c. a la conquista española: Las filiaciones biológicas desde la perspectiva antropológica dental" en *Estudios de Antropología Biológica*, Vol. 11, Asociación Mexicana de Antropología Biológica.
- 2004:** Bernardo Vega y Fernando Luna Calderón: "Descubrimiento de la primera plaza ceremonial indígena en la isla Saona" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 36. p. 31-38, República Dominicana.

Noticias de arqueología

Considerando los retrasos en la salida del anuario correspondiente al año 2005, en este número ofrecemos también hechos ocurridos hasta julio de 2006.

GRUPO DE ARQUEOLOGÍA DEL CENCREM, LA HABANA

Excavó en 2005 el sitio de habitación aborigen Laguna de Limones, en Maisí, y en enero de 2006, dos enterramientos humanos en el sitio Cueva de Nicomedes en la zona de La Patana, en el mismo municipio guantanamero. Continúa la investigación arqueológica del Convento de Santa Clara de Asís y de los procesos de formación del registro arqueológico en la Habana Vieja. En septiembre de 2005 organizó, en el marco de la Cátedra Regional de la UNESCO, el Primer Taller Nacional de Problemas Contemporáneos de la Arqueología en Cuba, y en abril de 2006, el curso de postgrado Materialismo Histórico en la Arqueología, impartido por el Dr. Luis Felipe Bate. También en ese mes realizó la presentación de la obra *Historiografía arqueológica cubana* del desaparecido Ramón Dacal Moure que fue coeditada por el CENCREM y asesor pedagógico S. A. de México.

GABINETE DE ARQUEOLOGÍA DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

Durante 2005 realizó un total de ocho intervenciones arqueológicas, tanto en La Habana Vieja como en Madruga, provincia La Habana y el Valle de los Ingenios en Trinidad, Sancti Spiritus. Entre ellas se destacaron los trabajos efectuados en la iglesia de la Orden Tercera de San Francisco de Asís y la ferretería Isasi, Mercaderes No. 162, La Habana Vieja. Culminó veintiún proyectos, sobresaliendo los trabajos de consolidación y restauración de pinturas murales que se ejecutan en el futuro Museo de la Pintura

Mural, en Obispo 117-119, y la recuperación de un mural ubicado en la casa de los Arango y Parreño, Amargura No. 65, ambos en La Habana Vieja, así como la caracterización arqueozoológica de la muestra de ganado vacuno extraída de un pozo colonial en la casa de los marqueses de Prado Ameno, Habana Vieja.

Impartió los talleres y cursos: Museología de piezas arqueológicas de cerámica y vidrio, Las Técnicas Geofísicas en la Prospección Arqueológica, Segundo taller de verano: La Arqueología de los Sitios Históricos, Curso Técnico en Arqueología Subacuática, Cerámicas históricas: barro burdos (siglo XVI al XX) y colaboró con la Oficina de Cooperación Internacional en la realización del II curso de diplomado. Restauración de Centros Históricos, Desarrollo Humano, Economía Local y Enfoque de Género. Inauguró tres exposiciones arqueológicas, formando parte dos de ellas del Proyecto de apertura de la Casa Víctor Hugo.

CIEC, CITMA, CIEGO DE ÁVILA

Sigue ejecutando, en colaboración con el Instituto de Arqueología, de la Universidad Colegio de Londres, el Departamento Centro Oriental de Arqueología de Holguín y el Centro de Investigaciones del Medio ambiente de Camagüey, el proyecto internacional Estudio del sitio La Laguna, Área Arqueológica Los Buchillones. Durante el 2005 se realizaron exploraciones arqueológicas en un amplio sector de la cayería Jardines del Rey, obteniéndose evidencias que relacionan esta área con el sitio Los Buchillones.

DEPARTAMENTO CENTRO ORIENTAL DE ARQUEOLOGÍA, CITMA, HOLGUÍN

Durante 2005 continuó la ejecución del proyecto de investigación arqueológica Manejo integral de las cavernas de la provincia de

Holguín e inició los proyectos Chorro de Maíta. Registro del espacio arqueológico, Ordenamiento arqueológico del parque Cristóbal Colón y la primer etapa del proyecto internacional El poblamiento más temprano de Cuba. Esta última investigación, cuya segunda etapa debe concluirse en 2006, se ejecuta en colaboración con el Grupo de Arqueología del CESAM, del CITMA en Villa Clara, y las instituciones alemanas Universidad de Tübingen y ProArch, y considera acciones en contextos aborígenes con fuerte presencia de industrias de piedra tallada muy temprana, en Holguín y Villa Clara. En 2006, en colaboración con el CITMA de Las Tunas y el Museo de Historia de Puerto Padre, se inició una nueva etapa de la investigación del sitio Pedrera II.

GENERALES

Como un histórico acontecimiento puede considerarse la publicación en el 2005, en los Estados Unidos, por The University of Alabama Press, del texto *Dialogues in Cuban Archaeology*, editado por L. Antonio Curet, S. Lee Dawdy y Gabino La Rosa Corzo. Escrita en inglés, la obra recoge trabajos de arqueólogos cubanos y norteamericanos, en su mayoría presentados al simposio Prehistoric and historic archaeology of Cuba: A new era of research, dialogue and collaboration, Reunión Anual de la SAA, 2002, que ofrecen una detallada visión de la investigación arqueológica en la Cuba actual. Siguiendo esta acción de fomento de la colaboración académica entre ambos países, se efectuó en abril de 2006 el simposio Archaeology from behind the blockade. New research in Cuba, en el marco de la 71 Reunión Anual de la SAA, donde se homenajeó la larga trayectoria de apoyo a la arqueología cubana de la doctora Betty J. Meggers. Las ponencias a este simposio organizado por Susan Kepecs, L. Antonio Curet y G. La Rosa Corzo, formarán un nuevo libro en la línea de *Dialogues...*

El Premio Anual 2005 de Ciencias Sociales, de la Academia de Ciencias de Cuba, una de las importantes distinciones nacionales en esta rama de la investigación científica, fue otorgado al resultado denominado Investigaciones arqueológicas en el área arqueológica Los Buchillones, Ciego de Ávila, Cuba. El Dr. Jorge Calvera Rosés (CIEC, CITMA, Ciego de Ávila) encabeza al grupo de autores en el que se incluyen especialistas del Departamento Centro Oriental de Arqueología de Holguín, el Centro de Investigaciones del Medio Ambiente de Camagüey y el Instituto de Arqueología, de la Universidad Colegio de Londres.

En el año 2006 se inauguró la sede del Gabinete de Arqueología de la Ciudad de Bayamo, institución adscripta al Centro Provincial de Patrimonio de Granma. En el plano editorial se produjo la entrega del número 4 (2006) del *Boletín del Gabinete de Arqueología* y la publicación del libro de Jorge Ulloa Hung *Una mirada al Caribe precolombino*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2005, y del libro *Los aborígenes de Cabaiguán*, Ediciones Luminaria, Sancti Spiritus, 2005, de los autores Orlando Álvarez de la Paz y Santiago Silva García.

OBITUARIO

La arqueología cubana lamenta la pérdida de esa infatigable defensora del patrimonio arqueológico y promotora de su investigación que fue Martha Arjona. También falleció el coleccionista y promotor de la cultura aborigen Orencio Miguel Alonso, fundador del Museo Indocubano Baní. En República Dominicana falleció el querido amigo, antropólogo físico Dr. Fernando Luna Calderón, y en los Estados Unidos uno de los fundadores de la arqueología del Caribe y de la investigación científica de materiales cerámicos, el estimado Dr. Irving Rouse.

De los autores

ODALYS BRITO MARTÍNEZ. Investigadora agregada. Trabaja en el Centro de Investigaciones del Medio Ambiente (CITMA) en Camagüey. Se especializa en estudios de arqueología precolombina. Integra el equipo del proyecto internacional Los Buchillones.

JORGE CALVERA ROSÉS. Investigador titular. Trabaja en el Centro de Investigaciones de Ecosistemas Costeros (CITMA) Ciego de Ávila. Dirige por la parte cubana el proyecto internacional de investigaciones en Los Buchillones. Cuenta con una amplia obra de investigación sobre las provincias de Camagüey y Ciego de Ávila.

JAGO COOPER. Coordina el fórum para la investigación de las islas en el Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres, Inglaterra, donde desarrolla su doctorado sobre los procesos de interacción en Los Buchillones.

PEDRO CRUZ RAMÍREZ. Ayudante de investigación del Departamento Centro Oriental de Arqueología, CITMA, Holguín. Integrante del equipo del proyecto internacional Los Buchillones

SILVIA TERESITA HERNÁNDEZ GODOY. Investigadora auxiliar en la Oficina de Monumentos y Centros Históricos, Centro Provincial de Patrimonio de Matanzas.

CORINNE L. HOFMAN. Profesora de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, en Holanda. Codirige el proyecto arqueológico de El Cabo, en República Dominicana, que forma parte de los proyectos sobre las culturas precolombinas del Caribe: *Houses for the living and the dead: organization of settlement space and residence rules among the Taino, the indigenous people of the Caribbean encountered by Columbus* y *Mobility and exchange: the relationship between material and ideological relations in the pre-Columbian insular Caribbean*. Se especializa en estudios de interacción cultural y organización social precolombina.

MENNO L. P. HOOGLAND. Profesor de la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, en Holanda. Codirige el proyecto arqueológico de El Cabo, en la República Dominicana, que forma parte de proyectos sobre las culturas precolombinas del Caribe: *Houses for the living and the dead: organization of settlement space and residence rules among the Taino, the indigenous people of the Caribbean encountered by Columbus* y *Mobility and exchange: the relationship between material and ideological relations in the pre-Columbian insular Caribbean*. Se especializa en estudios de prácticas funerarias e interacción cultural.

MARCOS LABRADA OCHOA. Ayudante de investigación del Departamento Centro Oriental de Arqueología, CITMA, Holguín.

GABINO LA ROSA CORZO. Investigador titular. Miembro de la Academia

de Ciencias de Cuba. Importante especialista con una amplia obra publicada sobre temas de resistencia esclava y arqueología precolombina.

JOSÉ R. OLIVER. Profesor del Instituto de Arqueología de la Universidad Colegio de Londres, Inglaterra. Se especializa en estudios sobre iconografía precolombina y formaciones cacicales, sobre los que ha publicado numerosos libros y artículos. Dirige investigaciones en el centro ceremonial de Caguana, Puerto Rico, y en el sitio El Cabo, República Dominicana.

RENIEL RODRÍGUEZ. Arqueólogo puertorriqueño especializado en el estudio de los instrumentos líticos de las comunidades precolombinas del Caribe. Actualmente realiza estudios doctorales en Arqueología en el Departamento de Antropología, Universidad de la Florida en Gainesville.

ALICE SAMSON. Realiza estudios doctorales en la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, en Holanda. Forma parte del equipo del proyecto arqueológico de El Cabo, en la República Dominicana.

MARIO SANOJA OBEDIENTE. Profesor en la Universidad Central de Venezuela, director del Instituto Caribe de Antropología y Sociología (ICAS), Fundación La Salle, Caracas, Venezuela. Autor de numerosas obras sobre las sociedades aborígenes suramericanas.

CLENIS TAVÁREZ MARÍA. Subdirectora del Museo del Hombre Dominicano. Es miembro de la junta directiva de la Asociación Internacional de Arqueólogos del Caribe (IACA). Su labor investigativa se ha centrado en el campo de la etnohistoria y de la antropología física.

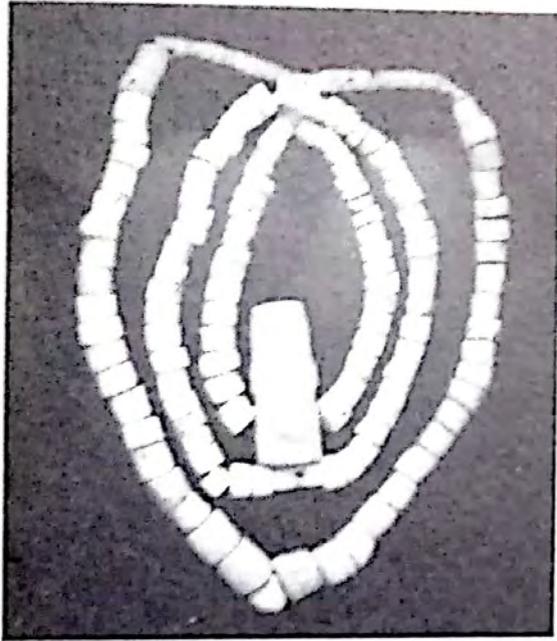
DANIEL TORRES ETAYO. Dirige el Grupo de Arqueología del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM). Realiza su doctorado en torno a la imagen etnográfica del taíno en Cuba.

JORGE ULLOA HUNG. Profesor del área de Ciencias Sociales del Instituto Tecnológico de República Dominicana. Realiza estudios sobre la historia de la arqueología del Caribe y sobre cerámica temprana.

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS. Investigador auxiliar del Departamento Centro Oriental de Arqueología, CITMA, Holguín. Se especializa en estudios de cerámica aborígen, contacto indohispánico y organización social precolombina. Dirige investigaciones en El Chorro de Maíta y forma parte del equipo del proyecto internacional de investigaciones Los Buchillones.

IRAIDA VARGAS-ARENAS. Investigadora en la Universidad Central de Venezuela, Museo de Ciencias de Caracas, Venezuela. Autora de numerosos textos sobre las sociedades aborígenes suramericanas y sobre teoría arqueológica.

MARCIO VELOZ MAGGIOLO. Antropólogo dominicano, Premio Nacional de Literatura en su país. Tiene publicada una amplia y valiosa obra sobre la arqueología del Caribe.



En la cubierta se reproduce una caratona o guayza aborigen elaborada en concha de gasterópodo marino. Pertenece a los fondos del Museo Indocubano Baní y fue hallada en un sitio arqueológico de la zona de Banes, Holguín, Cuba.

Las guayzas constituían atributos jerárquicos y se usaban a manera de pectorales o insertadas en cinturones de algodón. Podían mostrar incrustaciones de láminas de oro y muchas veces fueron obsequiadas a los europeos como señal de amistad.